REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

Junio de 1990

El campesinado 124

Estrategias campesinas, políticas estatales y fuerzas del mercado



unesco

Revista trimestral publicada
por la Organización de las Naciones Unidas
para la Educación, la Ciencia y la Cultura
con la colaboración de la Comisión Española
de Cooperación con la Unesco,
del Centre Unesco de Catalunya
y Hogar del Libro, S.A.
Vol. XLII, núm. 2, 1990
Condiciones de abono
en contraportada interior.
Redactor jefe: **Ali Kazancigil**
Maquetista: Jacques Carrasco
Ilustraciones: Florence Bonjean
Realización: Helena Cots
Corresponsales
Bangkok: Yogesh Atal
Beijing: Li Xuekun
Belgrado: Balsa Spadijer
Berlín: Oscar Vogel
Budapest: György Enyedi
Buenos Aires: Norberto Rodríguez Bustamante
Canberra: Geoffroy Caldwell
Caracas: Gonzalo Abad-Ortiz
Colonia: Alphons Silbermann
Dakar: T. Ngakoutou
Delhi: André Béteille
Estados Unidos de América: Gene M. Lyons
Florencia: Francesco Margiotta Broglio
Harare: Chen Chimutengwende
Hong Kong: Peter Chen
Londres: Alan Marsh
México: Pablo González Casanova
Moscú: Marlen Gapotchka
Nigeria: Akinsola Akiwowo
Ottawa: Paul Lamy
Singapur: S. H. Alatas
Tokyo: Hiroshi Ohta
Túnez: A. Bouhdiba
Viena: Christiane Villain-Gandossi

Temas de los próximos números
La imagen de las ciudades
La familia

Ilustraciones:
Portada: La Cuaresma, grabado de Antonio Brambilla, finales del siglo XVI. Una parte de su obra se inspiró en la de Giuseppe Arcimboldo. Bibliothèque nationale, Cabinet des Estampes, Paris, D.R.
A la derecha: El otoño, 1572, pintura al óleo de Giuseppe Arcimboldo (1527-1593), maestro italiano de una tradición que se remonta al arte oriental y greco-romano, de «cabezas compuestas», fantástico montaje de frutas, verduras, peces, animales y objetos. Bergamo, colección privada, D.R.



REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

Junio 1990

El campesinado 124

Debate abierto

El ámbito de las ciencias sociales

Servicios profesionales y documentales

De campesino a ciudadano: cambio tecnológico y transformación social en los países en desarrollo

Bernardo Sorj y John Wilkinson

Escenarios mundiales

Las proyecciones para finales de siglo basadas en extrapolaciones de las tendencias actuales y evaluaciones de la difusión de las nuevas tecnologías apuntan a una aceleración de la concentración de la producción agrícola modernizada. Tomando como referencia los Estados Unidos, en un estudio de la Oficina de Evaluación Tecnológica se preparó el siguiente escenario como el «más probable»[1] (tabla 1).

De acuerdo con estas proyecciones, que no incluyen las importantes consecuencias de la biotecnología vegetal durante este período, el sector de las explotaciones pequeñas se reducirá en un 50 %, con una media de 2.000 ceses de actividad por semana. Asimismo, el descenso de la actividad de las explotaciones pequeñas irá acompañado de una drástica reducción en el número y la participación relativa de las explotaciones de tamaño medio. En el año 2000, el 75 % de la producción agrícola de Estados Unidos provendrá solamente de unas 50.000 explotaciones de muy gran tamaño.

Bernardo Sorj es profesor en la Universidad Federal de Rio de Janeiro y en el FLACSO, Brasil.

John Wilkinson es profesor en el Centro de Postgraduados para el Desarrollo Agrario, Universidad Rural Federal, Rio de Janeiro, Brasil.

Ambos han publicado *From Farming to Biotechnology* (1987, con D. Goodman), así como un artículo en esta Revista (núm. 105, 1985) sobre «Tecnología de la Alimentación Moderna: Industrializando la Naturaleza».

Un panorama similar se ha proyectado recientemente para Francia. En el año 2000, si siguen en vigor las políticas actuales, la cifra actual de un millón de explotaciones agrícolas quedará reducida a solamente 300.000[2].

Las tendencias en que se inspiran estas proyecciones pueden enumerarse fácilmente. La mayor productividad de la agricultura moderna no puede encontrar ya salidas suficientes en el mercado porque los aumentos de los ingresos por persona en los países industrializados no generan un incremento correspondiente en el consumo de alimentos. El endeudamiento ha frenado también la demanda en los países recién industrializados (PRI), lo que hace que los precios reales se depriman mientras que los costos proporcionales de los insumos industriales intermedios siguen aumentando. La consiguiente compresión costos-precios causa un doble proceso de mayores economías de escala y la exclusión del productor «marginal». La actual presión en favor de una reducción de las subvenciones y un abandono progresivo por parte del Estado de su papel de protector del sector agrícola no puede hacer más que acelerar estas tendencias.

Una evaluación de estas tendencias como parámetros de los escenarios de los países en desarrollo es difícil por causa de la creciente heterogeneidad del Tercer Mundo, tanto entre bloques como entre naciones. No obstante, es posible hacer algunas observaciones generales respecto de los PRI, que serán el objetivo principal de este artículo, aunque también pueden hacerse *inferencias* para los países menos adelantados.

El endeudamiento de los PRI de Africa, Oriente Medio y América latina ha dado lugar a un estancamiento industrial y a la depresión



Las biotecnologías vegetales podrían transformar profundamente los métodos de producción agrícola.
Arriba: Clonaje de secoas, coníferas gigantes de las regiones costeras de la California septentrional, a fin de seleccionar especimenes genéticamente superiores y de reproducirlos. C Charles/Gamma
A la derecha: Biotecnologías animales: cirugía de trasplante practicado en una oveja. I Berry/Magnum

del mercado interno, incluyendo el consumo de alimentos. Sin embargo, al propio tiempo ha estimulado el sector de las exportaciones agrícolas, cuyo excedente comercial neto contribuye cada vez más al servicio de la deuda. No obstante, este sector ha de operar en mercados cada vez más competitivos, que fomentan las economías de escala paralelamente a las de los países industrializados. El endeudamiento ha dado lugar también a un descenso de las importaciones de alimentos, abriendo el camino a una mayor participación del sector doméstico en sistema de suministro de productos agroindustriales.

La crisis fiscal de los PRI, que es consecuencia del endeudamiento exterior, ha puesto en tela de juicio importantes características institucionales de la modernización agroindustrial, particularmente el flujo de créditos muy subvencionados, lo que puede dar lugar a una inversión de las características más especulativas de la modernización agroindustrial, dando a los pequeños agricultores un mayor acceso a la tierra.

Así, pues, por una parte el estancamiento económico en los años ochenta en diversos países de reciente industrialización redujo el ritmo del éxodo rural y el descenso del número de pequeñas explotaciones. Esto, no obstante, fue acompañado de una aceleración de la industrialización de un considerable sector de la agricultura, estimulado por la creciente integración en los mercados mundiales. La disminución del número de pequeñas explotaciones va acompañada, pues, de una mayor concentración de la producción agrícola total dentro del sistema agroindustrial modernizado, que incluye la apertura de nuevos mercados internos gracias a la sustitución de las importaciones.

En los países industrializados, según el escenario descrito anteriormente, la combinación



de las presiones de unos mercados estancados, los costos crecientes y la disponibilidad de nuevas tecnologías tiende a excluir a amplios segmentos del sector de explotaciones familiares modernizadas. En el caso de los PRI, la industrialización de la agricultura originará a la vez una creciente población rural marginal de ex agricultores y creará barreras mayores para entrar en el sector ya modernizado.

Objeciones al modelo agroindustrial actual

Estos escenarios son proyecciones de tendencias actuales, pero una importante escuela de pensamiento pone en duda la viabilidad a largo plazo de los modelos actuales de modernización agrícola.

También en este caso los argumentos se han expuesto sobradamente. Una reorganización sistemática del uso de la energía en los países industrializados durante los años setenta redujo el rigor de las críticas contrarias a que la energía de los combustibles fósiles no renovables sea la base del sistema agroindustrial. No obstante, con los precios a la baja, los costos se han convertido en un problema grave.

En los años ochenta las críticas desde un punto de vista ecológico han sido más extensas e influyentes, abarcando desde la destrucción de los medios de producción por causa de la desertización y el agotamiento de los recursos hídricos hasta el envenenamiento de las cosechas por causa de un excesivo uso de productos agroquímicos, característica propia del monocultivo mecanizado. Más recientemente, la preocupación universal por la desaparición de los bosques y el «efecto invernadero» han venido a añadirse a las críticas más específicas contra las prácticas agroindustriales.

Si bien estas posiciones derivan de lo que podría considerarse efectos negativos de las prácticas agroindustriales predominantes, en la actualidad van acompañadas de nuevas estructuras de la demanda basadas en conceptos de sanidad alimentaria, caracterizadas por su oposición a los productos químicos y farmacéuticos (hormonas y antibióticos, así como productos agroquímicos) y una oposición más general a la producción intensiva de carne (alto contenido de grasa). Los sistemas agrícolas de bajo costo aparecen pues como una alternativa, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo.

Si bien las críticas de origen energético y ecológico unen a los oponentes de la concentración, tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo, un número considerable de trabajos han estudiado la poca pertinencia de la modernización de tipo occidental para los países en vías de desarrollo. Según esta opinión, la modernización en los países en desarrollo está motivada por las demandas de alimentos procedentes de los países industrializados ricos o de las élites urbanas de los propios países en desarrollo. En el proceso de atender estos intereses, la economía alimentaria campesina se destruye y los propios campesinos quedan marginados en el campo o se transforman en un proletariado urbano ínfimo. Este enfoque es también, implícitamente, una crítica del modelo global de industrialización de los países en desarrollo[3].

Para completar esta imagen, la evolución reciente de las economías de planificación centralizada, que en los contextos muy distintos de China y la Unión Soviética han conducido a estimular las explotaciones familiares orientadas hacia el mercado, se ha interpretado también, de modo algo equívoco, como una prueba de la inadecuación universal de la agricultura industrializada en gran escala.

Así, pues, hay un contraste evidente entre las tendencias económicas e institucionales (cristalizadas en torno a las negociaciones del GATT), que apuntan a una concentración acelerada de la producción agroindustrial, y la convergencia de críticas polivalentes que plantean la necesidad de un modelo agroalimentario alternativo. La medida en que este último puede influir en las proyecciones «más probables» determinará la participación del sector de producción familiar, y por extensión del campesinado, en los países que están en proceso de industrialización agrícola.

Promesa de un nuevo paradigma tecnológico

El hilo conductor de estos debates es la creciente conciencia de que una nueva generación de tecnologías está empezando a reformar la evolución del sector agroalimentario, especialmente la informática y las biotecnologías. Paralelamente a los debates macroeconómicos, estas tecnologías se consideran por una parte como elementos de sustentación de las prácticas descentralizadas y respetuosas de la naturaleza, y por otra como factores de aceleración de la industrialización irrevocable del sistema alimentario[4].

El estudio de la Oficina de Evaluación Tecnológica antes mencionado no deja lugar a ninguna duda: «Las biotecnologías» dice, «tendrán el mayor impacto posible porque permiten que la producción agrícola se haga más centralizada y se integre verticalmente». Por otra parte, en un número cada vez más abundante de trabajos se ha puesto de relieve la posibilidad de que las biotecnologías sustituyan a los productos químicos, y también que reduzcan considerablemente los costos. La fijación biológica del nitrógeno es un importante ejemplo que cuenta con el apoyo de la red internacional MIRCEN. Los bioinsecticidas ya han demostrado también sus posibilidades comerciales.

En otra parte afirmamos que las biotecnologías son esencialmente polivalentes: su incorporación al sistema agroindustrial no puede deducirse únicamente de criterios tecnológicos. Los cultivos de tejidos pueden aprovecharse para incrementar la competitividad de las cosechas o utilizarse en un contexto industrial como sustitutivos de los productos agrícolas. Las biotecnologías pueden dedicarse a nuevas utilizaciones, restableciendo así su competitividad frente a los cultivos basados en combustibles fósiles. Por otra parte, pueden aumentar también la variación, y por consiguiente la competitividad de los cultivos.

La biotecnologías son también, en potencia, medios poderosos para promover la autosuficiencia interna. La capacidad de desarrollar plantas y animales transgenéticos haría posi-

ble, en principio, que todos los países compensaran sus deficiencias nutricionales en cultivos y ganado locales, al tiempo que la tecnología de las enzimas incrementaría la flexibilidad con respecto a los productos alimentarios industriales. Se están ya llevando a cabo programas públicos de investigación destinados a incrementar el contenido proteínico de los alimentos básicos, así como a adaptar los cultivos a diferentes condiciones ambientales difíciles.

En este contexto hay dos preguntas fundamentales: ¿Cuáles son las principales fuerzas motrices de la innovación biotecnológica, y sus prioridades? y, en segundo lugar, ¿cuáles son las consecuencias probables de la aplicación de las biotecnologías al sector agrícola?

Esta segunda pregunta puede dividirse en dos elementos: los productos alimenticios agrícolas y las tierras de base de los campesinos. Con respecto a los productos, los programas públicos de investigación están dedicados al aumento del contenido proteínico de los cereales y otros elementos básicos. En Brasil, estas investigaciones se llevan a cabo con las leguminosas y el maíz. Sin embargo, el peligro estriba en que estas investigaciones nutricionalmente orientadas no tengan en cuenta los cambios de las estructuras del consumo de alimentos derivados de los procesos generales de agroindustrialización. Independientemente de su contenido nutritivo, los productos campesinos tienden a excluirse del sistema alimentario modernizado. Por consiguiente, estas soluciones tecnológicas pueden verse mermadas en alto grado por la reestructuración de los mercados de alimentos en los países en desarrollo.

El impacto de las biotecnologías en las tierras de base de los campesinos no es menos problemático. El campesinado, sobre todo en los PRI de América latina, ha sido relegado generalmente a las tierras marginales. Si bien ésta ha sido la causa fundamental de la pobreza rural, también ha permitido por otra parte la supervivencia de los campesinos, ya que estas tierras son de escaso interés para la producción agrícola comercial (un ejemplo de ello es el campesinado del nordeste del Brasil). Los adelantos tecnológicos que promueven la resistencia de los cultivos a las lluvias irregulares, la salinidad, etc., no se limitarán a los cultivos típicos sino que transformarán las tierras marginales de los campesinos en una nueva frontera para unos cultivos comerciales dinámicos. Una anticipación de esta evolución se ha registrado ya en Brasil. Hace 15 años, los 100 millones de hectáreas que constituyen la nueva frontera de los cereales –los *cerrados*– eran terrenos públicos dedicados al pastoreo rudimentario o a la agricultura de subsistencia en pequeña escala. Un conjunto de medidas de recuperación de suelos, elaborado por la organización oficial de investigación agrícola EMBRAPA, ha dado lugar a la rápida expansión de la producción mecanizada de cereales en gran escala. A medida que la tierra deja de ser marginal, es el campesino el que queda marginado.

Otra cuestión igualmente importante es la de saber a dónde llevan las innovaciones biotecnológicas. En otros estudios demostramos cómo la estructura de la modernización agrícola, sobre la base de las tecnologías mecánicas y químicas, conducía a atribuir un papel central al sector público en la investigación y el desarrollo biológicos. En todas partes, el proceso de agroindustrialización estuvo acompañado por el establecimiento de servicios de investigación y extensión agrícola, complementados por una red internacional de centros de investigación. A partir de mediados del siglo pasado, hasta la Segunda Guerra Mundial, las nuevas variedades que contribuyeron al aumento y mantenimiento de la productividad agrícola dependían casi exclusivamente del sector público.

El paso de las semillas de polinización natural a los híbridos señaló la aparición de la industria de las semillas y la subordinación gradual del sector público a la investigación básica, los sistemas de almacenamiento genético y el desarrollo de variedades para los mercados ecológicos marginales. A su vez, los híbridos abrieron el camino a la industria de productos químicos que ocupó una posición dominante en el sistema agroindustrial, a medida que la productividad de las semillas dependía cada vez más de los plaguicidas y los herbicidas.

Mientras que la investigación y las técnicas de biotecnología se desarrollaron dentro del sector público, principalmente en Estados Unidos, su base se encontraba más en la universidad que en el sector de la investigación agrícola. Las universidades originaron rápidamente empresas especializadas de base científica, que se veían como posibles modelos de la industria naciente. Sin embargo, en los años ochenta apareció un patrón distinto. La mayoría de las nuevas empresas biotecnológicas están acopla-

das o integradas en las multinacionales químicas y farmacéuticas que han absorbido en gran parte la antes independiente industria de las semillas.

La privatización de la investigación sobre las semillas fue estimulada por el monopolio natural derivado de los híbridos. Una vez establecida la industria de las semillas, su alcance se amplió a los grandes mercados que no requerían híbridos (especialmente soja, trigo y cultivos hortícolas), a través de la convención UPOV. La consolidación del mercado biotecnológico depende a su vez de una nueva serie de privatizaciones, que comprenderán el derecho a patentar nuevas formas de vida creadas en los laboratorios. El ámbito del control público de las prioridades de investigación y desarrollo queda pues aún más limitado, aunque dista todavía mucho de haberse suprimido y sigue siendo una fuerza importante en muchos países en desarrollo.

La innovación en este sector fundamental ha pasado ahora decisivamente a la industria multinacional de productos quimicofarmacéuticos. Los programas de investigación de estos líderes de la innovación incluyen bioalternativas ecológicas reductoras del costo de los abonos químicos. Las investigaciones comprenden también el aumento de los valores nutricionales de los cultivos básicos. Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones están orientadas claramente a dos sectores: la resistencia a los herbicidas mediante la transferencia de genes, y la sustitución industrial de cultivos muy valiosos sobre la base de técnicas de cultivo de tejidos. La investigación biotecnológica actual está orientada principalmente a la profundización del modelo químico y a la mayor marginación de la producción agrícola de los países en desarrollo[5].

Así, pues, no parece que la biotecnología sea una panacea, o ni siquiera un aliado prometedor de las fuerzas indicadas anteriormente que apoyan un modelo agroalimentario alternativo. Debemos añadir que la biotecnología causa cada vez más desconfianza, incluso hostilidad, entre los ecologistas. Por una parte, el aumento de la producción no se considera una prioridad, sino que, por el contrario, en un contexto de estancamiento de los mercados, la tendencia apunta más bien a nuevos ceses de actividad de las explotaciones. También desde el punto de vista ecológico se ponen en duda las biotecnologías. ¿Cómo podrá evitarse que la resistencia de las plantas a los herbicidas se extienda a las propias malezas? ¿Podemos estar seguros de que las hormonas de crecimiento animal no tendrán efectos en la salud humana? ¿No podría ocurrir que la liberación de microorganismos genéticamente modificados diese lugar a mutaciones imprevistas? La «opinión pública» es aún ambivalente respecto de la biotecnología[6].

Debemos llegar a la conclusión de que nada en las tecnologías emergentes hace pensar, de por sí, en una transformación del modelo concentracionista adaptado como punto de partida de las proyecciones que se analizaron al comienzo de este artículo. Es más, el espacio para la iniciativa pública parece haberse reducido seriamente.

Por otra parte, es improbable que la crítica ecológica dé lugar a una revisión radical de las prácticas existentes. Más bien, lo probable es que, al igual que en el caso paralelo de contaminación debida a causas industriales, se cree un marco de regulación más estricto y que aparezcan conceptos de biogestión más perfeccionados, lo que daría lugar a una tendencia hacia un nivel más elevado de control y técnicas de gestión que recurrirían a la tecnología informática. Por consiguiente, no hay una ecuación obvia entre los modelos ecológicos y las economías de escala y los conocimientos técnicos agrícolas tradicionales.

De campesino a ciudadano

Teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, es evidente que en el contexto de la modernización de los sistemas agroindustriales y alimentarios hay poco margen para las estrategias de supervivencia de los campesinos. Estas estrategias, en la medida en que aún son viables, no prometen más que una perpetuación de la pobreza y la marginación cultural, aunque en muchos países en desarrollo puede que representen todavía la mejor opción existente.

La agroindustrialización de los países en desarrollo transforma radicalmente la naturaleza del campesino tradicional. La simple polarización en torno al acceso de la tierra y el capital comercial se ve interrumpida por la creciente segmentación de los mercados. La participación diferencial en los mercados de mano de obra y de productos va acompañada de una



La agricultura familiar, ¿está condenada a desaparecer? H. Cartier-Bresson/Magnum.

mayor complejidad de las relaciones institucionales (cooperativas, crédito), lo que da lugar a una desintegración de la identidad campesina en favor de demandas específicas e irregulares.

De hecho, la modernización tecnológica ha sido el principal vehículo que ha permitido a los campesinos participar en el (dis)funcionamiento del sistema estatal mediante el crédito, los seguros, los subsidios y la asistencia técnica. Estos nuevos niveles de integración han dado lugar a la modificación del universo político e ideológico de los agricultores familiares tecnificados, produciendo el abandono de las reivindicaciones por la redistribución de la tierra para pasar a las relacionadas con la política agrícola.

La política agrícola ha pasado a ser un tema unificador de todos los agricultores tecnificados –pequeños, medianos y grandes– que les separa de los que no se han integrado en el proceso de modernización. Mientras que las tradicionales relaciones de clientela han desaparecido en gran parte, ya no hay grupos económicamente significativos de productos rurales que reclamen la redistribución de la tierra. Además, la cristalización de las demandas comunes dirigidas al estado conduce a la solidaridad de las empresas agrícolas, independientemente de su tamaño.

Para el sector campesino no integrado, las barreras educativas se combinan con la estrecha base de concentración de capital de los modelos industriales para dejar sólo las opciones inaceptables de marginación rural o urbana como alternativas a la integración agroindustrial. Por consiguiente, el desafío a que se enfrentan los legisladores no es el de llevar adelante como sea el sector del campesinado, sino garantizar la participación de los campesinos en el proceso de desarrollo, en su condición de pequeños agricultores cuando sea posible, pero también, fundamentalmente, en su condición de ciudadanos. Desde esta perspectiva, el descenso demográfico debería aprovecharse para mejorar la calidad de los servicios sanitarios y educativos y preparar el salto cuantitativo para la par-

ticipación efectiva en los mercados laborales del siglo XXI.

Al analizar las perspectivas para los agricultores de los países de reciente industrialización, las anteriores polarizaciones globales deben dejarse a un lado, en favor de la identificación de las múltiples opciones específicas que se ofrecen dentro de la segmentación creciente de los mercados agroindustriales y la diversificación más amplia de las actividades económicas.

Hemos mencionado anteriormente el carácter sumamente específico de la modernización agrícola en los países en vías de industrialización del Tercer Mundo, a saber, su dependencia de generosos subsidios, que a menudo permiten una modernización especulativa espúrea de las grandes explotaciones. La ausencia de estos mecanismos en los años ochenta, junto con las medidas destinadas a incrementar la fiscalidad, es probable que permitan un acceso mucho mayor a la tierra, bien mediante el aprovechamiento de tierras a través de planes oficiales de colonización o mediante el resurgimiento de los sistemas de arrendamiento.

Esta tendencia puede verse reforzada por el dinamismo a largo plazo de los mercados internos en los países en que el proceso de urbanización e industrialización conduce a una transición hacia un régimen alimenticio basado en la carne, que a su vez ejerce una mayor presión en el sector del suministro de cereales. Un cultivo fundamental en este contexto es el maíz que, si bien se integra en el sector de producción modernizado, pocas veces es un cultivo de importancia para los agricultores más tecnificados, que prescinden de los cereales para dedicarse a otros cultivos como la soja, que son más dinámicos en los mercados mundiales. Es probable pues que el sector de las pequeñas explotaciones, que incorpora conjuntos tecnológicos menos perfeccionados, sea una importante base de suministro de productos para alimentos de animales.

Si bien la mayoría de las exportaciones agrícolas tradicionales hacen frente a mercados cada vez más competitivos y bien abastecidos, han aparecido nuevos sectores de importancia debido al aumento del consumo de verduras y frutas frescas, el desarrollo de un mercado internacional de flores y el renovado interés por los «aditivos» alimentarios naturales. Estos nuevos sectores tienden a una utilización intensiva de mano de obra. En el caso de los cultivos arbóreos, esto da lugar a una renovación de la demanda de mano de obra estacional. Otros productos de exportación se basan cada vez más en la agricultura intensiva de regadío que (según la escala de las operaciones) puede implicar también a un importante sector de pequeñas explotaciones, pero cuyas principales características son la fuerte demanda de mano de obra agrícola semipermanente. En la importante zona regada al nordeste del Brasil (Juazeiro/Petrolina) actualmente se acusa una escasez de mano de obra.

Las proyecciones excesivamente pesimistas y unilaterales dan lugar a opciones mundiales excesivamente extremistas. Estas opiniones son cada vez más inviables políticamente, y las proyecciones son siempre excesivamente simplistas. Por consiguiente, las políticas para el sector de pequeñas explotaciones deben desglosarse en una serie de estrategias específicas que tengan en cuenta las características de las diferentes microrregiones en función de las posibilidades de los mercados locales, regionales y mundiales.

Las ONG y el Estado

En el decenio anterior, las organizaciones no gubernamentales (ONG) aparecieron como la última esperanza de los órganos internacionales que desean abrir nuevos caminos para resolver los problemas de la pobreza rural. Hay buenos motivos que explican la creciente importancia de estas ONG. Los programas estatales de desarrollo rural han sido por lo general un fracaso, con enormes gastos para los mecanismos burocráticos y una falta general de sensibilidad frente a las peculiaridades de las situaciones locales. En cambio, las ONG parecen ser de carácter no burocrático y estar sumamente identificadas con el medio concreto en el que operan[7].

La trayectoria de estas ONG es bastante paradójica. Muchas de ellas se fundaron, o están dirigidas, por antiguos activistas de grupos de izquierdas. Su crecimiento ha dependido de las tendencias liberales que predominaron a partir de los años setenta. Así pues, las críticas contra la ineficacia del Estado y la planificación centralizada favorecieron el crecimiento de iniciativas privadas de las ONG, que no obstante

TABLA 1.
Proyección más probable del número total de explotaciones agrícolas existentes en EE.UU en el año 2000, por clases de ventas (cifras en miles de unidades)

	1982		2000	
Clases de ventas	Núm. de explotaciones	% de explotaciones	Núm. de explotaciones	% de explotaciones
Pequeñas y a tiempo parcial	1.936,9	86	1.000,2	80
Moderadas	180,7	10	75,0	6
Grandes y muy grandes	121,7	4	175,0	14

tienden a tener una visión crítica de la sociedad moderna y a buscar alternativas a las tradiciones rurales locales[8].

A pesar del papel que pueden desempeñar las ONG en la promoción de tecnologías alternativas y organizaciones de base, sería ilusorio e incluso irresponsable imaginar que puedan sustituir a la intervención del Estado. Cualquiera que sea la evaluación crítica de la modernización agrícola promovida por el Estado, no puede ignorarse el papel central que sólo éste puede desempeñar en lo relativo a encontrar nuevos cauces o mitigar el impacto social de las nuevas tecnologías en el campo. Estas medidas combinan tres tipos de políticas:

1. asignación de fondos públicos para estimular la promoción y el empleo rural –programas de infraestructura física, educación, crédito y seguros, regadío–, colonización, almacenamiento e investigación;
2. promoción de programas de gestión social, como los suplementos de ingresos y asistencia médica para los grupos marginados en el proceso de modernización que tienen pocas esperanzas de reabsorberse en los mercados de mano de obra –particularmente los ancianos y los desempleados estructurales;
3. desarrollo de programas de reconversión profesional para los mercados de mano de obra rurales y urbanos.

Los problemas derivados de la transformación social del campo no pueden abordarse sólo a nivel local o de las bases. El problema central para los países en desarrollo que han adoptado una dinámica de industrialización es garantizar el acceso a la educación, los servicios sanitarios, el empleo y la asistencia básica para toda la población –rural y urbana– como condición previa de la participación económica y política.

Conclusión

La amplia categoría histórica del «campesinado» ha perdido gradualmente su valor operativo en los países que han emprendido un proceso de modernización. En el mejor de los casos, designa las características exclusivamente negativas de este desarrollo, manifestadas en los amplios sectores de miseria rural. En el contexto de la agroindustrialización, las estrategias globales del campesinado se han desglosado en una variedad de opciones segmentadas del mercado de mano de obra, que a su vez da lugar a una segmentación de la identidad y las formas de representación. En otros estudios nos hemos referido a este proceso como la transición de la «clase» a los «estratos».

En el contexto de este proceso, podemos ver que la «inercia» dominante hacia la centralización y la concentración en los países en desarrollo no excluye múltiples formas de participación de lo que fue el campesinado, bien como pequeños agricultores modernizados o como trabajadores rurales. Está claro, sin embargo, que hace falta una amplia transformación de las políticas educativas, sociales y económicas si se quiere que el sector del campesinado compita en términos de igualdad en los mercados de mano de obra del siglo XXI. La tarea primordial de estos últimos años del siglo XX es garantizar la transición del campesino al ciudadano.

(Traducido del inglés)

Notas

1. Office of Technology Assessment (Oficina de Evaluación Tecnológica). *Technology, Public Policy, and the Changing Structure of American Agriculture.* Washington, 1984.

2. Alphandery, P., Bitou, P., Dupont, Yves *Les Champs du Départ*, la Découverte, París, 1989 (véase *Le Monde Diplomatique*, marzo de 1989).

3. Chonchol, J. *Paysans à venir*. Découverte, París, 1986.

4. Véase un análisis más pormenorizado del impacto de las biotecnologías en la agricultura en, Goodman, D., Sorj, B., Wilkinson, J. *From Farming to Biotechnology*, Blackwell, Oxford, 1987.

5. Juma, C. *The Gene Hunters*, Zed Books, 1989.

6. Parlamento Europeo: «Proyecto de informe sobre los efectos del empleo de la biotecnología en la industria agropecuaria europea». Graefe zu Baringdorf, 1986.

7. Schwarzweller, H.K. *Research in Rural Sociology and Development*, Vol. 3, Jai Press, Greenwich, 1987.

8. Rouille d'Orfeuil, H. (Ed.), *Coopérer Autrement L'Engagement des Organisations non Gouvernementales Aujourd'hui*, Harmattan, Paris, 1984.

Modernización agrícola y estrategias campesinas de América latina

Jacques Chonchol

La modernización de la agricultura y su impacto social en el campesinado

Desde los años 1960, se está desarrollando un proceso de modernización en el espacio rural latinoamericano. Los factores que lo impulsan son diversos y complementarios. Por una parte está la rápida expansión del comercio agrícola internacional. Pese al hecho de que América latina, como región, ha perdido importancia en relación con los grandes países capitalistas en el comercio agrícola mundial[1], el volumen y valor de sus exportaciones ha aumentado considerablemente. En 1950 estas exportaciones representaban solamente unos 7 mil millones de dólares anuales, mientras que en los años 1980-1982 alcanzaron por término medio la cifra de 34 mil millones de dólares, pese a las políticas proteccionistas y a las subvenciones a las exportaciones de la CEE y los Estados Unidos, y a la disminución de los precios de los productos agrícolas.

Jacques Chonchol, chileno, ingeniero agrónomo, doctor en ciencias sociales por la Universidad de París I, ex ministro de agricultura del Gobierno Allende. Actualmente es director del *Institut des Hautes Etudes de l'Amérique latine (Université de Paris III)*. Autor de diversas obras sobre el desarrollo rural, entre las cuales las más recientes son: *Paysans à venir: les sociétés rurales du Tiers Monde*, Editions la Découverte, París, 1986; *Le défi alimentaire: la faim dans le monde*, Editions Larousse, París, 1987.

Un segundo factor que ha influido en la modernización agrícola es la enorme expansión del mercado interior debido al aumento de la población y a la urbanización acelerada. Entre 1960 y 1985, la población de la región se ha duplicado, pasando de 207 a 400 millones de personas, y la población urbana, que representaba menos de la mitad del total en 1960, alcanzó el 70 % en 1985. A esta expansión demográfica y del mercado urbano vino a añadirse como factor decisivo el crecimiento de las clases medias y los nuevos hábitos de consumo alimentario relacionados con la penetración de las multinacionales agroalimentarias y el aumento de la proporción de los alimentos comprados en el comercio en relación con la autoproducción, incluso en las regiones rurales.

Un tercer factor que ha impulsado la actual modernización es el empleo creciente en la producción agrícola de las nuevas tecnologías que utilizan productos industriales o agrícolas mejorados (maquinaria y equipo, abonos químicos, plaguicidas, semillas seleccionadas, alimentos concentrados para los diferentes tipos de ganadería, etc). Todo esto es resultado a la vez de las políticas de investigación, las transferencias tecnológicas de los países capitalistas desarrollados, los proyectos agrícolas internacionales e internos, la penetración de las sociedades agroindustriales multinacionales y la cooperación internacional.

Esta modernización agrícola, especialmente intensa en los últimos 25 años, ha modificado las condiciones de las explotaciones tradicionales (haciendas, plantaciones e incluso pequeñas explotaciones campesinas) y ha favorecido la aparición de nuevas explotaciones capitalistas modernas con una motivación productiva dis-

tinta. Estas nuevas explotaciones son el resultado de la aparición reciente de burguesías nacionales vinculadas a la industria, las finanzas o el comercio, y de la acción de los capitales extranjeros y las sociedades multinacionales.

La modernización también dio lugar a una expansión de la superficie agrícola cultivada y una intensificación de los rendimientos medios por hectárea, pese a la considerable diversidad en las condiciones de las diferentes explotaciones. Para el conjunto de la región, el total de hectáreas cultivadas y cosechadas pasó de 50 millones en 1950 a 120 millones en 1980. El total de tractores empleados en la agricultura se multiplicó por seis (de 150 mil a alrededor de 1 millón) y el empleo medio de abonos por hectárea se multiplicó por 10.

¿Qué efectos tuvo esta modernización en la población rural? Hoy día esta población alcanza, para la totalidad de América latina, de 126 a 130 millones de personas, considerando la población activa y la población dependiente. Esta distinción es bastante relativa, ya que una proporción considerable de las mujeres y los niños de las familias agrícolas, que en los censos se consideran inactivos desde el punto de vista económico, aportan una contribución más o menos regular al esfuerzo de producción. De esta población total, entre 30 y 40 millones viven en Brasil, entre 25 y 30 millones en México, más de 10 millones en Colombia y el resto se distribuye en proporciones variables entre los otros países de la región.

La fuerza de trabajo agrícola reconocida en los diferentes censos era de unos 40 millones en 1980, y se dividía en dos categorías fundamentales: *trabajadores agrícolas* sin tierras y *campesinos* que controlan un pequeño espacio de tierra.

Los trabajadores agrícolas sin tierras se emplean donde se requieren sus servicios, los menos de modo regular y permanente y los más a título temporal o estacional. Los campesinos que controlan una parcela de tierra pueden encontrarse en diferentes situaciones jurídicas: propietarios, arrendatarios, medianeros o colonos (trabajadores remunerados parcialmente con derecho a utilizar una pequeña parcela) o bien ocupantes y explotadores sin título jurídico, de tierras públicas o privadas abandonadas.

La distinción entre estas dos categorías no siempre es fácil. En efecto, dada la insuficiencia de sus tierras y de los medios de que disponen, una proporción importante de pequeños agricultores que poseen algunas tierras deben emplearse, ellos o los miembros de su familia, como asalariados agrícolas estacionales (sobre todo en la época de la cosecha).

Los trabajadores agrícolas estacionales o temporeros, que pueden proceder de la categoría de trabajadores sin tierras o de la categoría de pequeños propietarios campesinos, son cada vez más numerosos desde hace algunos años. Según los países, se les conoce por nombres diversos: *boias frias* en Brasil, *temporeros, volantes, afuerinos* o *trabajadores estacionales* en los países de la América hispánica. El aumento de su número es debido en parte a la extensión de los cultivos de plantación en los lugares en que la topografía de los terrenos y el bajo nivel de los salarios hacen poco rentable la mecanización de los cultivos (caña de azúcar, café, cacao, algodón, naranjas y frutos en general) y en parte a las nuevas formas de contratación de mano de obra desarrolladas por las empresas agrícolas. En efecto, éstas prefieren sustituir a los trabajadores permanentes, que vivían en las grandes haciendas y a los que se remuneraba en parte en especie, por un nuevo tipo de contratación, basada en un pequeño número de trabajadores fijos especializados y un gran número de trabajadores estacionales exteriores a los que se contrata cuando hacen falta sus servicios.

El origen y naturaleza de estos trabajadores estacionales varía mucho según los países. En Brasil, por ejemplo, según el censo de población de 1980, el 50 % de los trabajadores estacionales eran trabajadores sin tierras *(boias frias)*. En Guatemala, en 1977 el 86 % de los trabajadores estacionales eran campesinos que disponían de pequeñas parcelas.

El desarrollo del trabajo estacional en América latina causó, desde tiempos inmemoriales, procesos de emigración temporal que han aumentado considerablemente desde hace algunos años y hoy día afectan a varios millones de personas en toda la región. A veces estas migraciones implican el paso (legal o ilegal) de una frontera para ir a trabajar en un país vecino.

Por otra parte, un número creciente de trabajadores estacionales de la agricultura no habitan ya en el campo sino en pequeñas o medianas poblaciones semirrurales, donde intermediarios que los vigilan y retienen una parte de sus salarios en pago de sus servicios a las em-



El campo en el estado de Guerrero, Méjico. Col Viollet

presas los contratan y transportan a los lugares de trabajo. Según las últimas estimaciones de la OIT (Organización Internacional del Trabajo), en 1980 de 4 a 6 millones de trabajadores agrícolas latinoamericanos (10 al 15 % de la población agrícola activa) vivían en ciudades[2]. En los períodos muertos desde el punto de vista de los trabajos agrícolas, el único medio de supervivencia para esos trabajadores es endeudarse con comerciantes o con los empresarios que los contratan, salvo que consigan encontrar otros pequeños trabajos.

Los trabajadores agrícolas estacionales consiguen emplearse durante un número variable de días al año, según las características de producción de las diferentes regiones: duración del período de cosecha, complementariedad de las diferentes producciones, otros trabajos a los que puedan dedicarse, posibilidades de desplazamiento regional, etc. Pese a ello, una de las características esenciales es el subempleo durante un período más o menos largo del año. En estudios sobre la pobreza rural realizados en 1983 en 15 países latinoamericanos, se comprobó que en casi todos los lugares los trabajadores sin tierras que realizaban trabajos estacionales figuraban entre las poblaciones más pobres y más afectadas por el subempleo. Por otra parte, con frecuencia estos trabajadores carecen de organizaciones sindicales de apoyo y su capacidad de negociación de los salarios y de las demás condiciones de trabajo son muy escasas. En muchas regiones de plantación, las mujeres y los niños constituyen una parte muy importante de esta fuerza de trabajo estacional (para las

cosechas de caña de azúcar, café, algodón y diversas frutas).

La CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para América latina) ha estudiado esta situación de pobreza rural en diferentes países de la región utilizando dos criterios de medición de la pobreza: la comparación de los ingresos anuales de las familias y del costo de la cesta de la compra de la misma familia, y la comparación entre los ingresos familiares y los costos de conjunto de los gastos esenciales. Cuando los ingresos familiares son inferiores al simple costo de la cesta de la compra se considera que la familia vive en *situación de indigencia*. Cuando los ingresos familiares son inferiores a los costos de conjunto de los elementos mínimos de la vida, se considera que la familia vive en *situación de pobreza*. Según nuestros criterios, en 1980 el 69 % de la población rural vivía en situación de pobreza y el 37 % en situación de indigencia. Estos porcentajes de pobreza superaban considerablemente el 80 % de las familias rurales de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Bolivia y Haití, el 70 % de las de El Salvador, República Dominicana y Brasil, el 60 % de las de Colombia, Panamá, Perú, Paraguay y Venezuela, y el 50 % de las de Chile y Jamaica[3].

Esta pobreza, como puede verse, no es consecuencia de la falta de desarrollo y de modernización agrícola, sino que en gran parte se debe a que este desarrollo y esa modernización se han realizado en el contexto de una fuerte concentración de la tierra y del capital en favor, bien de las oligarquías tradicionales, bien de las nuevas clases privilegiadas de la modernización conservadora de finales del siglo XX, constituidas por los nuevos grandes propietarios de tierras, las burguesías industriales, bancarias o comerciales y las sociedades multinacionales.

En este artículo nos proponemos analizar el impacto de la modernización en las poblaciones campesinas latinoamericanas mediante seis ejemplos específicos. Tres de ellos proceden de regiones donde el campesinado es aún mayoritario y trata de defender su situación y su modo de vida con los ajustes necesarios a las nuevas circunstancias. Los otros tres se han tomado de países o regiones donde la modernización ha afectado ya considerablemente la estructura del campesinado y una mayoría de los antiguos campesinos se han transformado en trabajadores agrícolas sin tierras, que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

Algunos ejemplos de la evolución reciente del campesinado tradicional

Los campesinos del estado de Guerrero (México)[4]

El estado de Guerrero, situado en el sur del país, en las costas del Pacífico, es uno de los 31 Estados de la República Mexicana. Forma parte de las tierras cálidas. Su población está compuesta de mestizos y de un mosaico de etnias indias, que representan el 8 % de la población del Estado. La población total era de 2.100.000 personas en 1980. La superficie de Guerrero es de 64.500 km^2 (3,2 % del territorio mexicano).

Como el territorio del estado de Guerrero es muy accidentado, sólo el 20 % de la superficie total puede cultivarse y la mecanización de la agricultura es difícil. Es fundamentalmente un estado campesino desde el punto de vista de la distribución de la tierra y del escaso desarrollo de la agricultura capitalista. En poco más de un millón de hectáreas de tierras de cultivo, la propiedad de los *ejidos* y de las *comunidades* representa el 90 %[5]. La superficie media por ejidatario es de 5 hectáreas, y por comunero de 8 hectáreas. La dimensión de las parcelas, los tipos de producción y el escaso capital invertido muestran que en general la economía agrícola del estado es una economía campesina.

En el estado de Guerrero se encuentran tres tipos principales de economía agrícola: la de los agricultores *semiproletarios*, minifundistas que utilizan medios de producción tradicionales, no tienen acceso a créditos y obtienen unos ingresos tan escasos de sus explotaciones que para vivir se ven obligados a vender su fuerza de trabajo familiar durante buena parte del año (por lo menos unos 6 meses); la de los *pequeños agricultores*, que producen para el mercado y disponen de más recursos, utilizan su fuerza de trabajo familiar y pueden sobrevivir con el producto de sus explotaciones, y la de los *agricultores capitalistas*, que poseen medios de producción más importantes y utilizan maquinaria y mano de obra asalariada.

La economía campesina de Guerrero se caracteriza por la falta de posibilidades de capitalización, por causa de factores internos y externos. Entre los primeros cabe citar la mala calidad de los sueldos, la pequeña dimensión de las parcelas, la pluviometría incierta y la tecnolo-

gía tradicional. Entre los segundos, las malas condiciones de comercialización de los productos y la venta de la fuerza de trabajo.

A pesar de la rápida urbanización, la población sigue siendo en su mayoría rural (58 % en 1980). Incluso, parte de la población de las ciudades (se considera urbana una población con un número de habitantes superior a 2.500 personas) realiza actividades agrícolas. En las ciudades medianas como Chilpancingo (capital del estado, con 120.000 habitantes) alrededor del 20 % de la población se dedica a actividades agrícolas.

Entre 1960 y 1980 la migración del campo hacia la ciudad, dentro del Estado o a otros Estados, o incluso hacia Estados Unidos, aumentó sensiblemente. Encuestas realizadas demostraron que en algunas regiones del estado por lo menos un miembro de cada familia trabaja regularmente uno o dos años en Estados Unidos.

El 80 % de las tierras de cultivo del estado dependen de la pluviosidad natural («de temporal») y el 20 % están regadas. De las tierras de temporal, solamente la mitad se cultiva cada año, dada la práctica tradicional de cultivar las tierras uno o dos años seguidos y dejarlas a continuación descansar durante un período equivalente.

El predominio de los ejidos y de las comunidades agrarias en Guerrero recuerda la importancia de la distribución de las tierras en el estado bajo el «zapatismo» y la Revolución y, más tarde, bajo la presidencia de Cárdenas (1934-1940). Pero, aunque minoritarias, las propiedades privadas capitalistas están aumentando mediante la compra o el arrendamiento de tierras ejidales o comunitarias por particulares, e incluso por sociedades multinacionales.

Los productos más importantes de la agricultura de Guerrero son el maíz, el coco, el café, el sésamo, el arroz y los frijoles verdes. Desde hace algunos años se han introducido nuevos productos comerciales de exportación, como el melón, el maní, la jamaica[6] y el sorgo en grano. La agricultura campesina de Guerrero se caracteriza por los aperos de labranza rudimentarios y por su dependencia de la energía humana y animal. Los campesinos utilizan normalmente el arado de madera para labrar la tierra, aunque están empezando a sustituirlo por el arado de hierro. De ordinario siembran con un bastón o punzón y cortan las malas hierbas con machete. La mecanización de la agricultura se reduce a las zonas de regadío. Solamente el 6 % de las tierras de labranza se cultivan por medios mecánicos. Hasta 1970 la utilización de fertilizantes e insecticidas era prácticamente desconocida. Después de 1980, los campesinos han aprendido a abonar, sobre todo el maíz, el melón, la sandía y el café. El grupo familiar típico de la agricultura de Guerrero está constituido por los padres y una media de 6 hijos que trabajan a partir de los 5 años.

El nivel de vida de la población es uno de los más bajos de México. La base de la alimentación es el maíz, los frijoles verdes y los pimientos. El 62 % vive en una sola habitación, el 60 % no dispone de agua potable y el 42 % de la población de más de 6 años es analfabeta.

Las familias campesinas disponen de algunos animales (bovinos, porcinos y aves de corral) que constituyen su principal recurso en caso de necesidad, pero la mayor parte de ellas se ven obligadas a vender parcialmente su fuerza de trabajo en la agricultura (corta de la caña de azúcar, cultivo del melón, la sandía o la copra) donde reciben salarios equivalentes a un 60-68 % del salario mínimo regional, o en los servicios (el turismo en Acapulco, por ejemplo). Las mujeres y los hijos de los campesinos venden su fuerza de trabajo por un precio equivalente al 75 % o el 50 % del de los hombres. Se calcula que en el estado de Guerrero el 20 % de la población infantil rural trabaja asalariada en la agricultura. Nadie tiene acceso a la seguridad social.

Los campesinos de Guerrero han luchado siempre de diferentes maneras para conquistar la tierra y tratar de mejorar sus condiciones de trabajo y de vida. A comienzos del siglo XX, entre 1910 y 1920, se produjo la lucha armada «zapatista» para recuperar las tierras frente a las haciendas. Con la llegada al poder de Cárdenas y bajo la presión campesina, se redistribuyeron la mayoría de las tierras de la costa del Pacífico. Las luchas en defensa de la tierra continuaron a partir de los años 40 contra las estructuras dominantes del poder económico y político, e incluso entre 1967 y 1974 se registró un movimiento de guerrilla rural que fue reprimido duramente y acabó en 1974. Por otra parte, en 1960 y 1985 los campesinos productores de algunas regiones libraron batallas económicas para mejorar las condiciones de comercialización (movimientos de productores de copra, café y sésamo). Todas estas luchas no impidie-

ron la perpetuación de la pobreza de los campesinos, que es consecuencia de la mediocridad de los recursos naturales y del funcionamiento de un sistema político-económico que se perpetúa explotándolos. Las extorsiones a los campesinos en beneficio de los agentes económicos predominantes son constantes y diversas. Por una parte, los campesinos se ven obligados a vender a bajo precio su fuerza de trabajo, incluida la de las mujeres y de los niños. Por ejemplo, Anderson Clayton y United Brands arriendan alrededor de 2.500 hectáreas de tierras ejidales y de pequeños propietarios para cultivar melones y otras hortalizas (guisantes, pepinos) que exportan a los Estados Unidos. Por otra parte, se producen compras forzadas y fraudulentas de tierras ejidales para construcciones turísticas y de residencias secundarias. En los casos en que los intereses económicos y políticos son importantes (como los de los polos turísticos) se utilizan todos los medios para adquirir definitivamente las tierras de los campesinos.

En resumen, a pesar de su lucha constante contra las condiciones naturales adversas y de que han podido conservar la mayoría de las tierras del Estado, los campesinos de Guerrero sufren un proceso constante de empobrecimiento por las muy desfavorables condiciones de comercialización de sus productos y del mercado de trabajo. Toda la política de modernización y el apoyo institucional público y privado beneficia a las empresas capitalistas, las multinacionales interesadas en desarrollar los productos agrícolas de exportación y los complejos turísticos.

Los campesinos de Boyacá (Colombia)[7]

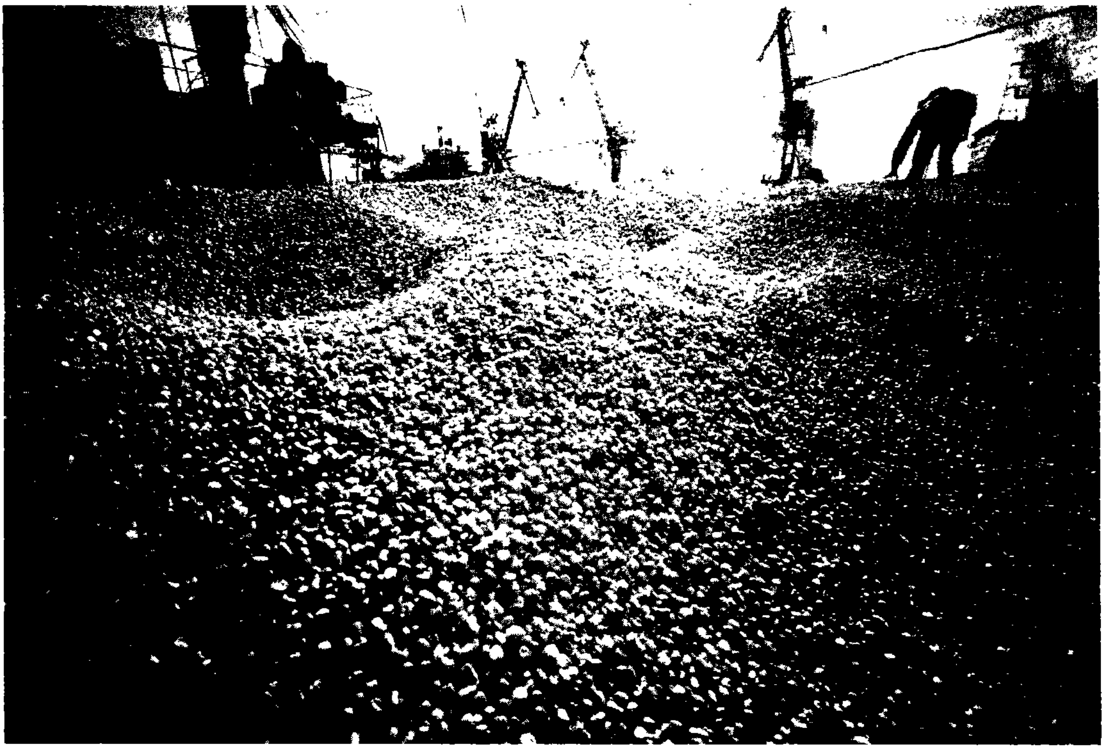
El departamento de Boyacá es uno de los ocho departamentos de Colombia que cuenta con una importante población de pequeños agricultores. Su superficie es de 23.200 km^2 (el 2 % de la superficie del país) y está situado en la cadena oriental de los Andes. Su territorio, a horcajadas sobre la cordillera, se divide en varias regiones: al oeste, el valle forestal cercano al río Magdalena, en el centro los valles y altiplanos andinos y las altas montañas, y al este la región comprendida desde las laderas de los montes hasta las grandes llanuras orientales. La región andina ocupa la mayor parte del departamento.

En 1982-1983, de una población total de 1.089.387 habitantes, el 62 % era población rural. La agricultura y la ganadería representaban el 44 % del PIB regional en 1980, frente a un 24 % en todo el país. La ciudad más grande, Tunja, capital de departamento, contaba sólo con 93.000 habitantes en 1985.

El origen del campesinado de Boyacá es múltiple, ya que procede a la vez de la parcelación de las reservas indias, la división de las haciendas, el reparto por herencia, la compraventa de tierras y la colonización de los terrenos baldíos. La reforma agraria puesta en marcha en 1961 en Colombia tuvo muy pocos efectos en la distribución de tierras del departamento. En Boyacá, de las 388.982 explotaciones agrícolas censadas en 1981, el 80 % tenían menos de cinco hectáreas.

La mayoría de los campesinos de Boyacá viven dispersos en el campo. Pese a su origen chibcha, hoy en día hablan español y son de religión católica. Labran sus tierras con el arado de bueyes y cavan con el azadón. Tienen familias numerosas (el 68 % de 6 miembros o más), que viven difícilmente en sus minifundios y han de buscar trabajo en otros lugares (el 27 % de la población activa de la cordillera tiene que emigrar entre los 16 y los 25 años, en la mayoría de casos de modo definitivo). Los que permanecen siguen cultivando el maíz y la papa, que constituyen la base de su alimentación, además de un poco de trigo, cebada, legumbres, fríjoles verdes y tabaco. Viven en casas de piso de tierra, con techos de arcilla cocida. Se casan muy jóvenes y mueren antes de los 60 años. Practican la ayuda mutua entre vecinos y transportan sus productos a los mercados de las aldeas, a caballo o a hombros.

El analfabetismo afecta al 30 % de la población. Es más elevado en el campo y más extendido entre las mujeres. La escolarización es muy escasa en las regiones rurales, donde en el mejor de los casos las escuelas existentes permiten que los niños lleguen hasta el tercer año de primaria. La seguridad social apenas beneficia al 1 % de los trabajadores agrícolas, y las enfermedades que más les afectan son las debidas a las aguas contaminadas (disentería, tifus y gastroenteritis). El 77 % de las casas rurales carece de agua potable, electricidad o fosas sépticas.



La agricultura capitalista está muy expandida en Argentina. G. Gorgoni/Contact

En encuestas realizadas recientemente, las observaciones más corrientes y generales fueron las siguientes:

- existencia de una gran diversidad de situaciones en el interior de este campesinado, en función de factores tales como la calidad de los suelos, la naturaleza de los productos y los servicios de comercialización;
- enorme capacidad de trabajo familiar, que permite a los campesinos soportar una situación muy desfavorable;
- inseguridad derivada de las variaciones climáticas, las variaciones de los precios de los productos y de los costes y las dificultades de comercialización, que hace que los campesinos traten de reducir los riesgos cultivando varios productos en sus parcelas, dejando parte de sus tierras para el ganado y utilizando al máximo los terrenos. Asimismo, experimentan nuevos cultivos.

Las mayores dificultades para el desarrollo del campesinado de Boyacá son las seis siguientes:

a. dificultad de acceso a la tierra que no sean parcelas exiguas (minifundios);
b. precios de los productos agrícolas que aumentan continuamente, y problemas inherentes a la utilización incorrecta de plaguicidas, lo que da lugar a numerosos problemas ecológicos y sanitarios para los campesinos y los consumidores;
c. falta de créditos baratos para los pequeños propietarios, con facilidades de reembolso. Cuando a comienzos de los años 1980 se emprendió el programa de desarrollo rural integrado (DRI), menos del 6 % de los cultivadores de menos de 3 hectáreas pudieron beneficiarse;
d. comercialización anárquica, en la que los intermediarios hacen la ley y los precios se hunden en el momento de las cosechas;
e. predominio de ciertos valores culturales que impiden una movilización activa de los campesinos para mejorar su situación. Por ejemplo, aunque el 90 % de ellos piensan que los gobiernos no favorecen al campesinado, el 85 % sigue votando por uno de los dos partidos tradicionales;

f. insuficiencia de los ingresos que la familia campesina obtiene de su parcela de tierra, lo que provoca la emigración.

A pesar de todas estas dificultades, el mundo campesino de Boyacá no es pasivo, sino que se mueve mucho más de lo que podría pensarse. Los campesinos buscan nuevos cultivos, abandonan en parte los cultivos tradicionales, establecen relaciones con la agroindustria, trabajan a domicilio para pequeñas empresas de las ciudades, se dedican al artesanado, envían parte de su mano de obra a la ciudad y a otras regiones campesinas para dedicarse incluso a cultivos prohibidos como la coca, etc. En esta búsqueda de nuevas posibilidades, el campesinado evoluciona en corrientes muy complejas de personas, bienes, dinero, conocimientos, etc. Incluso los que emigran definitivamente, mantienen vínculos permanentes y variados con sus familias.

Las comunidades campesinas de la sierra peruana[8]

Los Andes peruanos se componen de una serie de mesetas y altiplanos caracterizados por la sequedad y el frío, y rodeados de altas cumbres. Las crestas montañosas se elevan de norte a sur de 4.500 a 6.000 metros, y los picos se sitúan en su mayor parte entre los 4.800 y los 5.300 metros.

El maíz se produce desde el nivel del mar hasta unos 3.400 o 3.500 metros de altitud, la avena y la cebada hasta 4.000 metros, y la papa hasta 4.200 metros. Llamas y carneros pastan en las estepas herbosas de la puna hasta los límites superiores de la vegetación (de 4.600 a 4.800 metros). En estas montañas, la característica climática principal es la alternancia de una estación seca y una estación húmeda, de importancia desigual.

En estas regiones viven unas 3.500 comunidades indias campesinas con una población del orden de medio millón de familias aproximadamente. Según las encuestas realizadas por Adolfo Figueroa en la sierra del sur, la media de personas por familia es de 4 a 5, lo que representa de 2 millones a 2 millones y medio de comuneros.

La mayoría de las explotaciones de estas comunidades son muy pequeñas. Según el censo agrícola de 1972, el 82 % de las 1.560.000 explotaciones de menos de 5 hectáreas del Perú estaban situadas en la sierra. A estos minifundios deben añadirse los terrenos de los pastos comunales.

Las tierras pertenecientes a cada familia se dividen en múltiples parcelas, que van de 10 a 80 según los casos. Esta fragmentación de las parcelas cultivadas, que no exceden por lo general de 5 hectáreas por familia en total, diversifican los riesgos y permiten cultivar diferentes tipos de cosechas complementarias.

Estas comunidades ofrecen varias características principales. Por una parte, la cantidad y calidad de los recursos disponibles son insuficientes para garantizar la reproducción del grupo familiar. La mayoría de las veces son tierras marginales, de mala calidad y en pendientes pronunciadas. La mayor parte de las familias no dispone de servicios de regadío y los pastos comunales son de escasa capacidad forrajera.

Cada comunidad dispone de un territorio determinado, a menudo reconocido legalmente, en el interior del cual las tierras se utilizan sobre una base en parte comunal y en parte privada, y pertenecen a diferentes familias. La mayor parte de las tierras agrícolas son objeto de explotación individual, por familias. En cambio, los pastos se utilizan con un criterio comunitario.

Los recursos de tierra están distribuidos de modo desigual entre las diferentes familias de la comunidad, pero esta desigualdad no conduce a una concentración excesiva en manos de unas pocas familias. La composición de las familias y de la fuerza de trabajo no muestra variaciones considerables, y la familia nuclear es corriente. El nivel de instrucción de los miembros de la comunidad es bajo. Las tres cuartas partes de los cabezas de familia no han completado el ciclo de la enseñanza primaria.

Los recursos de las familias (fuerza de trabajo, tierras, animales y aperos) se destinan a la producción agrícola o animal, a producciones artesanales o a servicios diversos: fabricación de productos alimenticios (chuño, chicha, quesos, cecina), confección de vestidos, mantas, ponchos, fabricación de cuerdas, construcciones, recogida y tala de leña combustible, actividades comerciales, de transporte y artesanales, o búsqueda de ingresos pecuniarios mediante el empleo estacional.

La tecnología que emplean las familias para

la producción agrícola carece de productos modernos. Se emplean abonos y pesticidas, pero las familias que recurren a estos productos son una minoría. Las familias no utilizan semillas mejoradas ni pastos cultivados, ni disponen de animales seleccionados.

Las diferentes actividades productivas están vinculadas entre sí. Las familias tejen la lana producida; los animales sirven a la vez para trabajar, como ahorro en caso de necesidad y para el suministro de abonos. Las familias se intercambian el trabajo sobre la base de viejas tradiciones andinas.

Hoy día la reforma agraria ha llegado a buena parte de las haciendas grandes y medianas de la sierra. Así, sólo un 10 % aproximadamente de la población campesina de la región sigue vinculada a las haciendas mediante unas relaciones precapitalistas. La gran mayoría vive con una economía reducida, cada vez más integrada en el mercado.

Se calcula que la mitad de la producción agrícola es para el autoconsumo, y que la otra mitad se vende. La composición de los ingresos monetarios de una familia típica de la sierra era la siguiente a comienzos de los años 1980: 37 % por la venta de productos agrícolas y ganaderos, 24 % por la venta de bienes y servicios diversos, 22 % por el trabajo asalariado local y 17 % por trabajos exteriores, a raíz de migraciones estacionales.

Así, pues, la proporción más importante de los ingresos de las familias depende de los precios del mercado, tanto para los productos vendidos como para los productos comprados y del nivel de los salarios. Esta integración en el mercado ha aumentado considerablemente desde los años cincuenta. Antes las familias sólo compraban algunos productos en el mercado: azúcar, sal, combustibles domésticos, coca y aguardiente. Hoy en día, los productos manufacturados urbanos han invadido el campo: alimentos elaborados, como pastas, arroz, latas de conserva, aceite comestible, vestido y calzado, jabones y detergentes, radios y tocadiscos, discos y pilas para las radios, cerveza y bebidas gaseosas, abonos, plaguicidas o productos plásticos. Todo esto significa que los campesinos han de vender más para comprar más.

Un aumento de los intercambios implica obviamente que aumenta la influencia de la evolución de los mercados en el nivel de vida de los campesinos. Esta evolución ha sido por lo general negativa desde los años sesenta. Mientras que los ingresos medios del conjunto de los peruanos se duplicaron entre 1970 y 1975 en términos reales, el crecimiento económico de la economía campesina de la sierra fue muy lento entre 1950 y 1974, y la aguda crisis que sufre la economía del país desde 1975 no ha hecho más que agravar la situación. Hoy día esta economía sufre los impactos de la crisis general: el PNB ha disminuido, el índice de inflación ha aumentado, las pequeñas manufacturas rurales tradicionales han sufrido los efectos de la penetración de los productos industriales del mercado capitalista y los productos alimentarios de la agricultura andina (papas, maíz, cebada, trigo, leche) sufren la competencia en las ciudades de los alimentos elaborados o importados. Por otra parte, la población serrana sigue aumentando lentamente, mientras que sus recursos disminuyen.

Hace algunos decenios el papel esencial de esta economía campesina consistía en producir alimentos baratos para las ciudades. Hoy día, este papel va en disminución y la función esencial de la economía consiste sobre todo en producir trabajo barato para los mercados locales o mercados más alejados, a través de las migraciones estacionales cuya intensidad y duración van en aumento.

Algunos ejemplos de campesinados proletarizados

El proletariado y semi proletariado rural en Argentina

En Argentina, el desarrollo capitalista se ha introducido en las actividades agrícolas en la totalidad del territorio, de modo mucho más generalizado que en otros países de la región. En 1980, solamente el 10 % de la población total dependía de la agricultura, frente al 16 % en 1960, o sea 2,8 millones de personas, de las cuales el 87 % eran proletarios o semiproletarios y sus familias.

Según los autores[9] en los que basamos nuestro análisis, la composición de la población activa agrícola de la Argentina en 1980 era la siguiente:

CUADRO 1.

Grupos sociales	Número	Porcentaje
Burguesía	7.326	0,6
Pequeña burguesía desahogada	93.776	8,0
Pequeña burguesía pobre	47.002	4,0
Proletarios y semiproletarios	1.024.070	87,4
Total	1.172.174	100,0

Fuente: cuadro preparado a partir de los censos de población.

La *burguesía* está constituida por los grandes empresarios, propietarios de haciendas agrícolas. Una elevada proporción de sus miembros forman parte de grupos empresariales y de negocios cuyas actividades se desarrollan no solamente en el plano agrícola, sino también en otros sectores. No todos los grandes propietarios agrícolas están incluidos en la categoría indicada en el cuadro, que se basa en la clasificación de la población activa. Ahora bien, en los censos, los terratenientes que arriendan la totalidad de sus tierras se clasifican en la categoría de la población económicamente inactiva. El terrateniente que vive de las rentas de sus tierras es bastante frecuente en Argentina.

La *pequeña burguesía* comprende diferentes categorías de empresarios agrícolas conocidos con los nombres de colonos, chacareros, contratistas y pequeños y medianos productores, y se divide en dos subgrupos: la *pequeña burguesía desahogada* y la *pequeña burguesía pobre*. Antes de 1980, los primeros eran casi el doble de los segundos. Parece ser que con la crisis del endeudamiento de las economías agrícolas regionales en los años ochenta, la pequeña burguesía agrícola desahogada ha disminuido. En efecto, en los sistemas agrícolas algodoneros, como los de las provincias del Chaco y de Formosa, y en la fruticultura y horticultura (Río Negro, Cuyo) los pequeños productores endeudados han perdido sus chacras, lo que ha dado lugar a un nuevo proceso de concentración de la propiedad.

El *proletariado y el semiproletariado* constituyen un 87,4 % de la población agrícola activa, y por consiguiente son la gran mayoría de los productores agrícolas. Los datos disponibles no permiten distinguir entre uno y otro. Sin embargo, algunos antecedentes hacen pensar que los proletarios pobres son, con mucho, los más numerosos. El nivel de salarios de estos proletarios agrícolas disminuyó entre 1974 y 1978 y aumentó a continuación, sin alcanzar no obstante el nivel de antes de 1974. En todo caso, la tendencia de sus salarios no ha seguido la tendencia de baja generalizada registrada en Argentina en el decenio de 1980. Este proletariado agrícola vive en localidades de menos de 2.000 habitantes, o directamente en el campo, lo que contribuye a su aislamiento y no facilita su sindicalización. En el decenio de 1980, menos del 4 % de los asalariados agrícolas estaban sindicados.

En Argentina la población agrícola activa es poco numerosa. La penetración del capitalismo dio lugar a una proletarización muy pronunciada de la mano de obra. El campesinado tradicional ha desaparecido en gran parte, salvo en algunas regiones marginales, y la concentración de la tierra en manos de la gran burguesía financiera, agrícola, industrial y de latifundistas rentistas es considerable.

Los pobladores rurales de la agricultura chilena[10]

La agricultura chilena sufrió profundas modificaciones a mediados de los años sesenta. Ante todo, una importante reforma agraria que comenzó en 1964 y se prolongó hasta 1973, expropió y redistribuyó las tierras de la mayor parte de los latifundios tradicionales. A continuación se produjo una brusca detención de esta reforma como consecuencia del golpe militar de septiembre de 1973, el retroceso de la redistribución de la tierra a los trabajadores agrícolas y la aceleración de una modernización capitalista de la agricultura bajo control de un régimen socialmente represivo y económicamente neoliberal.

El resultado de la política de los 15 últimos años ha sido la expulsión masiva de los campesinos de sus antiguos lugares de residencia: tierras anteriormente redistribuidas por la reforma agraria, de las que fueron expulsadas varios miles de familias campesinas; campesinos que recibieron parcelas pero que no estuvieron en condiciones de mantenerlas por falta de una política de apoyo y que se vieron obligados a venderlas o abandonarlas; exclusión de la mayoría de los trabajadores permanentes, que antes residían en el interior de las haciendas, a causa de la nueva agricultura capitalista; política económica de concentración del crédito y apertura del mercado chileno (hasta 1985) a las importaciones de alimentos del exterior, lo que produjo la ruina de numerosos productores de alimentos y, por último, la compra de numerosas tierras por grupos financieros que expulsaron a los campesinos que vivían en ellas.

Todos estos cambios dieron lugar a una considerable disminución del empleo permanente en el campo, particularmente en las regiones de producción frutícola y forestal, y a la aparición de un empleo temporal muy importante, que causa una fuerte demanda de mano de obra durante algunos meses y la reduce considerablemente durante el resto del año. La crisis del empleo urbano, resultante de las nuevas políticas económicas neoliberales, hizo también que numerosos trabajadores urbanos se dedicasen a actividades agrícolas temporales durante los meses de alto empleo a fin de obtener ingresos complementarios.

En el estudio de Daniel Rodríguez (véase la nota 10), hecho en 1985-1986, se observa que en siete haciendas especializadas en la fruticultura de exportación del valle del Aconcagua, durante los dos meses de empleo máximo (enero y febrero), la relación entre trabajadores temporales y trabajadores permanentes supera la proporción de 5 a 1, mientras que en los meses de menor empleo (de mayo a septiembre) el número de temporeros es igual o inferior al de permanentes. En los tres meses de máxima ocupación (de enero a marzo), gran número de mujeres y estudiantes urbanos se incorporan a actividades de cosecha o a los trabajos de elaboración de la fruta.

Los campesinos expulsados de sus antiguos lugares de residencia se han instalado en pequeñas aglomeraciones, la mayor parte de las cuales no existían antes, llamadas poblaciones, poblados, aldeas o villorios. Estas aglomeraciones se encuentran en tierras públicas nacionales, a veces incluso en antiguas estaciones de ferrocarril abandonadas, en torno a antiguas aldeas o en los alrededores de las ciudades.

Se calcula que hacia 1980, vivían en estos poblados rurales entre 200 y 250 mil familias, lo que representa una población total de un millón de personas. Después, su número ha ido en aumento por causa de las nuevas expulsiones y del crecimiento demográfico. En general, la urbanización de estos poblados es muy insuficiente y faltan los servicios más elementales, salvo cuando se encuentran en las cercanías de ciudades de tamaño medio.

Encuestas realizadas en algunos de estos poblados a comienzos de los años ochenta muestran que sólo el 10 % de los que habitaban en ellos tenían empleos permanentes, bien en la agricultura o en las ciudades. Los que trabajaban regularmente en la agricultura eran hombres adultos de mediana edad. Los trabajadores regulares de las ciudades eran obreros o mujeres empleadas en servicios domésticos. Una parte de los que trabajaban en la ciudad eran beneficiarios del programa de empleo mínimo establecido por el gobierno para atenuar las consecuencias sociales del desempleo. El resto, es decir la mayoría, trabajaba estacionalmente en la agricultura o en actividades del sector urbano informal. De encuestas realizadas en diferentes regiones se desprende que el 55 % de los pobladores rurales trabaja en la agricultura, el 25 % en la ciudad y el 20 % en programas de empleo mínimo.

El problema más grave de estas poblaciones es la inseguridad y la fluctuación de los ingresos. Algunos sólo obtienen ingresos durante períodos que van de 1 a 6 meses al año. Por lo general, alrededor del 70 % de los habitantes de estos poblados se encuentran en esta situación, lo que da lugar a una situación general de extrema pobreza.

Si se piensa que en 1986-1987 la fuerza total de trabajo de la agricultura chilena era de 764.000 personas, o sea el 18 % de la fuerza de trabajo total, y que de los 420.000 asalariados agrícolas, 300.000 eran «estacionales» o «temporeros», puede verse la gravedad social de este problema, que es consecuencia de la modernización autoritaria y neoliberal de la agricultura impuesta al país desde hace 15 años.

Los «boias frias» del estado de São Paulo (Brasil)[11]

Si bien este proceso ya había empezado anteriormente en el Brasil, con los gobiernos autoritarios posteriores a 1964 se acelera la penetración directa del capital en la agricultura. La política de fomento y subvenciones del gobierno será fundamental para el proceso de modernización agrícola, que no afecta por igual a todas las regiones. Algunas son más dinámicas o están más favorecidas por las políticas oficiales que otras. Asimismo, algunos productos de exportación (soja, naranja) o destinados al mercado agroindustrial interno (caña de azúcar para la fabricación de alcohol) reciben un apoyo más importante.

El estado de São Paulo, con 248.000 km^2 (3 % de la superficie del Brasil) y 25 millones de habitantes en 1980 (21 % de la población del país) proporciona el 37,5 % de la producción nacional y, con el Estado de Minas Gerais, aporta casi los dos tercios del producto interno agrícola.

En São Paulo puede observarse, de modo más evidente que en otros lugares, las transformaciones que ha producido la modernización agrícola desde el punto de vista de la utilización de la fuerza del trabajo. Este fenómeno se manifiesta sobre todo en detrimento de las pequeñas explotaciones, mediante la multiplicación de las diferentes modalidades de trabajo estacional. A comienzos de los años 80 había 35 grandes latifundios *por dimensión*[12], con un total de 900.000 hectáreas, de las cuales menos del 10 % estaban cultivadas (75.000 hectáreas), y que empleaban a 5.600 asalariados permanentes y 4.500 estacionales; 114.000 latifundios *por explotación*[13], con 16,4 millones de hectáreas, de las cuales 9,5 millones estaban cultivadas y en las que trabajaban 560.000 trabajadores, de los cuales 344.000 eran estacionales; 20.000 *empresas rurales*[14], con 2,9 millones de hectáreas, de las cuales el 95 % se utilizaban, y empleaban a 221.000 trabajadores, de ellos dos tercios estacionales y un tercio permanentes; y, finalmente, 131.500 *pequeños minifundios*[15], con 1,6 millones de hectáreas. Los minifundios ocupaban a 250.000 personas, con las que trabajaban los jefes de explotación y sus familiares.

Observaremos, pues, que la mayoría de la mano de obra empleada por los latifundios en las empresas rurales se compone de trabajadores estacionales o irregulares, denominados «boias frias»[16].

Los *boias frias* constituían en 1975 una masa de trabajadores de unos 3,3 millones de personas, es decir, casi los dos tercios del total de los asalariados agrícolas de la época (4,8 millones de personas). Hoy día, puede calcularse que el número de *boias frias* asciende por lo menos a 4 millones de personas. En el estado de São Paulo, eran unos 500.000 en 1980, procedentes de la expulsión masiva de trabajadores rurales que vivían en las grandes haciendas. El hecho de que no se hayan integrado en el mercado de trabajo urbano entraña la constitución de una masa heterogénea de trabajadores que participa de manera temporal en los trabajos de las empresas agrícolas. Es una población bastante diversificada, que va desde el pequeño productor que necesita completar sus ingresos familiares hasta el trabajador que ha perdido todas sus tierras y vive en la periferia de las ciudades y cuya única posibilidad de supervivencia es emplearse en las empresas agrícolas en los momentos de más trabajo, dedicándose a pequeños oficios entre dos cosechas.

En el estado de São Paulo, donde predomina esta segunda categoría, su aumento rápido se debe sobre todo al desarrollo del cultivo de caña de azúcar para el plan *Pro alcohol*. Las superficies cultivadas de caña ascienden a 1,8 millones de hectáreas, lo que representa un tercio de todas las tierras cultivadas en el estado. Otra producción que ha adquirido gran importancia en São Paulo y que ha contribuido también considerablemente al empleo de los *boias frias* son las plantaciones de naranjos. Por lo general, los *boias frias* no son contratados directamente por las empresas agrícolas, sino por intermediarios llamados «gatos», que los transportan a su lugar de trabajo, los vigilan y retienen una parte del salario como remuneración por su actividad. Esta situación, y la pobreza e inseguridad a que da lugar, originó el movimiento social de *boias frias* que estalló en mayo de 1984 en la localidad de Guariba, desde donde se extendió a diferentes regiones de monocultivo del estado. La región de Riberao Preto, en la que está situada Guariba, es la zona agrícola más desarrollada, con una agricultura capitalista. Concentra más de 30 agroindustrias de azúcar y alcohol y un cultivo de caña de más de 600.000 hectáreas. La expansión de la



De 1964 a 1973 en Chile tuvo lugar una importante reforma agraria. S. Larrain/Magnum

caña se hizo a expensas de otros cultivos y provocó un acusado aumento del trabajo temporal asalariado, que se multiplicó por dos en 10 años. Como consecuencia de ello aumentó el número de trabajadores desempleados entre las dos cosechas del año. Los acontecimientos de Guariba se iniciaron el 14 de mayo de 1984, con una huelga de los *boias frias* de la fábrica de São Martinho, que protestaban por sus condiciones de trabajo. El movimiento se extendió rápidamente y, a pesar de un acuerdo con los patrones, en 15 días estallaron conflictos similares en cuatro puntos del estado, con participación de 48.000 *boias frias*. Las negociaciones entabladas dieron lugar a 27 acuerdos diferentes. Estos movimientos se produjeron durante todo el período de la cosecha y se extendieron a las plantaciones de naranjos y otros cultivos más alejados, como los de algodón, en la frontera oriental del estado. Los movimientos de huelga se reanudaron en 1985 con la participación de 30.000 *boias frias*. Esta situación condujo a una toma de conciencia de su deplorable situación y el gobierno del estado decidió tomar medidas para evitar la repetición de los conflictos, porque temía que éstos pudieran poner en peligro el proceso de democratización que acababa de empezar en el Brasil. En este contexto nació el Programa *boias frias*.

Este programa, propuesto por el gobierno del estado tras examinarlo junto con los prefectos y los representantes de los trabajadores rurales, tenía por objeto poner a disposición de trabajadores sin empleo tierras no cultivadas con miras a la producción de alimentos. La producción sería propiedad de los trabajadores cultivadores, mientras que la organización de la producción y la mediación entre los trabajadores y el estado correría a cargo de las prefacturas locales y los sindicatos de trabajadores rurales. El programa se puso en marcha en 1984, a pesar de la oposición de los plantadores de caña y los fabricantes, que veían en este proyecto una amenaza de reforma agraria. En el curso de los dos primeros años (1984-1985 y 1985-1986), siete municipios realizaron cultivos ali-

mentarios en tierras puestas a disposición del programa. En el primer año, 95 familias cultivaron 201 hectáreas, y en el segundo 131 familias cultivaron 633 hectáreas.

El programa ha continuado. A pesar de la limitación de las tierras puestas a su disposición y la falta de un impacto significativo para resolver la situación de inseguridad y pobreza de la inmensa mayoría de los *boias frias* del estado de São Paulo, el programa ha demostrado lo siguiente:

a. que los *boias frias* de la actual generación se identifican como poblaciones rurales y aspiran a una parcela de tierra para producir parte de su subsistencia.
b. que los *boias frias* integran fácilmente esta actividad de producción directa de alimentos en su estrategia de supervivencia, y consiguen buenos resultados;
c. que sus estrategias familiares se ajustan a sus múltiples actividades, entre las cuales figura el cultivo de la tierra, para cubrir sus necesidades alimentarias.

Estrategias campesinas de defensa y supervivencia

¿Qué queda de los campesinos tradicionales de América latina? A pesar de la modernización, que se acelera desde hace unos 20 años, y de la proletarización que ha causado en los lugares donde más se ha desarrollado, los campesinos –término que designa las empresas agrícolas familiares en las que la familia es el núcleo esencial de producción y consumo– siguen siendo mayoritarios en las regiones rurales del continente. Hacia mediados de los años setenta, constituían una población de 60 a 65 millones, esto es, un poco más de la mitad del total de la población rural y una quinta parte de la población total de la región[17]. Vivían fundamentalmente de la explotación de 13,5 millones de unidades productivas, con una superficie media de 10 hectáreas, de las cuales 4,7 eran cultivables o estaban dedicadas a cultivos permanentes. Por término medio, cosechaban 3,1 hectáreas cada año.

En 1984, se calculaba que el número de unidades campesinas era de 16 millones, con una población total de 75 millones, lo que representaba el 60 % de la población rural de la región. Sobre una superficie cultivable (tierras destinadas a cultivos anuales o a plantaciones permanentes) de 165,6 millones de hectáreas, el campesinado controlaba 60,5 millones, o sea el 38 % del total. De los 110 millones de hectáreas cosechadas en 1983, unos 50 millones correspondían a la pequeña agricultura familiar, la cual controlaba también el 24 % de los bovinos y el 78 % de los porcinos. El 40 % del total de las explotaciones familiares tenía menos de dos hectáreas, lo que, junto con la escasez de sus demás recursos, explica la importancia alcanzada por el proceso de semiproletarización. En algunos países, como Jamaica y El Salvador, las explotaciones más pequeñas, de menos de dos hectáreas, representaban más del 75 % del total de explotaciones familiares.

La agricultura campesina produce ante todo alimentos. A comienzos de los años setenta, proporcionaba el 41 % de la producción agrícola destinada al mercado interno. Para algunos productos esenciales de la alimentación popular como el maíz, los fríjoles y las papas, representaba, respectivamente, el 51 %, el 77 % y el 61 % de la producción total. Esta agricultura es importante también en lo relativo a la exportación: el 32 % del total de la producción exportada procedía de la agricultura familiar, y en el caso del café esta proporción ascendía al 42 %.

Aunque la agricultura campesina siga destinando una parte de su producción al autoconsumo, hoy día está cada vez más integrada en el mercado, como muestran los ejemplos de campesinos tradicionales examinados anteriormente. Es precisamente la creciente integración en el mercado lo que plantea una de las principales dificultades, ya que las condiciones de comercialización de estos productos son siempre desfavorables, como se ha visto en el caso de los campesinos de Guerrero y de Boyacá, o de las comunidades de la sierra peruana. El precio de venta de estos productos suele ser bajo, bien a causa de los productos o por razón de las condiciones de comercialización. Los principales motivos son los siguientes: las políticas de precios de los gobiernos tratan de mantener un bajo nivel de precios de los alimentos esenciales para evitar el impacto económico y político sobre el costo de vida de las poblaciones urbanas; la oferta dispersa de numerosos pequeños agricultores hace que los mercados estén dominados por intermediarios, mayoristas u otros, que se ponen de acuerdo para pagar lo menos posible al pequeño productor, el cual,

estando necesitado de dinero y no disponiendo de buenas condiciones de almacenamiento, se ve obligado a vender gran parte de su producción inmediatamente después de la cosecha, a bajo precio, al mismo tiempo que la falta de crédito rural institucional le obliga con frecuencia a endeudarse con los intermediarios, que más tarde le pagan el precio que quieren por sus cosechas (venta de la cosecha en pie).

Una situación parecida se presenta en lo referente a la compra de los artículos que necesitan los pequeños productores, bien sea para el consumo o para la producción. Los comerciantes que les suministran productos se encuentran generalmente en situación de monopolio o casi monopolio. Por otra parte, el mal estado de las infraestructuras de comunicación y almacenamiento aumenta considerablemente los costos de comercialización. Por último, la insuficiencia o la debilidad de las organizaciones cooperativas de pequeños productores les impide comprar o vender en buenas condiciones.

El ingreso familiar de los pequeños productores campesinos tiene diversos orígenes, como hemos visto en los casos examinados. Sus principales fuentes son, por una parte, el autoconsumo y, por otra, los ingresos monetarios procedentes de la venta de los productos agrícolas o animales, los productos artesanos o su fuerza de trabajo. En la medida en que disminuye el tamaño de sus explotaciones, los ingresos varios tienen que aumentar de importancia, en particular la venta de la fuerza de trabajo. Sin embargo, las ganancias procedentes de esta semiproletarización son limitadas, bien porque las posibilidades de trabajo externo son reducidas y están muy concentradas en determinados momentos del año o porque la semiproletarización creciente y la existencia de una masa abundante de proletarios rurales permite a los empresarios agrícolas pagar poco este trabajo. Los mercados laborales están dominados por los contratistas, sin la contrapartida de organizaciones sindicales eficaces que defiendan a estos semiproletarios o proletarios agrícolas. El caso de los *pobladores* chilenos o de los *boias frias* es un buen ejemplo de esta situación. Solamente los movimientos generalizados de huelga en el momento de las cosechas, que no se producen frecuentemente, permiten negociar mejores condiciones de trabajo y salarios más elevados.

Existen algunos estudios, por desgracia de difícil disponibilidad y no siempre recientes, que permiten conocer los diferentes orígenes de los ingresos familiares de los campesinos. En Chile, una encuesta realizada en 1974-1975 entre un grupo de pequeños productores minifundistas indica que el 79 % del ingreso procedía de las producciones agrícolas de sus parcelas, el 7 % de producciones no agrícolas, el 13 % de actividades fuera de sus tierras y el 2 % de otros orígenes. En Guatemala, encuestas realizadas entre los minifundistas de dos regiones diferentes en 1978 indicaban que el 40 % y el 45 % de los ingresos procedían de producciones agrícolas propias, el 5 % de producciones no agrícolas y el 46-47 % de trabajos exteriores[18].

Los indicadores demográficos y de otro tipo demuestran que el campesinado latinoamericano aumenta en número y unidades de explotación (al tiempo que disminuye el tamaño medio de estas explotaciones). Simultáneamente se observa, en algunas regiones, una acusada penetración de la modernización capitalista y un proceso de proletarización y abandono de la actividad campesina. Hemos estudiado tres casos de este proceso (Argentina, Chile y estado de São Paulo, en Brasil). Hoy día se observan situaciones muy diferentes en el espacio rural latinoamericano, incluso dentro de cada país. En Venezuela, por ejemplo, mientras que en los estados cercanos a Caracas y Valencia el campesinado disminuye claramente, en los estados de los Llanos aumenta. Es evidente que el proceso de disminución del campesinado es mayor donde la mejor calidad de la tierra, los servicios de regadío y las posibilidades de mercado de los productos de exportación o para la agroindustria interna han dado lugar a una penetración más pronunciada de la modernización capitalista. La elevación del precio de la tierra, combinada con esa penetración, contribuye a la expulsión y proletarización de los pequeños campesinos. Lo propio cabe decir de los lugares en que las condiciones de producción facilitan una extensa mecanización de las actividades (producción de soja en grandes monocultivos, por ejemplo).

¿Cuáles son las estrategias campesinas de defensa y supervivencia frente a esta modernización que está produciendo en América latina una nueva concentración de tierras y la sustitución, cuando conviene a los empresarios, de mano de obra por capital?

En primer lugar, consisten en una intensifi-

cación y diversificación de las actividades productivas de las tierras que poseen, lo que les conduce a aumentar la inversión interna de su recurso más abundante: la fuerza de trabajo familiar. Los campesinos utilizan esta fuerza para la tala de bosques, el desbroce y clareo de sus campos, la mejora de los servicios de drenaje y regadío, la protección de sus tierras contra las amenazas de inundación, etc.

En segundo lugar, los campesinos adoptan ciertos cambios tecnológicos que están a su alcance: mejores semillas, abonos químicos y pesticidas. Estas tecnologías permiten compensar la insuficiencia de tierras mediante la obtención de rendimientos más altos. Si no las adoptan de manera más frecuente, se debe en parte al costo excesivo de estos productos en relación con sus medios, y en parte también a que muchas veces sus costos son más elevados que los ingresos complementarios que pueden obtener de un suplemento de producción (dadas las malas condiciones de comercialización). Además, a menudo no se dispone de crédito institucional para la obtención de estos nuevos factores de producción, dada su concentración preferente en favor de la gran agricultura capitalista.

En tercer lugar, los campesinos están dispuestos a optar por las nuevas producciones pedidas por el mercado, que no forman parte de los cultivos tradicionales. Lo hemos visto en el caso de los campesinos de Guerrero que se dedicaron al cultivo de melón, maní, jamaica y sorgo en grano, así como en el caso de los campesinos de Boyacá, que se han dedicado al cultivo del tabaco. En la sierra de Perú, se ha observado que pequeños campesinos se dedican a producciones agroindustriales, como leche para las centrales lecheras o cebada para las destilerías de cerveza. En Brasil, donde el cultivo de la soja ha aumentado enormemente en los últimos años, las explotaciones familiares campesinas (que en dicho país alcanzan hasta 50 hectáreas) participan en este cultivo, tanto como las grandes empresas capitalistas.

En cuarto lugar, un aspecto fundamental de la estrategia de supervivencia y defensa del campesinado es el desplazamiento de la fuerza de trabajo familiar en una misma región y en otras regiones del país hacia las ciudades e incluso hacia el extranjero, para aumentar los ingresos suplementarios. Esto merece un análisis a fondo, que no podemos hacer aquí, del fenómeno de las migraciones rurales, cuya importancia ha aumentado considerablemente en los últimos decenios. Estas migraciones pueden ser del sector rural a otro sector rural, o del sector rural al sector urbano de un mismo país, o incluso pueden ser transfronterizas con los países vecinos. Pueden ser definitivas, de larga duración o estacionales. Pero incluso los casos de las migraciones hacia las ciudades, que parecen definitivas, no lo son del todo o, en cualquier caso, no cortan los vínculos de los campesinos con sus lugares de origen, como también ha demostrado Bryan-Roberts en el caso de Lima[19]. Muchas poblaciones de emigrados de la pequeña agricultura a las grandes ciudades de América latina (Lima, São Paulo, Quito) mantienen los vínculos y las prestaciones de servicios entre el campo y los suburbios, vínculos que son bastante complicados y desempeñan un papel importante en la subsistencia de las pequeñas agriculturas campesinas. Asimismo, en México la emigración estacional de mano de obra a los Estados Unidos, incluso la que dura varios años, desempeña un importante papel económico en la subsistencia de la pequeña agricultura campesina del centro-sur del país.

Por último, un elemento de las estrategias de defensa y supervivencia del campesinado latinoamericano que le permite mantener y reforzar su importancia es la colonización de las tierras vírgenes. Entre 1950 y 1980 se incorporaron al espacio agrícola de América latina más de 200 millones de hectáreas gracias a la ocupación de nuevas tierras, que en gran parte están situadas en las regiones tropicales húmedas, sobre todo en la Amazonia brasileña y de los países andinos. En el Brasil, este proceso supuso la incorporación de 133 millones de hectáreas a la explotación agrícola y ganadera[20]. Estas regiones de frontera están dominadas a menudo por grandes latifundios extensivos que, a medida que se van revalorizando las tierras, caen en poder de las burguesías urbanas, las sociedades multinacionales o las oligarquías locales, a expensas de los pequeños campesinos que las habían ocupado primero. Ello ha dado lugar también a la ampliación del número y las dimensiones de las explotaciones de la pequeña agricultura familiar. Un buen ejemplo, bien estudiado, es la colonización de las tierras fronterizas de los Llanos colombianos[21]. En 1951, el departamento de Meta, situado en esta región, tenía solamente 66.000 habitantes. En 1985, la

población era de 412.000 habitantes. Los factores que contribuyeron a la sextuplicación de la población en unos 30 años fueron el final de la violencia (que fue una verdadera guerra civil) en los Llanos (mientras proseguía en otras regiones del país), el hecho de que la mayor parte de las laderas de tierra fértil en la que se instalaron los colonos se había mantenido, durante los años cincuenta, virgen y cubierta de sus bosques originales, la política que llevó a cabo el Estado al final de los años cincuenta, con sus programas de colonización de la región, y la existencia de una importante población minifundista en los departamentos andinos vecinos, afectados por la violencia (Cundinamarca, Boyacá, Tolima) que emigró a esta región.

Vemos pues que, a pesar del contexto político y económico dominante en sus sociedades, o sea, la existencia de una modernización capitalista que los excluye y los margina, proletarizándolos, así como de su pobreza y falta de recursos, el medio ambiente hostil y desfavorable desde el punto de vista de la calidad de las tierras, la topografía y las infraestructuras, la debilidad de sus organizaciones y su retraso con respecto a las oportunidades culturales que ofrece la sociedad moderna, los campesinos latinoamericanos representan aún una proporción sustancial de las poblaciones rurales de la región y que, incluso cuando están proletarizados y urbanizados, no pierden completamente sus vínculos con un modo de vida y unos valores que les han marcado a lo largo de generaciones.

Finalmente, podría afirmarse incluso que la combinación de un fuerte crecimiento demográfico y de la incapacidad del sistema industrial urbano de absorber todos los excedentes de mano de obra que crea la modernización capitalista en el campo está en vías de recrear un campesinado agrícola, como refugio para millones de habitantes rurales, que el contexto estructural de la modernización impide que se proletaricen completamente.

(Traducido del francés)

Notas

1. En el período 1934-38, el 24 % del total de las exportaciones agrícolas procedía de América latina, siendo Argentina uno de los mayores exportadores. En los años 80, América latina producía sólo el 11-12 % del total de las exportaciones agrícolas mundiales.

2. Julio César Neffa, *El Trabajo Temporario en el Sector Agropecuario de América latina*, OIT, Ginebra 1986.

3. *Potencialidades del Desarrollo Agrícola y Rural en América latina y el Caribe*, Anexo II, Pobreza Rural, FAO, Roma 1988.

4. Esta sección se basa en la tesis doctoral de Adán Aguirre Benítez titulada «L'Économie paysanne, le capitalisme et les mouvements sociaux dans l'Etat de Guerrero (Méxique) 1960-85» presentada en el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Universidad de París III, en diciembre de 1988.

5. *Ejidos*: grupos de pequeños campesinos que utilizan la tierra creada por la reforma agraria de manera individual o colectiva. *Comunidades*: asociaciones tradicionales de pequeños campesinos.

6. La «jamaica» Hibiscus Sinensis es una planta cuyas flores se emplean para preparar bebidas refrescantes.

7. Esta sección se basa en la tesis doctoral de Manuel Torres Navarrete titulada «Étude de l'agriculture paysanne traditionnelle de Boyacá (Colombie)» presentada en el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique latine, Universidad de París III en mayo de 1988.

8. Esta sección se basa especialmente en los libros de Efrain González Olarte y Alonso Figueroa sobre las comunidades campesinas del Perú. Ver Javier Iguiñiz (ed.) «La Cuestión Rural en el Perú», Universidad Católica Pontificia del Perú, Lima 1983. Ver también *Paysans de l'Amérique des Cordillères*, Etudes Rurales, París, núm. 81-82, enero-junio 1981.

9. Esta sección se basa en el estudio titulado «La Situación de la Población Agrícola en la Argentina Actual» de Nicolás Iñigo y Jorge Podestá presentado en el «Seminario Internacional sobre Agricultura Latinoamericana: crisis, transformaciones y proyecciones», Punta de Tralca, Chile, septiembre 1988.

10. Esta sección se basa en «Pobladores rurales: una nueva realidad», GIA, Santiago, Chile: Sergio Gómez y Jorge Echenique,

«La Agricultura Chilena: las dos caras de la modernización», FLACSO, AGRARIA, Santiago 1988; y Daniel Rodríguez, «El Mercado del Trabajo en la Fruticultura de Exportación», GEA, Santiago, 1987.

11. Esta sección se basa en los trabajos de investigación *Le Programme Boias Frias dans l'Etat de São Paulo: strategies officielles, réponses paysannes* (D'Incao, Itacarambi y Ferreira), CIRED, París 1986 y «Paysans à venir: les sociétés rurales du Tiers Monde» de J. Chonchol, La Découverte, París 1986.

12. El área del cual es al menos 600 veces la de una explotación familiar típica, denominada módulo rural, que emplea a cuatro adultos y les proporciona subsistencia y un nivel de vida básicos.

13. El área del cual es 600 veces mayor que la de un *módulo rural*.

14. El área del cual es también 600 veces menor que la de un *módulo rural* pero en el que al menos la mitad de la superficie disponible se utiliza racionalmente.

15. El área del cual es menor que la de un *módulo rural*.

16. El nombre proviene del tipo de comida fría que suelen comer durante la jornada laboral.

17. «Agricultura campesina en América latina y el Caribe», División Agrícola Conjunta CEPAL-FAO, Santiago de Chile 1986.

18. *Ibid.*

19. Bryan Roberts, «Migraciones y economías en proceso de industrialización: una perspectiva comparada», en *Poblaciones en Movimiento*, Unesco, París, 1982.

20. «Agricultura campesina en América latina y el Caribe» op. cit.

21. Ver la tesis de Ana Isabel Díez Estenaga, «*Un cas de colonisation et de modernisation agricole: les fronts pionners des llanos colombiens*» IHEAL, París III, 1987.

Brasil: cien años de cuestión agraria

Elisa P. Reis

Introducción

El presente artículo ofrece una visión general de la cuestión agraria en el Brasil republicano, que comenzó hace cien años. ¿Cómo evolucionó la situación de los trabajadores rurales bajo el sistema republicano? Si la transición al trabajo libre señaló el proceso de modernización económica que sería cada vez más espectacular, ¿qué significó en términos sociales y políticos para la población rural? ¿Ofreció el Brasil republicano mejores perspectivas a los campesinos y a los trabajadores rurales? ¿Cuál ha sido la participación del campesinado en la *Res Publica*? ¿Es posible identificar en estos últimos cien años estructuras generales en la asimilación política de la población rural? ¿Cuáles pueden señalarse como reacciones rurales típicas al cambio de circunstancias que entraña el proceso de modernización?

Elisa P. Reis es politicóloga, profesora en el Instituto de Investigaciones de la Universidad de Río de Janeiro y en el Centro de Documentación y de Historia Contemporánea de Brasil. Ha publicado un artículo en la *RICS* (núm. 123, 1990) sobre los «Burócratas y políticos en la política brasileña actual».

Naturalmente, al abordar unas cuestiones tan amplias, el enfoque tiene que ser más bien general y superficial. Sin embargo, una reflexión sobre los procesos a largo plazo está justificada; por ejemplo, hace que tenga más sentido acudir a comparaciones macrohistóricas basadas en tradiciones teóricas con solera. Ello, a su vez, contribuye a nuevas interpretaciones teóricas y, mediante la influencia recíproca entre la teoría y las comparaciones históricas, se amplía nuestro conocimiento de la sociedad.

En las páginas que siguen se realiza un estudio macrohistórico de la suerte de la mano de obra rural en tres períodos desde 1889, centrando más particularmente la atención en las transformaciones estructurales básicas y en las reacciones más típicas de los campesinos ante los cambios en los diferentes contextos históricos[1]. Este criterio permite compensar la visión sesgada que consiste en considerar a las clases rurales más bajas como nuevas víctimas pasivas de la modernización.

Naturalmente, las reacciones de los campesinos podrían considerarse también como un condicionamiento de la población rural. Sin embargo, en situaciones de tensión, los campesinos consideran que los problemas con que se enfrentan plantean la necesidad de opciones. Asimismo, es legítimo referirse a unas «estrategias» campesinas para hacer frente al cambio ya que, dentro de los límites estrechos que permite el juego de las fuerzas estructurales los individuos tropiezan con dilemas, deben realizar opciones difíciles, correr grandes riesgos y seguir luchando por todos los medios a su disposición. Así pues, incluso cuando las opciones son pocas, arrojan luz sobre la conducta de los campesinos y nos permiten centrar la atención en mecanismos de defensa o de adaptación en condiciones de vida cambiantes. Además, aunque pueden ser limitadas, las estrategias de los campesinos demuestran la vitalidad de un estrato social cu-

ya desaparición se viene pronosticando desde hace mucho tiempo.

El primer período que se examinará aquí va desde 1890 a 1930 y corresponde al establecimiento y consolidación de la primera República Brasileña. Un bajo grado de integración económica hace necesario tener en cuenta dos estructuras básicas, considerando el Nordeste y el Centro-Sur como dos sistemas agrarios autónomos. Mientras que las peculiaridades regionales son siempre pertinentes para diferenciar a los campesinos, especialmente en países tan grandes como Brasil, después del sistema laboral basado en la esclavitud, la segmentación regional tuvo consecuencias específicas para el mercado rural de trabajo.

El segundo período se inicia en 1930 y termina en 1964. En él se producen diversos cambios de régimen: la vieja República desemboca en el movimiento revolucionario de 1930, hay una experiencia de modernización autoritaria bajo la dictadura de Vargas y un nuevo gobierno constitucional asume el poder en 1945.

Durante esta era de crecimiento y modernización impresionantes, el país rompe definitivamente con su «vocación» agraria tradicional. La industrialización y la urbanización progresan rápidamente, el Estado pasa a ser un participante cada vez más privilegiado en la producción y la legislación laboral da a las masas urbanas por primera vez un acceso legítimo a la arena política. Sin embargo, los campesinos no participan de los frutos de la modernización. En la coalición de poder existente, los grandes terratenientes impiden que la legislación laboral se extienda al campo y aseguran la supervivencia de forma de coerción extraeconómica en el trabajo. A pesar de esas rigurosas limitaciones, los campesinos encuentran procedimientos para hacer frente a las presiones de la modernización que ponen en peligro sus perspectivas de vida, sobre todo mediante las estrategias migratorias.

Si bien es cierto que la movilidad geográfica es la respuesta más habitual al cambio, desde los primeros años del decenio de 1950, se observa una incipiente movilización política de los campesinos. Impulsados por una industrialización rápida, las presiones demográficas sobre la tierra y la vuelta a unas políticas electorales que revalorizaban el voto, aparecieron esporádicamente organizaciones y movimientos de campesinos frente a una gran oposición de la clase terrateniente. Las demandas de las clases rurales bajas que desean entrar en el terreno político presentan una amenaza potencial para la continuación del dominio de los terratenientes. Así, pues, las minorías privilegiadas establecidas perciben las nuevas modalidades de reacción de los campesinos o las presiones impuestas por la modernización como un verdadero peligro. Más que nada, las demandas en pro de una reforma agraria vienen a simbolizar la «amenaza comunista» que fomenta el apoyo a un golpe militar preventivo en 1964, poniendo fin a la movilización política de los campesinos.

El tercer período dura desde 1964 a 1985, cuando el ejército en el poder se conforma con un «autoritarismo burocrático»[2]. Si bien los movimientos campesinos fueron enérgicamente reprimidos, en el período dictatorial el Gobierno se esforzó sistemáticamente por promover el proceso de desarrollo, tanto a nivel nacional como estatal, penetrando en el campo. Así, mientras la creciente movilización política campesina del período anterior se interrumpe repentinamente, las políticas agrícolas oficiales, el crecimiento del poder público en las regiones alejadas de los centros urbanos y la extensión de unos derechos sociales mínimos en el medio rural introducen cambios radicales que estimulan nuevas modalidades de respuesta de los campesinos. Las consecuencias políticas de las estrategias del régimen militar para llegar a las clases rurales más bajas deberán aún investigarse a fondo, pero una evidencia fragmentaria basta para los fines del presente documento.

En conclusión, se examinará brevemente el estado de la cuestión agraria desde la vuelta al régimen civil de gobierno en 1985. Aunque la suerte de los campesinos sigue siendo una de las «cuestiones candentes» del proceso de democratización, se ha hecho muy poco para mejorar la suerte de los sectores agrarios inferiores. Todas las partes interesadas se dedican activamente a obtener apoyo para sus respectivas causas: los grandes terratenientes se organizan en una poderosa asociación extraoficial y actúan rápidamente para formar alianzas con los pequeños propietarios contra la reforma agraria; los sectores rurales inferiores se organizan de distintos modos apropiados a sus diferentes intereses.

Mientras tanto, el Estado ha establecido un



Un campesino y sus pavos reales, Teresinha, en el noroeste de Brasil. Magnum.

nuevo departamento ministerial encargado de la reforma agraria, lo cual, si no es una garantía de que se logrará el objetivo, sí da una indicación de las modalidades de acción e inacción pública.

El formular las respuestas de los campesinos al cambio según la fórmula «salida, voz y lealtad» de Hirschman, puede contribuir a poner de relieve su especificidad analítica[3]. Según esa fórmula, las respuestas representan la reacción al «empeoramiento en empresas, organizaciones y estados». Si bien la «salida» es la típica respuesta en unas condiciones de mercado, la «voz» se refiere al terreno político. Sin embargo, no existe ninguna polaridad simple economía-política o salida-voz. En términos generales, «la salida indica el paso de una estructura a otra y la voz un modo de actuar dentro de una estructura después de que se ha tomado la decisión de permanecer»[4].

La «salida» se refiere al cambio en la fidelidad de los participantes mientras que la «voz» se basa en la «lealtad», que no corresponde necesariamente a la legitimación. Lo que la «voz» entraña siempre es la decisión de seguir en el juego, aunque pueden impugnarse las reglas. La «lealtad» actúa como disuasión efectiva de la «salida», pero el dar preferencia a la «voz» no puede ser el resultado de una «conducta inconsciente».

Además, como sugiere Hirschman, la «voz» no puede articularse en el contexto de un monopolio inquebrantable. Ello nos lleva a considerar otra alternativa a la «salida»: la mera aquiescencia de los participantes[5]. Teniendo presente esas tres respuestas lógicas, se examinará cómo los trabajadores rurales reaccionarán al cambio; el «empeoramiento» se define como una degradación real de las condiciones de vida, o bien como la frustración de las expectativas de los participantes.

Primer período: la vieja república (1889-1930)

A medida que el siglo XIX se acercaba a su fin, la sociedad brasileña experimentó cambios importantes, el más evidente de los cuales fue el final de la esclavitud y la sucesión de un gobierno republicano al imperio establecido en 1822, al independizarse el país de Portugal. Aparte de transformaciones decisivas en el sistema de trabajo y en la estructura política, entre otros aspectos importantes figuran la innovación tecnológica en la producción agrícola, la ampliación del sistema ferroviario y la oleada de inmigrantes europeos para trabajar en los cafetales.

Mientras que el ritmo y el ámbito del cambio eran más impresionantes en las nuevas zonas cafeteras florecientes del Centro-Sur, incluso la agricultura del Nordeste, auténtico núcleo de la tradición, se modernizó, aunque en una proporción mucho menor. A pesar de las diferencias en el ritmo y en el grado de la modernización, hubo una característica fundamental común a la transformación en ambas regiones: la modernización se produjo sobre todo bajo la égida de los grandes terratenientes que impidieron una distribución generalizada de sus beneficios, por lo que significó poco o nada para la población rural pobre. Las razones deben buscarse en los modos peculiares en que el cambio se difundió en la sociedad agraria.

En el Brasil de finales del siglo XIX la modernización se produjo en un medio caracterizado por grandes fincas rurales orientadas hacia el mercado internacional y basadas en sistemas muy represivos de la fuerza de trabajo. No es preciso que nos detengamos aquí mucho en examinar el clásico síndrome heredero del pasado –el latifundio de tipo *oikos*, la exportación de monocultivos y la esclavitud. El aspecto importante es la influencia generalizada que inhibió la aparición de un sector urbano fuerte y autónomo, así como la consolidación de un campesinado independiente. Nunca se insistirá demasiado en los efectos de la esclavitud que retrasó el desarrollo del contractualismo en las relaciones laborales, ya que el esclavo era simplemente una mercancía.

La esclavitud tenía una influencia global en la agricultura brasileña, dejando poco espacio a una fuerza de trabajo libre. En el sistema esclavista la población blanca pobre sólo tenía dos opciones: buscar la protección de una plantación vecina o limitarse a actividades de subsistencia, cambiando de lugar cuando la tierra que cultivaban resultaba atractiva para los grandes terratenientes[6]. Además, la esclavitud retrasó la penetración del Estado, y por lo tanto la extensión del ejercicio de los derechos de ciudadanía en el campo, ya que los propietarios privados competían por el monopolio de la coerción en sus dominios.

A su vez, esas condiciones permitieron la adopción de medidas preventivas que aseguraron la persistencia de la hegemonía de las minorías agrarias privilegiadas en el período posterior a la esclavitud. La influencia recíproca del determinismo económico y las decisiones políticas tiene una importancia fundamental para comprender el cambio controlado y sus consecuencias para la población rural pobre. Para ilustrar la situación basta considerar las dos principales regiones exportadoras del país: las zonas azucareras del Nordeste y las zonas cafeteras del Centro-Sur[7]. La abolición de la esclavitud obligó a los propietarios en ambas regiones a satisfacer una necesidad económica crítica: mantener unos costos bajos de la mano de obra.

En el Noreste, un estancamiento económico y una gran densidad demográfica habían hecho que la transición a un trabajo libre fuera un proceso secular y la abolición final de la esclavitud en 1888 tuvo pocos efectos sobre la oferta de mano de obra[8]. Según los datos censales, en 1872, los esclavos eran únicamente el 10 % de la población total del Nordeste. En el sistema laboral más generalizado los esclavos eran sustituidos por *moradores de condição*. A esos *moradores* se les permitía cultivar pequeñas parcelas de subsistencia a cambio del suministro regular de caña para los ingenios de la plantación.

Resumiendo, según la conclusión de Galloway, desde la perspectiva de los dueños de plantaciones del Nordeste «la abolición representó un problema financiero, político y emocional pero no laboral»[9].

Por el contrario, las zonas cafeteras fronterizas, por ser de ocupación reciente y hallarse en expansión contínua, no tenían una reserva amplia de mano de obra de la que pudieran depender. Si las dos regiones hubieran competido por la mano de obra es probable que la suerte de los trabajadores rurales hubiera sido totalmente distinta. Sin embargo, la decisión de los plantadores de São Paulo en favor de programas de inmigración extranjera creó una coalición reaccionaria con las minorías privilegiadas del Nordeste que privó a los antiguos esclavos y a la mano de obra nacional libre el acceso al mercado de trabajo. Así, pues, se atrajo a un gran contingente de europeos gracias al transporte marítimo gratuito. Usando de subvenciones públicas, los «barones del café» pudieron crear una oferta abundante de mano de obra sin acudir a los asentamientos más antiguos de la tradicional economía rural del Nordeste.

Si bien es cierto que el transporte interno habría sido costoso debido a la falta de un sistema nacional eficiente de comunicaciones, ese obstáculo no era insuperable porque los recursos dedicados a atraer inmigrantes europeos podrían haberse destinado a tal fin. En mi opinión, los costos fundamentales eran políticos. Como los plantadores de café no tenían ningún interés en llegar a un enfrentamiento político con sus homólogos del Nordeste, optaron por transigir siempre que pudieran contar con recursos públicos para obtener un suministro alternativo de mano de obra[10].

No puede ignorarse el hecho de que la opción en favor de la mano de obra extranjera en la economía cafetera posterior a la abolición de la esclavitud se vio muy favorecida por factores externos. El hecho de que la expansión capitalista en Europa (y sobre todo en Italia) en aquel momento había creado dislocaciones sociales importantes fue decisivo para el éxito de las políticas brasileñas de inmigración. Mucho menos convincente es el argumento muy empleado de que la importación de mano de obra extranjera era inevitable debido a la supuesta «mentalidad de subsistencia» de la población nacional. Quienes insisten en los valores campesinos como obstáculo decisivo a la integración de la mano de obra nacional no se percatan de que la persistencia cultural debe explicarse del mismo modo que el cambio cultural. Pasan por alto el hecho de que la misma opción en favor de la mano de obra extranjera reforzó la mentalidad campesina. En cualquier caso, en las decisiones relativas a la fuerza de trabajo se tuvieron efectivamente en cuenta los intereses regionales de los propietarios. Una vez satisfechos esos intereses, las estructuras del cambio en las dos regiones fueron diferentes, pero en ambas unas minorías agrarias mantuvieron un estricto control sobre la tierra y el trabajo.

En el Centro-Sur, el recurso a las subvenciones del Gobierno, aparte de reducir los costos para los dueños de las plantaciones desempeñó una función importante en la contribución de la mano de obra. Hizo que el mercado de trabajo funcionara sin problemas, reduciendo al mismo tiempo el poder de negociación de los trabajadores, ya que la existencia de una oferta ilimitada mantenía bajos los salarios. De ese

modo las subvenciones públicas complementaban los intereses de los plantadores. Así, si los propietarios individuales importaban a extranjeros, la protección contra el riesgo de que los competidores tomaran a su servicio la mano de obra importada dio lugar al uso de mecanismos ajenos al mercado para inmovilizar la fuerza de trabajo.

A pesar de la generalización del trabajo asalariado, un suministro elástico de la mano de obra, junto con una mentalidad esclavista secular, dieron lugar a condiciones duras entre los trabajadores rurales en el Centro-Sur. La literatura ha señalado las malas condiciones laborales y el rigor de la coerción extraeconómica ilegal en los contratos de trabajo, como las normas que regulaban la vida privada de los trabajadores. A pesar de la sorprendente prosperidad de la economía cafetera, las perspectivas para los trabajadores eran duras: los inmigrantes habitaban en viviendas malas, no tenían servicios sanitarios y sus ingresos se mantuvieron a un nivel bastante bajo[11]. La adquisición de tierra seguía siendo un sueño lejano para una mayoría abrumadora. Los trabajadores estaban sometidos a diferentes formas de coerción: las normas y reglamentos, que a menudo imponían multas elevadas, regulaban las actividades de ocio, las modalidades de cuidado de la vivienda, los hábitos de bebida, etc. También era un motivo de tensión el frecuente retraso en los pagos, la obligación de comprar alimentos y vestidos en la tienda de la plantación y la primera opción del propietario en la venta de los cultivos de subsistencia. Una prueba decisiva del abuso al que estaban sometidos los trabajadores en las plantaciones de café fue la prohibición de la emigración subvencionada al Brasil por Italia en 1902; España adoptó la misma medida en 1910.

La suerte de la mano de obra nacional en la región cafetera parece haber sido incluso peor. Los blancos pobres y los antiguos esclavos no podían hacer frente a la competencia de los inmigrantes europeos. Los prejuicios de los plantadores y la institucionalización de un mercado extranjero de mano de obra, les dejaba muy pocas oportunidades. Los antiguos esclavos, dejados repentinamente a su suerte, cayeron en una situación completamente marginal y prefirieron desplazarse a las zonas urbanas, donde unos trabajos modestos les permitían la mera supervivencia[12]. Los blancos pobres se dedicaron en general a actividades de subsistencia y eran contratados de vez en cuando para trabajos temporales en las plantaciones. Su propiedad de la tierra seguía siendo bastante precaria y a veces eran expulsados de ella cuando las plantaciones de café llegaban a sus inmediaciones. Las tasas negativas de migración interna que ofrece el Estado de São Paulo en los años 1900-1920 apoyan esta conclusión. Mientras que la entrada neta de extranjeros llegó a 374.250, se ha estimado que casi 20.000 personas nacidas en el Estado lo abandonaron[13].

En el Nordeste, mientras los plantadores pudieron modernizar la tecnología de elaboración del azúcar para superar el estancamiento, los cambios tuvieron un efecto mínimo en la vida de los campesinos[14]. Hay indicaciones de que los niveles de los salarios incluso bajaron después de la abolición de la esclavitud[15]. El control de la tierra cultivable por los plantadores les dio acceso a una reserva de mano de obra que deprimió los salarios. Aun teniendo en cuenta que los pagos en efectivo representaban sólo una pequeña parte de la remuneración, la investigación histórica y la literatura no dejan lugar a dudas al respecto[16]. Los campesinos siguieron siendo analfabetos, soportando condiciones miserables de vivienda y de salud y careciendo de unas oportunidades mínimas de movilidad social.

En resumen, la abolición de la esclavitud no modificó las condiciones de trabajo, que siguieron representando una relación muy injusta entre propietarios y trabajadores. Así, aunque hubo innovaciones técnicas, la mano de obra se mantuvo, al igual que en la situación anterior al mercado de trabajo, como un recurso sometido a mecanismos sociales e institucionales consolidados en el pasado. Sobre todo, la tradición de la esclavitud en las plantaciones de azúcar del Nordeste influyó mucho perpetuando una ideología paternalista que racionalizó la coerción extraeconómica.

Si las modalidades de cambio y modernización variaron considerablemente entre el Nordeste y el Centro-Sur durante la primera República brasileña, las respuestas más típicas de los campesinos a esas transformaciones en las diferentes regiones fueron también distintas. En el Nordeste la «aquiescencia» (o, para usar la terminología de Hirschman, la «conducta inconscientemente leal») parece haber sido la reacción más típica. Las relaciones sociales tradi-

cionales generaron entre el campesinado una forma de dependencia de los propietarios. Así, la fuerza de trabajo se mantuvo sometida a unas condiciones similares a las que había antes de la existencia del mercado, impidiendo la «salida» hacia las zonas dinámicas del Centro-Sur. Como se ha señalado ya, la opción por programas de inmigración extranjera en esta región fue fundamental para mantener subordinados a los campesinos del Nordeste.

Aparte de los mecanismos sociales e institucionales, la falta de un sistema nacional de comunicaciones actuó contra la «salida» ocultando las perspectivas fuera de la región. Más tarde, la misma existencia de una abundante mano de obra inmigrante mantuvo a la población del Nordeste alejada del mercado de trabajo perpetuando el monopolio de los propietarios sobre la mano de obra. Una confirmación de la falta de respuesta en forma de salida al mercado de trabajo es el pequeño número de originarios del Nordeste que trabajaron en las plantaciones de café durante el período. Pierre Monbeig estimó que, hasta 1919, el número de nacionales que emigraron a las zonas cafeteras de São Paulo nunca pasó de 5.000 al año, añadiendo que esos procedían de las provincias vecinas más que del Nordeste[17].

La «voz», aunque es una típica respuesta política, parece requerir también competición, es decir, un mercado político que ofrece lealtades alternativas. Según las indicaciones, es evidente que los campesinos dependientes no tuvieron acceso a ellas. Las estructuras locales de poder les impidieron combinar y articular sus propias demandas. El empeoramiento de la posición de las de los plantadores de azúcar brasileños en el mercado mundial contribuyó de modo importante a impedir la «voz». Si los propietarios hubieran tenido una situación ventajosa en el mercado, probablemente habrían tenido una actitud capitalista más convencional o habrían seguido el camino de la aristocratización. En el primer caso, la mano de obra habría pasado antes a ser una mercancía, alterando así las relaciones sociales básicas de la producción. En el segundo caso, una opulencia manifiesta podría haber puesto de relieve la grave privación comparativa de los campesinos, haciendo que éstos consideraran intolerables sus condiciones de vida. En cualquiera de los casos los campesinos habrían tenido conciencia de alguna forma de «empeoramiento», lo cual podría haber dado lugar a la erosión de viejos compromisos, y a un rechazo inconsciente de la conducta basada en la lealtad.

El afirmar que los campesinos del Nordeste no recurrieron ni a la «voz» política ni a la «salida» al mercado de trabajo no es lo mismo que describirlos como «irracionales» o «pasivos». La utilidad del modelo de Hirschman reside precisamente en el lugar que reconoce las limitaciones constitucionales a la acción. Dadas esas limitaciones, los campesinos podían reaccionar ante un cambio que no consideraban relacionado con sus condiciones concretas de vida retirándose de la realidad inmediata representada por el poder del mercado. Los movimientos mesiánicos ofrecieron a los campesinos una especie de «salida» al reino del milenarismo[18].

La incidencia del bandidismo social es también sugestiva como forma de conducta no conformista entre la población rural del Nordeste durante este período. El famoso *cangaçeiro*, el típico bandido rural, reacciona contra la organización social circundante con una apropiación directa de los bienes, expresando lo que podría interpretarse como una «voz» prepolítica[19]. Si esas interpretaciones del bandidismo social y los movimientos mesiánicos son válidas, plantean una posibilidad interesante: aunque los movimientos religiosos vuelvan la espalda a las realidades económicas inmediatas, pueden representar una forma mística de «salida». A su vez, el bandidismo social, que está directamente orientado hacia objetivos materiales, se parece mucho a una «voz».

En las zonas cafeteras del Centro-Sur, la reacción de la fuerza de trabajo tuvo una forma diferente. Para los inmigrantes europeos, la misma dislocación espacial era el resultado de una gran movilización en la sociedad de origen. Al salir de su país, el emigrante estaba dispuesto a aceptar nuevos compromisos. Sin embargo, en su particular situación, no era probable que sintiera ninguna lealtad, y la respuesta generalizada fue la «salida». Como la escasa evidencia sugiere, los inmigrantes abandonaron, bien una plantación por otra, bien el campo por los centros urbanos, o bien Brasil por Argentina o Estados Unidos.

Según los datos disponibles, la proporción de trabajadores extranjeros que abandonaban las plantaciones antes de que terminaran sus contratos era de cerca del 40 % en 1910 y del

62 % en 1912[20]. Pierre Denis estima que, por término medio, una tercera parte de los inmigrantes pasaba anualmente de una plantación a otra[21]. En lo que se refiere a los desplazamientos hacia las zonas urbanas, los datos son también reveladores. La proporción de extranjeros en la ciudad de São Paulo creció de manera sorprendente durante ese período. Según los datos censales, en 1920 la población nacida en el extranjero era del 35,4 % del total. La política de conceder subvenciones sólo a los trabajadores agrícolas no ayudó a los terratenientes: el movimiento hacia las ciudades siguió siendo alto en todo el período. Las salidas del Brasil fueron también importantes y algunos años superaron a las entradas[22].

Cabe preguntarse por qué una masa tan grande de trabajadores movilizados no pudo organizarse y ejercer presión para lograr una mejora de los contratos de trabajo. ¿Por qué no actuaron los italianos en las plantaciones de café como minoría étnico-cultural articulando su «voz»? Tres factores parecen haber sido decisivos a ese respecto. En primer lugar, las modalidades de asentamiento, caracterizadas por el aislamiento geográfico, hacían difícil articular las reivindicaciones. En segundo lugar, no había ninguna solidaridad nacional que suscitara una lealtad: el Estado brasileño era una entidad remota para los inmigrantes, que no tenían oportunidades de ser aceptados como contendientes en la lucha por el poder.

Un tercer aspecto eran las motivaciones personales. Al dejar su país de origen para buscar fortuna en ultramar, el principal compromiso del inmigrante es individual. Si la situación en otro país le parece más atractiva y si puede permitirse los gastos de viaje, la «salida» parece preferible a la protesta, costosa en una sociedad oligárquica. Sin embargo, la mayoría de los inmigrantes quizá no pueden sufragar fácilmente los costos de la salida y, evidentemente, los plantadores intentaban mantener esos costos elevados para promover la estabilidad laboral. Así, las normas de inmigración daban explícitamente preferencia a familias enteras que, por el número de sus miembros tendrían dificultades para desplazarse. Además, las violaciones contractuales se sancionaban con multas.

Los costos de la «salida» eran probablemente demasiado altos para la minoría que recurrió a la «voz» en los cafetales. Aunque se conoce poco al respecto, hay indicaciones dispersas de demandas colectivas de cambio mediante huelgas y otras formas de protesta. Esos intentos fueron derrotados fácilmente, dado el escaso poder de negociación de los trabajadores. Sin embargo, en la medida en que los posibles inmigrantes tuvieron conocimiento de ellas, las malas condiciones de trabajo en los cafetales pusieron en peligro el suministro de mano de obra extranjera. Así, pues, el Estado como patrocinador público de los programas de inmigración tuvo que conceder a los trabajadores rurales unos derechos mínimos, sobre todo después de que Italia y España prohibieron la inmigración subvencionada[23].

En conclusión, lejos de ser sujetos pasivos de una minoría dominante, los pobres del medio rural en el Centro-Sur fueron agentes activos que optaron muy a menudo por la «salida» y que a veces recurrieron a la «voz». La combinación de la «salida» con la «voz» en la región contribuyó, por lo tanto, a impedir el «empeoramiento», a lo que influyó también la situación próspera de la economía cafetera. A principios del decenio de 1920 la coerción de la fuerza de trabajo se había reducido algo en la zona. Sin embargo, las oportunidades de participación política siguieron siendo muy escasas y para este sector social la fuerza de los latifundistas permaneció intacta, lo mismo que en el Nordeste en el período siguiente.

Segundo período: de la revolución de 1930 a la toma del poder por los militares en 1964

El segundo período se inicia con la disminución de la inmigración extranjera y el aumento de la migración nacional entre las regiones. En realidad, la corriente inmigratoria internacional a las zonas cafeteras había venido disminuyendo ya en los decenios de 1910 y de 1920, pero después de 1930 se redujo prácticamente a la nada. Mientras que el mismo éxito de las anteriores políticas de inmigración había contribuido a crear una reserva de mano de obra en las regiones agrícolas más dinámicas, es también cierto que la evolución sociodemográfica en las zonas rurales tradicionales terminó creando unas importan-



Fazienda Paraiso: extensa plantación de café, en el estado de São Paulo, Brasil. A Latourre/Camera Press

tes fuerzas que propiciaban el éxodo.

En la retórica oficial de la dictadura modernizadora inaugurada en 1930, la nueva legislación que restringía la inmigración extranjera se justificaba por motivos nacionalistas. En cualquier caso, reflejaba la realidad de una elevada tasa de nacimientos, unas estructuras de tenencia de la tierra sumamente concentradas y una gran resistencia política a cualquier transformación estructural del campo. Aunque el régimen de Vargas (1930-1945) representaría un hito en el proceso de modernización del Brasil, dejó intactas las estructuras de poder en el medio rural[24].

En la coalición de poder que apoyaba el proyecto de Vargas para la modernización desde arriba no había lugar para la reforma agraria, ni siquiera para ampliar a los trabajadores rurales los derechos sociales concedidos a los urbanos. El campo debía aportar alimentos baratos, fuerza de trabajo barata y materias primas al dinámico polo urbano-industrial de la economía. Además, la realización de esos objetivos no debía poner en peligro la posición de poder de las minorías agrarias: las relaciones laborales en el medio rural deberían permanecer intactas y para sostener esta exigencia conservadora de la coalición de poder existente, los campesinos debían permanecer fuera de la arena política. En esas circunstancias, la «salida» fue la respuesta más legítima entre los campesinos de todo el país al «empeoramiento». Así pues, desde nuestra perspectiva, la característica fundamental de este período es el hecho de que la emigración fuera cada vez más la respuesta habitual del campesino del Nordeste a las condiciones miserables con que se enfrentaba. Si las minorías terratenientes locales habían temido perder la fuerza de trabajo en favor de la economía cafetera, próspera en vísperas de la abolición de la esclavitud, las grandes presiones sobre la tierra, más las largas sequías en el

Nordeste hicieron que los esfuerzos para retener a la mano de obra no tuvieran ya sentido. Las familias campesinas considerarían cada vez más justificado enviar al Sur a los miembros jóvenes y productivos que no pudieran encontrar tierra que cultivar. Con el tiempo, no habría ni siquiera mecanismos selectivos operantes porque la «salida» llegó a convertirse para grandes contingentes humanos en la única alternativa a la inanición.

Se ha estimado que entre 1920 y 1940 unas 465.000 personas abandonaron el Nordeste[25]. El movimiento migratorio aumentó sin cesar en el decenio siguiente, rebasando en una medida considerable las fronteras de la economía cafetera. Los habitantes del Nordeste continuaron desplazándose hacia el Sur, no sólo para realizar diferentes actividades agrícolas sino también para entrar en el sector industrial cada vez mayor, centrado en São Paulo.

De hecho la «salida» se convertiría en la respuesta generalizada entre la población rural de todo el país. En su deseo de huir de la miseria local en las zonas más tradicionales o de buscar una participación en los frutos de la modernización en curso, la población rural dio pruebas de una considerable flexibilidad, desplazándose de unos Estados a otros, de unas explotaciones a otras y de unos cultivos a otros, o abandonando el campo, para ir a instalarse en los centros urbanos. A medida que progresó la industrialización, la integración económica nacional estimuló aún más la migración interregional en favor de las zonas más modernas.

A pesar del sorprendente desarrollo experimentado entre 1930 y 1964, es muy dudoso que las clases rurales inferiores obtuvieran beneficios importantes. Aunque el país experimentó un progreso industrial considerable y los trabajadores urbanos se beneficiaron de la nueva legislación social, la suerte de los campesinos y de los trabajadores rurales no mejoró. Se les mantuvo fuera del juego de las fuerzas políticas, sometidos a una supervivencia de la vieja sociedad patriarcal y a las redes de caciquismo. Considerando las estrategias de «salida» individual como la única forma de escapar de la pobreza, los que lograron hacerlo fueron en general los únicos que perdieron su identidad rural ocupando empleos industriales o uniéndose a la masa absorbida por el sector urbano de los servicios.

Si la «salida» se convirtió en la única alternativa generalizada en todo el Brasil rural, resultó, con todo, insuficiente para compensar la gran presión demográfica sobre la tierra. Según los datos del censo nacional, en 1950 el 60 % de la población, o sea, cerca de 33,2 millones de personas, vivían en el campo. Los datos del mismo año indican que los minifundios (explotaciones agrícolas de 10 hectáreas o menos) constituían el 34,4 % de todas las explotaciones agrícolas del país, pero ocupaban sólo el 1,3 % de toda la superficie agrícola. En el otro extremo, las propiedades agrícolas de más de 1.000 hectáreas representaban el 1,6 % de las explotaciones, pero ocupaban el 50,9 % de toda la superficie agrícola[26].

El movimiento hacia las ciudades no bastó para compensar la combinación explosiva de una elevada tasa de natalidad y una concentración de la propiedad de la tierra. En el decenio de 1950 hubo indicaciones claras de que la válvula de seguridad que representaba la migración no bastaba ya. Lo característico de ese decenio es el inicio de la movilización política de los campesinos, sobre todo en el Nordeste, pero también en otras regiones. Por primera vez en la historia del país hubo indicaciones de que la «voz» podía llegar a sustituir a la «salida» y a la «lealtad» como típicas respuestas de los campesinos a unas condiciones socioeconómicas adversas[27].

Esta nueva forma de respuesta de los campesinos tenía dos orientaciones principales: peticiones de distribución de tierra por parte de las «ligas campesinas», de reciente formación, y peticiones de mejores contratos de trabajo por parte de los sindicatos rurales, que comenzaban a aparecer. A principios del período la posición de las ligas era ventajosa en comparación con el movimiento sindical rural, ya que éste tropezaba con diversos obstáculos legales. Así, mientras en el medio urbano se promovieron activamente los sindicatos bajo el régimen de Vargas, entre 1933 y 1954 sólo hubo cinco sindicatos rurales autorizados en Brasil[28]. A su vez, las llamadas «ligas campesinas» encontraron medios para eludir los «prejuicios legales» existentes: por haberse establecido como organizaciones defensivas de pequeños propietarios, aparceros y ocupantes sin título, se acogieron a la legislación sobre cooperativas, mucho menos restrictiva que las normas sindicales.

Con el apoyo de los partidos de izquierda y con una dirección externa activa, ambas for-

mas de organizaciones rurales manifestaron sobre todo una capacidad potencial para llegar a asumir de manera efectiva una estrategia que representara la «voz» de las poblaciones rurales pobres. Después del primer Congreso Nacional de Campesinos, en 1961, la organización de la «voz» ganó impulso. Las ligas campesinas, originalmente un fenómeno del Nordeste, se difundieron rápidamente en más de trece de los veintidós estados del Brasil[29]. El nuevo gobierno del Presidente Goulart, en su intento de lograr reformas sociales básicas, buscó el apoyo político de los campesinos y para ello introdujo una nueva legislación encaminada a facilitar la formación de sindicatos en el campo. En poco tiempo los sindicatos rurales florecieron en todo el país. Cuando en 1963 se estableció la Confederación Nacional de Trabajadores Agrícolas (CONTAG), ésta agrupaba a 743 sindicatos rurales, la mayoría de los cuales estaban en proceso de legislación.

A pesar del ritmo y del alcance de la movilización de los campesinos, el potencial del campesinado brasileño para convertirse en una «voz» se exageró mucho, sobre todo porque se oponía a una tradición secular de hegemonía incontestada de los propietarios en el campo. El Brasil rural era símbolo de la tradición, impuesta políticamente mediante acuerdos entre minorías que ni siquiera la revolución de 1930 abolió. En todo caso, cuando se manifestaron las primeras señales de que la «voz» de los campesinos representaba una amenaza para el *statu-quo*, las minorías reaccionarias agrarias y urbanas, que consideraron las demandas políticas de los campesinos incompatibles con la supervivencia de su pacto oligárquico, se aliaron inmediatamente.

Así, pues, la movilización política de los campesinos fue uno de los factores decisivos del golpe militar de 1964 que inauguró una dictadura de dos decenios. Las demandas de reforma agraria y de ampliación de los derechos laborales a los trabajadores rurales se consideraron subversivas del orden social y precursoras del comunismo. La cuestión agraria fue el talón de Aquiles de la estructura de poder establecida y ningún otro problema nacional urgente provocó una reacción de miedo tan fuerte entre las oligarquías, así como entre la clase urbana media que apoyó el golpe para «prevenir el comunismo». Las estrategias de represión abierta adoptadas por la clase militar pusieron un fin dramático a los intentos de los campesinos para hacer oír su «voz» a fin de resolver sus urgentes problemas y superar su marginación política.

Tercer período: el régimen militar y después

Bajo la dictadura militar, la cuestión agraria adoptó nuevas dimensiones cuyas consecuencias no se han evaluado plenamente todavía. Por una parte, el ejército en el poder puso fin a la incipiente movilización de los campesinos prohibiendo las ligas y suprimiendo los sindicatos rurales, y deteniendo y torturando a los dirigentes campesinos y a sus asesores urbanos. Por la fuerza de las armas la cuestión agraria dejó de ser política para convertirse en meramente pragmática. Según las directrices del régimen militar, la participación política de los campesinos debía sustituirse por medidas tecnocráticas.

Sin embargo, bajo esas nuevas directrices la suerte del campesinado se vio profundamente afectada. Reaccionando a las políticas aplicadas por el Gobierno, la fuerza de trabajo en el campo adoptó varias iniciativas cuyas consecuencias y resultados a largo plazo dieron características nuevas a la cuestión agraria, que es hoy uno de los temas más urgentes del programa de democratización del Brasil.

Desde el punto de vista del Gobierno, podemos identificar durante el período de la dictadura tres orientaciones básicas en las cuestiones agrarias: primero, hubo un esfuerzo deliberado para penetrar en el mundo rural, eludiendo así la mediación de los viejos intermediarios locales bien establecidos. Por supuesto, las viejas relaciones patronales fueron sustituidas por otras nuevas, pero la sustitución alteró las posiciones respectivas del poder público y del privado. La autoridad pública pasó a ser visible en el campo, introduciendo en poco tiempo muchos organismos burocráticos encargados de tareas administrativas y de bienes y servicios públicos.

En segundo lugar unas políticas agresivas de modernización cambiaron rápidamente la estructura socioeconómica del campo, acelerando dos tendencias ya establecidas: a) la consideración sin restricciones del trabajo rural como una mercancía, es decir, la introducción del

trabajo pagado en lugar del arrendamiento, la aparcería y otras formas de trabajo semicontractual; y b) la capitalización masiva de la agricultura, convirtiendo explotaciones tradicionales y las pequeñas parcelas familiares en modernas empresas agrícolas. En tercer lugar, la apertura de tierras fronterizas a grandes empresas agrarias, por una parte y a la iniciativa de los campesinos por otra, puso en primer plano a la colonización, con consecuencias decisivas, tanto desde el punto de vista práctico como político.

Gracias a esas tres iniciativas simultáneas, el Brasil rural cambió completamente bajo el régimen militar. Por primera vez en la historia del país, la población rural se incorporó a la arena política con un carácter diferente al de meros vasallos de los potentados locales. Unas prestaciones sociales mínimas a la población rural pobre daría a esas personas una cierta condición de ciudadanos, aunque limitada. Además, el resurgimiento de los sindicatos rurales a partir de los últimos años del decenio de 1970, aunque bajo un control gubernamental firme, institucionalizaría un procedimiento oficial para unir y encauzar las reivindicaciones. A mediados del decenio de 1980, el número total de afiliados a los sindicatos en el campo había superado ya la cifra correspondiente en el medio urbano. En breve, cualquier evaluación de la actuación de los militares con respecto a la cuestión agraria debe tener en cuenta sus aparentes contradicciones. Reprimiendo primero todas las expresiones independientes de la movilización en el campo y apoyando luego una asimilación estrictamente controlada de los campesinos, el gobierno dictatorial modificaría considerablemente las perspectivas de la población campesina.

En mi opinión, las políticas en el campo aplicadas bajo el régimen militar representaron un proyecto político cuyas consecuencias para el proceso de construcción del Estado y de la nación son decisivas. El efecto combinado de una mayor burocratización de las relaciones del poder y de la concesión de los derechos sociales a las poblaciones rurales promovieron entre los campesinos un nuevo tipo de identidad social que sustituyó al antiguo, basado en lealtades locales.

Estimulada por las iniciativas del Gobierno, la población rural tomó parte activa en la transformación de su sociedad. Así a las políticas encaminadas a considerar el trabajo rural como una mercancía, se contrapuso un esfuerzo para organizar y exigir derechos laborales, mayores salarios y mejores condiciones de trabajo. A los incentivos oficiales para modernizar la agricultura correspondieron también esfuerzos individuales y cooperativos para transformar las tierras de los campesinos en empresas familiares.

Por último, como una reacción dramática a las amenazas que representaba la modernización en las viejas zonas de asentamiento, un gran contingente de la población rural emigró a las tierras fronterizas en un intento de conservar su estilo de vida campesino.

Aprovechando las nuevas oportunidades, las clases rurales inferiores desarrollaron nuevas estrategias de acción que tendrían consecuencias decisivas para sus oportunidades de vida y que ahora desempeñan una función esencial en el drama político del período posterior a la dictadura. Naturalmente, todas esas respuestas de los campesinos entrañaron iniciativas costosas y tensiones sociales considerables. Así, por ejemplo, la migración a la frontera agrícola llevó consigo penalidades a las que se añadió la inseguridad en la tenencia de la tierra y una constante violencia física[30].

La estrategia del desplazamiento a la frontera agrícola ya se había aplicado antes en la historia de Brasil, pero sólo bajo el régimen militar adquirió proporciones masivas[31]. El ejército consideró que la ocupación de tierras vacías era un modo eficiente de realizar objetivos económicos y de seguridad. Al crear incentivos para la colonización de la región del Amazonas y de otras zonas fronterizas, intentó eliminar tensiones sociales en zonas agrícolas superpobladas, aumentar la producción agrícola y al mismo tiempo reforzar la seguridad nacional. Las medidas tomadas por el Estado en relación con las tierras fronterizas incluyen: a) enormes inversiones en redes de comunicación para conectar las tierras vírgenes con los mercados; y b) participación directa en las iniciativas de colonización. Un gran contingente de pequeños campesinos, pero también grandes empresas capitalistas, respondieron a esas medidas y pronto se plantearían conflictos entre intereses contrapuestos.

La expansión económica en la frontera del Nordeste ha sido impresionante desde el dece-

nio de 1970, como indican los datos censales. Así por ejemplo, la tierra total cultivada en esa región aumentó de 432.302 hectáreas en 1960 a 617.131 hectáreas en 1970, a 1.743.640 hectáreas en 1980 y a 2.020.033 hectáreas en 1985. Las cifras correspondientes de la población económicamente activa en la agricultura del Nordeste son de 544.028 en 1960, 979.024 en 1970, 1.781.611 en 1980 y 2.230.203 en 1985[32]. Algunos fueron atraídos por los programas oficiales de colonización pero muchos fueron por su cuenta recurriendo a esa forma de «salida» de asentamientos anteriores en un intento desesperado de mantener el estilo de vida campesino. Como señala Foweraker:

> Los emigrantes se trasladan a la frontera para sobrevivir. El movimiento es espontáneo en cuanto buscan tierras propias para trabajarlas. Pero para los que no son «espontáneos», el resultado es la inanición[33].

Además, como ese autor observa correctamente, el mismo hecho de que la migración espontánea hacia la frontera tiene normalmente su origen en regiones donde la fragmentación en *minifundios* es mayor, confirma la interpretación de la colonización como una forma de «salida» forzada para mantener la «lealtad» a una identidad campesina[34]. Así, los estados del extremo Sur, que tienen una gran tradición de pequeñas parcelas familiares, figuran entre los principales proveedores de emigrantes para las zonas fronterizas de Mato Grosso y la región del Amazonas.

Con la producción familiar de alimentos, los campesinos reproducen en la frontera, pero en una escala mucho mayor, el viejo modelo dual de producción para la subsistencia y para el mercado. Su parte en la producción de alimentos para el mercado interno ha aumentado considerablemente en los dos últimos decenios. Pero en la frontera se manifiesta otra forma de dualismo: las parcelas campesinas, por una parte, y las empresas agrícolas muy capitalizadas, por otra. Las controversias que provocan los respectivos intereses contrapuestos llegan a menudo a ser violentas, con participación (aparte de los que trabajan la tierra) de entidades colectivas, como sindicatos, partidos, organizaciones religiosas, asociaciones de propietarios, etc.

Resumiendo, aunque muchos campesinos han adoptado la opción de desplazarse a la frontera, esa opción ha seguido siendo arriesgada e incierta. La gran politización del tema de la frontera no se ha traducido hasta ahora en medidas para garantizar la seguridad de la tenencia de la tierra a los campesinos ni la producción de éstos ha promovido condiciones para que los pequeños productores tengan poder de negociación.

Otro tipo de respuesta con el que la población rural ha intentado hacer frente a las condiciones impuestas por el régimen militar son las formas organizadas de «voz». Esta estrategia está particularmente difundida entre los que se han visto forzados a una proletarización sin paliativos. Así, por ejemplo, en las grandes plantaciones azucareras del Centro y del Nordeste del Brasil, los trabajadores recurren a iniciativas muy semejantes a las de los proletarios urbanos. Los que trabajan en la agricultura capitalista en gran escala luchan sobre todo por mayores salarios y mejores condiciones de trabajo. La huelga es su arma principal, como se puso de manifiesto incluso antes de que desapareciera el régimen militar[35]. Si bien este proletariado rural ha mostrado indicios de fuerza colectiva, también entre él, el recurso a los medios políticos que ofrecen los sindicatos, los partidos, la iglesia y otras organizaciones no oficiales, sigue teniendo suma importancia. Su organización política influye directamente en sus perspectivas socioeconómicas.

La tercera estrategia es el recurso a ciertos incentivos económicos ofrecidos por el Gobierno. Los que pueden optar por esa alternativa son una minoría afortunada, y en todo caso, una que puede hacer oír su voz[36].

Aprovechando las inversiones públicas en redes de carreteras, instalaciones de almacenamiento, crédito subvencionado, precios mínimos impuestos oficialmente y otros incentivos establecidos por el Gobierno, este grupo se ha convertido en un estrato de pequeños y medios empresarios capitalistas.

En realidad, el éxito de este grupo aleja a sus miembros del mundo campesino y los acerca a una identidad de pequeños burgueses. Una indicación de ese cambio de actitud es su tendencia a encontrar nuevos aliados políticos entre la clase terrateniente organizada dentro de la organización de derecha UDR (Unión Democrática Radical)[37]. Aunque muy orientado hacia los incentivos del mercado, ese sector de pe-

queños agricultores capitalistas se está politizando rápidamente a medida que descubren que, en un medio político abierto, deben movilizarse para promover unas políticas que respondan a sus intereses. Beneficiarios al principio de las estrategias modernizadoras de los militares, ahora están convirtiéndose en actores políticos conscientes y, como los pequeños capitalistas agrarios de todas partes, su alineación político-ideológica puede experimentar cambios radicales basados en consideraciones pragmáticas.

En último lugar, aunque no de menor importancia, está la masa de campesinos cuyas respuestas a las fuerzas modernizadoras son todavía poco claras, y a veces incluso contradictorias, ya que se ven arrastrados por fuerzas y tendencias que apenas comprenden. Me refiero aquí en particular a los trabajadores rurales que han perdido ya su posición tradicional en la estructura social agraria, pero no han encontrado todavía una nueva identidad social, y sobre todo a los aparceros tradicionales que no prevén la posibilidad de pasar a formar parte de un proletariado político estable ni reúnen las condiciones para convertirse en pequeños agricultores.

Así, por ejemplo, en grandes zonas de las tierras montañosas que durante los dos últimos decenios han contado con grandes incentivos del Gobierno, la suerte de miles de trabajadores expulsados por la modernización sigue siendo incierta. Orientadas hacia la producción de cereales, esas tierras, dedicadas antes sobre todo a la cría de vacuno y a cultivos de subsistencia, están pasando por un momento de gran prosperidad económica gracias a la inyección masiva de capital y tecnología. Las relaciones laborales en esas zonas revisten formas complejas: por una parte, la proletarización ha aumentado considerablemente, como demuestra la concentración de trabajadores expulsados de la tierra en la capital de distrito más próxima. Por otra parte, gracias a iniciativas de tipo cooperativo o a una proletarización incompleta, están tambien muy difundidas la producción familiar y la aparcería.

Así, pues, puede observarse simultáneamente el aumento de la masa de jornaleros, la conversión con éxito de fincas familiares en empresas capitalistas y la lucha desesperada de los minifundistas que se resisten a los efectos arrolladores de la modernización económica. En ese contexto, los jornaleros son más vulnerables que los trabajadores de las plantaciones porque tienen dificultad para establecer una estrategia concertada a fin de oponerse a los terratenientes. Como son contratados para empleos temporales en explotaciones agrarias que dependen sobre todo del trabajo familiar, apenas puede organizarse una resistencia proletaria colectiva. En todo caso, esos «cuasiproletarios» han demostrado una admirable capacidad para adaptarse al cambio de las condiciones. En las tierras montañosas combinan empleos temporales urbanos y rurales, consideran básicamente los sindicatos como un conducto para acceder a los servicios y bienes públicos y ven correctamente en la participación política el recurso más importante que pueden manipular para luchar por sus intereses[38].

Otro gran grupo comparte la suerte indecisa de los expulsados de una residencia permanente en las tierras montañosas pero no sus estrategias de adaptación para hacer frente al cambio. Me refiero al grupo denominado «sin tierra» formado por familias campesinas expulsadas bien por la mecanización extensiva de grandes empresas agrícolas o por una fragmentación extrema en minifundios. Ese grupo, más presente en los estados del Sur, pero también en otras zonas, acude abiertamente a respuestas del tipo «voz». Ocupando plazas y edificios públicos, organizando ocasionalmente invasiones de terrenos y otras iniciativas afines de resistencia, intentan atraer la atención pública sobre su precaria situación para forzar a las autoridades a que tomen medidas[39].

El pasado reciente: algunas observaciones finales

La vuelta al régimen civil puso en primer plano la cuestión agraria. Poco después del restablecimiento de ese régimen en 1985, la reforma agraria se convirtió, una vez más, en una cuestión prioritaria. Sin embargo, la oposición a ella ha seguido siendo lo suficientemente fuerte como para impedir una acción eficaz. Actualmente, casi cinco años más tarde, no se ha tomado ninguna iniciativa importante para la redistribución de la tierra. Además, en el medio rural está muy difundida la violencia ya que las controversias en torno a la tierra, sobre todo en

las zonas fronterizas, siguen sin resolverse y la aplicación de la ley es incierta[40].

Cien años después del establecimiento del régimen republicano, es preciso llegar a la conclusión de que, pese a algunos progresos, el acceso de los campesinos a la *Res Publica*, sigue siendo más bien precario. Cabe preguntarse cómo se puede promover la participación democrática de este importante sector de la población, que se ha visto históricamente privado de los derechos básicos asociados generalmente con la pertenencia a la comunidad política nacional. Para algunos, la pregunta parece fuera de lugar porque estiman correctamente que la condición democrática de ciudadano es universal, prescindiendo de sus formas concretas. Sin embargo, mi opinión es que las formas históricas que ha revestido la interacción de la autoridad y la solidaridad presentan en el campo algunas peculiaridades que justifican una diferenciación analítica. Algunos aspectos de la «peculiaridad agraria» pueden, naturalmente, explicarse en función de la acción mutua entre la ciudad y el campo, pero ello no invalida la conclusión de que la población rural tropieza con problemas particulares para acceder sin restricciones a la arena política.

A veces se alega la proporción cada vez menor de la población rural para justificar la conclusión de que la cuestión agraria ha perdido su importancia y su carácter urgente. Es cierto que la proporción de la población rural con respecto a la urbana se ha reducido considerablemente. Así en 1960, el 55 % de la población vivía en zonas rurales, pero, según los últimos datos censales (1980) la proporción se ha reducido al 32,5 %. Sin embargo, ese porcentaje representa unos 38 millones de personas cuyas perspectivas sociales, económicas y políticas suscitan una legítima preocupación.

En la literatura se ha puesto ampliamente de relieve que los campesinos están condenados a desaparecer como resultado de la modernización, y que su batalla está perdida en todo el mundo. Por mucho que hayan contribuido a abrir el camino a la modernidad, Moore ha demostrado en un libro clásico que han sido en todas partes las principales víctimas del proceso de modernización[41]. Más recientemente, se ha afirmado también que la ciencia y la tecnología modernas relegarán pronto el estudio de la población campesina a la arqueología social. Sea como fuere, una ciencia social responsable debe no sólo dar cuenta del camino histórico que han recorrido los campesinos, sino también proponer alternativas abiertas a este sector de la sociedad que, aunque gravemente perturbado por las fuerzas de la modernización que apenas comprende, ha dado muestras de su capacidad de resistencia para enfrentarse con los problemas.

En el contexto brasileño, los campesinos de la frontera del Amazonas o del Mato Grosso, los proletarios rurales de las plantaciones de azúcar, tanto del Nordeste como del Centro-Sur, y la población rural sin tierras del extremo Sur son las expresiones más visibles de las nuevas clases rurales que intentan hacer valer sus derechos. Las estructuras agrarias se han hecho muy complejas y diferenciadas, lo cual impide una simple polarización «en pro» y «en contra» de la reforma agraria, como en los primeros años del decenio de 1960. Ahora la gama de intereses en el campo está mucho más diversificada y las oportunidades de alianzas y coaliciones hacen el juego político mucho más incierto, pero también mucho más fascinante y estimulante.

Desde luego, los grandes intereses terratenientes han dado muestras hasta ahora de una capacidad impresionante para bloquear cualquier intento de redistribución de la tierra. Sin embargo, un estudio atento revela que, incluso en este dominio, aparentemente tradicional de las oligarquías agrarias, hay una considerable novedad. Por primera vez en la historia del país, esta categoría social se orienta de modo explícito hacia la derecha y adopta una estrategia agresiva de movilización política. Mientras que en el pasado la retórica de las asociaciones de terratenientes basaba sus pretensiones en los intereses nacionales generales, ahora la Unión Democrática Radical (UDR) aborda problemas específicamente agrarios. Esta base clasista ha quedado clara, incluso cuando sus miembros buscan alianzas con la nueva pequeña burguesía en el campo.

La experiencia del Ministerio de Reforma Agraria ilustra la multiplicidad de intereses en juego en el campo y la parálisis del Gobierno de la nueva República para tomar decisiones.

Incapaces de responder a la diversidad de los intereses de los campesinos, los varios ministros que han ocupado el cargo desde 1965 no han hecho casi nada hasta ahora. En cierto mo-

do, el relegar la cuestión agraria a un departamento ministerial específico termina por aislarla. En un contexto en que la centralización en torno a los departamentos de hacienda y de planificación es abrumadora, el confinar las cuestiones agrarias a un ministerio específico pero débil, puede darles una importancia meramente simbólica.

(Traducido del inglés)

Notas

1. A los efectos de este artículo, se define como «campesino» a cualquier tipo de trabajador rural de baja condición económica y política, siguiendo la conceptualización de Landsberger. Véase «Peasant Unrest: Themes and Variations», en Henry A. Landsberger (ed.) *Rural Protest*, New York, Macmillan Press, 1974, págs. 1-64. Desde el punto de vista histórico es importante tener en cuenta que los campesinos brasileños constituyen una categoría social muy diferente de sus homólogos europeos, que han inspirado la mayor parte de la producción teórica relativa al campesinado. En Brasil la falta de una tradición feudal, de un orden rural basado en una estructura bien definida de derechos y obligaciones, explica un ambiente campesino muy peculiar. Durante siglos, primero bajo la colonización portuguesa y luego bajo el Imperio, la producción en el Brasil se basaba esencialmente en los latifundios orientados hacia la exportación y trabajados con mano de obra esclava. Es cierto que había también un número importante de campesinos blancos libres, pero éstos gravitaban en torno al poderoso sistema latifundista y estaban vinculados a él mediante diversas combinaciones de mecanismos de patronazgo y sistemas de aparcería-arrendamiento.

2. El «autoritarismo burocrático» se refiere a las dictaduras modernizantes de varios países de América latina y de otros del Tercer Mundo en el decenio de 1960 y 1970, todos ellos anclados en una ideología tecnocrática que exluía la participación política popular. La conceptualización clásica aparece en Guillermo O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley: University of California, Institute of International Studies, 1973.

3. Albert O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1970.

4. Stein Rokkan, «Politics Between Economy and Culture», *Social Science Information*, 13, 1, 1974, pág. 35.

5. El propio Hirschman ha llamado la atención sobre la necesidad de considerar la «aquiescencia» como una posible alternativa a la «salida». Véase Rokkan, op. cit. pág. 30.

6. Véase Caio Prado Jr., *The Colonial Background of Modern Brazil*, Berkeley: University of California Press, 1969.

7. Por razones de simplificación he limitado el análisis a este respecto a las nuevas zonas cafeteras, pues éstas eran las que experimentaban problemas graves de trabajo. Así, cuando me refiero al Centro-Sur, pienso sobre todo en las zonas occidentales del estado de São Paulo. Las plantaciones de café más antiguas en el valle de Paraiba tenían diferentes perspectivas que no se tratan en el presente análisis.

8. Reis, Eustáquio J. y Reis, Elisa P., «As Elites Agrárias e a Abolição da Escravidâo no Brasil», *DADOS*, 31, 4, 1989, págs. 309-341.

9. J.H. Galloway, «The Last Years of Slavery on the Sugar Plantations of Northeastern Brazil», *Hispanic American Historical Review*, 51, noviembre 1971, pags. 586-605.

10. Según Furtado, los plantadores del Nordeste reaccionaron airados al intento del Presidente Campos Salles (1898-1902), encaminado a promover las transferencias internas de la fuerza de trabajo, indicación clara de su esfuerzo para mantener una reserva abundante de mano de obra. Celso Furtado, *Formação Economica do Brasil*, São Paulo: Cia. Editora Nacional, 13a. ed., 1971, pág. 122.

11. Para una evaluación detallada de las condiciones de vida de los inmigrantes en el estado de São Paulo, véase Michael Hall, «The Origins of Mass Immigration in Brazil, 1871-1914», tesis doctoral, Columbia University, 1969.

12. Véase Florestan Fernandes, *The Negro in Brazilian Society*, New York, Columbia University Press, 1969.

13. D.H. Graham y S.B. de Holanda Filho, «Migration, Regional and Urban Growth and Development in Brazil: A Selective Analysis of the Historical Record, 1872-1970», São Paulo: IPE/USP, 1971, (mimeografiado), pág. 56.

14. Sobre la modernización de la economía azucarera del Nordeste, véase Peter L. Eisenberg, *The Sugar Industry in Pernambuco, 1840-1910: Modernization Without Change*, Berkeley, University of California Press, 1974.

15. Véase, por ejemplo, Eisenberg, op. cit., cuadro 32, pág. 190.

16. Una referencia clásica a este respecto es Euclides da Cunha, *Os Sertões* (hay traducción española).

17. Pierre Monbeig, *Pionniers et Planteurs de São Paulo*, París: Armand Colin, 1952, pág. 132 y siguientes. Es cierto que un enorme contingente abandonó la región y se trasladó al Norte durante el auge del caucho. Sin embargo, lejos de demostrar una reacción de los campesinos basada en el mercado laboral ello indica una completa impotencia por parte de la población rural para disponer libremente de su fuerza de trabajo. La mayoría de los que emigraron hacia el Norte lo hicieron, al parecer, expulsados por las graves sequías del período y dependieron por completo de contratistas externos para salir de la región. Además, los datos demográficos disponibles indican una elevada tasa de migración de retorno, lo cual refuerza el argumento de una escasa propensión a la salida entre los campesinos del Nordeste durante el período.

18. Los famosos movimientos religiosos de Canudos y Juazeiro son el fenómeno más importante aludido, aunque la presencia reiterada de «profetas locales» en la región sugiere la posibilidad de que movimientos menos conocidos hayan actuado en la misma dirección. Véase Ralph Della Cava, *Miracle at Joazeiro*, Nueva York: Columbia University Press, 1970; Euclides da Cunha, op. cit.

19. Véase Amaury de Souza, «O Cangaço e a Política da Violência no Nordeste Brasileiro», *DADOS:* 10, 1973, págs. 97-125.

20. Salvio de Almeida Azevedo, «Imigraçao e Colonização no Estado de São Paulo», *Revista do Arquivo Municipal de São Paulo*, 75, abril, 1941, págs. 105-157.

21. Pierre Dennis, citado por M.T. Schorer Petrone, «Imigração e Colonização no Estado de São Paulo», en Boris Fausto (ed.), *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo: DIFEL, 1977, Tomo 3, vol. 2, pág. 110.

22. Según Hall, entre 1882 y 1914, 686.200 inmigrantes extranjeros abandonaron São Paulo, en comparación con 1.553.000 que llegaron. Véase Michael Hall, op. cit. pág. 165.

23. Una indicación clara de los esfuerzos sociales para mejorar la imagen del Brasil entre los posibles inmigrantes, fue la creación en 1912 de una institución – el *Patrimonio Agrícola*– encargado de resolver las cuestiones y los conflictos entre trabajadores y plantadores.

24. Sobre la revolución de 1930 y sus principales consecuencias políticas, véase, por ejemplo, Boris Fausto, *A Revolução de Trinta, Historiografia e História*, São Paulo: Brasilense, 1970.

25. D. Graham y S.B. de Hollanda Filho, op. cit. pág. 65. Aunque no se dispone de datos sobre el subperíodo 1930-1940, según los autores, hay indicaciones de que la mayor parte del movimiento migratorio se produjo en el decenio de 1930.

26. Brasil: FIBGE, *Censo Agro-Pecuário*, 1950.

27. Hubo también manifestaciones de protesta y de revuelta abierta, sobre todo en la frontera agrícola tanto en el Sur (Paraná, 1950) como en el Norte (Maranhão, 1951).

28. Clodomir Moraes, «Peasant Leagues in Brazil», en R. Stavenhagen (ed.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Garden City, NY: Doubleday, 1970, págs. 453-501, especialmente pág. 456.

29. Véase Clodomir Moraes, op. cit. Véase también Aspásia de A. Camargo, «A Questão Agrária: Crise de Poder e Reformas de Base (1930-1964)», en *História Geral da Civilização Brasileira*, tomo III, vol. 3, São Paulo: DIFEL, 1981, págs. 121-224. Cynthia Hewitt, «Brazil: The Peasant Movement of Pernambuco, 1961-1964» en Henry Landsberger (ed.) *Latin American Peasant Movements*, Ithaca: Cornell University Press, 1969.

30. Véase F.H. Cardoso y G. Muller, *Amazonia: Expansão do Capitalismo*, São Paulo: Brasiliense, 1977, Joe Foweraker, *The Struggle for Land*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981. Otávio G. Velho, *Fontes de Expansão e Estrutura Agrária*, Rio de Janeiro: Zahar, 1972.

31. Véase Foweraker, op. cit., para un examen de las experiencias anteriores de colonización en los estados de Paraná, Pará y Mato Grosso.

32. Brazil: FIGBE, *Sinopse Preliminar do Censo Agropecuário*, 1985.

33. Foweraker, op. cit. pág. 66.

34. Otávio G. Velho ve en la reciente evolución en las fronteras brasileñas la posibilidad de que surja un campesinado libre cuya autonomía podría contraponerse a una tradición centenaria de autoritarismo en las relaciones laborales agrarias. Véase su obra *Capitalismo Autoritário e Campesinato*, São Paulo: DIFEL, 1976.

35. Véase Lygia Sigaud, *Greve nos Engenhos*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1980. Véase también CONTAG, *As Lutas Camponesas no Brasil*, Río de Janeiro: Marco Zero, 1980.

36. Considerando como «pequeños capitalistas» aquellos cuyas explotaciones varían entre 10 y 100 hectáreas, podemos ver que este grupo, que ocupaba cerca del 21 % del total de las tierras agrícolas, aportó en 1980 el 44,3 % del total de la producción agrícola de alimentos para el consumo

nacional y el 37.9 % del total de la producción agrícola para la exportación y el consumo industrial. Véase Marcos C. de Albuquerque, «Agricultrua Brasileira no Período 1960-80», São Paulo: EAESP/FGV, 1985, mimeografiado.

37. Luís Ricardo Tavares, «A Pequeña Burguesia Agrária e a UDR», Río de Janeiro: IUPERJ, Abril, 1988, mimeografiado.

38. Véase Elisa P. Reis «Mudança e Continuídade na Política Rural Brasileira», *DADOS*, 31, 2, 1988, págs. 203-218.

39. Véase Ilse Scherer-Warren, «Los Trabajadores Rurales en el Sur de Brasil y la Democratización de la Sociedad», *Revista Mexicana de Sociología*, Año L, núm. 1, 1988, págs. 243-258.

40. Véase por ejemplo, Maria das Dores Yazbek, «A Igreja e os Conflitos Rurais no Pará», Río de Janeiro: IUPERJ, tesis de licenciatura, 1989, mimeografiada.

41. Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasants in the Making of the Modern World*, Boston: Beacon Press, 1967.

Estrategias de los productores de cereales de los grandes países exportadores frente al desplome de los precios mundiales

Jean-Paul Charvet

Introducción

A raíz de la importante sequía que afectó principalmente a América del Norte y en menores proporciones a China en 1988, a finales de 1988 y comienzos de 1989 los precios mundiales de los cereales habían recuperado prácticamente sus niveles de finales de los años 1970 y comienzos de los 1980.

No obstante, el período que medió entre las campañas de 1980-1981 y 1986-1987 se había caracterizado por el descenso muy acentuado y casi continuo de los precios mundiales de los principales cereales. Semejante situación, que puede que vuelva a producirse, es comparable con la que conocieron los agricultores durante la crisis de los años 1930. El objetivo del presente artículo consiste en exponer en qué condiciones y gracias a qué estrategias los productores de cereales de los grandes países exportadores han podido atravesar, no sin perjuicios, un período especialmente difícil.

Jean-Paul Charvet es profesor de geografía económica de la Universidad de París X, Nanterre (Francia). En los últimos doce años, sus investigaciones se han centrado en la esfera de la producción y la comercialización de los cereales. Sus publicaciones más recientes son: *Le désordre alimentaire mondial* (1987) y *La guerre du blé* (1988).

El desplome de los precios mundiales de los cereales

Este desplome se debe a la evolución respectiva de la oferta y la demanda mundial de cereales, entre las campañas de 1980-1981 y 1986-1987[1]. Dejando aparte el año 1983, durante el cual la importante sequía había afectado ya la región del Middle-West de Estados Unidos, durante todo este período la producción mundial de cereales fue constantemente superior a la demanda real.

Mientras que a mediados de los años 1970 la mayor parte de los expertos –empezando por los del Club de Roma– preveían una grave penuria de productos alimentarios, y en Estados Unidos ciertos dirigentes contemplaban la posibilidad de emplear el arma alimentaria para poner en dificultad a sus adversarios, 10 años más tarde la situación se había invertido completamente. Con la acumulación de excedentes cada vez más cuantiosos, los exportadores han ido perdiendo gradualmente el dominio de los mercados, ahora dominados por los importadores.

Desde 1979-1980 hasta 1986-1987, el consumo de cereales (consumo directo de los seres humanos más consumo indirecto de los animales) pasó de 1.450 a 1.650 millones de toneladas, debido principalmente al crecimiento demográfico y, en segundo lugar al incremento del consumo de cereales por habitante, el cual desde luego se produjo en proporciones muy variables según los grupos de países[2].

Sin embargo, durante este mismo período la producción mundial de cereales (trigo, arroz y cereales forrajeros) pasó de 1.450 a 1.700 mi-

llones de toneladas. Sobre todo, el excedente de la producción en relación con la demanda real permaneció prácticamente constante durante seis campañas consecutivas. El resultado fue un aumento considerable de las existencias de reserva que alcanzaron casi la cifra de 400 millones de toneladas en 1986-1987, lo que representa aproximadamente una cuarta parte del consumo mundial de un año[3]. Esta situación dio lugar a su vez a un descenso muy acentuado de los precios mundiales de los principales cereales: entre 1980-1981 y 1986-1987, el precio mundial del trigo disminuyó de 175 a 105 dólares por tonelada[4], el del arroz del 475 a menos de 220 dólares por tonelada[5]), y el del maíz de 150 a menos de 100 dólares por tonelada[6]. Este hundimiento afectó muy gravemente a todos los principales países exportadores, y más en particular a aquéllos en los que la proporción de la producción nacional destinada al mercado mundial es más importante y constituye un elemento fundamental para el equilibrio de su comercio exterior.

Siete países efectuaron prácticamente el 90 % de las exportaciones mundiales de cereales. Estos países son, por orden de importancia:

CUADRO 1. Principales exportadores mundiales de cereales (media de las campañas de 1985-1986, 1986-1987 y 1987-1988; cifras en millones de toneladas)

País	Trigo	Cereales secundarios*	Arroz	Total
Estados Unidos	31,7	44,0	2,2	77,9
Canadá	20,6	5,6	–	26,2
CEE (de los 12)	14,7	8,0	–	22,7
Australia	14,4	3,8	–	18,2
Argentina	4,8	7,0	–	11,8
Tailandia	–	2,9	4,3	7,2
China	–	4,7	1,1	5,8
Total de los países mencionados	86,02	76,0	7,6	169,8
Total mundial	92,0	86,3	11,8	190,1
Proporción relativa de los principales exportadores en el total mundial	94 %	88 %	64 %	89,5 %

* Maíz, cebada, sorgo, avena, centeno.
Fuente: Consejo Internacional del Trigo, 1989.

Estados Unidos, Canadá, CEE, Australia, Argentina, Tailandia y China (véase el cuadro 1). No obstante, si bien China exporta arroz y cereales secundarios, importa cantidades aún más importantes de trigo, lo que hace que entre los siete países mencionados sólo seis sean exportadores netos de cereales[7].

Por otra parte, la proporción de la producción que se coloca en el mercado mundial varía mucho según sea el cereal de que se trata. Sólo el 4 % de la producción mundial de arroz y del 11 al 12 % de la de maíz pasan por este mercado. En cambio, las proporciones correspondientes al trigo en los intercambios internacionales oscilan, según los años, entre el 18 y el 20 % de la producción mundial. Por ello nos interesamos muy especialmente en este cereal, que es a la vez el más consumido, el más comercializado y el más producido en el mundo.

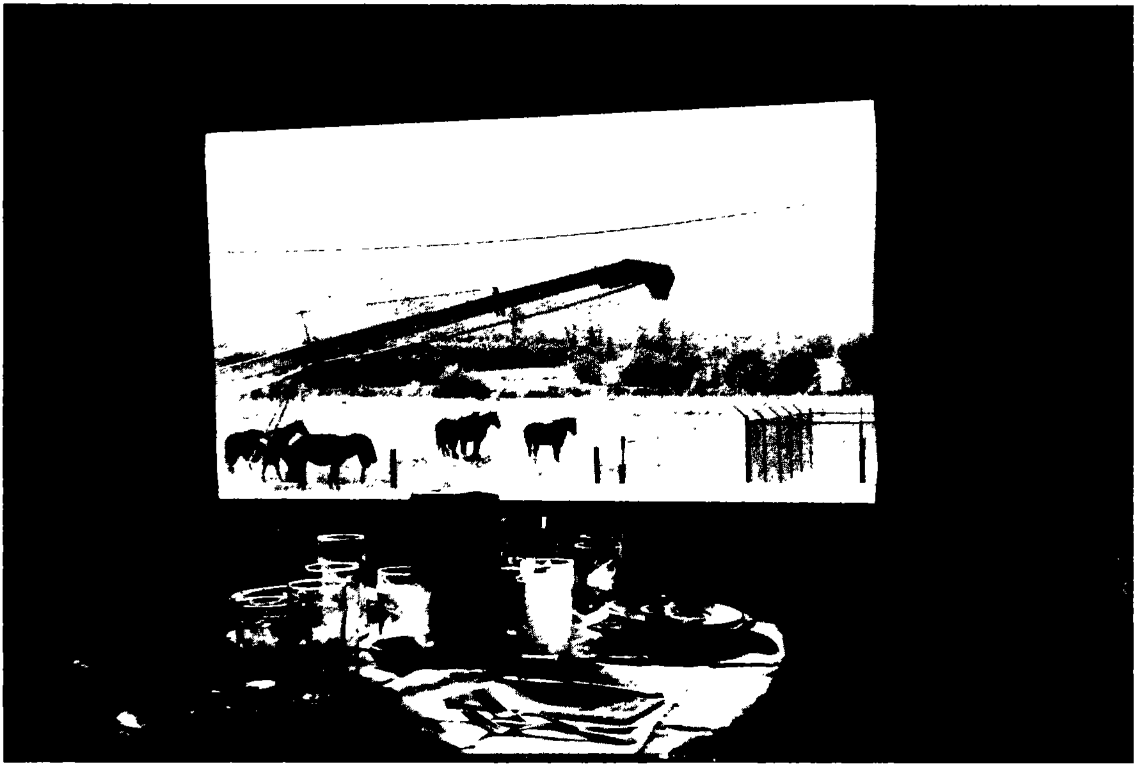
Ocurre que los grandes países exportadores de trigo son casi todos países ricos de economía de mercado, y que una parte creciente de las exportaciones de trigo va dirigida a los países pobres, lo que da a este mercado características completamente específicas en relación con la de otros productos agrícolas cuyos flujos siguen principalmente el recorrido de los países del «Sur» hacia los del «Norte». Ello no es óbice para que puedan obtenerse elementos de reflexión de valor más universal del examen de las estrategias de los productores de los grandes países exportadores y de las políticas cerealistas de estos países.

Reacciones de los productos de trigo de los grandes países exportadores frente al descenso de los precios mundiales

Diferentes mecanismos han atenuado en las explotaciones cerealistas de los grandes países exportadores la intensidad del descenso de los precios registrado en el mercado mundial (véase más abajo). No obstante esta baja ha tenido repercusiones en todas partes y ha provocado reacciones de tipo diverso entre los propios productores.

Respuestas «perversas» a la baja de precios

Una primera reacción, muy generalizada, de los agricultores frente a la baja de los precios fue la de tratar de aumentar la producción, en



El campo americano: las montañas rocosas, vistas desde el tren entre Denver y Salt Lake City. R. Depardon/Magnum.

particular utilizando más productos agropecuarios. Es lo que los economistas llaman una respuesta «perversa» de la oferta en relación con la evolución de los precios: para hacer frente a la baja de los ingresos derivada del descenso de los precios, los productores aumentan su producción. Se trata, por lo demás, de una actitud perfectamente comprensible, pero por lo general da lugar a una baja aún más acentuada de los precios y difícilmente puede mantenerse a plazo medio, sobre todo cuando la adoptan numerosos productores como ocurrió con el trigo durante la primera mitad de los años 1980. Frente al aumento de la baja de los precios, se concibieron otras estrategias.

CUADRO 2. Rendimientos medios del trigo en los principales productores a mediados de los años 1980 (en quintales por hectárea)

Australia	14
URSS	15
India	18
Argentina	19
Canadá	21
Estados Unidos	24
China	30
CEE (de los 12)	46
Francia	60
Reino Unido	65

Fuente: Charvet, J-P., 1988

Estrategias de limitación de los costos de producción

Algunos agricultores trataron de reducir sus costos de producción, limitando el empleo de productos agropecuarios (abonos, productos de tratamiento). Esta estrategia se utilizó más particularmente en Australia y Argentina. Gracias a ella, entre otros factores, se disminuyó el rendimiento de las cosechas, a partir de 1984 en Australia y de 1985 en Argentina. Observemos no obstante que este método de limitación de la

producción y de los costos de producción se empleó en las regiones y países donde los rendimientos medios por hectárea han sido siempre reducidos, o incluso muy bajos, esto es, en sectores donde la producción de trigo se lleva a cabo con procedimientos más bien extensivos (véase cuadro 2).

Otra práctica que permite limitar los costos de producción consiste en recurrir a empresas de trabajos agrícolas externas a la explotación, por lo menos para ciertas operaciones. En Estados Unidos, el recurso a empresas especializadas para efectuar la cosecha constituye un fenómeno relativamente antiguo. Aprovechando los desfases en la maduración de los cereales en función de las diferencias de latitud, algunos equipos de cosechadores-trilladores empiezan la cosecha en el mes de junio en Texas y la terminan en octubre en la frontera canadiense, tras haber atravesado el *Wheat Belt* meridional, sector de cultivo de trigos de invierno, y el *Wheat Belt* del norte, en los que se cultivan los trigos de primavera.

En Argentina, no solamente las operaciones de cosecha sino también otros muchos trabajos se confían a empresas o industriales externos. El recurso a los contratistas de maquinaria agrícola está cada vez más extendido en particular en las regiones del norte de la Pampa, cerca del Río de la Plata. Los contratistas se encargan habitualmente, además de la cosecha, de las operaciones de labranza, siembra y tratamiento. Gracias a esta práctica, al mejorar la rentabilización del material agrícola es posible reducir los costos de producción. Algunos contratistas ejercen paralelamente la profesión de comerciantes de material agrícola. Pero otros muchos son pequeños o medianos explotadores sobreequipados, a la búsqueda de oportunidades de rentabilizar el material cada vez más costoso y completar unos ingresos que van a menos. En un contexto económico que es ahora particularmente difícil, los explotadores recurren cada vez más a sus servicios, tanto si explotan chacras, que son explotaciones de talla media para la Pampa argentina (abarcan de 200 a 300 hectáreas) o estancias, explotaciones muy grandes que abarcan miles de hectáreas[8].

La sustitución de las producciones

En numerosos países los productores de cereales, frente a la baja de los precios de trigo, trataron de sustituirlo con otros productos más remuneradores. Con mucha frecuencia se orientaron hacia la producción de semillas oleaginosas, los productos de sustitución de cultivo más sencillo para los cerealeros, en la medida en que estas semillas (soja, colza, girasol) puden cultivarse y cosecharse con los mismos materiales y almacenarse con las mismas infraestructuras que los cereales. Así, pues, el cultivo de la colza progresó rápidamente en los años 1980 en las tres provincias de la pradera canadiense (Manitoba y, sobre todo, Saskatchewan y Alberta). Asimismo, la superficie dedicada al cultivo de la colza y el girasol aumentaron rápidamente en Francia, en la cuenca parisiense, durante el mismo período. En Australia, los cultivos de semillas oleaginosas y proteaginosas sustituyeron localmente los de cereales, sin que ello, no obstante, afectase a superficies muy importantes, ya que existen otras posibilidades de sustitución, y más especialmente en dicho país.

Una ventaja de las explotaciones trigueras australianas con respecto a las de otros grandes países exportadores estriba en el hecho de que son mucho menos especializadas. En Nueva Gales del Sur, primer estado productor de trigo de Australia, la explotación típica presenta las siguientes características[9]: si bien abarca de 1.200 a 1.500 hectáreas, solamente entre 200 y 300 se dedican al cultivo del trigo. Las otras están constituidas por praderas artificiales (trébol, principalmente) en una superficie más o menos equivalente, a terrenos de tránsito destinados al ganado: corderos para la producción de lana y bovinos para la producción de carne. En este tipo de explotación que siguió basándose en la producción polivalente, es mucho más fácil sustituir una producción por otra cuando la evolución del contexto económico induce a hacerlo.

En las estancias de las regiones occidentales de la Pampa argentina se encuentran posibilidades comparables de sustitución en gran escala de la producción cerealista por las actividades ganaderas. En cambio, en las chacras del norte de la Pampa, el sistema de producción, estrechamente especializada en la producción de cereales, parece mucho menos flexible. Lo propio ocurre en las *cash grain farms* (explotaciones especializadas en la producción de cereales para la venta) de América del Norte, o en las explotaciones cerealistas de las regiones de «gran cultivo» del noroeste de Europa que, en



La cosecha se desborda sobre la calle principal de Elkcreek, Nebraska, Estados Unidos. K. Jaiecke/Contact Press

la gran mayoría de los casos, no poseen ninguna actividad ganadera.

Las combinaciones de producción: los cultivos dobles

La técnica del cultivo doble o «double cropping» permite limitar los costos de producción. Se practica en el norte de la Pampa argentina (en torno a Rosario y Pergamino), así como en los Estados Unidos, en las regiones situadas al sur de la confluencia del Mississippi y el Ohio. Consiste en alternar sucesivamente, en un período de 12 meses, dos cultivos: uno de verano (soja) y otro de invierno (trigo). Esta práctica permite reducir los gravámenes fijos (hipotecas, mecanización, etc.), al repartirse en dos cultivos, en vez de uno.

En Argentina, el doble cultivo permitió seguir cultivando trigo en numerosas explotaciones, a pesar del hundimiento de los precios: en un contexto caracterizado por la fuerte subida del índice de inflación y del precio del dinero, la cosecha de trigo presenta la ventaja muy apreciada de proporcionar efectivo en el momento en que se siembra la soja, cultivo que a su vez tiene una rentabilidad mucho más segura.

La reserva de tierras

La práctica del «set aside», o «reserva de tierras» se remonta en los Estados Unidos a la crisis de los años 1930. En este país, desde entonces el hecho de retirar de la producción una parte de las tierras cultivadas se ha convertido en una técnica corriente de gestión de la oferta de los productos agrícolas.

Para poder beneficiarse del nivel de ingresos que se le garantiza mediante el pago de indemnizaciones *(deficiency payments)*, el productor estadounidense de trigo debe dejar en barbecho una parte más o menos grande de su explotación. Habida cuenta de la degradación de los precios, las superficies trigueras retiradas de la producción en el marco del *Acreage Re-*

duction Program (ARP) (programa de reducción de la superficie de cultivo) pasaron de 3,6 millones de hectáreas en 1983 a 7,6 millones en 1987. Paralelamente al ARP, existen diferentes programas complementarios como el *Paid Land Diversion Program* (PLD) (programa de subvenciones para la reserva de tierras), que concede pagos en efectivo para no dedicar tierras al cultivo, el *Payment in Kind Program* (PIK) (programa de pagos en especie), que efectúa pagos en especie (en cereales) para no cultivar las tierras y la *Conservation Acreage Reserve* (reserva de conservación de superficies de cultivo), que permite la «congelación» de tierras frágiles durante un período de 10 a 15 años.

En 1987 se retiraron de la producción 9,4 millones de hectáreas, o sea más de una cuarta parte de los terrenos trigueros de Estados Unidos, gracias a estos diferentes programas. Con la baja continua de los precios del trigo, el índice de participación de los productores ha ido en aumento, pasando del 50 % en 1982 al 84 % en 1986. Sin embargo, el efecto sobre la producción no llega a ser proporcional a las superficies «congeladas», ya que son preferentemente las tierras más mediocres las que se dejan en barbecho.

Los países de la CEE establecieron recientemente un programa de reserva de tierras. Cada Estado miembro tiene que proponer un sistema de primas de compensación a sus agricultores para animarles a dejar en barbecho ciertos terrenos, pero los agricultores siguen siendo completamente libres (como en Estados Unidos) de participar o no en el programa propuesto. Para beneficiarse de una prima de «congelación» de tierras, los agricultores deben comprometerse a retirar de la producción por lo menos el 20 % de sus tierras de cultivo durante un período mínimo de 5 años. Según los países y los terrenos de que se trate, esta prima se sitúa entre los 100 y 7.000 ecus por hectárea. Por ahora, los agricultores más interesados parecen ser los de la República Federal de Alemania y del Reino Unido.

Conviene tener presente que en los países de la CEE, al igual que en Estados Unidos, la reserva de tierras se efectúa contra una compensación pecuniaria, más o menos importante, que proporciona el gobierno. Los agricultores se benefician del apoyo activo de sus Estados respectivos para atenuar los efectos de una depresión acentuada de los precios y para remediar esa situación.

Las políticas de apoyo de los ingresos de los productores establecidas en los principales países exportadores de trigo

Los gobiernos de todos los principales países exportadores de trigo sostienen a sus productores nacionales. Según los países de que se trate, el apoyo es más o menos importante y adopta formas distintas, a veces indirectas, pero siempre reales, incluso en los estados que proclaman su ardiente adhesión al liberalismo económico. Así, pues, en los ingresos de los productores trigueros de los grandes países exportadores interviene una parte más o menos importante de ayudas y subvenciones directas o indirectas. Esta parte presenta una tendencia muy acusada a aumentar cuando se desploman los precios.

El apoyo a los productores argentinos de trigo

En el grupo de los principales países exportadores, los productores trigueros argentinos son los que parecen recibir menos apoyo de su gobierno. Durante mucho tiempo se llegó incluso a imponer un gravamen sobre las exportaciones argentinas de trigo: en 1983, este gravamen se acercaba al 25 % y en 1985 era aún del 20 %. No obstante, frente a las dificultades de los productores, en 1987 se suprimió el gravamen, lo que no bastó para impedir una neta disminución de las superficies dedicadas al cultivo de trigo.

Para intentar relanzar la producción, el gobierno argentino se vio obligado a organizar un sistema que permite que los productores obtengan a crédito diferentes productos (semillas, combustible, abonos), efectúandose el reembolso en especie (en trigo) en el momento de la cosecha. Sin embargo, en el mercado mundial, la competitividad del trigo argentino se basa, más que en los costos de producción, muy moderados, en la erosión del valor del austral, que es la moneda nacional. En septiembre de 1986 el austral tenía el mismo valor que el dólar americano. En menos de tres años, en enero de

1989, valía solamente 0.0725 dólares. En estas condiciones, se comprende que la parte de la producción argentina de trigo destinada a la exportación pueda colocarse siempre con gran rapidez (en tres o cuatro meses) en el mercado mundial, inmediatamente después de la cosecha.

El apoyo a los productores australianos de trigo

Australia es uno de los principales dirigentes del grupo de Cairns o grupo de «exportadores leales de productos agrícolas». Por este concepto desempeña un papel importante en la actual ronda («Ronda Uruguay») de las negociaciones del GATT. No obstante, si bien el nivel del apoyo que reciben los productores australianos parece moderado en comparación con los que se proporcionan en los demás países exportadores, no por ello dejan de concederse, tanto más cuanto a la asistencia proporcionada a escala federal vienen a sumarse las asistencias particulares concedidas, por ejemplo, para los transportes, por algunos estados.

Los industriales australianos productores de fertilizantes y maquinaria agrícola se benefician de subvenciones oficiales. Se trata desde luego de subvenciones a la industria y no a la agricultura, pero los productores agrícolas se benefician indirectamente, ya que repercuten en sus costos de producción.

Paralelamente, los agricultores australianos se benefician de diversas ventajas fiscales que no son de despreciar. Entre ellas figura el sistema de *tax averaging* (promedio fiscal) (que existe también en el Canadá), basado en calcular la base imponible por concepto de impuestos sobre la venta no sobre los ingresos de un año sino sobre la media de cinco años.

En lo tocante a los precios, los productores australianos se benefician –y este es otro punto común con el Canadá– de un sistema de precios dobles que permite pagar más caro el trigo destinado al mercado interno.

Además, en la campaña de 1986-1987 el Estado australiano se vio obligado a asumir el déficit registrado en la comercialización del trigo, cuyo monopolio ejerce el Consejo Australiano del Trigo *(Australian Wheat Board)*.

En cuanto a la comercialización, el sistema de mancomunidad *(pooling system)* administrado por el *Wheat Board* permite compensar las pérdidas registradas en algunos mercados con las ganancias conseguidas en otros. Asimismo, se conceden condiciones muy ventajosas de crédito a algunos compradores. Sin embargo, el factor monetario ha desempeñado un papel aún más importante en el apoyo a las exportaciones trigueras australianas. En 1981, el dólar australiano estaba más alto que el dólar americano (1 $ A = 1,1 $ EE.UU.). A finales de 1986, la equivalencia era sólo de 1,61 dólares de los EE.UU. Si bien su valor ha aumentado considerablemente después, sigue siendo netamente inferior al del dólar norteamericano.

El apoyo a los productores de trigo canadienses

Canadá es, con Australia, uno de los países miembros más importantes del grupo de Cairns. Además, acaba de firmar un importante acuerdo de libre intercambio con Estados Unidos, pero ello no es óbice para que conceda un apoyo muy importante a sus productores de trigo.

El apoyo de base proviene de los pagos efectuados en virtud de la llamada Ley de estabilización de los cereales del Oeste. Los fondos proceden en parte de los propios agricultores pero en su parte esencial (75 %) del Gobierno Federal. En 1985-1986, los productores de cereales de la Pradera recibieron, en el marco de este programa, 860 millones de dólares canadienses. En 1986-1987 esta cifra pasó a 1.400 millones de dólares canadienses lo que corresponde a un pago medio de 28.000 millones de dólares canadienses (21.000 dólares de los EE.UU.) por productor participante en este programa de seguros voluntarios. También existen muchos otros tipos de apoyo:

- los déficit del Consejo del Trigo del Canadá corren a cargo del Gobierno Federal;
- una parte importante de las primas correspondientes a los seguros contra las catástrofes agrícolas corre a cargo de los gobiernos de las diferentes provincias (costo en 1986-1987: 320 millones de dólares canadienses);
- en 1987-1988 se concedió una ayuda especial, financiada a la vez por el Gobierno Federal y por los gobiernos de las diferentes provincias afectadas, por un total de 1.000



Agricultura a gran escala:
Arriba: los inicios de la cosecha mecanizada, Oregón, Estados Unidos, a principios de siglo. Keystone.
A la derecha: 32 cosechadoras preparadas para la acción, para recolectar 70 toneladas de cereales en 20 minutos. Camera Press/Parimage.



millones de dólares canadienses (850 millones de dólares estadounidenses), a los productores cerealeros del Canadá (con un límite máximo de 2.500 dólares canadienses por productor);

- la ayuda a los transportes concedida en el marco del *Crow's Nest Pass Rate* (subvención del Paso del Nido del Cuervo), permite que los productores de la Pradera paguen solamente entre el 20 y el 25 % del costo real del transporte del trigo hasta los silos terminales de exportación, costo elevado teniendo en cuenta la situación del gran granero canadiense, en el corazón del continente norteamericano.

Por último, como en el caso de Australia, la pérdida de valor del dólar canadiense en relación con el dólar de EE.UU. sostuvo la competitividad de los trigos canadienses en el mercado mundial. A mediados de los años 1970, los dos dólares tenían el mismo valor. A finales de 1987, el dólar canadiense valía solamente 0,75 dólares de Estados Unidos, y a pesar de una recuperación reciente su valor sigue siendo inferior al del de su vecino del sur.

CUADRO 3. Parte de la producción nacional exportada por los principales países exportadores de trigo a mediados de los años 1980

País	%
Argentina	55
Australia	+ del 85
Canadá	+ del 65
Estados Unidos	del 40 al 45
CEE (de los 12)	22

Fuente: Charvet, J-P., 1988.

Los apoyos a los productores de trigo europeo

La CEE, aunque sólo exporta una parte limitada de su producción (véase cuadro 3), está clasificada hoy día entre los grandes exportadores mundiales de trigo.

El apoyo a los precios europeos se basa en el sistema de intervención para el mercado comunitario, y en el de los reintegros de exporta-

ción[10]. No obstante, la cuantía de esos reintegros, que cubre la diferencia existente entre el precio interior europeo y el precio mundial, ha registrado fluctuaciones muy acusadas en el tiempo. Estas fluctuaciones se produjeron en función de la evolución de la oferta y la demanda en el mercado mundial de trigo, y también de las fluctuaciones del valor del dólar estadounidense en relación con el ecu. A finales de 1984-comienzos de 1985, época en que el dólar de EE.UU. alcanzó sus valores más altos, la cuantía de los reintegros fue nula durante algunas semanas. A continuación, la baja del valor del dólar de EE.UU. en relación con el ecu y el hundimiento de los precios mundiales del trigo dieron lugar, hasta comienzos de 1988, a un crecimiento visible del valor de los reintegros. Después, la recuperación de los precios mundiales los redujo más o menos a la mitad.

Sin embargo, si bien los productores de trigo europeos se encuentran protegidos contra las fluctuaciones de los trigos mundiales, las circunstancias del mercado internacional influyen en ellos por intermedio de las finanzas comunitarias. Desde mediados de los años 1980, las autoridades de Bruselas dieron a conocer claramente que deseaban limitar de modo muy estricto los gastos destinados al apoyo de los mercados de productos agrícolas. Se fijaron contingentes para la leche. Se establecieron sistemas de garantías de cantidades máximas (GCM) para las semillas oleaginosas y los cereales. En el caso de los cereales, la garantía de cantidad máxima se fijó en 160 millones de toneladas para las campañas de 1988-1989 a 1991-1992 inclusive. Toda superación de este límite lleva consigo un descenso automático del 3 % del precio de intervención, es decir, del precio mínimo garantizado. Diferentes medidas de carácter técnico que redujeron la duración durante la cual podía aplicarse la intervención, y las primas de fomento del almacenamiento de cereales, contribuyeron también a hacer bajar los precios efectivamente percibidos por los productores europeos de trigo. Así por ejemplo, en el caso de Francia, el precio de apoyo al trigo, calculado en francos constantes de 1987, pasó de 145 en 1983-1984 a 125 francos en 1986-1987. La pérdida del poder adquisitivo del quintal de trigo pudo mitigarse en comparación con la acusada baja de los precios mundiales, pero no fue posible evitarla. Puede calcularse que su ritmo es superior al de los aumentos anuales medios de la productividad registrados en los últimos años.

El apoyo a los productos de trigo de Estados Unidos

Los mecanismos de apoyo de los ingresos de los productores de trigo de Estados Unidos actualmente en vigor fueron definidos en la gran ley de bases de la agricultura de 1985 *(Food Security Act)*, en vigor para el período de 1986-1990. No obstante, en muchos sectores esta ley no hizo más que retomar elementos que existían ya en las legislaciones que se fueron sucediendo desde la *Agricultural Adjustemt Act* (Ley de Ajuste Agrícola), de 1933.

Los cultivadores de cereales de Estados Unidos están protegidos contra los descensos de los precios mundiales por una doble red de protección:

- El mecanismo de *loan rate* corresponde más o menos, en sus efectos, al mecanismo de intervención existente en la CEE. Este sistema permite garantizar un precio mínimo al productor. Este precio es menos alto que en los países de la CEE, pero se garantiza directamente a los productores, mientras que en la Comunidad la garantía solamente es indirecta, ya que se aplica en la fase del comercio al por mayor.

Una vez efectuada la cosecha, la *Credit Commodity Corporation* (CCC), el organismo financiero del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, dispone de los medios necesarios para conceder a los productores préstamos que se garantizan con su cosecha de trigo, cuyo valor se evalúa por referencia al *loan rate.*

A continuación, si el precio de mercado excede del *loan rate*, el productor puede recuperar su trigo, venderlo sobre el mercado y devolver el crédito a la CCC.

En cambio, si el precio de mercado se mantiene muy cercano o inferior al *loan rate*, el agricultor abandona su cosecha a la CCC y conserva el dinero que se le ha prestado.

El valor de *loan rate* ha ido disminuyendo progresivamente desde 1983-1984: 134 dólares/tonelada en 1983-1984; 88 dólares/tonelada en 1986-1987; 81 dólares/tonelada en 1988-1989. Sin embargo, existe una segunda red de protección: la que se concede con referencia al *target price.*

- el *target price* o precio fijado como objetivo aumentó regularmente de 1980-1981 a 1984-1985, y a continuación se mantuvo estacionario en 161 dólares/tonelada durante las tres campañas siguientes. En la campaña 1988-1989 ha bajado ligeramente (155 dólares/tonelada). Ahora bien, en relación con este precio se determina el ingreso de la gran mayoría de los productores de trigo de Estados Unidos.

Los productores que participan en los programas de reserva o congelación de tierras tienen garantizada la percepción de este precio, ya que reciben de la CCC, en forma de pagos compensatorios o de indemnización *(deficiency payments)* la diferencia entre el precio fijado como objetivo y el precio de mercado si este último es superior al *loan rate*, o la diferencia entre el precio fijado como objetivo y el *loan rate* en caso contrario. A diferencia de los reintegros europeos, que sólo se aplican a las exportaciones dirigidas a terceros países, estos pagos compensatorios se aplican a cada tonelada producida. Existen paralelamente diferentes sistemas de ayuda al almacenamiento y un importante programa de asistencia y subvenciones a la exportación.

A la *Public Law 480*, en la que se basa la política estadounidense de ayuda alimentaria, vino a añadirse en 1985 el *Export Enhancement Program* (EEP) (Programa de Fomento de la Exportación). Con este programa se pueden conceder subvenciones para las exportaciones a determinados países, que son variables según los destinos. Su valor medio fue del orden de 35 dólares/tonelada en 1985-1986 y 1986-1987. Este programa dio como resultado una mayor disminución de los precios mundiales, que ya entonces eran muy bajos.

Aun hoy día, los precios resultantes de las cotizaciones oficiales sólo guardan una relación muy lejana con los precios aplicados efectivamente en el mercado mundial, como consecuencia de las subvenciones concedidas en el marco del EEP.

Antes de la recuperación de los precios mundiales del trigo registrada en 1988, cada explotación americana especializada en la producción triguera costaba por término medio a la CCC, con exclusión de los gastos correspondientes al EEP, más de 20.000 dólares al año. En los estados del noroeste de los Estados Unidos (Oregón y Washington), donde las explotaciones son de gran tamaño, la media se establecía en 36.000 dólares, teniendo en cuenta la existencia de un máximo fijado en 50.000[11]. Como sigue siendo posible dividir de manera más o menos artificial ciertas explotaciones en unidades más pequeñas para eludir este límite máximo, en 1987 se fijó un límite de 25.000 dólares para el total de las subvenciones que podría percibirse «por persona individual».

Si bien los productores de trigo de los Estados Unidos resultaron afectados por el hundimiento de los precios mundiales registrado durante los años 1980, el Gobierno Federal supo utilizar y financiar mecanismos de defensa que permitieron salvaguardar en lo esencial el aparato productivo.

Conclusiones

El examen de las políticas seguidas por los grandes exportadores mundiales de trigo pone de relieve el carácter en gran parte artificial de los precios «mundiales». Sin las importantes ayudas que reciben de manera directa o indirecta de sus países respectivos, la mayor parte de los cultivadores de trigo que abastecen el mercado mundial no podrían seguir produciendo este cereal si percibieran solamente como remuneración los precios aplicados en el mercado mundial (véase el cuadro 4).

En la durísima competencia que enfrenta a los grandes exportadores en el mercado mundial, los países de moneda más débil parecen, por lo menos en lo inmediato, estar en posición más favorable para «colocarse» en dicho mercado. Argentina, Australia y Canadá disponen pues de una ventaja indiscutible en comparación con los Estados Unidos, y aún más con la CEE, cuya moneda, el ecu, no cesa de verse arrastrada hacia lo alto por el marco alemán.

En las guerras de subvenciones que se libraron en el mercado mundial del trigo en los últimos años, los países más ricos, a saber, Canadá, la CEE y Estados Unidos, parecieron gozar de una clara ventaja con respecto a los demás, por ser capaces de movilizar más recursos para apoyar a sus productores, que recibieron tanto más apoyo por cuanto que eran más numerosos (véase el cuadro 5).

Entre las estrategias de defensa desarrolladas por los agricultores para protegerse de los efectos de la baja de los precios mundiales de

CUADRO 4. Precio de apoyo del trigo en los principales países exportadores (en moneda nacional o en dólares de EE.UU. por tonelada)

País (moneda nacional)	Precio de apoyo en moneda nacional		Precio de apoyo en dólares de EE.UU.	
	en 1985-1986	en 1987-1988	en 1985-1986	en 1987-1988
Argentina[1] (austral)	65	300	81	91
Australia[2] (dólar australiano)	150	144	104	103
Canadá[3] (dólar canadiense)	160	120	116	90
CEE[4] (ecu)	209	169	169[6]	216[7]
Estados Unidos[5] (dólar de EE.UU.)	161	161	161[8]	161

Fuente: Consejo Internacional del Trigo, mayo de 1988.

1. Precio de referencia, trigo pan núm. 1, en vagón, puerto de Buenos Aires
2. Precio mínimo garantizado del trigo «Australian Standard White». De este precio deben deducirse los gastos de transporte y de mantenimiento para obtener el precio efectivamente garantizado al productor
3. Precio inicial del trigo «Canadian Western Red Spring núm. 1», en almacén, en Vancouver o Thunder Bay. La parte de los gastos de transporte que ha de correr a cargo de los productores se deduce de esta cifra para obtener el precio efectivamente garantizado.
4. Precio de intervención del trigo de panificación en la fase del comercio al por mayor. Los precios medios efectivamente percibidos por los productores son inferiores a este precio en un 15 % aproximadamente.
5. Precio fijado como objetivo, válido para todas las categorías de trigo, para los productores que participan en los programas de reserva de tierras.
6. En 1985: 1 ecu = 0,81 dólares de EE.UU.
7. En 1987: 1 ecu = 1,28 dólares de EE.UU. Entre 1985 y 1987 el precio de intervención europeo disminuyó mucho en ecus, pero aumentó claramente en dólares de EE.UU. debido a la evolución de los tipos de cambio de estas dos monedas.
8. En 1985-1986 y 1986-1987, como consecuencia del Programa de Fomento de las Exportaciones organizado por Estados Unidos, algunas transacciones comerciales se concertaron a precios inferiores a 80 dolares por tonelada

los productos agrícolas, las medidas adoptadas en las propias explotaciones parecen mucho menos decisivas que las políticas nacionales de regularización de los agricultores y los sistemas agrarios.

CUADRO 5. Número de explotaciones productoras de trigo en los grandes países exportadores a mediados de los años 1980

Argentina	60.000
Australia	44.000
Canadá	menos de 100.000
Estados Unidos	436.000
CEE (de los 12)	2.400.000

Fuente: Charvet, J-P., 1988.

La amplitud y diversidad de las subvenciones directas e indirectas de que se benefician los agricultores de los países ricos hacen que su desaparición pura y simple, que algunos reclaman en el marco de las negociaciones del GATT, constituya una posición poco realista. Esto no significa que los arreglos concertados no sean convenientes, en el interés bien entendido de todos.

(Traducido del francés)

Notas

1. Véase Charvet, J-P. «La guerre du blé», París, Económica, 1988; véase en particular la página 13 y siguientes del capítulo 1: «La désorganisation du marché mondial des céréales».

2. Consejo Internacional del Trigo, «Perspectivas a largo plazo de las importaciones de cereales de los países en desarrollo», Londres, 1987, 26 páginas mecanografiadas.

3. Después de la sequía que afectó a América del Norte y algunas otras regiones en 1988, estas reservas han disminuido de un 50 % y ahora representan menos de dos meses del consumo mundial.

4. Precio fob puertos del Golfo de México.

5. Precio fob Bangkok.

6. Precio cif Rotterdam.

7. Este país es el segundo importador mundial de trigo, después de la URSS, con una media de 8 millones de toneladas en 1985-1986 y 1986-1987.

8. Véase, Charvet, J-P., 1988: página 82 y siguientes.

9. Véase Charvet, J-P., 1988: páginas 100 y 101.

10. Charvet, J-P., véase la página 179 y siguientes.

11. USDA, ERS, AIB 528, agosto de 1987.

Bibliografía

Consejo Internacional del Trigo: *Perspectives à long terme des importations de céréales des pays en développement*, Londres, nov. 1987, 26 págs. mecanografiado.

Consejo Internacional del Trigo: *Politiques de soutien et pratiques en matière d'exportation dans les cinq principaux pays exportateurs de blé*. Londres, mayo de 1988, 50 págs. mecanografiado.

CYCLOPE (dirigido por Ph. CHALMIN y J-L. GOMBEAUD): *Les marchés mondiaux*, París, Económica, 1987, 248 págs.

CHARVET, J-P: *Les greniers du monde*, París, Económica, 1985, 368 págs.

CHARVET, J-P: *Le désordre alimentaire mondial*, París, Hatier, 1987, 265 págs.

CHARVET, J-P: *La guerre du blé*, París, Económica, 1988, 222 págs.

HATHAWAY, D-E: *Agriculture and the GATT: rewriting the rules*, Washington D.C., Institute for International Economics, 1987, 160 págs.

INSTITUTO INTERAMERICANO DE COOPERACIÓN PARA LA AGRICULTURA: *Los países productores de cereales ante la crisis agrícola internacional*, Buenos Aires, IICA Oficina Argentina, 1987, 309 págs.

MILLER, G: *The political economy of international agricultural policy reform*, Canberra, Australian Government Publishing Service, 1986, 130 págs.

NEWMAN, M; FULTON, T; GLASER, L: *A comparison of agriculture in the United States and the European Community*, Washington DC, USDA, ERS, FAER 233, 1987, 59 págs.

OCDE: *Rapport sur les échanges agricoles*, París OCDE, 1987.

SASSON, A: *Nourrir demain les hommes*, París, UNESCO, collection Sextant, 1986, 767 págs.

SLINKARD, A-E; FOWLER D-B, Ed.: *Wheat production in Canada, a review*, Saskatoon, University of Saskatchewan, 1986, 652 págs.

USDA: *US competitiveness in the world wheat market*, Washington DC, USDA, 1987, 120 págs.

Estrategia campesina tribal, integración en el mercado y políticas oficiales en el noreste de India

S.N. Mishra

Introducción

El tamaño y la diversidad de la India no permiten una visión uniforme y general de los campesinos indios. Hay muchas clases de campesinos en la India. Según el censo agrícola de 1980-81, el total de explotaciones agrarias era de 89 millones. Hoy día, este número debe ser aún mayor debido a la división de las explotaciones por causa de la creciente presión demográfica. Este vasto número de explotaciones está agrupado especialmente en unas 600.000 aldeas dispersas por la masa terrestre de la India, climática y topográficamente variada, desde la zona casi tropical hasta el Himalaya nevado, al norte. Económicamente, este elevado número de poseedores de tierras presenta un espectro que no sólo es muy amplio sino que además se caracteriza por las superposiciones y las interferencias internas. En un extremo del espectro, ha aparecido una pequeña clase de agricultores capitalistas, denominados eufemísticamente como «capitalistas del tractor» (Rudolph y Rudolph, 1987), particularmente en las regiones agrícolamente más avanzadas del país. En el otro extremo del espectro se encuentran los campesinos tribales, concentrados en elevado número, en algunas regiones de la India central y los estados fronterizos del noreste. Aunque en el curso de la historia reciente este grupo ha salido de su aislamiento tribal, en la región del noreste en particular sigue practicando el viejo método de cortar y quemar, propio de la agricultura nómada.

El Dr. S.N. Mishra (nacido en 1935) es profesor de economía del Institute of Economic Growth de Delhi, India, y en la actualidad también de la Facultad de Economía de la Universidad de Tokio. El Dr. Mishra se licenció en Ciencias Naturales y se doctoró en economía en la Facultad de Economía de la Universidad de Delhi, en 1966. Su esfera de investigación y enseñanza es el desarrollo de la planificación, con especial atención a la agricultura y cuestiones afines. Se ha interesado en especial en el estudio de la transformación económica tribal en la India, por cuyos trabajos se le concedió la prestigiosa beca Jawaharilal Nehru en 1982.

Entre estos dos extremos del espectro se encuentra el vasto conjunto formado por el campesinado de la India. De ordinario se clasifica, con arreglo al tamaño de la tierra poseída o explotada, en los grupos denominados de grandes agricultores y de campesinos medianos, pequeños y marginales, dejando aparte el grupo de trabajadores sin tierras que viven de las labores del campo. Este tipo de clasificación se emplea en la India para determinadas finalidades de las políticas oficiales de desarrollo agrícola y rural. Si bien ello da una división aproximada y viable del campesinado a nivel macroeconómico, oculta su diversidad regional. Por ejemplo, un hogar de campesinos que cultive 10 hectáreas de tierra en la agricultura de secano de la meseta del Deccan o en las zonas secas del desierto de Thar no suele obtener más ingresos que un pequeño agricultor con 2-4 hectáreas de tierras de regadío de la llanura indogangética. Y sin embargo el primero, según esta clasificación, pertenece a la categoría de grandes agricultores. En segundo lugar, en ningún nivel (incluido el micronivel de la aldea) la mano de obra y el capital propiedad de los hogares se distribuyen en la misma proporción que la tierra. De hecho, la distribución de estos factores es inversa. Esta característica de superposición

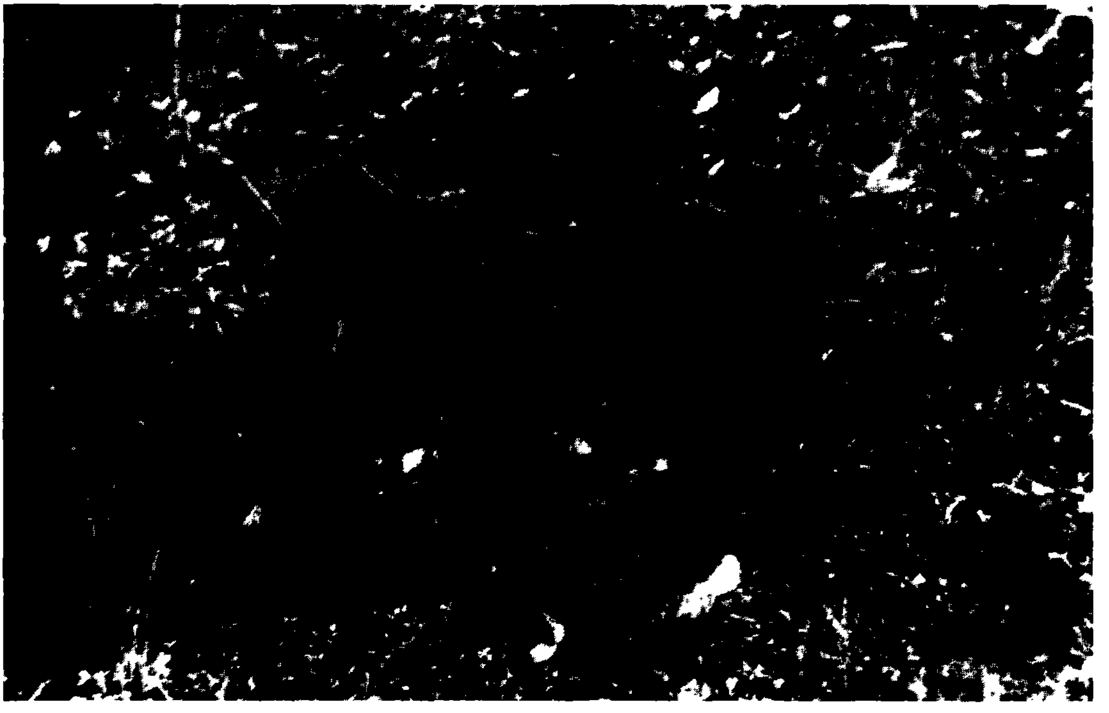
asimétrica de la distribución de la propiedad de los factores de la producción ha creado un conjunto muy complejo de hogares campesinos en la India. Sin entrar en detalles, podemos señalar que la intersección más compleja de este conjunto consiste en los hogares campesinos que poseen algunas tierras y capitales, por ejemplo una pareja de bueyes de tiro, pero en los que algunos miembros trabajan al mismo tiempo como asalariados en otras tierras para complementar sus ingresos. El conjunto es tal que en él se encuentran grupos con intereses económicos comunes y sin ellos, y también con conflictos de interés y sin ellos (ICSSR, Grupo de Trabajo, 1980). La división social del campesinado, por ejemplo el sistema de castas, afecta también a la vida económica, y la complica. No es sorprendente pues que los intentos de clasificar al campesinado de la India con arreglo a las clases sociales indicadas por Marx hayan fracasado también. Salvo un pequeño grupo de agricultores capitalistas del extremo superior, y los trabajadores sin tierras del extremo inferior, que son claramente identificables por sus intereses de clase, la mayoría de los campesinos indios se caracterizan por «no constituir ninguna clase» (Rudra, 1978).

En una situación de este tipo la respuesta a las políticas oficiales y las fuerzas del mercado, no son evidentemente iguales para cada grupo y cada sector del campesinado. Hay que tener muy en cuenta que, sin excepción, cada grupo y cada campesino individualmente se comporta de forma racional y elabora una estrategia para proteger y promover sus intereses económicos. Pero, como los intereses varían, lo propio ocurre con las respuestas y las estrategias. En la India existe una constante intervención estatal en el mercado, tanto en lo referente a los costes (incluido el crédito) como a la producción agrícola. El objetivo intervencionista absoluto consiste en proporcionar incentivos para aumentar la producción. Por consiguiente, la respuesta estratégica del campesino a una determinada política oficial ha de incluir una evaluación de los posibles efectos de esa política en los mercados.

En este artículo nos proponemos estudiar las respuestas y estrategias de un grupo determinado, a saber, los campesinos tribales de la región nordeste de la India. Como antecedente podemos observar que alrededor del 8 % de la población de la India estaba clasificada como tribal en el censo de 1981. Esta población ha aumentado a un ritmo superior al de la población en general. Hoy día, la población tribal debe situarse en torno a 70 millones. Es un número elevado, muy superior al total de habitantes de muchos países del mundo. La población tribal se encuentra en dos importantes concentraciones: 1) la cordillera central, que corre de la costa oriental a la occidental y se desvía hacia el norte por las llanuras del Ganges y hacia el sur por la meseta del Deccan; 2) la región del noreste, que limita al norte con el Tibet, al este con Birmania y al sur y al oeste con Bangladesh. La región central representa el 85 % de la población tribal de la India, mientras que en la región del noreste vive alrededor del 12 %.

A diferencia de la región central, que ha sido tierra fronteriza para los inmigrantes no tribales, que se instalan en ella desde tiempos remotos, la región del noreste, especialmente sus zonas tribales, permaneció aislada y libre de esas presiones externas. Aún hoy día, 5 de los 7 estados que constituyen esta región son de carácter predominantemente tribal. Más del 90 % de la población de la región es rural y depende de la agricultura. Esta región quedó sometida a la administración colonial británica durante la segunda mitad del siglo XIX, que tuvo que recurrir en grado considerable a la fuerza para dominar esas tribus. La paz interna y la seguridad de las fronteras internacionales dictaron una política de no injerencia en la vida socioeconómica y cultural de las tribus. Por este mismo motivo, no se permitió la entrada en las zonas tribales a personas ajenas a ellas (Mackenzie, 1884; Gait, 1905; Barpujari, 1970). Así, pues, las comunidades tribales que vivían de la tierra y los bosques intervinieron poco en las políticas oficiales de desarrollo o en los mecanismos de mercado hasta después de la independencia de la India, en 1947. El verdadero desarrollo y cambio se inició en los años 60, cuando empezaron a influir el Estado y los mecanismos de mercado.

Con objeto de entender mejor el cambio de la economía y la sociedad de las comunidades tribales y la reacción de los campesinos al cambio, es necesario hacerse una idea de su economía tradicional, centrándose en particular en su sistema agrario. En la siguiente sección presentamos una breve relación de esta economía tradicional. Se trata de una interpretación de los registros coloniales, con inclusión de estu-



Mujeres desyerbando un campo de arroz, en el estado de Assam, India. Los sombreros de mimbre que llevan las protegen de la lluvia. H E Kauffmann/Museo del Hombre, Paris.

dios etnográficos tan conocidos como los de Hutton (1921a, 1921b), Mills (1926, 1937), Hodson (1908), Shakespear (1912), Parry (1932) y Gurdon (1914). También está basado en mis propios estudios sobre el terreno, realizados durante el período 1978-88, y en la observación de los sistemas tradicionales que aún sobreviven, así como los nuevos elementos. En una sección posterior, facilito una descripción y análisis de los cambios derivados de las políticas oficiales de desarrollo y la integración del mercado. En la última sección figuran mis observaciones finales.

La economía tradicional, con especial atención al sistema agrario

La región del noreste de la India se compone de 7 estados, todos ellos más bien pequeños. Son los siguientes: Assam, Arunachal Pradesh (antes llamado Agencia de la Frontera del Noreste, NEFA), Nagaland, Manipur, Mizoram, Meghalaya y Tripura. Estos estados quedaron incluidos en el estado de Assam hasta bastante después de la independencia de India en 1947. Precisamente por razones de solidaridad tribal y étnica, y por causa del movimiento de promoción de una identidad distinta, todos ellos se separaron del estado inicial, Assam.

La región abarca una superficie de 26 millones de hectáreas, lo que representa más del 7 % del total de la India. En la época del último censo, en 1981, la población de la región era de unos 26 millones de personas, lo que representa aproximadamente el 4,4 % de la población total de la India. Debe observarse que lo que hoy es el estado de Assam reunía por sí sólo alrededor de 20 millones de personas, de este total de 26 millones, debido a que Assam (que abarca gran parte del valle del Brahmaputra) posee el 71 % de la superficie de las llanuras de la región de cultivos permanentes y asentados. De he-

cho, añadiendo a Assam entre el 6 y el 7 % de la superficie de las llanuras de los estados adyacentes de Magharaya y Tripura, quedan incluidos alrededor del 85 % de los cultivos permanentes de la región (el 15 % de la superficie), con un total de unos 4 millones de hectáreas.

La mayor parte de la región del noreste, en la que innumerables comunidades tribales han tratado de subsistir desde tiempos remotos, es montañosa. Otro hecho es que estos estados predominantemente montañosos (dejando aparte Assam y Tripura) están poblados por grupos tribales[1] que representan del 90 al 95 % de sus poblaciones respectivas. Además, las poblaciones tribales de Manipur, Nagaland, Mizoram, Meghalaya y Arunachal Pradesh han aumentado entre un 3 y más de un 4 % al año desde 1961. Dado que entre el 80 y el 95 % de la población de estos estados (Mishra, 1985) depende aún de la agricultura y actividades afines, se produce una presión creciente de la población sobre las tierras cultivables de las zonas altas y su cubierta forestal.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, veamos cuál ha sido el sistema económico tradicional de las tribus de las tierras altas de esta región. Antes describiremos brevemente su estructura de asentamiento en las aldeas y las instituciones sociales que están estrechamente relacionadas con sus actividades económicas tradicionales.

Estas poblaciones viven en aldeas dispersas en el territorio de una tribu. Hasta ahora no se ha llevado a cabo ningún estudio catastral de las zonas montañosas en las que los límites de las aldeas están bien definidos por los cursos de agua y las colinas, y a veces con hitos de piedra. Las aldeas vecinas reconocen consuetudinariamente esos límites. El tamaño de la aldea varía según el tamaño del territorio, la naturaleza física del paisaje y su accesibilidad al uso, y también si una comunidad tribal está ampliamente o poco estructurada, y según cuales fueron sus sistemas de defensa antes de que el estado llegase con sus instituciones de mantenimiento del orden público. Entre las tribus naga, que se sabe eran muy belicosas en el pasado, las aldeas suelen ser bastante grandes, con varios centenares de casas, situadas en alturas dominantes e incluso rodeadas de empalizadas (en el pasado), por razones defensivas. En el caso de otras tribus belicosas, por ejemplo los nishings (antes daflas), de Arunachal Pradesh, que tienen un territorio propio considerablemente grande, algunas aldeas apenas tienen de 8 a 10 casas. En zonas como las mesetas montañosas de los khasi y las colinas de los Jayantia, en el estado de Meghalaya, los asentamientos están muy dispersos, con una o dos casas en cada lugar del territorio de la aldea.

Dejando aparte los matrilineales khasis, jayantia y garos de Meghalaya, las comunidades tribales de la región por lo general han sido polígamas, matrilineales y patriarcales. La organización comunitaria de la aldea no es uniforme en las diversas tribus. Algunas son más o menos democráticas, con un consejo elegido, un consejo de ancianos o un cacique encargado de gestionar los asuntos de la aldea. Otras son más o menos dictatoriales, en el sentido de que los poderes de gestionar los asuntos de la aldea corresponden a los jefes hereditarios, que pueden estar asistidos por un consejo de ancianos. Estas instituciones consuetudinarias, sea cual fuere su carácter, tienen poco que hacer ahora en los programas de desarrollo patrocinados por el estado, y han quedado descartadas por los *panchayats* de las aldeas, elegidos sobre la base del sufragio de los adultos en virtud de leyes aprobadas por las legislaturas estatales de la región, como en el resto de la India. Las poblaciones no han opuesto ninguna resistencia a este cambio. De hecho, en el estado de Mizoram (antes colinas de Lushai) hubo un movimiento popular en favor de la abolición de la jefatura, cuya necesidad se derivaba del hecho de que el gobierno colonial británico había concedido un reconocimiento jurídico a esta institución. En los *panchayats* de las aldeas, los antiguos jefes, caciques y consejeros quizá tengan aún influencia, pero la situación ha evolucionado hacia un sistema individualista basado en el principio de «un hombre, un voto». Como veremos en la próxima sección, esta evaluación se ve favorecida, ya que no se opone al desarrollo de la propiedad privada individual y las relaciones de intercambio basadas en el mercado.

La poligamia de las tribus del noreste significa que los hombres pueden tener más de una mujer. Algunas tribus, como la de los nishings de Arunachal Pradesh, favorecen esta institución por el número relativamente más elevado de mujeres (Mishra, 1983). Pero hay otras razones sociales y económicas más profundas. Un número elevado de esposas, un conjunto familiar más amplio formado por diversas familias

que comparten la misma casa bajo la presidencia del patriarca, y un buen rebaño de ganado *mithun* (de la especie semidomesticada *bos frontalis*, nativa de la zona montañosa de la región) confieren prestigio y consideración social. Los hombres ambiciosos y triunfadores tratan de obtener todas esas cosas. Como quiera que por cada mujer hay que pagar un precio, preferentemente un *mithuns* (actualmente se empieza a preferir el dinero), en realidad no todos los hombres pueden tener más de una esposa, y algunos no pueden tener ninguna. Este último problema lo resuelve otra institución, a saber, la herencia y redistribución. Cuando fallece una persona, sus esposas las heredan los hermanos, y a veces los hijos también, si ello no da lugar a incesto, siempre con la condición de que las mujeres lo acepten. Estas, desde luego, se ven obligadas a abandonar el hogar y volverse a casar, porque sus padres o los futuros cónyuges deben devolver las arras.

La razón económica de la institución de la poligamia es que ofrece una mayor cantidad de mano de obra femenina, tan importante para la agricultura tradicional, como veremos después. Asimismo, al igual que el mayor número de esposas, el tamaño de una vasta familia, además de ofrecer consideración social, garantiza una gran disponibilidad de mano de obra vinculada a los familiares. Así, la reproducción de la población de una tribu y sus instituciones rectoras están íntimamente relacionadas con la reproducción económica de la familia y de la comunidad tribal a través de ella.

De una selección de antiguos informes británicos (Elwin Verrier, 1959) y estudios etnográficos (Dalton, 1872) se desprende que la característica económica más típica de las tribus de la región es la agricultura nómada, usando el método de cortar y quemar[2], complementada con la ganadería, la recolección de productos forestales, la caza y la pesca. Asimismo, producen artesanías básicas, como herramientas y enseres domésticos, incluidos los vestidos. Esta modalidad de economía de subsistencia continúa en forma residual. Están apareciendo nuevos elementos que consideraremos más adelante. Si bien el campesinado tribal satisfacía sus necesidades básicas con este modo de vida económica, contrariamente a lo que suele creerse no eran autosuficientes, en algunos casos ni siquiera con respecto a los cereales básicos. Por esta razón, se dedicaban al intercambio de bienes por el sistema de trueque entre ellos mismos y con mercaderes profesionales no pertenecientes a la tribu, procedentes de las llanuras con los que se encontraban en los mercados periódicos al pie de las colinas, así como con las regiones vecinas de Birmania y el Tibet. Aunque sólo fuera eso, la sal y los metales (incluidos los artefactos y herramientas de metal) se obtenían fuera del país. Los artículos proporcionados a cambio por las tribus eran productos de la caza y de la recolección forestal, así como de algunos cultivos. En la primera de las categorías podemos mencionar almizcle, colmillos, pieles, munji, dientes de mismi, cera, resina, goma, etc. Los productos cultivados eran principalmente algodón, gengibre, mostaza, guindillas, pimienta y hojas de betel aunque no todas las tribus cultivaban estos productos (Pemberton, 1979 reedición; Mackenzie, 1984; Dalton, 1872).

En estas transacciones, intertribales y con las llanuras, no se utilizaba ni hacía falta dinero como medio de intercambio, reserva de valor o acumulación de capital. Internamente, el *mithun* desempeñaba hasta cierto punto el papel de medio de intercambio y medida de valor. He examinado con cierto detalle en otro trabajo (Mishra, 1985) hasta qué punto eran rudimentarios el cálculo numérico y las mediciones. A finales del siglo XIX, los ingleses introdujeron el dinero por primera vez, imponiendo y recaudando un impuesto interno que debía pagarse forzosamente en efectivo, y pagando también en efectivo la mano de obra contratada forzosamente para la construcción de carreteras y otras obras públicas (Barpujari, 1970). Ello hizo necesario el intercambio de algunos productos por dinero con los comerciantes en los mercados al pie de las colinas, pero dentro de las tribus el dinero siguió desempeñando un papel muy reducido hasta el inicio de los planes estatales de desarrollo, después de la independencia.

El sistema agrario tradicional

Ya hemos observado antes que la ocupación primordial de las tribus de las tierras altas de esta región ha consistido en el cultivo nómada de la tierra. Este tipo de cultivo es bien conocido, por lo que nos limitaremos a mencionar que una determinada zona forestal de la aldea-

territorio se tala y quema anualmente para proporcionar la cubierta de ceniza necesaria para los campos así disponibles (con una pendiente de hasta 50-60 grados) en las laderas de las colinas en las que se siembran las semillas. Así, pues, los campos o parcelas se utilizan para un cultivo mixto durante un año o dos, y a continuación se dejan en barbecho para que se regeneren hasta la próxima serie de cultivos, al término del ciclo. Todo este proceso se basa exclusivamente en la mano de obra humana y las lluvias monzónicas.

Este tipo de cultivo de la tierra, basado en el hecho de que todos los años, o cada dos años, el bloque cultivado se traslada a un lugar diferente del territorio de la aldea, no permite el derecho privado de propiedad o posesión permanente de las diversas parcelas por las familias campesinas, por lo menos en la región del noreste de la India. Entre algunos grupos, como los rengma y los sema nagas, así como en las tribus khasi y garo, la aldea-territorio está dividida permanentemente entre los clanes o subdividida entre las diferentes familias, dejando una parte de la tierra como propiedad común. En estos casos, los clanes y linajes limitan su cultivo nómada a sus propias porciones de la aldea-territorio. Sin embargo, en estos casos las familias pertenecientes al clan o linaje no tienen derecho de propiedad o posesión permanente de la tierra. Así, pues, la tierra es de propiedad común de la aldea-comunidad en general o del clan o linaje. Los particulares y las familias tienen derecho a cultivar la tierra para su subsistencia, por el hecho de ser miembros de los clanes. Si un miembro abandona la aldea, todos sus derechos quedan sin efecto. Cada año se aclarea colectivamente una nueva parcela de bosque y a continuación se divide y asigna a los miembros de las familias según el número de bocas que hayan de alimentar.

Varios escritores ingleses confundieron la división de la aldea-territorio entre los clanes y los linajes con la existencia de la propiedad privada de la tierra. Entre los sema nagas, afirmó Hutton (1921b), «toda la tierra es ahora de propiedad particular». Una confusión parecida se produjo en el caso de las tribus que tenían jefes hereditarios (los grupos lakher-lushai) o elegidos (khasi). Como los jefes gozaban de ciertos privilegios –generalmente pagados en forma de servicios laborales o tributos en grano por cada familia de campesinos– se afirmó que la aldea o el territorio eran de propiedad particular de cada jefe. Yo he estudiado estas afirmaciones en otro trabajo (Mishra, 1986) y he demostrado que carecen de fundamento. No obstante, fueron muy útiles para las finalidades del modelo colonial. Se expidieron documentos *(sanads)* a los jefes khasi, y después a los jefes lushai, confirmándoles como propietarios legales de las tierras de la aldea. Sin embargo, el motivo real era pacificar a estos jefes turbulentos. Dos acontecimientos del período posterior a la independencia influyeron favorablemente en la abolición de la alegación de propiedad privada de la tierra por parte de los jefes: la creación de la comisión de reforma agraria de las colinas khasi (Gobierno de Meghalaya, 1974) y la abolición de la jefatura lushai, con indemnizaciones no basadas en las tierras sino en el número de familias campesinas sometidas a cada jefe.

Así, pues, tanto en el pasado como hoy en día, la tierra dedicada a los cultivos nómadas es de propiedad comunitaria. Se han elaborado e institucionalizado formas de cooperación laboral entre las familias campesinas, desde el clareo del bosque hasta la cosecha final de los cultivos. Las instituciones de cooperación laboral también sirven para la redistribución de los alimentos entre las familias de la aldea. Por lo general, hay dos tipos de actividades que dan origen a dos formas de trabajo: las actividades o trabajos de carácter colectivo, como el clareo de los bosques o la construcción de un dormitorio para los jóvenes de la aldea o de una carretera de enlace, que exigen una labor colectiva en la que participan todas las familias. En segundo lugar, hay actividades o trabajos de carácter privado que benefician a ciertas familias u hogares, para las cuales se requiere la cooperación de otras familias; este tipo de obras pueden ser de cualquier clase –siembra, desbroce, cosecha, construcción de una casa, etc. La labor cooperativa se moviliza sobre una base de reciprocidad.

Aunque estas instituciones prevalecen en todas las tribus de la región, mis estudios sobre el terreno me permiten ilustrar brevemente el modo en que la cooperación laboral funciona entre los nishings (daflas) de Arunachal Pradesh. Hay dos formas de cooperación, designadas localmente como *rey-yenam* y *dorum-rey*. Una familia que solicite un *rey-yenam* viene obligada a servir raciones de arroz o de cerveza de mijo a intervalos durante las horas de traba-



Un pueblo de Assam. Al centro un dahu, lugar de reunión de los hombres. H.E Kauffmann, Museo del Hombre, París.

jo, y una comida hecha de arroz al final, a todos los que han participado en éste, hombres, mujeres y niños. A su vez, esta familia tiene la obligación de colaborar cuando otra de las familias que respondió a su llamamiento pide a su vez un *rey-yenam*. El *dorum-rey*, en cambio, no es estrictamente recíproco. La familia que hace un llamamiento de este tipo tiene que servir grandes cantidades de cerveza y comidas a base de arroz en el lugar de trabajo, y un buen almuerzo con carne, en cantidad suficiente para que los cooperantes no sólo coman sino que además se lleven alimentos a sus casas. Así pues, la familia interesada no tiene ninguna obligación recíproca cuando cualquiera de los que colaboraron con ella pide a su vez un *dorum-rey*. Naturalmente, los que disponen de suficientes alimentos y ganado piden un *dorum-rey*. No obstante, los alimentos de la aldea se redistribuyen entre las familias. En tribus como los apatanis y los nagas, donde hay organizaciones por grupos de edad de los miembros de la aldea/comunidad, las organizaciones juveniles de ambos sexos se dedican en especial a la labor de cooperación del *rey-yenam* y el *dorum-rey* que, a su vez, se está convirtiendo en un mercado de mano de obra (véase Haimendorf, 1980).

Por último, debe observarse que las mujeres son la pieza clave del cultivo nómada de la tierra en el noreste de la India. La multiplicidad de esposas, como se ha indicado anteriormente, además de elevar la consideración social, mejora la situación económica de la familia en igual medida[3]. En muchas tribus, en un contexto familiar amplio, la familia nuclear está centrada de hecho en torno a la madre, cada una de las cuales tiene un hogar distinto pero comparte la misma casa residencial. Cuando se atribuye tierra a la familia en sentido amplio, cada esposa o mujer cultiva una parcela o dos de la extensión atribuida, moviliza mano de obra cooperativa para la siembra de semillas y la cosecha, almacena el producto y lo destina a su propio consumo, el de su familia u otros usos (Mishra, 1985).

Planes estatales de desarrollo y evolución de los mercados

El sistema agrario tradicional que acabamos de describir brevemente subsiste aún en considerable medida hoy día entre las tribus montañesas del noreste de la India pero se está transformando gradualmente bajo la presión doble de los programas de desarrollo patrocinados por el Estado y la creciente penetración de los mecanismos de mercado. El tercer elemento de presión que refuerza el proceso de cambio es la altísima tasa de crecimiento de la población tribal, antes mencionada.

Examinemos en primer lugar la respuesta estratégica del campesinado tribal a esta tercera presión. Como la tierra disponible es fija, la respuesta natural consiste en intensificar la explotación y extender los cultivos nómadas a tierras marginales y frágiles, hasta ahora no cultivadas, en elevaciones superiores dentro del territorio de la aldea. Aunque no hay estadísticas fiables, los funcionarios de Nagaland me confirmaron que en su estado, cuya población tribal creció un 4,7 % anual entre 1971 y 1981, la superficie dedicada a los cultivos nómadas ha ido en aumento. Aun pasando por alto este extremo, ya que las limitaciones de la disponibilidad de tierras son muy rígidas, la estrategia de intensificación del aprovechamiento de la tierra queda demostrada ampliamente por el hecho de que el ciclo del cultivo nómada se ha reducido de 20 a 25 años en la generación anterior, a 5-7 años en la actual. A falta de un restablecimiento suficiente de la capa forestal, esta reducción del ciclo significa que ha disminuido la productividad de la tierra. No obstante, un aumento de la frecuencia de las cosechas compensa esta pérdida de productividad en un período determinado. La degradación ecológica de las montañas, en particular la erosión de la capa superior de los suelos, es otra cuestión.

¿Qué política sigue el estado en esta cuestión? Controla el cultivo nómada y procura su eliminación definitiva de la región. ¿Cómo? Además de diversos programas de desarrollo relacionados con la conservación de los suelos, la repoblación forestal y la estabilización de la tierra del sector público, la principal característica de esta política consiste en inducir a los campesinos tribales a pasar al sector de la agricultura permanente y asentada, la horticultura y las plantaciones, según la idoneidad de la tierra. Se proyecta aterrazar tierras hasta una inclinación de 35° para la agricultura permanente y de 35° a 55° para la horticultura y las plantaciones, destinándose el resto a bosque, incluida la silvicultura social. El estímulo para los campesinos toma muchas formas distintas: habilitación de la tierra a cargo enteramente del gobierno y asignación gratuita, subsidio de hasta el 100 % para los aldeanos que transformen en terrazas los campos *jhum* (nombre local de cultivo nómada), distribución gratuita o altamente subvencionada de semillas, planteles y fertilizantes, compra de bueyes de tiro, servicios de extensión, créditos cooperativos y regadío (Consejo del Noreste, 1982).

La respuesta de los campesinos tribales a este programa ha sido bastante positiva. Según una encuesta realizada en 1976-1977, la abrumadora mayoría de los cultivadores nómadas había pasado a la agricultura permanente cuando los gobiernos de los estados la habían introducido (Organización de la Encuesta de Muestreo Nacional, 1979). Del total de la muestra de cultivadores nómadas, entre el 40 y el 70 por ciento de diferentes estados disponía de alguna tierra dedicada a cultivos permanentes, correspondiendo el porcentaje más bajo a Arunachal Pradesh y el más alto al estado de Manipur. Hoy día, estos porcentajes deben haber aumentado. Según el examen del plan quinquenal en diferentes estados, la superficie dedicada a la horticultura de plantación ha ido en aumento, sobre todo en lo relativo a cítricos, manzanas, ananás, té, café y caucho.

¿Por qué, pues, la superficie dedicada a los cultivos nómadas no disminuye? En primer lugar, debe tenerse en cuenta la presión del rápido crecimiento demográfico. En segundo lugar, consciente de la posible inseguridad derivada del abandono repentino del sistema tradicional bien establecido, los campesinos tribales están a la espera para obtener beneficios más elevados del cambio. Por ejemplo, se observó que en algunos casos, tras cultivar las tierras altas aterrazadas durante un año o dos, los agricultores las abandonaban, porque estas tierras, sin regadío ni aplicación de fertilizantes, daban un rendimiento bajo (Consejo del Noreste, 1982). Por último, como hemos visto, dado que la superficie de cultivos nómadas está sujeta al control y la propiedad de la comunidad, hace falta el consentimiento de toda la aldea, clan o linaje



Cazadores Nagas en un bosque de Assam. H Holmes/Camera Press

antes de que pueda transformarse parte de ella en terrazas o campos nivelados.

Sea como fuere, una vez que la superficie de cultivo nómada se ha transformado y distribuido entre las familias campesinas, pasa a ser de su propiedad, privada e individual. Esto es un cambio fundamental en el sistema agrario tradicional –la formación de la propiedad privada a expensas de la propiedad común de la tierra. Aunque no se ha efectuado aún una encuesta catastral para conferir títulos legales, la comunidad reconoce la propiedad privada. Además, para todos los fines de desarrollo los órganos oficiales tratan directamente con el propietario de la tierra. Ya he señalado anteriormente el vivo deseo de los campesinos tribales de dedicarse a la agricultura permanente, la horticultura y las plantaciones, debido entre otras cosas a que de esta manera la tierra pasa a ser de su propiedad privada. Además, de ser transmisible por herencia, esta tierra ha adquirido valor, ya que puede venderse.

Junto con este cambio de las relaciones agrarias y de la tecnología agrícola se ha producido una transformación de los sistemas de cultivo. Ya no es necesario el cultivo con miras a la autosuficiencia alimentaria. Es posible obtener los alimentos de los sistemas de distribución pública o comprarlos en las pequeñas ciudades cercanas, cuyo número va en aumento[4]. La producción para la venta se ha impuesto también en los sistemas de cultivo. Me limitaré a facilitar dos ejemplos: los nishings (dafla) de Arunachal Pradesh no utilizan tradicionalmente aceite para cocinar. Durante mi estudio sobre el terreno de estas tribus en 1978 observé que cultivaban mostaza, exclusivamente para la venta. En segundo lugar, un estudio basado en una encuesta efectuada en diversas partes del estado de Meghalaya indicó que un 45 %, nada menos, de la superficie de las aldeas muestreadas se dedicada a cultivos comerciales, con inclusión de plantaciones hortícolas, y que se vendía del 60 al 90 % de la producción de frutas, algodón, yute, mesta y papas (Sukumaran

Nair, 1983). Esto indica la aparición de la tendencia indicada.

Integración al mercado

Conviene examinar la integración al mercado del campesinado tribal del noreste a dos niveles: 1) integración en el mercado nacional y, a través de éste, en el mercado mundial; y 2) integración dentro de las tribus y entre ellas. El primer nivel de integración se produce mediante un intercambio de productos. El segundo nivel también se produce a través del desarrollo del mercado de los factores, la tierra, la mano de obra y el capital.

Como el dinero incide en las relaciones de mercado, es necesario ante todo observar de qué modo los campesinos tribales obtienen dinero en efectivo. A diferencia de lo que ocurría en el sistema tradicional, el dinero no sólo se ha convertido en un medio de intercambio sino también en un medio de valoración y de atesoramiento y acumulación de capital. Los campesinos obtienen efectivo no sólo por la venta de los cultivos comerciales sino también por la transferencia de los ingresos obtenidos de los gastos estatales sin precedentes[5] destinados al desarrollo, en forma de subvenciones de diversas clases para la agricultura permanente y las plantaciones. Además, obtienen ingresos en efectivo en forma de salarios devengados en obras públicas y la contratación parcial de obras públicas, como las carreteras de acceso a la aldea o los canales de regadío. Una indicación de las proporciones que alcanzan los ingresos en efectivo es la relación existente entre los depósitos bancarios y los créditos concedidos. Estadísticas del Banco de Reserva de la India, en Delhi, mostraban que en 1984 los estados de tierras altas de la región registraban una relación muy alta entre los depósitos y los créditos: Meghalaya, Arunachal Pradesch y Mizoram, de 4 a 1, y Nagaland de 3 a 1.

Frente a este contexto de dinero e ingresos en efectivo, el primer nivel de integración en el mercado nacional se produce mediante la demanda derivada de la estructura cambiante del consumo y la inversión. Las crecientes mejoras del transporte y las comunicaciones permiten obtener en el mercado artículos manufacturados –productos de plástico y polietileno, cristal, utensilios de metal, ropa de confección, jabón, cosméticos, zapatos, relojes, radios, bicicletas, etc.– incluso en las aldeas más remotas. La promoción de la nueva tecnología agrícola y de la horticultura hace necesario obtener artículos modernos que deben pagarse en efectivo, como semillas híbridas, fertilizantes y plaguicidas, y los equipos necesarios para su aplicación, productos que suministra el mercado nacional.

Esto supone una presión en favor de la comercialización de la agricultura y el desarrollo de la horticultura en las plantaciones. Hemos visto ya el cambio que se está produciendo en favor de los cultivos comerciales y los productos de plantación, para los cuales hay una demanda creciente en el mercado nacional y en la propia región, resultante de la urbanización. La vinculación internacional del campesinado tribal se ha establecido mediante la venta de productos como té, café y algodón. Sin embargo, el proceso se ve limitado por los deficientes servicios de comercialización y transporte que conectan la región con los mercados nacionales.

El segundo nivel de integración se está estableciendo mediante los incipientes mercados de factores dentro de las tribus y entre ellas –mercados de tierras para el cultivo permanente o la plantación, cultivos en arrendamiento de estas tierras, mano de obra asalariada y sistemas de préstamo de capital. En Arunachal Pradesh conocí a aldeanos que habían vendido algunas tierras. En Manipur vi a mao nagas que se dedicaban al cultivo en arrendamiento de tierras pertenecientes a la aldea Maram Naga. Se sabe que estas tribus compraban tierras también en esta aldea, que poseía una considerable superficie. Las rentas variaban del 1/3 a 1/2 del producto. Los apatanis, además de dedicarse al comercio, se han convertido en acreedores de las tribus vecinas (Haimendorf, 1980). En la aldea de Singta, al norte de Manipur, se me informó de que el tipo de interés de los anticipos en efectivo podía alcanzar de un 40 a un 50 % anual.

Además de estos mercados, ha surgido un mercado de mano de obra asalariada. De resultas del aumento de la propiedad privada de la tierra, algunas familias han llegado a poseer y cultivar más tierra de la que necesitan para el «número de bocas que alimentan». Esto impide que esas familias movilicen sobre una base de reciprocidad la mano de obra requerida, pero con dinero en efectivo todavía puede solicitarse el tipo de cooperación laboral de *dorum-*

rey. De hecho, no se ha producido ningún cambio en la relación de los trabajos remunerados (Haimendorf, 1980). La presión para un cambio en favor del sistema de mano de obra asalariada se deriva también del hecho de que, al aumentar el número de jóvenes de ambos sexos que van a la escuela en calidad de alumnos internos, disminuye progresivamente el número de los que se suman a las organizaciones tradicionales de grupos de edad y permanecen en ellas. Así va disminuyendo la posibilidad de mano de obra cooperativa recíproca de las organizaciones juveniles.

Sin embargo, nuestra presente descripción y análisis de la evolución del mercado de factores da la impresión de que la economía campesina tribal se encuentra en poder del mecanismo del mercado libre; tenemos que decir que no es así. Esta evolución se encuentra solamente en su fase incipiente, aunque sí apunta a una nueva tendencia, a un proceso de transición.

Observaciones finales

Para concluir, podemos decir que las comunidades campesinas tribales del noreste de la India, cuya economía tradicional de agricultura nómada se asentaba en los principios de la propiedad común de la tierra, la reciprocidad, el reparto de los recursos, la cooperación en el trabajo y los vínculos familiares, y era bastante autosuficiente, ha cedido el paso a una economía de agricultura permanente y asentada, basada en la propiedad privada de la tierra, los ingresos personales y la riqueza. Los mecanismos de mercado están dejando a un lado, inevitablemente, la coordinación y regulación de las decisiones de producción e inversión de los campesinos en esta nueva economía de transición. Por otra parte, como la nueva economía se orienta hacia los cultivos comerciales y a los productos de plantación para la venta, la integración del campesinado tribal en el mercado nacional y, hasta cierto punto, en el mercado mundial, será el resultado natural de este proceso. En cualquier caso, no obstante, la integración en el mercado se encuentra aún en su fase preliminar. En todo este proceso, las políticas estatales de desarrollo han desempeñado, y están desempeñando, una función crucial y catalizadora. La estrategia de los campesinos tribales ha consistido en aprovechar los beneficios privados ofrecidos por las nuevas oportunidades. En este proceso, la fuerza y potencia de la comunidad aldeana y de la tribu ha ido disminuyendo. Un cacique de una aldea me decía «la comunidad tribal desaparecerá cuando desaparezcan las tierras comunales de la aldea». A la larga, esto parece inevitable.

(Traducido del inglés)

Notas

1. El artículo 46 de la Constitución de la India obliga al Estado a promover y proteger con cuidado especial los intereses educativos y económicos de las capas más débiles de la población, en particular las castas y las tribus registradas. Ni en la Constitución ni en documentos oficiales se encuentra una definición clara y objetiva de lo que constituya una «tribu» incluida en la lista del registro. Por su parte, los antropólogos han dado definiciones diversas de «tribu». Así como la palabra «campesino» es utilizada por los sociólogos en un sentido genérico, lo propio ocurre con la palabra «tribu». Para los fines del presente estudio, se entiende por «tribu» un grupo que posee una comunidad de territorio, idioma y prácticas culturales y rituales, en particular con cierto grado de control comunitario frente al control privado de la tierra y los recursos conexos. Así pues, un «campesino tribal» es el que opera en un medio en el que el control comunitario no ha desaparecido del todo.

2. Los apatanis de Arunachal Pradesh, un pequeño grupo que ocupaba una meseta fértil en la cordillera del Himalaya, y los engamis de Nagaland, que sufrían grandes limitaciones de tierras, fueron las únicas excepciones. Estas tribus practicaban el cultivo permanente del arroz, los primeros en campos y los segundos en terrazas.

3. La futura esposa se valora por su capacidad de participar en los trabajos agrícolas. En 1983, en el curso de mi visita al sur de Manipur, se me informó de que en la aldea de Saikot, una gran aldea de las tribus hmar y lushai,

la novia, además de su dote personal (que constituye la contrapartida de las arras) tiene que aportar algunos aperos agrícolas, por ejemplo un azadón o una guadaña, que simbolizan que además de ser una esposa está en condiciones de llevar a cabo trabajos agrícolas.

4. En esta región proliferaron las nuevas ciudades administrativas durante el período posterior a la independencia. Solamente en el decenio 1971-1981, mientras que el aumento de la población urbana de la India en general era del 47 %, en Arunachal Pradesh fue del 130 %, en Manipur del 164 %, en Nagaland del 133 % y en el estado de Mizoram del 225 %. Todos estos estados son de mayoría tribal (Véase Mishra, 1985).

5. Los estados de mayoría tribal de la región tienen un gasto planificado por habitante muy superior a la media del país.

Bibliografía

BARPUJARI, H.K. 1970, *Problems of Hill Tribes of North-East Frontier*, vols. I, II y III, Gauhati, Lawer's Book.

DALTON, E.T. 1872, *Descriptive Ethnology of Bengal*, Calcuta, Government Printing Press.

ELWIN, VERRIER, 1959, *India's North-East Frontier in the 19th Century*, Delhi, Oxford University Press.

GAIT, EDWARD, 1905, *A History of Assam*, Gauhati, Lawer's Book, reedición de 1981.

GOBIERNO DE MEGHALAYA, 1974, *Report of the Land Reforms Commission for Khasi Hills*, Shillong Government of Meghalaya.

GURDON, P.R.T. 1906, *The Khasis*, Delhi, D. K. Publishers, reedición de 1975.

HAIMENDORF-FURER C. VON, 1980, *A Himalayan Tribe: From Cattle to Cash*, Delhi, Vikas Publishing House.

HODSON, T.C. 1908, *The Meitheis*, Delhi, B. R. Publishing Corporation, reedición de 1975.

HUTTON, J.H. 1921a, *Angami Nagas: With Notes on Neighbouring Tribes*, Londres, Macmillan and Co.

HUTTON, J. H. 1921b, *The Sema Nagas*, Londres, Macmillan and Co.

ICSSR WORKING GROUP, 1980, *Alternatives in Agricultural Development*, Delhi, Allied Publishers.

MACKENZIE, ALEXANDER, 1884, *History of the Relations of the Government with the Hill Tribes of the North-East Frontier of Bengal*, Calcuta, Government Printing Press.

MILLS, J.P. 1926, *The Ao Nagas*, Londres, Macmillan and Co.

MILLS, J.P. 1937, *The Rengma Nagas*, Londres Macmilland and Co.

MISHRA, S.N. 1983, «Arunachal's Tribal Economic Formations and their Dissolution», *Economic and Political Wekley*, 22 de octubre.

MISHRA, S.N. 1985, *Tribal Economic Transformation: The North-East Indian Pattern*, Tokio, The Institute of Developing Economies.

MISHRA, S.N. 1986, «Private Property Formation Among the Highland Tribal Communities of North-East India», Shillong, Dept. of Sociology, North-Eastern Hill University (ponencia inédita presentada en un seminario).

NATIONAL SAMPLE SURVEY ORGANISATION, 1979, «Some Results of the Survey on Jhum Cultivation in the North-Eastern States», NSS 31st Round, July 1976 - June 1977, *SURVEKSHANA*, abril de 1979.

NORTH EASTERN COUNCIL, 1982, *Shifting Cultivation in North-Eastern Region*, Shillong, North-Eastern Council, Gobierno de la India.

PARRY, N.E. 1932, *The Lakher*, Londres, Macmillan and Co.

PEMBERTON, R.B. 1979, *The Eastern Frontier of India*, Delhi, Mittal Publications, reedición 1979.

RUDRA, ASHOK, 1978, «Class Relations in Indian Agriculture», *Economic and Political Weekly*, pts. 1-3, 8, 10 y 17 de junio.

RUDOLPH I. LLOYD Y RUDOLPH S. HOEBER, 1987, *In Pursuit of Lakshmi: The Political Economy of the Indian State*, New Delhi, Orient Longman.

SHAKESPEAR, J. 1912, *The Lushai-Kuki Clans*, Londres, Macmillan and Co.

SUKUMARAN NAIR, M.K. 1983, *Agrarian Relations and Change in Meghalaya*, Shillong, Department of Economics, North-Eastern Hill University, tesis doctoral inédita.

Los problemas del desarrollo de la empresa campesina autónoma en Rusia

A. N. Chapochnikov

Introducción

El sistema administrativo autoritario de gestión económica que ha prevalecido durante decenios tuvo repercusiones catastróficas para toda la sociedad soviética, y aún más en el medio rural. El problema no proviene solamente, ni con mucho, del hecho de que la aldea no desempeñase su principal función económica, que es la de alimentar a su población; es mucho más profundo. Según la opinión unánime de investigadores, hombres políticos y dirigentes económicos, el campesino está completamente aislado de la tierra, de los medios de producción y del fruto de su trabajo.

Pasividad total, incompetencia, falta de interés, deseo de abandonar la aldea y desvalorización extrema del trabajo agrícola es el juicio que la sociedad hace en la actualidad de la situación en el campo.

A estas características generalmente aceptadas podemos añadir para gran parte del campesinado, una concienciación de su problemática poco desarrollada así como una falta de ánimo reivindicativo, una pobreza crónica y cierta dependencia con respecto a la sociedad y el estado. Parece que la sociedad soviética no se dé aún plenamente cuenta de las consecuencias trágicas que la reglamentación omnipresente tuvo sobre el campesinado. Esto no se comprenderá del todo hasta que la «perestroika» haya progresado y el espíritu innovador triunfe sobre la rutina y el estancamiento.

La batalla se está librando ya: el preceso de reestructuración se inició hace 4 años. En este marco, se adoptaron numerosas medidas para mejorar el estado de la agricultura soviética, pero no se ha registrado ningún progreso real. Por ello, en el mes de marzo de 1989, el Pleno del Comité Central del PCUS decidió un cambio total de rumbo de la política agraria, que debe transformar profundamente la situación y permitir que el desarrollo rural dé un salto cualitativo y se sitúe en una nueva trayectoria.

Las grandes orientaciones de esta nueva política pueden resumirse del modo siguiente:

1. Aparición de nuevos tipos de actividades económicas (explotaciones agrícolas en forma de sociedades por acciones, cooperativas y sus asociaciones, explotaciones familiares, explotaciones arrendadas a uno o varios cultivadores). Los koljozes y sovjozes tienen derecho actualmente a decidir, con plena independencia, la forma en que desean proseguir su actividad –empresa de estado o koljoz, cooperativa, grupo de cultivadores arrendatarios o hacienda agrícola. Esta medida debe abrir una nueva fase de desarrollo de la empresa autónoma en el campo.

2. Reforma radical del sistema de gestión de la agricultura, en el sentido de una vigorosa descentralización y una gran autonomía de to-

A. N. Chaposhnikov es un investigador especializado en cuestiones agrarias en el Instituto de Economía e Ingeniería Industrial, sección de Siberia de la Academia de Ciencias de la URSS, Novosibirsk-90 Prospekt Laurentieva, 17, Unión Soviética.

dos los agentes económicos, fortalecimiento del papel de las relaciones monetarias y comerciales y del mercado en la regulación de la producción y prioridad de las formas y mecanismos de autorregulación del desarrollo.

3. Aumento considerable de los recursos asignados por el poder central para la infraestructura destinada al desarrollo de la producción y el progreso social en el campo –construcción de carreteras, equipamientos colectivos socioculturales y corrientes, vivienda, edificios e instalaciones industriales– y aumento de la producción de material y maquinaria agrícola.

4. Ampliación de la autonomía de los órganos locales, de la población rural y de las empresas y organizaciones en la elección de sus fuentes de financiación, así como para la distribución y utilización de créditos.

5. Fuerte aceleración del progreso científico y técnico en la agricultura.

Las reformas previstas se basan esencialmente en la aparición de nuevos agentes económicos y la creciente autonomía de los productores existentes, y sobre el desarrollo de su espíritu de iniciativa y de empresa. Precisamente con esta finalidad se prevé no solamente conceder gran libertad a los koljozes y sovjozes sino también crear las condiciones necesarias para la libre expansión de las estructuras económicas que determinan por sí mismas su actividad, y ante todo la explotación familiar comercial, la cooperativa y la explotación agrícola individual o colectiva. Por consiguiente, la política agraria presupone que una parte importante del campesinado, hasta ahora pasivo, enajenado y sin nada que le interese, acepte riesgos y constituya una categoría nueva de empresarios agrícolas independientes. Falta saber en qué medida esta hipótesis es realista, sobre qué grupos sociales se puede contar y cuáles son las dificultades con que van a tropezar los nuevos empresarios. Estos son los puntos que trataremos en el presente artículo.

Partiremos de datos empíricos sobre la población rural del sur de Siberia occidental (territorio del Altai). En lo tocante a los problemas esenciales del campesinado, estos datos pueden considerarse suficientemente representativos, aunque no se trate de representatividad estadística sino de que en el momento actual los problemas más importantes son más o menos iguales para toda la población rural de Rusia. El sur de Siberia occidental, tanto por su situación geográfica como por su vegetación, su clima, etc., ocupa una posición intermedia, lo que lo hace extremadamente característica de numerosas regiones de Rusia (Siberia occidental y oriental, Urales y zona intermedia de la parte europea de la URSS). Pero nosotros deseamos sobre todo examinar los problemas propios del conjunto de Rusia, debido a que la Unión Soviética ha permanecido durante mucho tiempo sometida a un sistema de dirección económica por órdenes administrativas que ha dado lugar a la uniformización del campo y ha situado a la mayoría de las poblaciones en situación casi idéntica. Por ello, estos datos dan cuenta de los problemas de máxima actualidad que son comunes a la mayor parte de la población rural de la RSFSR *(Russian Soviet Federative Socialist Republic)*, todos ellos vinculados a la especialidad de este sistema unificado de administración autoritaria que ha asfixiado a toda la población.

Características socioeconómicas fundamentales del sector agrario de Rusia

Tenemos que remitirnos a ciertos aspectos de la historia del campesinado ruso pra entender cuáles son las posibilidades de éxito de una explotación autónoma.

1. El campesinado ruso, desde siempre muy atrasado y oprimido por una pobreza endémica, ha quedado al margen de la empresa capitalista y ha permanecido en la ignorancia de los mecanismos de la economía de mercado, basados en las relaciones monetarias y comerciales. Los empresarios independientes, que estaban a la cabeza de un sector comercial muy desarrollado en la época en que Rusia acababa una guerra devastadora, constituían una categoría social numéricamente muy reducida.

2. El período de la nueva política económica (NPE), que duró de 1921 a 1929, puede considerarse como la edad de oro de la empresa independiente del campesinado ruso. Por primera vez en la historia, el campesino ruso pudo liberarse, tanto del puño de hierro del poder central como del dominio rutinario de la comunidad campesina tradicional, la *obchchtina*.

La rápida expansión de la explotación individual y familiar y de la cooperación con un mínimo de regulaciones centralizadas dio lugar



Jóvenes campesinos en un kolkhoze, RSFS de Rusia. H. Cartier Bresson/Magnum

a una elevación del nivel de vida del campesinado, en el que se formó, y después fue ampliándose poco a poco, un grupo de personas dinámicas que aspiraban al bienestar. Parte del campesinado ruso vio que se le ofrecía una oportunidad real de convertirse en uno de los grupos sociales más emprendedores y enérgicos.

No obstante, este espíritu de empresa y de sentido del trabajo productivo intensivo no tuvo tiempo de generalizarse en el campo ruso. La efímera NPE tuvo sobre todo un efecto de polarización que se concretó en la aparición de un grupo importante, pero en absoluto mayoritario, compuesto de los campesinos más emprendedores (denominados ulteriormente «kulaks»). La masa de la población, que siguió siendo poco instruida y dinámica, envidiosa y hostil hacia los «kulaks» que prosperaban, no logró acceder a la nueva economía de mercado. Desgraciadamente, en su abrumadora mayoría los responsables locales, miembros del partido y de los soviets rurales, no eran partidarios de la fracción más emprendedora y enérgica del campesinado.

Así pues, la NPE no hizo más que crear una diferenciación, destacando los elementos más dinámicos para oponerlos a la masa.

3. El período siguiente, a partir de los años 30, se caracteriza por la superindustrialización efectuada por un sistema administrativo autoritario de dirección económica centralizada, que para el campesinado ruso impuso una colectivización masiva, en el curso de la cual la gran mayoría de los campesinos más prósperos, que se habían distinguido en la época de la NPE, fue despojada de sus bienes y en gran parte diezmada. El campo cayó bajo el poderoso yugo de un sistema de estatismo que pretendía reglamentar y controlar todo. Prevalecieron los intereses y valores de la fracción más pobre y menos instruida del campesinado, la que tiende más a la pereza y la abulia, a la sumisión y la pasividad.

4. En el período de industrialización acelerado, el papel específico del campo fue proporcionar materias primas a la industria. Los campesinos vieron cómo se les quitaba la mayor parte de sus ingresos, redistribuidos por el poder central a los ciudadanos. Los créditos asignados a la infraestructura social, la vivienda y la elevación del nivel de vida representaban sumas miserables. Hasta los años 60, la mayor parte de los campesinos no recibieron salario alguno en efectivo y sólo una remuneración simbólica en especie (cereales, forraje para el ganado, legumbres) que les permitía en general asegurar su subsistencia. Paralelamente, cada familia campesina debía pagar impuestos al estado, en especie y en efectivo (cierta cantidad de carne, leche, huevos, lana y una suma de dinero determinada). Prácticamente, su única fuente de ingresos, que le permitía pagar estos impuestos era la explotación individual auxiliar, único lugar donde el campesino seguía sintiéndose casi dueño de su propio destino.

En resumidas cuentas, los campesinos vivían en su gran mayoría en el umbral de la pobreza, y una cierta fracción en una indigencia casi total, lo que hacía que sus necesidades fueran extremadamente reducidas, habituados como estaban a contentarse del mínimo estricto. La pobreza es una de las características del campesinado ruso y sus raíces aún están vivas.

5. La omnipotencia del sistema administrativo autoritario y la estatificación de los medios de producción tuvieron por efecto aislar al campesinado de la tierra, los medios de producción y los frutos de su trabajo, y asfixiar en él todo deseo de crear y de emprender. Los campesinos perdieron en gran parte el hábito y el gusto de la independencia y se convirtieron en ejecutantes pasivos de la voluntad ajena.

Los acontecimientos principales de la vida social tuvieron lugar en las ciudades, en la industria y en el ejército, únicos marcos en los que un hombre ambicioso, deseoso de aprender y creador tenía oportunidad de realizarse. Por ello los mejores elementos de la población rural deseaban instalarse en la ciudad, y los más mediocres (de los que quedaron después de la colectivización) se quedaban en el campo, creando así condiciones favorables a la reproducción del esquema primitivista - pobreza-falta de iniciativa - incompetencia.

6. De este modo, la mayor parte del campesinado adquirió una mentalidad primaria basada en la nivelación que rechazaba toda diferenciación social por poco pronunciada que fuese, aunque se debiese al trabajo y sus resultados, a capacidades y energías reales o a mayores conocimientos. Así se formó una conciencia de masa estereotipada, vinculada a pretensiones de uniformización extremadamente simples, a una falta de aspiraciones de bienestar y progreso, al hábito de un equilibrio pasivo y estable y

a una hostilidad contra todo lo que fuese nuevo o se saliese de lo ordinario.

7. En ese contexto, la economía familiar era el único «refugio» que ofrecía las condiciones necesarias para salvaguardar las cualidades opuestas (independencia, energía), ya que en ese marco el campesino seguía siendo el dueño absoluto de su actividad. No obstante, al haberse limitado considerablemente el tamaño de las explotaciones individuales, no fue posible, globalmente, contrarrestar el desarrollo de esas características psicológicas negativas mencionadas, y la autonomía y los conocimientos que albergaba la economía familiar en su seno desaparecieron en gran parte.

Cabe observar que este estado de cosas se perpetuó hasta mediados de los años 60, lo que explica el arraigo de estas características en las masas campesinas.

Por último, el sector rural se encontró al borde de la ruina. Los campesinos, no viendo ninguna perspectiva de mejora, trataban por todos los medios de desplazarse a la ciudad. Su situación catastrófica y la falta de productos alimenticios indujo, a mediados de los años 60, a revisar la política agraria, que tomó un nuevo rumbo a partir de 1966.

Se proclamó que se trataba de una política integrada que suponía una menor centralización administrativa, mayor autonomía, un crecimiento importante de los recursos destinados a la expansión de la producción y al desarrollo socioeconómico del campo, y medidas de gran magnitud para elevar el nivel de vida de la población. Sin embargo, en la práctica, estos proyectos sólo se realizaron parcialmente. La gestión centralizada autoritaria, que era el elemento determinante, se mantuvo. De hecho (con excepción de algunos detalles menores) el sistema de control absoluto no atenuó su control sobre ninguna de las posiciones clave. El campesinado ruso siguió sometido al poderoso yugo de la burocracia del partido y del estado, sin que se le ofreciese la posibilidad de resolver sus problemas por sí mismo.

Sin embargo, en el plano material esta nueva política agraria introdujo un cambio. El estado asignó recursos importantes al desarrollo económico y social del campo, y el suministro de material y aperos agrícolas nuevos y de materiales de construcción y fertilizantes aumentó considerablemente. A partir de mediados de los años 60, se introdujo la remuneración en efectivo en los koljozes, y los salarios empezaron a aumentar rápidamente cada año bajo el control riguroso del poder central. Esta política dio lugar, sobre todo, a un aumento visible de los recursos materiales asignados a la economía rural y a una elevación del nivel de vida de la población, al mismo tiempo que se producía un refuerzo del sistema burocrático de la gestión administrativa autoritaria.

Conviene subrayar que el mérito de esta mejora del nivel de vida y de los suministros de recursos materiales al sector rural no es imputable en absoluto al campesinado, ya que no fue fruto de la actividad social o económica de la población rural, ni tampoco de la búsqueda de nuevas vías de desarrollo por parte de los propios campesinos. El motivo casi exclusivo fue que los campos se encontraban en un estado de privación catastrófico y no podían ya aprovisionar a la ciudad, lo que obligó al poder central a asignarles recursos.

Esto no hizo más que acentuar la pasividad y al propio tiempo desarrollar el parasitismo entre el campesinado. Así, por ejemplo, familias rurales que vivían en condiciones muy desfavorables no hacían absolutamente nada para mejorar su suerte, incluso disponiendo de los ingresos suficientes para hacerse construir una vivienda. Preferían esperar pasivamente el día en que el koljoz o el sovjoz les atribuiría gratuitamente una vivienda. En resumen, una fracción de esta población pasaba gran parte de su vida en alojamientos de condiciones lamentables porque prefería una existencia poco confortable pero sin problemas a una vida confortable pero que exigiera un mayor esfuerzo.

Es evidente que una política que ha hecho progresar la pasividad y el parasitismo no puede, en definitiva, tener éxito, aunque refuerce la infraestructura material y técnica de la producción agrícola y contribuya a la elevación del nivel de vida de la población rural. La historia de los últimos 25 años demuestra este punto. Sólo en los 5 a 10 primeros años la nueva política agraria proclamada en 1966 dio resultados positivos. A continuación, las enfermedades crónicas del sistema administrativo (enajenación, pasividad, parasitismo y falta de estímulo para la empresa) volvieron a imponerse en toda su amplitud. De este modo la agricultura soviética entró en los años 80 en una situación crítica de penuria alimentaria aguda. Paralelamente, los síntomas de degradación de la población

rural iban acentuándose en varios aspectos –progreso del alcoholismo y otros vicios y de una mentalidad negativa en el plano social.

La necesidad de cambios radicales era evidente. A comienzos de la «perestroika» se adoptó una serie de medidas «cosméticas» que no tuvieron el menor resultado tangible. La situación siguió deteriorándose a gran velocidad, razón por la cual en 1989 se ha adoptado una nueva política agraria que anuncia una verdadera revolución en la vida rural, en particular, una gran expansión de la empresa autónoma.

Perspectivas de la nueva empresa rural: algunas hipótesis

¿Cuáles son los grupos sociales dinámicos sobre los que puede contar la nueva política agraria, que implica el restablecimiento de la explotación individual y familiar, la cooperativa y el arrendamiento rústico? ¿Quién, en el campo ruso, se atreverá a tomar riesgos con la esperanza de conseguir un gran éxito? Si bien es imposible predecirlo en este momento, ya que hace mucho tiempo que la gran masa de campesinos no cree en el éxito de las operaciones y las reorganizaciones efectuadas sucesivamente, y la inercia general es muy fuerte, el análisis de la situación actual de los diferentes grupos que componen la sociedad rural permite formular ciertas hipótesis.

Al parecer, los ingresos derivados de la economía familiar permiten medir con máxima exactitud las posibilidades de que una familia se sume a las filas de los nuevos empresarios. Retenemos este criterio porque este sector ha sido quizás el único islote de autonomía durante todos los años en que el sistema administrativo autoritario reinaba sin oposición.

Para evaluar estos ingresos, elaboramos un método especial y llevamos a cabo una encuesta en el territorio del Altai (diciembre de 1986), que permitió determinar en detalle las cantidades de productos alimenticios almacenados y transformados (confituras, conservas) por una familia, de artículos fabricados para la venta y el consumo personal (fabricación de zapatos, vestidos y muebles) y de los servicios proporcionados a la población, el volumen de las obras de construcción, de reservas de combustible, etc. A continuación se evaluó la totalidad de los bienes, trabajos y servicios a los precios oficiales en vigor (o al precio de mercado cuando no se disponía del precio oficial), lo que permitió calcular para cada familia la fracción de ingreso global correspondiente a la economía familiar (cuadro 1).

CUADRO 1. Ingresos derivados de la economía familiar por una familia rural (en rublos por año y familia)

Tipo de actividad	Ingreso total	Ingresos en especie	Ingresos en efectivo	Parte correspondiente a la economía familiar en el ingreso total %
Actividad agrícola	1.060	830	238	82
Actividad de índole industrial	82	78	4	6
Servicios personales a la población	3	–	3	–
Almacenamiento de productos alimenticios	114	114	–	9
Reservas de combustible	27	27	–	2
Ingreso total en especie	1.049	1.049	–	81
Ingreso total en efectivo	244	–	244	19
Ingreso total de la economía familiar	1.293	–	–	100

De estos datos se desprende que, por término medio, los ingresos derivados de la economía familiar representan alrededor del 30 % del ingreso total de la familia. La mayor parte (82 %) proviene de la actividad agrícola, una décima parte del almacenamiento de produc-



Novosibrisk y el río Obi, en Siberia occidental. San R. Viollet

tos alimenticios para el consumo y una quinta parte solamente se percibe en efectivo. Esto demuestra que la economía familiar se basa esencialmente en la actividad agrícola, de lo que se sigue que el hábito del trabajo agrícola autónomo está particularmente arraigado en las familias que obtienen de él grandes ingresos.

¿En qué familias se encuentra esta economía más desarrollada? Según nuestras estadísticas, las que viven en las poblaciones más pequeñas y más distantes se sitúan en primer lugar, seguidas por las famílias de especialistas y otros cuadros de la economía rural (especialistas en zootecnia, agrónomos, ingenieros, jefes de servicio de los koljozes y los sovjozes), y por último aquellas cuyo nivel de bienestar es más elevado.

La hipótesis de una participación activa de la primera de estas categorías de familias en el desarrollo de la empresa autónoma parece bastante realista. Por una parte, esta hipótesis se corrobora en parte por lo que está ocurriendo fuera de la zona de los territorios *(tchernoziom)*, en el centro de la parte europea de la URSS, donde en la actualidad se está afirmando una tendencia a volver a establecer aldeas compuestas de explotaciones autónomas. Por otra parte, se observa un número bastante elevado de tierras y edificios abandonados, mientras que en las zonas más revalorizadas es muy difícil observar este fenómeno. Por último, los habitantes de las pequeñas aldeas lejanas están más habituados a las dificultades que a la falta de comodidades, inevitables en los primeros tiempos.

Dicho esto, conviene tener en cuenta también las especiales dificultades que esperan a los habitantes de estas aldeas.

Ante todo, la hostilidad de la población contra los nuevos agricultores puede manifestarse en formas muy duras, ya que precisamente entre estas poblaciones se encuentran los ma-

yores vestigios de la mentalidad igualitaria de la comunidad rural tradicional.

Por otra parte, la ayuda mutua desempeña un papel importantísimo en estas aldeas, ya que sin ella sería imposible resolver muchos problemas absolutamente esenciales (almacenamiento de combustible y forraje, obras de construcción, etc). La acción combinada de estos dos factores puede ejercer una influencia considerable en la posición de los nuevos empresarios, que una considerable parte de la población tiende a considerarlos una reencarnación de los «kulaks» o nuevos «capitalistas»[1].

Por último, las pequeñas aldeas remotas apenas tienen ninguna infraestructura productiva, lo que crea una multitud de complicaciones técnicas para las pequeñas empresas autónomas. El aprovisionamiento de recursos y materiales, el mantenimiento de los aperos y las máquinas, los trabajos auxiliares o incluso detalles como el suministro de combustibles, pueden plantear toda una serie de problemas complejos. Para resolverlos, habrá que recurrir a aldeas más importantes, alejadas a veces decenas de kilómetros, mientras que en algunas regiones de Rusia las carreteras, en algunos lugares, son absolutamente impracticables en abril, mayo, agosto y septiembre. A esto viene a añadirse el complejo problema de la extrema estrechez del mercado del trabajo en estas aldeas ya poco pobladas que cuentan con un elevado porcentaje de personas de edad que no necesitan más dinero ni más preocupaciones. En una atmósfera de individualismo general, éste es un obstáculo más para el espíritu empresarial en las pequeñas aldeas.

El segundo grupo social con el que puede contarse teóricamente es el constituido por los agrónomos, otros especialistas y técnicos, así como por los cuadros dirigentes de la economía rural. Capacitados y en general bien informados y buenos conocedores de la ley, son organizadores experimentados, y su mayor nivel de experiencia crea un incentivo comunista para la aparición de iniciativas empresariales.

Viven en las aldeas más adelantadas, cuya infraestructura económica es aceptable y con un mercado de trabajo más desarrollado, por no hablar de la poca importancia que tiene el «qué dirán», ya que la gente es menos interdependiente en las poblaciones más grandes.

No dejan de existir elementos que operan fuertemente en sentido contrario. Los especialistas y los cuadros dirigentes gozan de grandes prerrogativas y elevados salarios, aprovechan al máximo el apoyo de los koljozes y sovjozes y obtienen una satisfacción indudable del lugar que ocupan en la cumbre de la jerarquía social local. Además, la aparición de nuevas empresas significa para ellos el riesgo de perder un puesto que les proporciona poder y bienestar, ya que entraña la desaparición de gran número de estructuras administrativas. Por eso precisamente, la prensa soviética no cesa de afirmar que los especialistas y los cuadros dirigentes son prácticamente los principales adversarios de las nuevas formas de gestión económica.

Ello no es óbice para que, si partimos del principio de que la nueva política agraria está llamada a conocer un éxito duradero, algunos de ellos podrían muy bien formar un grupo de nuevos empresarios, para los que se anuncia un porvenir rosado.

La relación de interdependencia entre el grado de desarrollo de la economía familiar y el nivel de bienestar de la población rural reviste una importancia especial, por lo que conviene estudiarla con la mayor minuciosidad posible.

El bienestar de la población rural y las perspectivas del desarrollo de la empresa privada

Es una situación excepcionalmente compleja y difícil la que tendrán que abordar en los años venideros los nuevos arrendatarios y empresarios soviéticos. Los primeros que se enfrenten a la esclerosis y al espíritu burocrático se verán frente a problemas que sólo una motivación muy fuerte de seguir adelante podrá permitirles superar, siendo evidentemente la más importante aspiración al bienestar material. Si, por un motivo cualquiera, estos estímulos se debilitaran, por poco que fuera, bien pocos serían probablemente los que se lanzaran a un trabajo tan difícil y a una batalla tan agotadora.

Así, pues, poderosos incentivos materiales y la aspiración a un mayor bienestar son las bases en que se apoya el nuevo espíritu empresarial. Ahora bien, la fuerza de estos incentivos está directamente vinculada al nivel de vida inicial. Las condiciones de existencia y los modelos de consumo determinan en gran medida el límite máximo de las exigencias y de las esperanzas de los consumidores, es decir, el nivel de bienestar

previsto para el que se está dispuesto a efectuar un trabajo sostenido e intensivo. Si el nivel de la demanda es débil, es poco realista esperar que gran número de personas corran riesgos y se lancen a una dura batalla para asegurar la prosperidad de su negocio.

Se preparó un método especial para estudiar las diferencias de niveles de bienestar material de la población rural. Se definieron siete categorías de familias con arreglo a este criterio, que es un indicador que comprende los siguientes parámetros: nivel de ingresos, tipo de vivienda, comodidad del hogar, valor de los bienes duraderos, composición de los activos de capital fijo de la economía familiar, y formación neta de capital (financiero).

Aplicamos este método a muestras de población rural de la región de Novosibirsk y del territorio del Altai y obtuvimos una distribución muy parecida de las familias por categorías, tanto en lo referente a estas características sociodemográficas como a las demás. Para ilustrar lo dicho examinaremos los datos relativos a la población rural del Altai (cuadro 2).

CUADRO 2. Características de los diferentes tipos de familia rural en el Altay, en niveles de bienestar.

	I	II	III	IV	V	VI	VII	Media
Ingreso global, en rublos por persona y año	777	1.043	1.274	1.497	1.599	1.972	2.316	1.421
Superficie útil por persona, en m^2	7,9	9,9	12,0	14,2	14,1	17,0	19,9	12,8
Porcentaje de familias que poseen:								
– agua corriente	4	15	28	30	32	19	31	25
– bañera, ducha	0	2	7	8	81	11	5	6
– desagüe directo de las aguas negras	0	3	6	9	7	12	11	7
Valor de los bienes duraderos, en rublos:	227	350	797	1.126	2.218	2.872	4.003	1.387
Porcentaje de familias que poseen:								
– un automóvil	0	0	3	9	30	41	71	16
– una motocicleta	8	11	24	29	42	42	42	28
– mobiliario	3	1	13	18	15	15	27	13
Porcentaje de familias que poseen:								
– una cocina de verano	7	12	24	47	48	60	72	35
– baño	35	34	54	66	78	86	86	60
– garaje	0	1	17	39	65	67	90	34
Distribución de las familias por categorías, en porcentajes	8	16	28	17	14	9	8	100

En la primera categoría, denominada «poco acomodada» (aproximadamente el ocho por ciento del total) predominan las familias con la proporción de activos más baja y con el número más elevado de personas a cargo, esto es, los hogares de madres solteras y de familias numerosas (4 hijos por término medio), que comprenden uno o varios jubilados y otros elementos inactivos. En conjunto, los miembros que trabajan de estas familias son obreros poco calificados, braceros o mozos de labranza. Los ingresos familiares representan por término medio 770 rublos por año y por persona, o sea casi dos veces menos que la cifra correspondiente al total de la población. Su dotación de bienes de consumo duraderos sólo comprende, en general, un aparato de televisión en blanco y negro (84 % de las familias), una lavadora (6 familias de cada 10) y una nevera o una máquina de coser (una familia de cada 12), y el valor de lo que poseen es alrededor de seis veces inferior a la media general.

Además de las comodidades extremadamente escasas de sus alojamientos (gas sola-

mente, placas eléctricas en un 5 % de los hogares y agua corriente en un 4 %), estas familias se distinguen por disponer de la superficie habitable más reducida –menos de 7,9 m^2 de superficie útil y 0,8 habitaciones (incluida la cocina) por persona.

El capital fijo es bastante reducido. Estas explotaciones no suelen estar mecanizadas y utilizan muchos menos locales y edificios auxiliares que la media (por ejemplo, no disponen de garaje, apenas tienen cocinas de verano, y solamente un tercio de ellas posee un baño).

Las familias de la segunda categoría (16 %) son un poco más acomodadas, pero también figuran entre las poco favorecidas. Por término medio son de dimensiones más reducidas (2,89 personas, frente a 4,41 personas en la primera categoría) ya que, fuera de las familias numerosas, son la mayoría de las veces parejas que sólo han tenido 1 o 2 hijos, o mujeres ancianas o jóvenes que viven solas. En conjunto, en esta categoría hay más parejas con hijos, la proporción de activos es más elevada (un 1,22 por término medio por familia, frente a 1,12) y rasgo especialmente característico, la proporción de personas a cargo es más baja (casi una vez y media menos hijos, por ejemplo, que en la primera categoría), gracias a lo cual tienen un ingreso del 35 % que alcanza una media de 1.043 rublos al año, debido sobre todo al componente salarial, cuya progresión está vinculada esencialmente a la evolución de las estructuras demográficas de estas familias y, en menor grado, a la posición social de sus miembros. La segunda categoría cuenta con más familias cuyos miembros trabajan como mozos de labranza.

Las familias de la categoría II se distinguen también por otras características de bienestar. Su hogar tiene más frecuentemente una nevera, una lavadora, un magnetófono, un aparato de radio, un tocadiscos y una motocicleta, y el valor del conjunto de los bienes duraderos es más elevado en una vez y media que en el caso de las familias de la categoría I.

En conjunto, las familias de las categorías I y II, que se distinguen poco por el nivel y estructura de sus ingresos, presentan diferencias más acentuadas en lo referente a los otros indicadores. Tienen condiciones de vida que no les dan muchas posibilidades de alcanzar un nivel de bienestar elevado, pero que aprovechan diferentemente.

Al parecer, los trabajadores de la categoría I se esfuerzan menos (o no tienen la posibilidad) por obtener un salario más elevado, redondear sus fines de mes, arreglar su vivienda o desarrollar su economía familiar.

En la medida de sus posibilidades, las familias de la categoría II tratan de ganar más y emplear todos sus ingresos para acceder a un nivel de bienestar más elevado, lo que se concreta en particular en el índice de ahorro, que en la primera categoría es solamente del 27 % y en la segunda se acerca al 50 %. Además, en la categoría I las familias ahorran esencialmente en previsión de los «tiempos duros», «la vejez», o para la compra de algunos bienes –muebles, nevera, vestidos, motocicleta o scooter– mientras que las otras ahorran también para construir, comprar o restaurar su vivienda o para someterse a tratamiento en sanatorios o clínicas. Entre las compras que motivan el ahorro, se indican a veces la adquisición de un televisor de color, un automóvil o material de deporte.

Así, pues, podríamos formular la hipótesis de que, globalmente, las categorías I y II forman un grupo de familias de bajo nivel de bienestar, pero que la segunda categoría está constituida de familias que gozan de ciertas comodidades materiales en comparación con las de la primera. Las principales diferencias entre estas dos categorías estriban visiblemente en el modo de vida y la capacidad y el deseo de utilizar las escasas posibilidades de que disponen para aumentar su bienestar.

Las tres categorías siguientes (III, IV, V), que representan un nivel de bienestar medio, constituyen alrededor del 60 % de las familias interrogadas. No presentan características distintivas y se acercan bastante a la media general. Se sitúan en un movimiento ascendente, y todos los indicadores de bienestar aumentan regularmente cuando se pasa de categoría, siguiendo una progresión bastante armoniosa en la mayor parte de sus componentes: la subida de los salarios corre parejas con la de los ingresos derivados de la economía familiar y con la adquisición de bienes duraderos. La estructura sociodemográfica y profesional de estas familias, así como los indicadores relativos a las condiciones de vivienda, se aproximan mucho entre sí.

Esto quiere decir quizá que esos grupos de familias tienen posibilidades medias bastante parecidas en lo que se refiere al bienestar, pero que las utilizan diferentemente y tienen modos



Vendimias en Moldavia, en el suroeste de la URSS, septiembre de 1988. F. Hibou/Sigma.

de vida diferentes y actitudes distintas con respecto al bienestar material. Tenemos fundamentos para suponer que lo que explica que algunos lleguen a alcanzar este nivel es sobre todo la aspiración a un bienestar elevado.

La línea divisoria aparece entre las categorías VI y VII (9 y 8 por ciento respectivamente de la muestra). Se trata esencialmente de familias sin hijos o con un solo hijo. La categoría VI tiene por término medio 0,64 hijos y un 61 % de personas activas, y la categoría VII 0,19 % y el 77 % respectivamente. El 38 % de las familias de la categoría VI y el 43 % de las de la categoría VII cuentan entre sus miembros con dirigentes y especialistas de diferentes niveles, frente al 25 % en el total de personas interrogadas. Con respecto a la media general, la proporción de familias constituidas únicamente de cuadros superiores y medios es tres veces más elevada en la categoría VI y tres veces y media más en la categoría VII. Se trata de familias de obreros (frecuentemente: conductores de automóvil, mecánicos, ordeñadoras, empleados de almacén) y de las que poseen grandes explotaciones auxiliares individuales. Los miembros de estas familias que disponen de una formación superior están empleados en parte en el sector no productivo (médicos, maestros).

En cuanto al bienestar, estas categorías se distinguen esencialmente de las anteriores por la posesión mucho más frecuente de automóviles, motocicletas, muebles, garajes y baños, mejores condiciones de vivienda y salarios más elevados. Además del hecho de que se han beneficiado de condiciones favorables y de posibilidades de acceder a un nivel de bienestar elevado, estas familias han sabido aprovecharlas más racionalmente.

Estas dos categorías acomodadas se distinguen sobre todo entre sí por el porcentaje de bienes de consumo duraderos (15 % de las familias de la categoría VI poseen mobiliario, frente al 27 % de la categoría VII). Los porcentajes correspondientes a la posesión de un automóvil son del 41 y del 71 por ciento respectivamente, y el valor total de sus bienes es 1,4 veces

más elevado para la categoría VII, en la que asciende por término medio a 4.003 rublos. También en esta categoría se encuentra el porcentaje más elevado de garajes –90 % frente al 67 % para la categoría VI– y de cocinas de verano –72 % frente al 60 %. El capital fijo de la explotación es bastante importante en las dos categorías, que a este respecto se aproximan más entre sí. Se observa no obstante diferencias de nivel y estructura de los ingresos: en la categoría VII, el ingreso global medio por persona es de 2.316 rublos al año (o sea el 17 % más que en la categoría VI), debido a que la parte correspondiente a los salarios es más elevada (62,4 %, frente al 58,5 %).

La tipología de las familias rurales así obtenida permite estudiar la influencia de las diferentes características que las distinguen en lo referente al bienestar material. Con arreglo a los datos de que disponemos, la falta de comodidades está vinculada sobre todo a la actividad agrícola, especialmente a los empleos de braceros, y a los jóvenes y las mujeres, a la imposibilidad de disponer de una explotación auxiliar individual (para las familias establecidas en localidades urbanizadas) y a un número importante de personas a cargo, lo que a su vez se debe en gran parte a una vida difícil, a la ignorancia de los hábitos de confort modernos y al bajo nivel de instrucción y cultura. Se trata con gran frecuencia de familias de jóvenes empleados y especialistas que no poseen nada y no están bien alojadas, a las cuales no interesa una explotación auxiliar individual o que no tienen tiempo de montarla. Asimismo, hay muchos jubilados, que por lo general viven solos con una pensión bajísima y que no tienen ninguna posibilidad de completarla con un trabajo complementario.

Del análisis de estos datos se desprende que existe una significativa correlación entre el nivel de bienestar y la condición social de los miembros de la familia: el porcentaje de familias de cuadros especialistas, así como de trabajadores muy calificados, aumenta sensiblemente a medida que se pasa de la parte inferior de la escala a las categorías acomodadas, lo que se explica, entre otros factores, por un nivel salarial más elevado, los abundantes ingresos derivados de la economía familiar, un nivel de instrucción y de cultura superior y el deseo de seguir los modelos de consumo modernos. El hecho de que los cuadros, los especialistas y los trabajadores muy cualificados que son especialmente útiles, o incluso indispensables, se beneficien de un acceso prioritario a diversos tipos de ayuda, servicios y ventajas proporcionados por su empresa influye también mucho en esta clasificación. Así, según los datos de nuestra encuesta, las familias de los cuadros y de los especialistas se adjudican la proporción más elevada de viviendas proporcionadas por la empresa, ayudas diversas a la explotación doméstica y subsidiaria individual (venta de ganado joven, forraje y materiales de construcción y asignación de medios de transporte), bonos de estancia, derechos a adquirir ciertos productos manufacturados, lugares en los jardines de infancia y otras ventajas. Por ejemplo, en el grupo de familias compuestas solamente de cuadros superiores y medios, esta proporción es el doble de la media general. En menor medida, las familias de obreros se benefician también de estos servicios y prestaciones. Este reparto se refleja en la conciencia que tiene la propia población de la situación actual al respecto. Entre las medidas que podrían mejorar sensiblemente la vida de las familias, los miembros de las categorías I y II interrogados indican prioritariamente la mejora de las condiciones de la vivienda, la comodidad del hogar, el aumento de los ingresos, la mejora de los cuidados sanitarios, la mejora de los suministros y la acogida de niños en los jardines de infancia –todas las cuales pueden inscribirse en el marco de la mejora del reparto. Las familias acomodadas de las categorías VI y VII, que se encuentran en mejor posición desde este punto de vista, indican en primer lugar la mejora de los cuidados sanitarios (para la mitad de entre ellas, frente a una tercera parte solamente en las categorías I y II), y de los suministros, la adquisición de productos indispensables para la vida cotidiana y para las actividades recreativas, el aumento del tiempo libre y la reducción del tiempo de trabajo. Para estas familias, el aumento de los ingresos se sitúa solamente en el cuarto o el quinto lugar: el 28 % de las familias de la categoría VII y una familia de cada cinco de la categoría VI están satisfechas de su situación material (frente a un 4 y un 8 por ciento respectivamente de las familias de las categorías I y II).

Sin entrar en detalles, podemos decir que el principal factor latente de prosperidad es la aspiración a niveles de consumo elevados, vinculados a su vez a la cultura general, la educación y la naturaleza del trabajo. Prueba de ello es la

neta correlación existente entre el nivel de bienestar y el grado de desarrollo de la economía familiar (cuadro 3).

Esta tabla permite comprobar que existe un vínculo muy profundo entre el nivel de los ingresos derivados de la economía familiar y el bienestar. Cuando estos dos indicadores son elevados, ello es señal de una aspiración a unos modelos de consumo modernos y de un gran estímulo para trabajar con seriedad e intensidad. En efecto, la explotación subsidiaria individual exige un trabajo muy penoso, que de ordinario es el duro trabajo físico manual de los campesinos. Sólo las familias que desean verdaderamente conseguir ingresos elevados y aumentar su bienestar material y que, por consiguiente, están dispuestas a aceptar sacrificios importantes para ello, son capaces de proporcionar todos los días el trabajo suplementario que exige la administración de una gran explotación. Su tenacidad y el interés por lo que hacen se refleja, en definitiva, en los elevados ingresos que derivan de la economía familiar, así como en la importancia de los otros componentes del bienestar. Esta situación se explica en su totalidad por el hecho de que las personas enérgicas y emprendedoras tratan de aprovechar todas las posibilidades de que disponen en todos los sectores, utilizando del mejor modo posible sus ingresos.

CUADRO 3. Ingresos derivados de la economía familiar según el nivel de bienestar material.

Categorías según el nivel de bienestar	Ingresos derivados de la economía familiar		Ingresos derivados de la economía familiar		Ingresos derivados de la economía familiar en porcentaje del total	Ingreso global	
	Global	por persona	en especie	en efectivo		por familia	por persona
I	687	180	582	107	24	2.857	784
II	898	309	780	117	32	2.783	973
III	1.215	347	1.000	215	26	4.628	1.335
IV	1.353	410	1.151	200	30	4.959	1.546
V	1.581	608	1.238	342	33	4.752	1.851
VI	1.479	643	1.170	308	28	5.196	2.305
VII	1.726	822	1.344	387	30	5.669	2.831
Total	1.293	431	1.049	244	30	4.461	1.631

Estos elementos hacen pensar que, en igualdad de condiciones, el aumento del bienestar favorece también una participación activa de la población rural en las formas nuevas de empresa en el seno de la sociedad soviética de hoy.

Efectivamente, sería bien poco realista creer que los representantes de las familias poco acomodadas están en condiciones de lanzarse a la empresa independiente –si se juzga por la historia de la humanidad. Siempre ha habido cierto número de individuos que constituyen inevitablemente la base de la pirámide de los niveles de vida en toda la sociedad.

Dicho esto, no hay que excluir que algunas familias de la categoría II puedan manifestar interés por las formas nuevas de actividad económica, en particular por la explotación agrícola familiar. Se trata ante todo de las familias que se encuentran en una situación material objetivamente muy mala, pero que siguen aspirando a subir en la escala social, algo absolutamente imposible en el marco del sistema administrativo autoritario, mediante un trabajo intensivo y honrado en el koljoz o el sovjoz, y que ahora, en la situación actual, es una posibilidad que tienen abierta. Es el caso de las familias numerosas, cuyo nivel de bienestar por persona era muy bajo cuando los salarios se nivelaban también por lo bajo, y asimismo de ciertas familias en las que hay especialistas muy jóvenes, llenos de ambición y energía, sobre los cuales los dogmas del pasado no han dejado una señal indeleble, pero que no han tenido tiempo todavía de «conquistar» con su trabajo un buen nivel de vida.

Es cierto que corren el riesgo de tropezar en su camino con enormes dificultades, vin-

culadas ante todo a la falta de una cultura común, de conocimientos y de competencias económicas, de experiencia de la organización de la actividad autónoma y de capital inicial. En conjunto, las categorías I y II no pueden considerarse como grupos de los que podría surgir un número importante de nuevos empresarios.

En cambio, es perfectamente realista que las categorías medias (III a V) tomen riesgos y se conviertan en nuevos colonos, cooperantes y en cultivadores arrendatarios, sobre todo en la categoría V. El obstáculo fundamental en este caso es sin duda el espíritu rutinario de las masas campesinas, que ven en ellos a sus representantes y cuyo brusco paso al sector de la empresa podría por consiguiente originar duras críticas y suscitar la misma actitud que si se tratase de nuevos «kulaks». Así, pues, los nuevos empresarios de las capas medias se ven amenazados por una multitud de complicaciones cotidianas, en las que cualquier iniciativa puede hundirse en las arenas movedizas. Hay que observar también que, como la mayoría de los representantes de estas familias tienen necesidades sencillas que se satisfacen rápidamente, el estímulo de una ganancia elevada puede debilitarse también rápidamente en una situación de penuria. Estos nuevos empresarios deberán librar una ruda batalla, cuyo resultado es difícil de prever en cada caso concreto. Sin embargo, podemos pensar que la fracción más acomodada de las capas medias (probablemente los trabajadores manuales cualificados) se sumará a las filas de los empresarios.

Cabe pensar que se tratará sobre todo de representantes de las categorías VI y VII (cuyo nivel de bienestar es el más elevado), dispuestos a lanzarse por cuenta propia, es decir probablemente trabajadores manuales muy cualificados (mecánicos, ordeñadoras, conductores de automóviles y fontaneros, entre otros), muy habituados al trabajo serio e intensivo en el marco de la economía socializada y familiar, y que disponen de las competencias necesarias y del nivel de formación general (en particular un conocimiento mínimo de derecho y economía) necesarios para resolver los problemas que se plantean al jefe de una pequeña empresa. Sus economías pueden constituir el capital inicial y dejarles cierto margen de maniobra para absorber los posibles fracasos iniciales.

Un detalle interesante es que las categorías más acomodadas cuentan con una proporción muy elevada de cuadros de la agricultura y especialistas, cuya situación contradictoria frente a la empresa hemos citado anteriormente; por causa de sus necesidades, competencias y posibilidades, su vocación de convertirse en empresarios es más fuerte que en otras categorías, pero el estado actual de la situación les impulsa a oponerse a las formas nuevas de explotación. Hay que subrayar también que casi el 7 % de las familias más acomodadas vive en localidades pequeñas no desarrolladas, y que puede considerarse sin duda que la mayoría de ellas proporcionará muy probablemente los representantes de la nueva empresa.

Vemos pues que los factores que se oponen a la propagación de la pequeña empresa en el medio rural son por ahora más numerosos que los que favorecen su desarrollo. Podemos recapitularlos como sigue:

1. La conciencia social primitiva de la población rural habituada a considerar como «propietarios privados» o «kulaks» a las personas que hacen todo lo que pueden para elevar su nivel de bienestar material apoyándose en la libre empresa, y que tienen respecto de ellas una actitud de mala voluntad, o incluso de franca hostilidad;
2. La extrema insuficiencia del nivel de vida de la mayor parte de esta población y el hecho de que no tienen muchas exigencias en lo relativo al bienestar, son otras tantas incitaciones a no dedicarse a la nueva forma de actividad que es la empresa autónoma;
3. La penuria generalizada de bienes y servicios que, con bastante rapidez (después de uno o dos años de trabajo intensivo) podría muy bien reducir el impulso dado por el dinero;
4. La escasez especialmente aguda de los bienes para los que la demanda es más intensa en el campo (automóviles, tractores pequeños, materiales de construcción, aperos para la explotación auxiliar individual y la transformación de productos agrícolas);
5. La falta de un sector comercial en la economía soviética. Como no existe mercado libre para ningún medio de producción, o para casi ninguno, ni tampoco para la tierra, y es complicado arrendar terrenos, es demasiado difícil montar un negocio y hacer que funcione inmediatamente. Un elevado número de problemas de difícil solución (obtención de créditos, compra de materiales, obtención o construcción de

edificios, mantenimiento y reparaciones corrientes del material y los aperos, compra de piezas sueltas, operaciones de producción, etc.) forman una barrera infranqueable, y las dificultades acaban rápidamente con el entusiasmo de muchos incipientes empresarios. El origen de este fenómeno debe buscarse en la falta de interés de los koljozes, los sovjozes y otras organizaciones y empresas del estado por una explotación eficaz y una utilización más racional de todas las posibilidades. No estando muy estimulados por una cooperación ventajosa, desdeñan muy a menudo no sólo las propuestas rentables de los empresarios sino también sus propias obligaciones en virtud de los contratos concertados. Ahora bien, sólo unos vínculos muy estrechos con los koljozes y los sovjozes permitirían a fin de cuentas que las pequeñas empresas rentabilizaran sus explotaciones. La desproporción existente entre los mecanismos de la economía mercantil que constituye el sector de la nueva empresa y el mecanismo de distribución autoritaria de la economía de estado constituirá pues un obstáculo considerable para la expansión de colonos, cultivadores arrendatarios y cooperantes;

6. Como la formación neta de capital es muy reducida y la propiedad privada de los medios de producción no existe prácticamente, es muy complicado constituir un capital inicial;

7. El carácter extremadamente rudimentario de las nociones de derecho y economía del campesinado crea graves problemas, ya que la gestión de una empresa exige cierto nivel de conocimientos económicos y jurídicos;

8. La oposición categórica a las formas progresivas de gestión económica autónoma manifestada por los conservadores del aparato burocrático político, estatal y económico. Al rechazar las formas nuevas de gestión, la burocracia utiliza también la pasividad de la gran masa de trabajadores, su falta de instrucción y experiencia, la inmovilidad de las estructuras estatales, las directrices y las leyes obsoletas, el poder, e incluso la mentira descarada y el incumplimiento de sus obligaciones. La prensa central soviética presenta innumerables ejemplos de este tipo.

Por graves que sean estas trabas, las nuevas formas de empresa llegarán a abrirse camino entre el campesinado. La democratización general de todos estos aspectos de la vida de la Unión Soviética, la descentralización del sistema de gestión de la agricultura y la creación gradual de un mercado desarrollado de medios de producción son factores que junto con otros aspectos de la «perestroika» no cesan de crear y reforzar las condiciones necesarias para que el elemento más poderoso e inamovible que impulsa a los hombres a actuar, a saber, la aspiración de una empresa independiente y al bienestar, consiga triunfar ante cualquier obstáculo. El ejemplo del desarrollo de la cooperación en las ciudades soviéticas, que tropiezan con una multitud de problemas análogos pero que han conquistado el lugar que les corresponde en la vida de la sociedad, prueba que esa perspectiva no es utópica. Así, pues, los progresos actuales de la perestroika en el campo crean las condiciones para la aparición, paralelamente a los trabajadores de los sovjozes y los koljozes, de un nuevo grupo social de campesinos-empresarios modernos y de colonos, cooperadores y arrendatarios de un nuevo tipo. Sus perspectivas no son uniformes, al igual que es imposible prever exactamente el destino que les espera. No obstante, sin una expansión y un funcionamiento dinámico de esta parte de la población rural, la agricultura soviética no estará en condiciones de proporcionar a la sociedad, rápida y suficientemente, productos alimenticios, y el sector rural no podrá movilizar ni desplegar todo su potencial creador.

(Traducido del inglés)

Nota

1. En apoyo de mi tesis, citaré el diario «Izvestia» del 20 de abril de 1989, en cuyo número puede leerse lo siguiente en la sección dedicada a los temas de actualidad, que refleja fielmente el tono actual de la prensa: «Para una sociedad que da a todos sus miembros las mismas posibilidades de no hacer nada, los cultivadores arrendatarios, los colonos, los cooperadores y los trabajadores independientes representan un tumor o un cuerpo extraño que el organismo debe expulsar. Para este ejército de ociosos, el colono es el enemigo... Se le insulta en su propia cara y por detrás se amenaza a estos "nuevos kulaks" con desposeerlos de sus tierras. El estado de una sociedad en la que se reprocha a los trabajadores que trabajen no puede dejar de ser alarmante...»

Relaciones agrarias y el Estado en Sudán y Turquía

Tosun Aricanli

Introducción

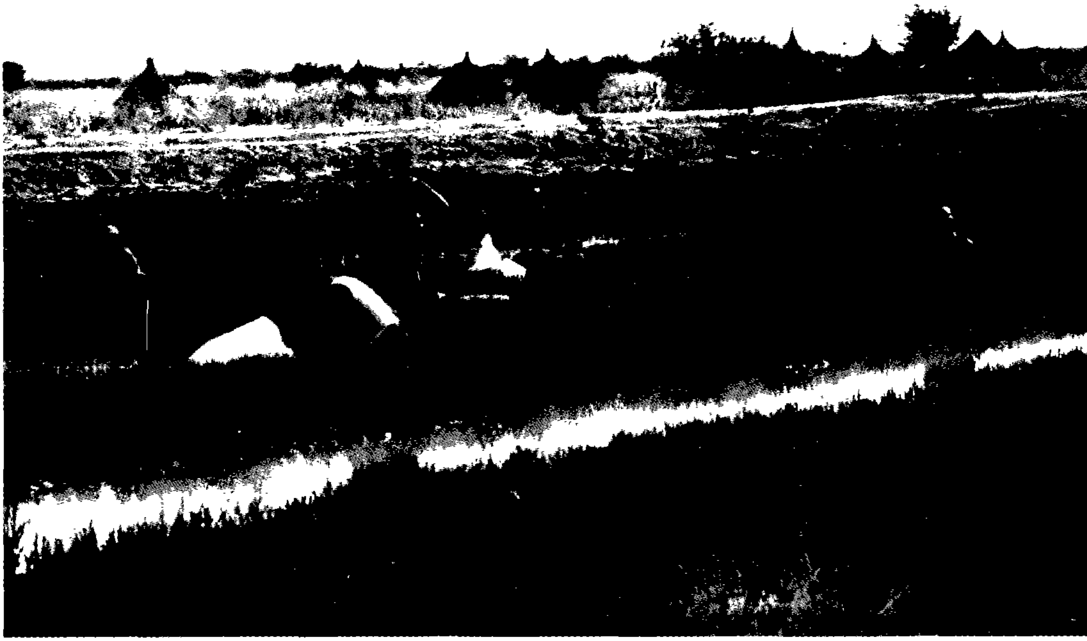
Los sectores agrícolas de Turquía y el Sudán han sufrido una transformación sustancial en el siglo XX, siguiendo, en ambos casos, un recorrido basado en la planificación centralizada. Los objetivos de los respectivos Gobiernos para configurar el futuro de las comunidades agrarias eran similares en principio. Su finalidad fundamental consistía en apoyar un estrato del campesinado independiente de los terratenientes, si bien en los objetivos había importantes diferencias. Al final los resultados fueron bastante distintos, a pesar de la similitud de los objetivos sociales.

A continuación figura un estudio histórico comparativo de las políticas del cambio agrario en los dos países y una relación de las trayectorias distintas que siguió la acción de los Gobiernos para ese mismo objetivo teórico.

No obstante, no tratamos de hacer una comparación de dos sistemas distintos de adaptación en sociedades similares. Las similitudes entre ambos casos estriban en el proceso de sedentarización de las poblaciones transhumantes y en los objetivos de los Gobiernos. El cambio no se originó en el proceso mismo de producción, sino que más bien fue impuesto por el Estado. La eliminación del estrato social intermedio de los terratenientes en el proceso de constituir un campesinado tuvo resultados distintos, dependientes de la naturaleza específica de las relaciones establecidas entre el Estado y el campesinado en Turquía y en el Sudán. Se compararán dos políticas gubernamentales en dos entornos diferentes con resultados distintos, a pesar de la similitud de los objetivos.

La comparación demuestra la posición crucial del Estado en el resultado final del proceso de transformación social y económica. Más que el efecto de las relaciones de propiedad o la naturaleza de la organización de las empresas de producción, el Estado aparece como el actor central en la transformación de los sectores agrícolas en Turquía y el Sudán. En los trabajos de ciencias sociales suele considerarse el Estado como un intruso en el proceso social. Sin embargo, en los dos casos que examinamos aquí, visto desde una perspectiva histórica, el Estado no participó desde fuera en los procesos económicos y sociales, sino que es una parte del proceso en la forma en que se definía, es decir, la aparición de un campesinado independiente y la transformación de la producción agrícola. Esto es de especial interés en el caso del Sudán, en que el estado colonial aparece como la única fuerza dominante que configura la sociedad, mucho más que los procesos indígenas, o la empresa privada que efectuó las inversiones que hicieron posible la transformación visible de la agricultura moderna en dicho país. Esta comparación permite también contrastar

Tosun Aricanli es miembro del claustro del Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachussets 02138, USA. Ha investigado y publicado estudios sobre cuestiones agrícolas en el Oriente Medio.



Escenas rurales contrastadas en Sudán:
Arriba: Arrozales bien irrigados. A. Lacits/Sipa.
A la derecha: Región afectada por la sequía. S Salgado Jr./Magnum.

las políticas coloniales con la estrategia aplicada durante el paso de un «Estado tradicional» a un «Estado-nación», como en el caso de Turquía.

La transformación agraria en Turquía desembocó en una situación que puede definirse como de una agricultura campesina dominada por un campesinado independiente, en la que los procesos de producción se centran en la familia con el empleo intermitente de mano de obra contratada según el tamaño de la explotación, la naturaleza del cultivo y la actividad agrícola. La mano de obra agrícola en Turquía no constituye un importante problema social, especialmente si se compara con el empleo urbano en dicho país o con los problemas de la mano de obra rural en el Sudán. En el Oriente Medio, Turquía representa un caso especial de «democracia que opera en favor del campesinado». En cambio, el sector agrícola moderno en el Sudán produjo una clase de aparceros que dependen de un estrato políticamente privilegiado de agricultores convertidos en rentistas. Persiste una situación difícil entre el estrato «moderno» de rentistas y los agentes agrícolas del Gobierno del Sudán en lo que respecta a las actividades de cultivo. La oferta y el empleo de mano de obra agrícola –tanto aparceros como emigrantes estacionales– plantea también un importante problema en la política sudanesa. Las diferencias en los dos casos están incorporadas a la estructura de las estrategias de los respectivos Gobiernos en lo que respecta al control de la producción y la política, y sus antecedentes históricos.

Tanto en Turquía como en el Sudán la intervención activa del Estado en las políticas agrarias empezó en el siglo XIX. En Turquía, a mediados de dicho siglo amaneció una nueva era. Más adelante, entre 1940 y 1970 la superficie de terrenos cultivados se duplicó con creces. En el Sudán, los eventuales inversores de los EE.UU. y de Gran Bretaña empezaron a investigar las posibilidades de promover la produc-



ción agrícola poco después de comienzos de siglo. Finalmente, en 1926 empezó a funcionar un importante proyecto de regadío a lo largo del Nilo, del que no hay otro igual en un entorno similar, tanto por su tamaño como por su organización. Entre los años 1920 y 1980 se instalaron sistemas de riego en 4 millones de acres[1] de sabana, administrados por grandes organizaciones paraestatales. El inicio del proceso que condujo a los grandes proyectos de regadío con fines comerciales puede fijarse en el período moderno de la administración sudanesa o del condominio angloegipcio que comenzó en 1899.

Diferencias en los dos entornos

Antes de presentar los estudios concretos, convendrá indicar las importantes diferencias y similitudes de las dos economías para fijar los límites de la comparación.

Ambos países disponían de abundantes tierras cultivables en relación con sus poblaciones a comienzos de siglo. Los dos tenían también una población transhumante bastante considerable, en comparación con el tamaño total de los cultivos. Por otra parte, en lo relativo a la densidad de población, la diferenciación étnica, el clima, la fertilidad de los suelos, la cultura y las estructuras estatales, las dos sociedades son bastante distintas. Las diferencias de los ingresos y de los niveles de vida son también importantes. Sin embargo, estas diferencias materiales no invalidan una comparación de la acción gubernamental en relación con el campesinado.

Otra diferencia importante estriba en la extensión de superficie agrícola transformada en los dos países. En el caso de Turquía, las nuevas políticas agrícolas afectaron a todo el país (en relación tanto con el sistema de propiedad de la tierra como con los precios de apoyo o los servicios de extensión), aunque con diferencias re-

gionales causadas frecuentemente por factores agronómicos. En el caso del Sudán, el «sector reformado» sigue siendo un enclave. Se trata de un sector de regadío, que es el principal beneficiario de la inversión pública. El *único* impacto de las políticas agrarias en el sector «tradicional» es indirecto, encauzado a través de efectos secundarios como la demanda generada en el «sector reformado». Si comparamos la superficie real, veremos que el sector de regadío del Sudán tiene menos de dos millones de hectáreas, mientras que la zona cultivada en Turquía pasa de los 20 millones de hectáreas. Habida cuenta de los rendimientos considerablemente menores de las explotaciones sudanesas, ello representa un caso agudo de desigualdad de acceso a los recursos –en relación con el origen regional y étnico. El ejemplo turco es el de una transformación agraria de amplia base en condiciones materiales determinadas, mientras que la experiencia sudanesa representa el desarrollo de una superficie *limitada*, a pesar de su considerable tamaño. En relación con su impacto en el campesinado, el ejemplo sudanés muestra un sesgo claro en favor de una población limitada. Este sesgo no es visible directamente en el caso turco.

Así, pues, ¿cómo pueden compararse entornos tan diferentes? ¿Se trata de una comparación entre una agricultura nacional y una explotación muy grande? En primer lugar, la importancia relativa al sector de regadío del Sudán (a pesar de su tamaño limitado) es mucho más decisiva para el Gobierno de dicho país y tiene un peso mayor en la economía nacional que el sector agrícola turco en relación con la economía turca. En segundo lugar, aunque las mencionadas diferencias se representan en hectáreas, no se trata de una comparación de dos regiones físicas.

En otras palabras, lo que se compara son las políticas oficiales, que producen diferentes estructuras regionales.

Existen también algunas similitudes inesperadas entre los dos países y poblaciones. A pesar de las diferentes condiciones sociales y económicas en las dos regiones, la sedentarización de las poblaciones transhumantes en el siglo XX ha sido bastante fácil. Las poblaciones transhumantes se han incorporado en gran medida al proceso de «modernización» de la agricultura y se han convertido en clases políticamente influyentes.

Políticas relativas al sistema de tenencia y propiedad privada de la tierra

En el Sudán, bajo la tutela de la administración británica empezaron a prepararse planes de desarrollo de un sistema de regadío, poco después de comienzos de siglo. La reacción inmediata fue que los especuladores de la ciudad se precipitaron a comprar tierras, lo que dio lugar a una mayor concentración de la propiedad en las zonas donde parecía probable el regadío. No obstante, el Gobierno centró su acción en la promoción de los intereses de los campesinos. No se previó ningún intermediario en la relación entre el campesino y la dirección del plan de regadío (denominada Sindicato de Plantaciones del Sudán) establecido para proteger y controlar la fuente de ingresos. La dirección era independiente del Gobierno, y representaba los intereses de los aparceros. La cooperación entre ambos sectores fue estrecha. Como consecuencia de ello, se impidió que los especuladores adquiriesen tierras. Más adelante, se limitó también el derecho de los terratenientes ya existentes a reclamar tierras. Este objetivo se logró sin conflictos sociales. La propiedad de los terratenientes no se puso en duda, únicamente se limitó el control de las tierras, separando la propiedad del control.

De modo análogo, en Turquía se produjo un esfuerzo concertado para limitar la aparición de una nueva clase de terratenientes bajo una nueva política agraria que en 1925 eliminó la estructura fiscal anterior. En Turquía no existían derechos de propiedad de la tierra *de jure*, pero las autoridades locales tendían a convertirse en una especie de clase de terratenientes. Al Gobierno turco le interesaba poner freno a esta evolución, con objeto de proteger su incipiente estructura política. El objetivo del Gobierno de establecer un sector agrícola dominado por los campesinos se logró sin un programa de reforma agraria propiamente dicho[2].

Políticas adoptadas en el siglo XX en Turquía con respecto al régimen de tenencia de la tierra

El sistema fiscal agrícola del imperio otomano duró hasta el siglo XX. Aunque el sistema «ideal» del control centralizado de «preben-

das» no se convirtió en norma, el Estado consiguió interrumpir toda forma de acceso a la corriente de ingresos que fluía del campesinado al Gobierno.

Las fuerzas locales que gozaban de acceso primordial a los ingresos derivados de la tierra comprendían el grupo principal que apoyaba al que fue Gobierno republicano de Turquía después de la Primera Guerra Mundial. En 1925, la Gran Asamblea Nacional abolió el impuesto sobre la tierra, que era la principal fuente de ingresos fiscales. Varios factores indujeron a la abolición de ese impuesto. En primer lugar, se trataba de liberar al campesinado (que había luchado en el movimiento de independencia contra las fuerzas aliadas) de una carga injusta. En segundo lugar, una parte considerable del ingreso fiscal sobre la tierra era gestionada por la Administración otomana de la Deuda Pública (creada en 1881), organización internacional que representaba el control del imperialismo occidental sobre las finanzas del Gobierno. Acabar con el impuesto agrícola significaba cortar la hierba bajo los pies de la Administración de la Deuda, al tiempo que se le impedía intervenir en las finanzas del país. Por último, para expansionar la producción agrícola era necesario acabar con la falta de incentivos creados por la recaudación de los impuestos agrarios.

Todas estas razones son válidas por sí, pero no constituyen una explicación satisfactoria de por qué se prescindió tan fácilmente de una importante fuente de ingresos fiscales[3]. Además, el fin de la percepción fiscal por el Gobierno no significaba que se disolviesen las relaciones de clientela establecidas hasta entonces. Los que estaban en mejores condiciones para convertirse en terratenientes y podían seguir recaudando tributos estaban bien representados en la Asamblea Legislativa que abolió los impuestos, mientras que el campesinado no podía hacer oír directamente su voz. La eliminación del impuesto agrícola no puso fin al acceso directo a la fuente de ingresos fiscales por parte de las fuerzas locales[4]. Aunque estas fuerzas no tenían título jurídico sobre la tierra, sí hubieran podido convertirse en terratenientes, lo que habría aumentado su poder real. Para el nuevo Gobierno, el poder local debía tenerse en cuenta.

Entre las dos guerras mundiales, dada la escasez relativa de población en Anatolia, el sistema de tenencia, en el sentido de título legal de propiedad de la tierra, no era un problema candente. Si bien podía haberse establecido el control *de facto* de la producción, era fácil separar este control del problema de la propiedad[5]. No había ninguna base jurídica que permitiera a los poderes locales reclamar derechos de propiedad sobre las tierras agrícolas. De ahí que la acción gubernamental para limitar la propiedad de la tierra a la propiedad campesina operase con relativa facilidad.

La amenaza de «reforma agraria» impulsó a los magnates locales a separarse de sus intereses agrarios en su propia región. Otro elemento inductor fue la política del Gobierno de fomentar la acumulación en el sector urbano. A comienzos de siglo, la clase media urbana se había reducido en número. Las minorías que habían compuesto la parte principal de la clase media habían emigrado, y la emigración continuó en la era republicana, lo que proporcionó la oportunidad de resolver el conflicto potencial entre el Gobierno y los magnates rurales. La política del Gobierno consistió en desviar sus acumulaciones de la base rural debido al vacío creado por la emigración de las minorías.

La expansión más espectacular de la propiedad campesina en Turquía tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial. Los factores que la hicieron posible fue el extraordinario incremento de la población, así como la ampliación de la tierra cultivable a expensas de los pastos. En los años 1950 y 1960, se presenció la culminación de las políticas otomanas de sedentarización. Los últimos nómadas se convirtieron en campesinos, mientras que el crecimiento de la población causaba un espectacular aumento del número de éstos. Junto con la dedicación de los notables locales a las actividades urbanas, en detrimento de la agricultura, los campesinos, tanto recientes como antiguos, liberados de un dominio social directo, empezaron a controlar la agricultura. Una red de ferrocarriles bastante amplia y la construcción de carreteras en la postguerra dio un nuevo ímpetu a la expansión de la producción agrícola. El resultado fue notable, no sólo en términos de aumento de cultivo y la producción en Anatolia, sino también por la transformación social que se logró sin pasar por una fase de conflicto social con los poderes locales.

En esta fase de expansión de la economía, el

campesinado empezó a proporcionar una amplia base para la nueva política de partidos. La incorporación del campesinado a la política nacional se produjo mediante la expansión de la superficie y tamaño de la producción campesina, y no a través de la erradicación de las desigualdades mediante la redistribución. Aunque la propiedad campesina se había establecido adecuadamente a nivel nacional, la distribución de la tierra no era igualitaria. Por otra parte, las desigualdades eran en gran medida consecuencia de las limitaciones geográficas y administrativas, más que de tipo social o económico. La tierra se distribuyó entre los campesinos a nivel de las aldeas. La tierra que podía distribuir la aldea se dividió en partes iguales entre los campesinos desprovistos de tierras. Así, pues, los aldeanos que vivían en las llanuras se beneficiaron más de la nueva situación que los de tierras montañosas, simplemente porque en las tierras del llano había más tierra cultivable.

En el período posterior a 1950 se produjo una relativa escasez de tierras agrícolas, y la noción de la propiedad de la tierra se estableció como fenómeno social en gran escala. Mientras que las herencias y las ventas dividían lo que había quedado de las anteriores concentraciones de tierra, seguían siendo posibles nuevas acumulaciones de terrenos. En otras palabras, los que prefirieron permanecer en el sector agrícola veían ante sí varias opciones atractivas. La acumulación del sector agrícola pasó a ser una empresa principalmente campesina, característica muy distinta de lo que ocurrió en el Sudán.

Una característica esencial de la experiencia turca es su política agraria, centrada principalmente en la oposición a la concentración de las propiedades rústicas, lo que dio lugar a una alianza inevitable entre el Gobierno y el campesinado que finalmente condujo a la independencia de este último.

Políticas de propiedad de la tierra en el siglo XX en el Sudán

A comienzos del régimen de condominio angloegipcio, los poderes locales en el Sudán controlaban los excedentes agrarios. El nuevo Gobierno dependía de la administración local en lo relativo a los impuestos agrícolas. Estos ingresos fiscales tenían que complementarse con los procedentes de otras fuentes. En este contexto se inició el proyecto de desarrollo agrícola que culminaría en el plan de Gezira, plantación algodonera cuya finalidad consistía en proporcionar rentabilidad a los inversionistas, ingresos al Gobierno y mayores ingresos en efectivo al campesino.

Entre las diferentes explicaciones de la «modernización» de la agricultura del Sudán gracias al plan de regadío de Gezira cabe citar las necesidades de la industria británica de encontrar nuevos suministros de algodón y la seguridad de la ruta marítima británica de la India. La necesidad de financiar al Gobierno del Sudán no está en contradicción con estos otros motivos. Además, el testimonio histórico demuestra claramente que el fomento de los ingresos fiscales fue la fuerza motriz de la organización y el mantenimiento de la administración de Gezira, tanto bajo el dominio británico como con el gobierno nacional posterior[6].

Poco después de comienzos de siglo, cuando vieron claramente las intenciones de los futuros inversionistas, los especuladores se precipitaron sobre la tierra, y entre ellos figuraban mercaderes expatriados que trabajaban en el Sudán[7]. Pese a los principios coloniales británicos de gobierno indirecto (o «gobierno a través de los dirigentes naturales»), el Sudán se opuso a apoyar a una clase indígena de terratenientes o a la que apareciese en el proceso de aplicación del plan. El sistema de regadío fue una inversión sustancial. La recuperación de sus elevados costos y la necesidad de mantener un flujo de ingresos para los aparceros puso de relieve la necesidad de un control estricto de la plantación[8].

En este marco, no había sitio para intermediarios. El objetivo no consistía en la recaudación de un tributo tradicional, sino en la producción de un nuevo excedente. El objetivo más importante del plan consistía en establecer un estrato de mano de obra agrícola para el cultivo del algodón con fines de exportación. Con esta finalidad debía «capacitarse» a la clase campesina[9].

A comienzos del siglo, la agricultura en Gezira se limitaba a una estrecha franja a lo largo del Nilo Azul y el Nilo Blanco, con una superficie minúscula en comparación con el plan gigantesco que aparecía más tarde. La forma dominante de la empresa agraria era la ganadería,



Una campesina y su hija en un campo de trigo, en Turquía. Keller/Sygma

principalmente de ovejas. Se cultivaba el sorgo, estrictamente con fines de subsistencia.

Con respecto al régimen de propiedad de la tierra, el objetivo consistía en separar la propiedad del control, sin afrontar necesariamente la cuestión de la propiedad *de jure*. Para llevar a la práctica este proyecto, entre 1907 y 1910 se levantó un censo catastral, el cual determinó que el 70 % de la superficie afectada por el plan era de propiedad privada con cultivos de secano. El resto de la tierra se proclamó de propiedad pública. A continuación el Gobierno arrendó por decreto el resto de la tierra de los propietarios. Se estableció un alquiler anual de dos chelines por feddan[10], que representaba aproximadamente una cuarta parte del valor capitalizado de la tierra en aquella época. El arrendamiento se fijó en 40 años, renovable a voluntad del Gobierno. Otra cláusula de limitación fue que el alquiler no tenía que aumentarse en ningún momento por causa del aumento del valor de la tierra como consecuencia de los proyectos de regadío desarrollados por el plan. Hoy día sigue en vigor la misma tarifa de 10 piastras (unos pocos peniques) por feddan. Los propietarios fueron considerados prioritarios en la asignación de las tierras. A los que tenían más de 40 feddanes el plan reconoció el derecho a una tenencia normal de 40 feddanes. Siempre que el tamaño de la propiedad lo permitiese, podían disponer de un máximo de dos parcelas y, además, designar como arrendatarios a miembros de su familia, ex esclavos o parientes que estuviesen en condiciones de cultivar –es decir, que fuesen adultos sin limitaciones físicas. Los pequeños propietarios de menos de 40 feddanes podían recibir una parcela de por lo menos 20 feddanes. El resto de las propiedades se distribuyeron entre los residentes sin tierras y los nómadas de la vecindad. Como el Gobierno era el arrendatario de los propietarios, y los explotadores eran subarrendatarios del Gobierno, se cortó el vínculo directo entre los propietarios y los arrendatarios. Así se logró la separación de la propiedad y la posesión.

La práctica colonial de apoyar a los peque-

ños agricultores contra los grandes terratenientes culminó al decidir que los arrendatarios y sus «derechos de usufructo» eran la forma preferida y más sólida de «acceso» a la tierra. Desde la independencia, debido al mayor poder político del campesinado, la prerrogativa de la dirección del plan de expulsar a los campesinos desapareció también. Hoy en día, pese a la falta de seguridad jurídica del régimen de tenencia y a la inexistencia de un registro de los derechos sobre la tierra que cultivan, los arrendatarios han establecido un control *de facto* de sus tierras, que es hereditario y a todos los efectos inviolable[11].

Si bien ha desaparecido el significado de «propiedad» en relación con la posesión de los recursos, los «derechos» de los arrendatarios no han sustituido a los derechos «de propiedad» porque los propios arrendatarios no pueden disponer libremente de su usufructo ni utilizar la tierra como lo deseen. La enajenación de la tierra sólo es posible en caso de transferencia entre parientes. La transferencia hereditaria sigue siendo la forma más común. Aunque hay casos de transferencia de tierras entre no familiares, estas transacciones tienen que ser aprobadas por la dirección y son de carácter bastante excepcional. Los derechos de tenencia, por consiguiente, confinan al cultivador a una parcela determinada, perpetuando un sistema de pequeñas explotaciones.

Desde que el Sudán alcanzó la independencia en 1956, la expansión de los planes de regadío ha sido la principal forma de control del Gobierno sobre la agricultura y los campesinos. Se han construido nuevos sistemas de regadío para aumentar la superficie de cultivo, que ha pasado de menos de un millón a 4 millones de acres. Hoy en día, con casi dos millones de acres bajo una misma dirección, el plan de Gezira, sigue siendo la red mayor y más desarrollada de regadío del Sudán. Otros tipos importantes de explotaciones agrícolas –como las granjas mecanizadas– no han demostrado tener perspectivas viables ni han conseguido la participación del campesinado en su funcionamiento.

Así, pues, a pesar de su limitado tamaño, el sector de regadío del Sudán representa el entorno más adelantado y extendido en el que las relaciones entre el Gobierno y los cultivadores están más firmemente establecidas. La dirección actual de plan de Gezira (el Consejo de Administración de Gezira-Sudán) está representada en el Gobierno con rango equivalente a ministerio.

Si bien tanto en Turquía como en el Sudán se consiguió eliminar a los terratenientes del sector agrícola, los motivos y métodos de los dos Gobiernos han sido bastante distintos. En el caso turco, el factor político fue de importancia capital. La principal preocupación del Gobierno turco era el posible desafío de la clase agraria contra la integridad del sistema político. En el Sudán, la finalidad consistía en eliminar a un intermediario en la gestión de las operaciones agrícolas y en la distribución del producto de esas operaciones. Al propio tiempo, el campesinado que recibía formación tenía que ser la fuerza laboral que trabajase para la dirección y para el Gobierno. A diferencia del caso de Turquía, la experencia sudanesa tenía por finalidad el control directo de la empresa productiva, lo que dio lugar a un enfrentamiento político entre el campesinado y la dirección.

Naturaleza de la producción campesina en los dos sistemas

Las políticas oficiales, la selección de cultivos y los métodos de producción son muy diferentes en los dos sistemas. Dos de las diferencias más importantes son: a) la política turca favorece la producción para el mercado interno, mientras que la política del Sudán se centra principalmente en la producción para el mercado de exportación; b) la política sudanesa de control del cultivador se basa en la asignación directa de mano de obra a tareas concretas y la aplicación indirecta de técnicas agrarias. En el caso turco, los campesinos eran libres de distribuir su tiempo y decidir la composición de los cultivos.

Políticas relativas a los cultivos y métodos de producción en Turquía

Durante el siglo XIX, la Administración de la Deuda Pública (PDA) del Gobierno otomano, de dirección internacional, empezó a difundir información sobre técnicas agrícolas y nuevos cultivos para promover las exportaciones y financiar el servicio de la deuda acumulada en la segunda mitad del siglo. Se introdujeron nue-

vas variedades de cultivos y se mejoraron las variedades locales. Las actividades de investigación, difusión de información y control de algunos aspectos del cultivo están bien documentados[12]. La unidad de producción agrícola siguió siendo el hogar del campesinado, y se controlaban principalmente los conocimientos y los mercados. Las instituciones de compra –agentes de la PDA– imponían el cultivo de determinadas variedades mediante el control de la compra.

El siglo XIX fue un período de expansión de las opciones de los campesinos y las poblaciones transhumantes sedentarizadas. Las actividades de la PDA eran una extensión de las políticas del Gobierno otomano que se llevaban a cabo bajo los auspicios del sistema cooperativo.

En el siglo XX, bajo el régimen republicano tuvo lugar una nueva expansión de este mismo proceso. Además de abolir el impuesto agrícola y expansionar las tierras cultivables a pasos agigantados, la variedad de cultivos siguió aumentando sustancialmente. Se introdujeron nuevas semillas oleaginosas, remolachas azucareras, leguminosas y nuevas variedades de cereales, gracias en gran parte a la expansión de los servicios de investigación, aunque nunca estuvieron plenamente integrados en la agricultura campesina. Su conocimiento de las condiciones de cultivo fuera de los servicios o estaciones era limitado, y por consiguiente no podían ejercer un impacto *directo* en las técnicas de cultivos ni en la composición de los cultivos. No obstante, el efecto acumulativo de sus actividades ha sido sustancial, por haber ampliado la serie de opciones a disposición de los cultivadores durante un largo período de tiempo. Los planes de subsidios se aplicaron por ejemplo a la remolacha azucarera, y en el caso de los cereales se pusieron en práctica precios de apoyo. Sea cual fuere su efecto en la estructura de precios, las medidas se aplicaron uniformemente en el mercado interno. Dada la estructura de los precios y los costos, la elección de los cultivos corría a cargo del propio campesinado. Las limitaciones de los cultivos estaban condicionadas en su mayor parte por los planes de subsidio, como en el caso de la remolacha azucarera y el tabaco, con lo que se facilitaba su aplicación mediante los incentivos creados por estos planes.

La política del régimen republicano insistió sobre todo en la introducción de actividades agrícolas diferenciadas mediante la expansión de las opciones abiertas al campesinado[13]. Así, en función de los factores climáticos y regionales, los campesinos podían aplicar diversas estrategias de cultivo. Si bien se produjeron intentos de intervención directa mediante la apropiación, estas políticas no pudieron aplicarse de manera efectiva. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial se trató de aplicar un sistema de compras obligatorias a precios fijados por la administración, especialmente en el sector cerealista. Sin embargo, estas prácticas fueron siempre limitadas, debido sobre todo a la fuerte reacción de los campesinos, que se expresó en último término en la urna electoral[14].

Política relativa a los cultivos y métodos de producción en el Sudán

El plan de regadío de Gezira se basó en el principio de una agricultura campesina estrictamente controlada para la producción de algodón[15]. No se incitó al campesinado a que se orientase hacia el mercado. Por el contrario, hasta ahora el algodón producido se entrega directamente a la dirección del plan. Además, ni siquiera se permitió que los cultivos de subsistencia (sorgo) y los forrajes entrasen directamente en el mercado, y hasta después de la independencia se habían limitado exclusivamente para el uso doméstico[16]. El campesinado tenía que ser «capacitado» y «dirigido» para satisfacer las necesidades de una economía de plantación, es decir, para proporcionar mano de obra que asegurara un suministro regular de algodón. La compañía (the Sudan Plantations Syndicate) estableció un sistema de inspección muy complejo para vigilar al campesinado[17].

En este marco general, todas las variables económicas estaban bajo el estricto control de la dirección. Los arrendatarios no podían aumentar el tamaño de sus explotaciones ni transferirlas. No intervenían en la determinación del tamaño o de los costes. No era posible cambiar las estructuras de cultivo para ajustarse a la mano de obra disponible ni a las estrategias de las diversas familias arrendatarias. La mano de obra (tanto familiar como contratada) era la única variable sujeta al control de los arrendatarios, y tenía que ajustarse a la prescripción de

la dirección respecto de los objetivos de producción que debían alcanzarse. La asignación de tierras a los cultivos estaba sujeta al control más estricto. El plan original preveía que las familias campesinas obtendrían su subsistencia de una parte de las tierras, y que el resto del trabajo familiar se dedicaría al cultivo del algodón. La composición de los cultivos sufrió varios cambios, siempre manteniendo el algodón como cultivo principal desde el punto de vista oficial. En la actualidad, los arrendatarios están obligados a cultivar algodón en un tercio de sus tierras, trigo en otro tercio y sorgo o maní en el resto (y a veces hortalizas), según su elección.

La dirección controla el cultivo del algodón y del trigo, mientras que los arrendatarios controlan todos los aspectos del cultivo y la comercialización del resto. El control de la dirección se mantiene gracias a su capacidad de recoger físicamente el producto. Esto ha sido posible gracias a la posesión y la regulación de los factores tecnológicos. En el caso del algodón, la dirección (ejercida por el Consejo de Administración Gezira-Sudán que sustituyó al Sindicato después de la independencia) es propietaria de todas las instalaciones desmotadoras. La comercialización internacional corre a cargo del Consejo de Comercialización del Algodón, otra empresa pública (no existe un mercado interno de algodón importante en el Sudán). En el caso del cultivo del trigo, todas las cosechadoras combinadas son de propiedad de la dirección, o alquiladas por ella, lo que excluye directamente al agricultor de la comercialización. Como es natural, estos métodos de control no se ejercen sobre la mano de obra sino solamente sobre el producto. El control de la mano de obra sigue siendo un problema político.

En estas circunstancias, no era posible conseguir una correspondencia automática entre las decisiones de la dirección y las de los arrendatarios. Los arrendatarios recibían originalmente una parte del 40 % del ingreso neto obtenido con el algodón (que con posterioridad ha aumentado hasta un 50 %), y esta remuneración era el estímulo básico para la participación del arrendatario en el cultivo. El único método de aplicar efectivamente este plan de incentivos era impedir que los arrendatarios participasen en las actividades de mercado.

Después de la independencia, el grupo de arrendatarios de Gezira ha ejercido una importante influencia en la política sudanesa debido a su relativa opulencia y su posición privilegiada en la sociedad. Este grupo posee los índices más elevados de alfabetización del Sudán. El plan emplea a una importante proporción de los profesionales y funcionarios del país. Una importante consecuencia de ello es que los controles coloniales de las restricciones políticas y económicas ya no son aplicables. Paradójicamente, la dirección del plan está aún organizada con arreglo al modelo colonial, operando principalmente en interés del Gobierno en el control y suministro de algodón para la exportación.

No obstante, el algodón, que es la principal fuente de ingresos para el Gobierno y para la dirección (representando más de la mitad del ingreso fiscal neto) presenta grandes inconvenientes para el arrendatario. Prácticamente, todos los costos de explotación de todos los cultivos, incluidos los gastos de suministro de agua, se deducen de los ingresos derivados del algodón. Por consiguiente, la facilidad de controlar este cultivo y su elevado valor de mercado hace que sea el más fácilmente «imponible», lo que deja para el arrendatario un ingreso neto insignificante, en el mejor de los casos. Las necesidades de mano de obra para el algodón son considerables, especialmente en las actividades de desbroce y recolección. El resultado es una confrontación entre los arrendatarios y la dirección con respecto a este cultivo. Para el campesinado, la elevada aportación de mano de obra que requiere esta actividad no está justificada, por lo bajo del rendimiento. Para la administración y el Gobierno, el algodón es la principal fuente de ingresos. Los bajos rendimientos resultantes del cultivo del algodón son un reflejo del problema agrario existente entre las dos partes en el sector del regadío. El sorgo y el maní, que están sujetos estrictamente al control de los arrendatarios, son los cultivos más lucrativos para el campesinado desde el punto de vista financiero. Los intentos del Gobierno de controlar el cultivo del maní han terminado siempre en fracaso. La facilidad de comercialización de este cultivo ha sido el único motivo de la «independencia» de esos cultivos respecto del control gubernamental.

Así, pues, la imagen general de los planes de regadío no es tan uniforme como se representa en los planes originales. Los cultivos son igual-



Cosecha de avellanas, cerca de Trabzon, en la costa del Mar Negro, en Turquía. G. Stoen/C.F.D.R.I

mente importantes para determinar la naturaleza de las relaciones sociales y económicas del plan. El trigo es un cultivo en el cual cooperan los arrendatarios y la dirección. El algodón es un cultivo en el cual los arrendatarios han tenido que estar en buenas relaciones con la dirección, pero sin incentivos. O, en otras palabras, el algodón es el cultivo del Gobierno, y los campesinos preferirían prescindir de él. Los cultivos de sorgo/maní son actividades privadas muy atractivas para el campesinado. Todos ellos forman parte del mismo conjunto y definen una relación intrincada y opuesta con la dirección, que actúa como supervisor agrícola y fuerza de policía en la zona.

En el marco del cultivo previsto en el plan, la explotación de la tierra no es solamente una cesión en usufructo. El acceso a la utilización de la tierra es suficientemente importante, pero si se considera la asignación de mano de obra, toda la estructura de dirección y control resulta ser el factor determinante que configura los mercados laborales.

Más que un simple sistema de tenencia de tierras, las características de la gestión de los cultivos y sus superficies fijas se convierten en variables cruciales. Si bien el régimen de tenencia define la categoría de la clase agrícola privilegiada, no es posible especificar correctamente nada más acerca de la estructura social emergente sin considerar la estructura administrativa.

Pese al mantenimiento de la agricultura campesina en ambos entornos existen grandes diferencias debidas al papel del Gobierno en la producción agrícola. En Turquía, el Gobierno proporcionaba sólo información y orientación, mientras que en el Sudán continuó la intervención colonial en el proceso de trabajo. Mientras que el Gobierno turco se abstuvo de la intervención directa suprimiendo el impuesto agrícola, el Gobierno del Sudán intervino para controlar el cultivo imponible, o sea el algodón, de lo que resultó que la apropiación directa era el único medio de obtener ingresos agrícolas en ese país.

El papel del sector urbano

En Turquía, el desarrollo urbano ha absorbido una parte considerable de la presión demográfica del sector agrario. Desde los años 1950, la fuerza laboral económicamente activa en la agricultura permaneció fija en torno a la cifra de 9 millones de personas. El crecimiento de la industria y los servicios ha absorbido la creciente fuerza laboral.

En el caso de Turquía existen dos tipos predominantes de emigración rural-urbana. Uno es la emigración de los campesinos sin tierras, que proceden del extremo inferior de la escala de distribución de los ingresos. Los desposeídos entran en la corriente migratoria rural-rural, buscando trabajo agrícola en las regiones más desarrolladas del país y acaban en el sector informal de las ciudades. Asimismo, los pobres de las regiones rurales más desarrolladas son atraídos directamente al empleo urbano del sector informal. La otra corriente se origina en las filas de los campesinos más prósperos. La acumulación de prosperidad en la agricultura da lugar a la renuncia de las actividades agrícolas y su reconversión en actividades urbanas.

En comparación, la urbanización del Sudán es limitada. La actividad productora más adelantada es aún la agricultura de regadío. La movilidad social en el sector agrario mediante la adquisición de un terreno y el suministro de educación a los hijos del arrendatario se traduce en algunos casos en la emigración. En las ciudades, los emigrantes socialmente móviles se dedican a las profesiones liberales o al funcionariado, lo que, sin embargo no da lugar al abandono de la tierra. Ser arrendatario significa pertenecer a una alta capa social. Asimismo, es una buena fuente de ingresos, a pesar del conflicto existente con la dirección en lo que se refiere a las actividades agrícolas.

Los profesionales de la ciudad procedentes de la agricultura de regadío mantienen sus vínculos con sus familias y aldeas. Debido a la naturaleza limitada de las oportunidades de inversión fuera de la agricultura, se prefiere mantener los vínculos con la tierra haciendo que un miembro de la familia se ocupe parcialmente de los trabajos agrícolas, mientras que los otros pueden incorporarse a la corriente migratoria.

El crecimiento industrial en el sector urbano es casi insignificante. El aumento más activo del empleo urbano se ha producido para los más desasistidos y carentes de educación en los servicios eventuales como consecuencia del regreso de trabajadores desde los países petroleros después de la crisis del petróleo. Esta expansión del empleo no formaba parte de una transformación permanente. En el mejor de los casos, proporcionaba una oportunidad pasajera para los emigrantes de una región rural a otra en busca de trabajo agrícola en los planes de regadío. Esta estructura de la emigración es la forma más importante de movimiento de la población en el Sudán y proporciona aparceros a los arrendatarios en los planes de regadío.

Las consecuencias de este panorama general son dos: a) un número limitado de tierras pasa a ser gradualmente propiedad de una población que ha perdido interés en la participación en las labores agrícolas; b) un número cada vez mayor de emigrantes de una región rural a otra van a parar a los planes de regadío, en busca de un empleo en actividades para las cuales los antiguos propietarios no proporcionan ya mano de obra familiar.

A pesar de la ausencia de los grandes terratenientes en los planes de regadío del Sudán, el régimen de tenencia de la tierra y la influencia política adquirida por los arrendatarios dieron lugar a la creación de una clase de pequeños rentistas, con una fuerza laboral desposeída apegada a ella. La mayor parte de la fuerza laboral agrícola procede de la parte occidental del país, de tribus étnicamente distintas, conocidas con el nombre colectivo de «occidentales». Los emigrados nigerianos (fellatas) componen el resto de la fuerza laboral étnicamente diferenciada. Las tierras son generalmente propiedad de árabes, el grupo político y socialmente dominante del país.

La relación entre occidentales y trabajadores fellatas y los arrendatarios árabes constituye el vínculo final de la producción agrícola en el Sudán. A lo largo de los años, el grupo de arrendatarios árabes fue delegando cada vez más a los nuevos migrantes su función de trabajadores agrícolas, prevista en el plan original. La forma de relación económica que conciertan es la aparcería.

A escala macroeconómica, la estrategia agraria del Gobierno turco ha consistido en transferir recursos de la agricultura a la industria mediante políticas de precios. A largo plazo, la relación de intercambio entre los dos sectores se deterioró, en detrimento de la agricul-

tura. Además, cuando se resolvió el problema de la propiedad de la tierra, el campesinado turco pasó por un proceso de adaptación interna a las limitaciones impuestas por las políticas generales del Gobierno.

En el Sudán, la intervención directa del Gobierno en el proceso de producción y en la asignación de recursos creó en último término una confrontación política con los arrendatarios. Después de la independencia, el grupo de arrendatarios se afirmó como grupo políticamente poderoso que podía influir en las políticas del Gobierno, mientras que la dirección del plan siguió aplicando políticas coloniales de apropiación, aunque con mucho menos poder. El Gobierno depende a la vez del grupo de arrendatarios y de la dirección, por razones distintas. El grupo constituye una importante base política, análoga a la «clase media», y la dirección es decisiva para elevar los ingresos fiscales mediante el control de los cultivos de algodón. Esto explica las políticas agrarias contradictorias en el Sudán. En cambio, la clase media turca es principalmente urbana y el campesinado constituye una categoría aparte.

Mano de obra agrícola y aparcería

Sudán

Hasta ahora el examen de las relaciones agrarias en el Sudán se ha centrado en el equilibrio cambiante del poder entre la dirección y los arrendatarios. Aunque los arrendatarios perdieron interés en la producción agrícola, mantuvieron sus pretensiones con respecto a los frutos del plan. La transformación de los arrendatarios de trabajadores en rentistas requirió una inyección adicional de fuerza laboral agrícola con objeto de sostener la producción. El aumento de la aparcería bajo el control de los arrendatarios ha sido la fuerza principal que facilitó esta transformación.

La conexión entre los aparceros y los arrendatarios está estructurada por las limitaciones de la propiedad de la tierra, las pautas de cultivo y los requisitos de cultivo impuestos por la dirección. Cada cultivo del plan configura otra parte de esta compleja relación laboral. En particular, el trabajo para el cultivo del algodón depende de los contratos de aparcería en las parcelas dedicadas al cultivo de maní/sorgo. Las relaciones políticas y económicas entre la dirección, los arrendatarios y los trabajadores agrícolas asumen una característica especial que depende del cultivo de que se trate.

1. Trigo. El trigo es la planta más sencilla de cultivar. Su cultivo es mecánico. Necesita alrededor de 4 días-hombre de riego, y la recolección se hace también mecánicamente. Por unos pocos días de trabajo (en general del propio arrendatario), la cosecha ofrece un buen rendimiento.

2. Maní y sorgo. Tanto el maní como el sorgo necesitan cantidades considerables de mano de obra. Estos cultivos, al no estar sujetos a control, son muy atractivos para los arrendatarios. Ambos proporcionan un buen rendimiento en el mercado, y el sorgo es además el alimento básico. El maní, a pesar de la cantidad de mano de obra que necesita su desbroce y recolección, es el cultivo más atractivo para los aparceros, debido a sus rendimientos pecuniarios.

Como las familias de arrendatarios no suelen poseer un número suficiente de trabajadores en el hogar, recurren a los trabajadores sin tierras de distinto origen étnico (en particular, los «occidentales») que emigran a la región en busca de trabajo agrícola y contratos de aparcería. Estos contratos suelen ser siempre iguales. Los arrendatarios proporcionan siempre la tierra, y el aparcero el trabajo. Otros costes, y el producto, se reparten en mitades iguales.

Para los trabajadores, la migración a la región no es sólo atractiva por la oportunidad que ofrece de dedicarse a la aparcería. El plan proporciona a los emigrantes oportunidades análogas a las ofrecidas a los arrendatarios, o sea, educación, migración urbana y, quizás, incluso un arrendamiento. La estructura de la emigración de las familias de trabajadores sin tierras es algo distinta a la de los hogares de arrendatarios. Las mujeres y los niños permanecen en el campo como aparceros, mientras que los hombres buscan empleo urbano en el sector eventual. Así, pues, el problema del suministro de mano de obra para el plan se resuelve mediante un proceso complementario de migración rural-rural, y a continuación, rural-urbana. Una corriente continua de emigrantes en la región mantiene en marcha la producción agrícola. Las parcelas dedicadas al cul-

tivo de maní/sorgo bajo control de los arrendatarios aseguran la atracción de esta importante fuente de mano de obra.

En el Cuadro 1A puede verse el desequilibrio étnico existente entre los aparceros en el plan de Gezira. Sólo el 16 % de los aparceros son árabes, mientras que el resto son principalmente «occidentales» sin tierras que emigran a la región. En el Cuadro 1B se indica que en las aldeas árabes alrededor de la mitad de las parcelas dedicadas al cultivo de maní/sorgo eran objeto de contratos de aparcería con gente de fuera de las aldeas.

3. *Algodón.* Mientras que el problema laboral del cultivo de maní y sorgo se soluciona fácilmente, el algodón plantea otra clase de problemas. La presencia simultánea de otros cultivos que la dirección no puede controlar o limitar hace que el algodón sea un cultivo poco atractivo para los propietarios. En ese proceso, lo que pierde la dirección en términos de cooperación de los propietarios trata de compensarlo mediante un aumento del trabajo físico. Los costos extremadamente altos de las labores, como los de la fumigación de las plantas, reducen los beneficios derivados del algodón sin cambiar prácticamente los rendimientos. Desde el punto de vista de los propietarios, el cultivo del algodón debe evitarse. Así se inicia una reacción en cadena. Los rendimientos disminuyen debido a la indiferencia y el descuido de los propietarios, que provocan, como reacción el aumento de los costos.

Hay un límite a la reacción en cadena mencionada. Desde el punto de vista de los propietarios, no es posible dejar completamente de lado el algodón, porque hace falta mantener buenas relaciones con la dirección si se quiere obtener agua, crédito y, en pocas ocasiones, fertilizantes. En definitiva, para seguir siendo un propietario en buena situación hay que pagar el precio que supone el cultivo del algodón. Sin embargo, debido a los pocos incentivos que conlleva ese cultivo, no es posible aplicar el método de la aparcería. Los bajos rendimientos del algodón hacen que la contratación de mano de obra para recolectarlo sea problemática. Para no quedarse sin trabajadores durante la cosecha y tener que pagar altos salarios en el período de la recolección, una forma muy extendida de contratación consiste en que los aparceros

CUADRO 1A. Superficie cultivada por aparceros y superficie de propiedad de nuevos propietarios según el origen étnico y el tipo de aldea, en una muestra de aldeas seleccionadas de Gezira, Sudán, 1981.

Propiedad y Cultivo	Origen étnico			Total
	Arabe	No árabe		
		Occidental	Fellata	
Tamaño aproximado de las parcelas de cultivo de maní/sorgo de los nuevos propietarios de la aldea incluidos en la muestra	1.005	455		1.460
Superficie total cultivada por aparceros	269	1.186	181	1.636

CUADRO 1B	Aldea 1 (136 familias) Aldea árabe acomodada con gran población de «occidentales»	Aldea 2 (40 familias) Campamento de «occidentales» de muy reciente asentamiento	Aldea 3 (183 familias) Asentamiento antiguo de «occidentales» (el mayor de la región)	Aldea 4 (306 familias) Aldea predominantemente árabe con una pequeña sección de fellatas
Tamaño aproximado de las parcelas de cultivo de maní/sorgo de los nuevos propietarios de la aldea incluidos en la muestra	365		310	785
Superficie total cultivada por aparceros	258	245	781	352

de los cultivos de maní/sorgo proporcionen su mano de obra familiar para el cultivo y la cosecha del algodón. Se entiende habitualmente que esto forma parte del contrato de aparcería. En ese contexto, la mano de obra para el cultivo del algodón se ve facilitada por la ampliación de la relación de poder entre el grupo de propietarios y la dirección hasta el nivel del aparcero cultivador de maní/sorgo.

4. *Control de la mano de obra.* El sistema colonial de cultivo mediante el control directo de la mano de obra no ha cambiado. Las actividades más satisfactorias del plan (cultivo de maní/sorgo) se realizan mediante un sistema de aparcería, con la diferencia de que hoy día la parte subordinada (el aparcero) controla su producto. La dirección ha salido perdiendo porque ha dejado de controlar su producto fundamental (la mano de obra). Asimismo, la dirección pierde el control del mercado del cultivo alternativo.

Dicho brevemente, la independencia respecto del dominio colonial de los pequeños propietarios y su capacidad de desarrollar su propio suministro de mano de obra controlada los ha convertido en el factor dominante de la organización social del plan. El cultivo al que se aplicaba la mano de obra controlada ha cambiado, pasando del algodón al maní/sorgo. Cuando la dirección controlaba la mano de obra agrícola, su cultivo (el algodón) era el preferido. Ahora que los pequeños propietarios dominan la mano de obra, su cultivo favorito tiene elevados rendimientos y recibe un coste laboral adecuado. La mano de obra para el cultivo de algodón de la dirección se obtiene ahora por medio de la parte que controla la mano de obra, mediante contratos interrelacionados. Tanto el cultivo del algodón como la dirección han quedado marginados en el plan. El fracaso del cultivo del algodón es objeto de gran atención porque supone una gran pérdida, tanto para el Gobierno como para la dirección. El grado de atención no es paralelo a la capacidad de administración de la dirección. Es evidente que la dirección no puede hacer nada contra el sector independiente que ha creado el grupo de pequeños propietarios en beneficio propio.

Turquía

La aparcería como forma contractual está presente también en Turquía, pero su naturaleza no puede identificarse con tanta claridad como en el caso del Sudán. Es evidente que no sirve la única función de proporcionar mano de obra agrícola a los que poseen tierras. En el Cuadro 2 puede verse que la aparcería y el arrendamiento son más frecuentes entre propietarios en Turquía que entre propietarios y campesinos sin tierras. La comparación del Cuadro 2 con el Cuadro 3 muestra las importantes diferencias existentes entre Turquía y el Sudán.

Además de la relación clásica de aparcería entre el propietario y el campesino sin tierras, el caso más frecuente en Turquía es el contrato de aparcería entre los pequeños y los grandes propietarios, y la aparcería entre iguales para realizar servicios distintos de los agrícolas.

En el caso de la mano de obra agrícola estacional puede observarse un patrón similar. La gran mayoría de la mano de obra estacional en Turquía procede de los cultivadores cuyos ciclos de cultivo son complementarios de los ciclos de los que necesitan mano de obra agrícola, lo que suele requerir el traslado de personas entre regiones geográficas vecinas.

En resumen, la fuerza laboral agrícola en Turquía no constituye una categoría propia como ocurre con la fuerza laboral del sector de

CUADRO 2. Estructuras de la propiedad de la tierra y la opción contractual de Turquía.

	Número de hogares	
	Propietarios	Sin tierras
Total encuestado	1.256	168
Sin contrato (autocultivo)	806	N/D
Contratado en la tierra (arrendamiento o aparcería)	231	99
Contratado fuera de la tierra	217	N/D

Fuente: Encuesta del Instituto Hacettepe de Estudios de Población, 1973. De Insan Tunali *Contractual Choice in Agriculture: Evidence from Turkey (1973)*, Departamento de Economía, Universidad de Cornell, trabajo no publicado, diciembre de 1989.

CUADRO 3. Propiedad de la tierra y participación de mano de obra según el origen étnico en una encuesta de muestreo efectuado en algunas aldeas seleccionadas de Gezira, Sudán, 1981.

Muestra	Arabes	Occidentales	Fellatas
Hogares muestreados	338	285	42
Población muestreada	1.844	1.222	224
Población muestreada (de un mínimo de 10 años de edad)	1.293	816	130
Propietarios (número de personas)	145	76	–
Hogares con tierras	143	71	–
Aparceros (número de personas)	44	177	25
Hogares que cuentan con aparceros	41	141	24

regadío en el Sudán. La agricultura campesina de Turquía depende principalmente de la mano de obra familiar. La aparcería en el ejemplo turco es principalmente una relación económica sin ramificaciones políticas, a diferencia del caso del Sudán. En Turquía, el sector urbano es la categoría que corresponde al sector de regadío del Sudán en lo referente a las oportunidades de empleo.

Conclusión

Turquía y Sudán representan dos caminos diferentes hacia la creación de un estrato independiente de productores agrícolas. El programa político de Turquía exigía un ataque frontal a la clase intermedia de los grandes propietarios. En el proceso, se abolió la base en que descansaba el poder de los terratenientes turcos –el impuesto agrícola. Al propio tiempo, el sector agrícola servía para proporcionar recursos al desarrollo industrial. El proyecto tuvo éxito en el sentido de que la producción campesina se expansionó y proporcionó apoyo al desarrollo industrial del país.

En el Sudán, la política colonial sustituyó al terrateniente por una empresa encargada de la dirección de la producción agrícola. A diferencia de lo que ocurrió en Turquía, el objetivo consistió en elevar los ingresos mediante la gestión directa. Mientras duró el dominio británico, el control directo de la mano de obra consiguió su objetivo de cultivar algodón para la exportación, gracias al establecimiento de limitaciones de la producción y el intercambio de cultivos que competían directamente con dicho producto. El plan preveía teóricamente liberalizar más adelante los controles impuestos a los cultivadores.

Después de la independencia, el poder de controlar los cultivos no se reintegró al pueblo. El algodón proporcionaba más del 50 % de los ingresos fiscales del Gobierno. Tampoco había otro plan que no fuera el de desarrollo agrícola. El nivel de desarrollo del Sudán impedía seguir una trayectoria industrial[18]. Durante el proceso de independencia, los pequeños propietarios árabes adquirieron un considerable poder político en el marco nacional, mermando los poderes de los directores agrícolas en lo que se refería al control de la mano de obra. La dirección se convirtió finalmente en un órgano de supervisión del cultivo del algodón únicamente.

Gracias a su movilidad social, el grupo de pequeños propietarios ha ido abandonando las actividades agrícolas sin por ello abandonar el usufructo de las tierras. Las actividades agrícolas corren a cargo de una clase de trabajadores sin tierras de distintos orígenes étnicos que han concertado un acuerdo de aparcería con los propietarios. Es interesante observar que en la organización productiva de los planes de regadío del Sudán no han cambiado los métodos, aunque sí lo han hecho las relaciones de poder. El Gobierno fue derrotado en su propia estrategia de control de la mano de obra, y como consecuencia apareció una nueva clase de pequeños rentistas.

La producción agraria en el Sudán se basa en un estrato de trabajadores sin tierras y en una relación conflictiva entre la dirección/Estado y la clase intermedia de rentistas que apareció gracias a la política colonial. La naturaleza del conflicto se encuentra en la necesidad de compartir las esferas de influencia en la producción agrícola. La dirección tiene el control de la tecnología y del cultivo del algodón, mientras que los pequeños propietarios se han convertido en gestores de la mano de obra.

(Traducido del inglés)

Notas

El autor desea expresar su gratitud a Mara Thomas por sus comentarios.

1. Una hectárea equivale aproximadamente a 2,5 acres.

2. Tosun Aricanli, «Agrarian Relations in Turkey: A historical Sketch», en Alan Richards (ed), *Food, States and Peasants: Analyses of the Agrarian Question in the Middle East*, Boulder, Colorado: Westview Press, 1986.

3. El diezmo aportó el 22 % de los ingresos fiscales del país en 1924. Donald Blaisdell, *European Financial Control in the Ottoman Empire*, Nueva York, Columbia University Press, 1929, página 199.

4. La «fuerza local» era el estrato que en los trabajos sobre la materia se denomina terratenientes.

5. Tosun Aricanli, en Alan Richards (op. cit.).

6. Véase, Tony Barnett, *Gezira Scheme: An Illusion of Development*, Londres: Frank Cass, 1977.

7. M.H. Award, «The Evolution of Landwonership in the Sudan», *The Middle East Journal* 25 (2), 1971.

8. Arthur Gaitskell, *Gezira - A Story of Development in the Sudan*, Londres: Faber and Faber, 1959.

9. Arthur Gaitskell (ibid).

10. Un feddan equivale aproximadamente a un acre.

11. S.R. Simpson, «Land Tenure Aspects of the Gezira Scheme», *Journal of African Administration* 9, 1957, M.H. Awad (op. cit.). «The Gezira Land Ordinance of 1927» en Gaitskell (op. cit.) pág. 343.

12. Chârles Issawi, *The Economic History of Turkey, 1800-1914*, Chicago: The University of Chicago Press, 1980. Cochran, *Pen and Pencil in Asia Minor; or, Notes form the Levant*, Londres: 1887.

13. Ilhan Tekeli-Selim Ilkin, «Devletçilik Dönemi Tarim Politikalari» y Zafer Toprak, «Türkiye Tarimi ve Yapisal Gelismeler (1900-1950)», S. Pamuk y Z. Toprak (eds.), *Türkiye de Tarismal Yapilar (1923-2000)*, Ankara: Yurt Yayinlari, 1988.

14. Sevket Pamuk, «Ikinci Dünya Savasi Yillarinda Devlet, Tarismal Yapilar ve Dönüsüm», en S. Pamuk y Z. Toprak (ibid.).

15. Véase una introducción general de esta historia en Gaitskell (op. cit.). Tony Barnett (*The Gezira Scheme: An Illusion of Development*, Londres: Frank Cass, 1977) hace una evaluación crítica del trabajo de Gaitskell. M. Mirghani («The Institutional Development of the Sudan Gezira Scheme with Special Reference to Impact on Tenants Performance», tesis doctoral, Universidad de Reading, 1979), proporciona una historia detallada que está muy actualizada. Algunos fragmentos de Jay O'Brien («Agricultural Labor and Development in the Sudan» tesis doctoral, Universidad de Connecticut, 1980) ofrecen inspiradas interpretaciones del desarrollo social. Véase también, O'Brien («The Social Reproduction of Tenant Cultivators and Class Formation in the Gezira Scheme, Sudán)», *Research in Economic Anthropology* 6, 1984, págs. 217-241) y Tony Barnett («The Gezira Scheme: The Production of Cotton and the Reproduction of Underdevelopment», en I. Oxaal y colaboradores (eds.) *Beyond the Sociology of Development*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1975).

16. Véase, «Tenancy Agreement», Gaitskell (op. cit., págs. 330-343): también, O'Brien (op. cit. 1980, pág. 71). O'Brien (op. cit., 1980), basado en la autoridad de G.M. Culwick («Social Change in the Gezira Scheme»), *«Civilizations* 5 (2), 1955.

17. E. Inge. «A Day in the Life of a Cotton Inspector in the Sudan», *Empire Cotton Growing Review*, abril de 1935.

18. OIT, *Growth, Employment and Equity, A Comprehensive Strategy for the Sudan*, Ginebra: OIT, 1976.

DEBATE ABIERTO

La cuestión ambiental en África: de las crisis ecológicas occidentales al desafío energético africano

Cheikh Ibrahima Niang

El tema de los cambios en el medio ambiente planetario ha sido tratado en un reciente número de la RICS *(Núm. 121, 1989), bajo el título «Reconciliar la sociosfera y la biosfera». El siguiente artículo, que continúa el debate, expresa un punto de vista africano. Véanse también varios antiguos números, dedicados a las cuestiones ambientales: XXII, 4, 1970; XXX, 3, 1978; 93, 1982 y 109, 1986.*

A.K.

Cheikh Ibrahima Niang, Doctor en Ciencias ambientales del Instituto de Ciencias del Medio Ambiente, Facultad de Ciencias, Universidad de Dakar, Senegal.

Aunque durante mucho tiempo África se mantuvo al margen del debate sobre el medio ambiente, empieza ya a participar en él. Su participación es todavía modesta tanto por el limitado interés que suscitan las cuestiones ambientales en África como por la virtual falta de respuesta africana. A este debate le falta el punto de vista de un África a la vez singular y plural y que se apoya en unas constantes culturales cuyas fuentes tienen sus raíces en las sociedades precoloniales. La investigación científica realizada por africanos en el campo del medio ambiente sigue siendo marginal.

Las huellas occidentales en el debate ambiental

Los países industrializados de la Europa occidental, América del Norte y el Asia oriental han visto desarrollarse en su propio seno, sobre todo a partir de finales de los años 60, unas formas de protesta y un debate que han ocupado un lugar muy importante en los medios de comunicación.

La amplificación de estos movimientos de formas tan diversas ha desembocado en múltiples interrogantes acerca de los tipos de sociedad, tecnologías y valores, con el corolario de la formulación de proyectos sectoriales o globales difusos o sistemáticos de salvaguarda de los ecosistemas naturales. La calidad de la vida, polo de convergencia de estos movimientos, se percibe entonces como un reactivo frente a la invasión de las contaminaciones y la degradación del medio ambiente.

Varios incidentes ecológicos han sido el detonante y el punto de fijación y de renovación de este debate.

Los accidentes que por regla general se han producido en los países industrializados, y que algunas veces han tenido su origen en las empresas multinacionales instaladas en el Tercer Mundo, han contribuido sin duda a reforzar la idea de que la humanidad va hacia su perdición como consecuencia del progreso industrial y técnico. Según esta concepción que se proyecta a partir del contexto africano, se perdería de vista la necesidad de un desarrollo tecnológico e industrial para resolver los principales problemas ambientales.

Aquí parece surgir un conflicto importante entre la salvaguarda del medio ambiente y el

desarrollo de una tecnología de vanguardia.

Los accidentes ecológicos no son, sin embargo, los únicos que plantean el debate ambiental. La percepción de fenómenos que son propios de la ecología aplicada han contribuido también a dicho debate. Los estudios realizados a partir de 1964 en Estados Unidos han puesto de manifiesto, con arreglo a datos epidemiológicos, peligros tales como las deformaciones genéticas, el cáncer, etc., que acechan a los mineros y a las poblaciones de las regiones en que hay uranio[1]. Al mismo tiempo el uso corriente de la energía nuclear con fines civiles y militares justifica, en el campo de las luchas, la asociación del pacifismo y el rechazo de la energía nuclear por razones ecológicas.

Por otra parte, la cuestión de los desechos industriales se presenta como la principal preocupación de los movimientos ecológicos. A pesar de los progresos técnicos en el campo del reciclado el problema de los desechos nucleares radiactivos sigue preocupando enormemente. Según P. Pierart de la Universidad de Mons, una central nuclear de 1.000 megawatios produce entre 25 y 30 toneladas de desechos radiactivos al año, es decir, 3.000 t/año en Europa y 9.000 t/año en el mundo a comienzos de la actual década. La identificación de casos de cáncer, de deformaciones genéticas y otros males debidos a la proximidad de los vertederos de desechos químicos en el Canal Love (Estados Unidos) agudizó sensiblemente una cuestión que, además, volvería a surgir con la exportación a África y a determinados países del Tercer Mundo de los residuos industriales procedentes de los países industrializados.

Pero para estos países del Tercer Mundo, como también para los de África en particular, hay que aguardar frecuentemente a que sea revelado por los medios de información occidentales el escándalo de las negociaciones para el almacenamiento de los residuos tóxicos para que haya reacciones de protección local. La insuficiencia, e inclusive la total falta de dispositivos científicos y técnicos de vigilancia, detección e información apropiadas hacen aleatoria la percepción de los riesgos ecológicos. En agosto de 1985 se declaró un incendio en el puerto de Mogadiscio (Somalia) en un barco cargado con 2.000 toneladas de productos químicos peligrosos que, al hundirse, hizo derramar 100 toneladas de tetraetilo de plomo contenidas en bidones metálicos. Si dicho contenido se hubiera expandido por la ciudad, se habría provocado una hecatombe entre una población que prácticamente no tenía ningún medio para prevenir el peligro[2].

En los países industrializados la reflexión sobre el medio ambiente ha asumido pronto la cuestión de la energía y los recursos naturales. La industrialización y el desarrollo económico se sustentan en el empleo creciente de materias primas no renovables y de energías fósiles. Se trata de fuentes de contaminación y de otras sustancias nocivas –polución atmosférica, deterioro de la capa de ozono, lluvias ácidas, etc.–, lo que se plantea en el debate es qué alternativa puede haber, tanto más cuanto que el informe del Club de Roma (1972) y la reflexión respecto a la crisis del petróleo de los años 70 han supuesto otros tantos toques de alarma sobre el agotamiento futuro de las materias primas y las energías no renovables.

En realidad, a través de mecanismos conocidos, los países ricos diluyen sus responsabilidades en una responsabilidad que ellos pretenden universal. Sin embargo, África suministra cerca del 11 % de la producción mundial del petróleo, mientras que sólo consume el 2 % y produce el 3 % del gas natural mundial y sólo utiliza el 0,45 %. En 1980, el consumo energético del África negra era equivalente a unos 40 millones de toneladas de petróleo, es decir, cerca del 0,5 % del consumo mundial. El maliense consume 23 kilos del equivalente de petróleo, mientras que el estadounidense medio consume 8.720 kilos[3].

En otro plano, las posiciones de las corrientes ecologistas respecto a la salvaguarda de las especies naturales, de los espacios ecológicos y de los paisajes amenazados se pueden interpretar como reacciones frente a la masiva invasión de los ecosistemas naturales por las tecnoestructuras de los países industrializados. Las distintas corrientes conservacionistas han hecho de la protección de la naturaleza el caballo de batalla contra algunas actividades humanas que amenazan con hacer desaparecer especies enteras. Pero en el contexto africano, en que la creación de los parques nacionales ha sido una réplica del modelo occidental, la protección de algunas especies naturales hace que sea el hombre mismo el que se vea seriamente amenazado. El terrible drama de los Ik del África oriental, prácticamente condenados a morirse de hambre cuando su territorio de caza fue con-



Silos de algodón en territorio de los Dogon de Mali. Los dogon, pueblo antiguo, poseen un conocimiento ecológico tradicional. G. Gerster/Rapho.

vertido en parque nacional, es un ejemplo palpable[4]. Es cierto que con el programa MAB de la Unesco una nueva filosofía de salvaguarda de la naturaleza ha orientado algunas actividades de integración de las poblaciones humanas hacia los espacios naturales protegidos, pero la iniciativa y el poder de organización del espacio escapan al control de las poblaciones interesadas[5].

Así, se puede observar que el hecho de que las preocupaciones ecológicas se desplacen en función de la geografía hacia una correlación hombre y su medio en África, no es otra cosa que la transposición de los modelos forjados en los países industrializados.

En realidad, lo que ocurre con el debate sobre el medio ambiente, de inspiración europea, es que se presta a confusión en el plano ontológico. Efectivamente, en Occidente, el fundamento religioso judeocristiano ha influido e impulsado el desarrollo económico. Max Weber ha mostrado que la ética protestante había desempeñado un papel determinante en el advenimiento del capitalismo. Una cierta actitud conquistadora del hombre respecto a la naturaleza parecería justificarse en el pasaje de la biblia en el que el Dios de Abraham les dice a los hombres: «Sed el temor y el terror de todos los animales de la tierra y de todas las aves del cielo y de todo lo que da la tierra (...) y de todos los peces del mar: ellos están en vuestras manos»[6]. Así, podemos volver a encontrar, sobre todo a partir de la filosofía del siglo de las luces, una corriente de pensamiento que convierte al hombre, gracias a la ciencia y la técnica, en «amo y señor de la naturaleza». Una corriente importante del movimiento ecologista occidental se podría interpretar como reacción contra este patrimonio religioso y cientista.

Por el contrario, para África, el fundamento de las religiones tradicionales se basa en la representación del ser humano en una posición ontológica de dependencia y comunión con respecto a la naturaleza (véase entre otros, las obras de L.V. Thomas). Volvemos a encontrar en la filosofía dogón los principios de una ontología que también se puede detectar en sistemas de pensamiento de muchas sociedades africanas precoloniales. Según los dogones, «cada familia humana forma parte de una larga serie de seres y el conjunto de las familias está vinculado a todo el reino animal. Y detrás de éste aparece, oscuramente, el reino vegetal»[7].

Así, en Occidente, el progreso tecnológico vendría a ser el arma con que se ejerce una «voluntad de potencia» hacia la naturaleza que puede resultar catastrófica. Por el contrario, en África, los progresos tecnológicos conectados con el deseo de reapropiarse de los patrimonios culturales podrían volver a introducir la eclosión de las funciones múltiples de los ecosistemas. En este sentido, el ser humano podría volverse a situar de manera armoniosa en las redes complejas de las relaciones ecosistémicas.

En Occidente, el cuestionamiento del modelo de desarrollo ha desembocado en la noción de modelos alternativos. La noción de ecodesarrollo, el recurso a las tecnologías «blandas», a las formas asociativas y al desarrollo a pequeña escala, han sentado las bases de un campo teórico generador de proyectos de sociedad que se ejecutó demasiado rápidamente a África, reproduciendo así la misma lógica de proyección de modelos, por lo demás ya denunciada.

De ahí que se llegara a abogar por «pequeños proyectos», por «tecnologías apropiadas» (utilización de técnicas poco elaboradas, sencillas, económicas, basadas en material local), poniéndose en entredicho las grandes obras. El lema «lo pequeño es bello»[8] sirve de referencia a esta orientación teórica.

Así, E. Pisani pudo escribir: «La construcción de una presa mediana en África cuesta alrededor de los 100 millones de ECU. La construcción de un fogón doméstico «mejorado», de muy bajo consumo de energía, cuesta 20 ECU... por el precio de una represa se pueden construir 5 millones de fogones, que economizan cuatro o cinco veces más energía que lo que la represa produce. Ahora bien, nosotros sabemos hacer una represa; convencer a 5 millones de mujeres, eso no lo sabemos... Tenemos que darle a la naturaleza una oportunidad: salvar el bosque, salvar África, economizando el combustible»[9]. Aquí la cuestión energética parece circunscribirse a las necesidades únicas de la cocción de alimentos; se pierden de vista las funciones de la energía en el desarrollo industrial y agrícola o en el mejoramiento de las condiciones de vida. Este enfoque aísla los problemas energéticos de su contexto global.

El mismo modelo teórico funciona a propósito de los grandes problemas ambientales de África (deforestación, sequía, explosión urbana, problemas de saneamiento, degradación de

los suelos, empobrecimiento de los ecosistemas naturales, etc.), en los que los fracasos cada vez más numerosos podrían explicarse por la perspectiva en que se plantean las cuestiones. A falta de cualquier alternativa tecnológica y económica satisfactoria, las soluciones generalmente evocadas se resumen esencialmente en acciones encaminadas a concienciar a las poblaciones. El postulado en el que parecen basarse estas acciones es que habría que inculcar a las poblaciones nuevas formas de comportamientos resultantes de un reconocimiento del aspecto ecológico, mientras que al mismo tiempo se ignora ampliamente la presencia de este aspecto en el patrimonio cultural local.

Aspectos humanos del patrimonio ambiental africano

Podemos definir el patrimonio ambiental como el patrimonio legado a lo largo de la historia, de todos los factores bióticos y abióticos, las representaciones, las actitudes, las estructuras y los comportamientos sociales en función del medio natural.

Una de las cuestiones fundamentales de la reflexión sobre el medio ambiente en África es la de la relación con el medio biótico, muy particularmente, con respecto al árbol, la planta, el vegetal. El estudio de las tradiciones ambientales en África debería desembocar en un conocimiento del medio cultural, del campo sociológico y etnológico, conocimiento definido como requisito previo del desarrollo de nuevas dinámicas tecnológicas.

Conocimientos ecológicos tradicionales

La noción de «conocimiento ecológico popular» se utiliza cada vez más en las obras de los etnólogos que trabajan *in situ* en África. Es cierto que presenta la ventaja de indicar una dirección a la investigación, aunque al mismo tiempo oculte la organización de los conocimientos tradicionales, relegada al plano vulgar del conocimiento, cuando éste encierra un aspecto importante de iniciación y contiene algunos otros inherentes a especializaciones de vanguardia.

De todas formas, esta sabiduría tradicional cuenta muy poco en las decisiones oficiales respecto a la política ambiental, corolario de una actitud institucional e ideológica que excluye del conocimiento oficial a los yerbateros, a los curanderos y a otros depositarios de conocimientos botánicos tradicionales. Un ejemplo citado por Claude Levi-Strauss resume el desamparo del investigador de formación occidental frente a los conocimientos biológicos adquiridos por las sociedades africanas. Es el caso de S. Bowen, quien, al haber vivido en medio africano, escribió: «Me encuentro en un lugar en que cada planta, silvestre o cultivada, tiene un nombre y un uso bien definidos, de la que cada hombre, mujer y niño conocen centenares de especies. Ninguno de ellos podrá creer jamás que yo no puedo, inclusive si así lo deseara, saber tanto como ellos acerca de las plantas»[10]. N. Griaule observó también que el niño dogón podía identificar desde muy pequeño diferentes insectos y clasificarlos en las categorías corrientes. En el mismo sentido, L. Timberlake nota que los viejos nupes de Nigeria conocen los nombres y los usos de más de 100 árboles, mientras que los jóvenes no conocen sino las 14 esencias comúnmente presentes. Escribe que «un estudio de Raako Harjula sobre un yerbatero tanzano, Mirau, mostró que el yerbatero identificaba corrientemente 130 especies vegetales, y que con ellas hacía remedios contra 187 males humanos y animales». En el mismo texto, el autor cita los inventarios realizados sobre las plantas utilizadas en África occidental (4.600 especies en el estudio *Useful Plants of West Tropical Africa*, publicado en 1936 en Londres, sobre las plantas comestibles de África del Sur y sobre las plantas medicinales de África oriental. A.T. Bryant, por su parte, había observado que los zulúes conocían más de 700 plantas medicinales[11].

En África, casi en todas partes, hay muchísimas plantas que se utilizan en la práctica medicinal tradicional. Así, no es nada fortuito que el término wolof (idioma del Senegal), que designa la planta *(garab)*, se emplee también para decir *remedio* o *medicamento*. La misma homonimia se da en idioma ditammari (Benín).

El árbol y la sociedad

En el medio tradicional africano, los conoci-

mientos botánicos, dejado de lado su aspecto puramente cognoscitivo, tienen funciones precisas en la satisfacción de muchas necesidades. Es frecuente que cada planta sirva para varios usos en manos de distintos actores sociales. La planta es, pues, objeto de socialización estructurada y diferenciada. Su preservación viene dada por un equilibrio de los factores.

Así, cuando los hombres Diola de Casamance (sur del Senegal) abandonan sus tierras para ir a la región de Thies (en el centro del país) donde explotan comercialmente la savia de la palma de aceite *(Elaeis guineensis Jacq)*, sangran frecuentemente el árbol hasta el punto de que los racimos rara vez llegan a madurar, lo que a la larga provoca problemas de regeneración de esta especie. Sin embargo, en su propia tierra, los mismos Diola se cuidan de llegar a dicha intensidad de explotación porque los racimos sirven para fabricar localmente el aceite de palma cuya producción es controlada por las mujeres, no siendo éste el caso de la región de Thies, en la que no existe esa producción[12].

Se puede así evaluar las consecuencias ambientales de los sistemas sociales africanos que asignan a cada sexo el control de sus propios espacios político-sociales, económicos y ecológicos. En varias sociedades (por ejemplo, los nupes), el control con fines domésticos y comerciales de las frutas y otras plantas es monopolio casi exclusivo de las mujeres, mientras que los hombres sólo pueden explotar las hojas o la madera.

Si, actualmente, la extensión de las superficies cultivadas tiende a acarrear una deforestación completa de estas superficies, no es menos cierto que el África tradicional ofrece ejemplos de integración del árbol y el bosque en los paisajes agrarios. Se puede citar el caso de los sistemas agroforestales diola del Senegal y chagga de Kenya. P. Pelissier escribe a este respecto: «La lista de árboles integrados en los diferentes tipos de paisaje agrarios es basta: del axufaifo (Zyziphus jujuba) o del *soump* (Balanites aegyptiaca) del Sahel al tamarindo (Tamarindus indica) y de los *ficus* (concretamente el ficus gnaphalocarpa) del Sudán al gori (Albizzia zygia) de las sabanas preforestales, encontramos las mismas especies asociadas a los campos de mijo o de ñame, de maní o de yuca desde las orillas senegalesas del Atlántico hasta las del Mar Rojo, desde las franjas del bloque forestal liberiano-ivoriano hasta los márgenes de las densas selvas gabonesas o zairenses»[13].

Hoy en día podemos volver a descubrir, aunque en forma todavía incompleta, estudios relativamente numerosos sobre las funciones tradicionales de los árboles y las plantas en la satisfacción de las necesidades energéticas, alimentarias (70 a 90 % de la alimentación de los cazadores y recolectores Ikun San provienen de frutas, hojas y raíces silvestres), en el mejoramiento de las condiciones ambientales (ejemplo de la *Acacia senegal*), en la alimentación del ganado, la existencia de industrias tradicionales (textil, tintorería, fabricación de jabón, utensilios, muebles, etc.), en lo militar (venenos y forticantes vegetales en Camerún del Norte y en Chad), etc[14].

Pero si las funciones que satisfacen las necesidades físicas y económicas son objeto de estudios relativamente conocidos, en cambio, la investigación sobre las funciones sociales, religiosas o sagradas del árbol en África sigue siendo todavía muy limitada y totalmente ignorada por las autoridades. Estos aspectos no figuran en los programas de reforestación, mientras que es muy frecuente que lo sagrado ocupe el epicentro de la relación entre el hombre y el árbol.

Así, para explicar la falta de adhesión popular a los proyectos de reforestación, se evocan, por lo general, la lentitud administrativa, las dificultades de la gestión, la falta de interés de la población por lo que es de esencia extranjera y por lo que carece de interés económico o alimentario, etc., mientras que convendría que en adelante a esas razones se sumara la falta de correspondencia entre estos proyectos y las representaciones espirituales o socioculturales.

Houis había notado que entre los Bwa, los labradores evitan cortar el *woko* o la ceiba, «donde habitan las potencias ocultas»[15]. En las poblaciones de Casamance Media nadie hasta hoy se atreve a derribar el *Vilex madiensis*, considerado el hábitat por excelencia de los espíritus, aunque la población sea principalmente musulmana[16]. Efectivamente, el islam y el cristianismo, como sucede en África, no han llegado a erradicar el fondo de creencias tradicionales según las cuales hay especies vegetales que son morada de los espíritus y de las fuerzas que anidan en las concepciones vitalistas.

Siguiendo el mismo razonamiento, puede emitirse la hipótesis de que si el baobab *(Adansonia digitata)* ocupa un lugar tan importante



En Africa a menudo lo sagrado se encuentra en el corazón de la relación hombre/árbol. El célebre baobab de Majunga, Madagascar, a principios de siglo. D Roussilon Museo del Hombre, Paris

en el paisaje occidental saheliano, ello no se debe tan sólo a los muchos usos alimentarios, farmacéuticos y artesanales que tiene, sino también, y quizá sobre todo, a que concentra en sí una fuerte carga espiritual y social; en las sociedades de casta de África occidental, los brujos que morían eran enterrados en los hoyos de los baobabs. Así, el baobab es considerado un árbol que abriga todas las fuerzas que los habitantes han colocado en él para proteger a su población contra los saqueos militares. Así, en el noroeste del Senegal, la localización de las ciudades desaparecidas (*gent* en wolof) se reconoce por la gran concentración de baobabs. La acacia del Senegal *(Acacia senegal)*, cuyas funciones forrajeras, agronómicas y económicas se evocan por lo general para dar a conocer su integración en los paisajes agrarios de las regiones centrales del Senegal, se hallan al mismo tiempo en el núcleo de un sistema simbólico muy complejo que E. Ortigues ha analizado entre los Serere[17]. La integración del árbol y el bosque en el universo social africano sigue ocupando un lugar importante en muchas sociedades. El árbol sirve para delimitar los campos, abrigar las reuniones y las conversaciones con el jefe. En el medio mandinga, la afzelia *(Afzelia africana)* se considera como el testigo por antonomasia de la prestación de juramento; abriga las fuerzas que maldicen a los perjuros.

Son bien conocidos otros usos sociales de las plantas, como, por ejemplo, confundir a los malhechores, reconciliar a los esposos, dar buena suerte, integrar al recién nacido en la comunidad, servir de medio de comunicación y de toque de llamada para los movimientos sociopolíticos (con motivo de la rebelión de las mujeres de Aba en la región de los Ibo, en 1929, la hoja de palma se usaba como señal de comunicación y toque de llamada). La planta es un medio de comunicación con los antepasados y de integración del individuo en una comunidad étnica. De ese modo, según cuenta J. Trincaz, los emigrados Mancañe regresan a su tierra de origen a buscar arbustos para plantarlos en su país de acogida para que los arbustos perpetúen la protección de los espíritus ancestrales. Según E. Ortigues, en África, «poseer colectivamente el árbol equivale a representar la autoridad de los antepasados». El árbol simboliza también la vida, la fertilidad y la fecundidad.

En África occidental parece haberse expandido mucho entre las poblaciones rurales la costumbre de tener bosques sagrados. Estos espacios administrados por las autoridades religiosas y temporales son el centro de las actividades educativas, sociales, de conservación del patrimonio genético, etc.:, dominadas por una dimensión religiosa enraizada en las creencias locales. Ya en el siglo XI El Bekri describía estos bosques sagrados del antiguo imperio de Ghana: «Son macizos de árboles y florestas que rodean la ciudad del rey y que sirven de morada a los magos de la nación encargados del culto religioso y en ellos se colocan los ídolos y las tumbas de los soberanos (...). Guardias campestres protegen estos bosques para que no entre nadie»[18]. En el suroeste del Senegal, en Cassa, hay esencias vegetales tales como el *Calamus Deeratus* que utilizan los artesanos locales que ya han desaparecido prácticamente, excepto en los bosques sagrados por estar proscrito allí el uso de esta clase de esencias.

La relación de la planta con la sociedad no es, sin embargo, algo unilateral, sino que ese reconocimiento de la importancia de la planta en la vida de los hombres va acompañado de la afirmación de nexos de dependencia del mundo vegetal con la acción espiritual y social del hombre. Se conoce a los Kukuya (subgrupo Bateke) como a los «creadores de bosques». Los pigmeos Mouti consideran que su misión es «despertar» el bosque, impedirle que duerma, porque su sueño afectaría los sistemas naturales y sociales (desaparición de animales, sequía, epidemias, perturbaciones de toda clase, etc.).

Por otra parte, la costumbre de ejecutar simbólicamente o efectivamente al rey, tan extendida en África, traduce la creencia de que hay que estar haciendo constantemente ajustes en la esfera humana para que se desarrollen correctamente los procesos naturales. La fertilidad de las tierras, la fecundidad humana y los fenómenos naturales indispensables para la vida se hallan estrechamente vinculados a la fuerza vital del rey, y si esta fuerza llegara a fallar todo el conjunto de la naturaleza se vería amenazado, por lo que, cada vez que haya algún peligro de declive de esta fuerza, se comete un regicidio[19].

Pero la relación sociocultural con el árbol no se limita en las sociedades africanas a las representaciones ambientales, sino que es su ilustración y puede servir para trazar el hilo conductor capaz de entender las profundas y complejas relaciones que las sociedades men-

cionadas tienen tradicionalmente con sus ecosistemas.

La deforestación como crisis ecológica mayor

Desde 1968, la sequía se presenta como un desafío ecológico capital en África. Por lo general se habla de 100.000 a 200.000 muertos a consecuencia de la sequía en el Sahel en el lapso de tiempo comprendido entre 1968 y 1973, mientras que la FAO estima que, en lo que respecta a toda África, fueron 150 millones las personas afectadas por el fenómeno. Si es todavía mucho lo que queda por hacer hasta poder controlar los factores climáticos de la sequía, se alude por lo general a la posibilidad de intervenir en los factores humanos que actúan en este fenómeno. Es a este respecto como hay que encarar las cuestiones de la deforestación del continente. Estos factores se toman también en consideración para aprehender otras catástrofes ecológicas tales como las plagas de langosta y las inundaciones propias de la temporada de las lluvias. También se citan en los análisis de las crisis agrícolas y sociales.

La deforestación sigue siendo una de las causas que más frecuentemente se mencionan para explicar lo que el PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente) llama la «sahelización de la sabana y la sabanización del bosque». En los últimos 100 años el Sahel ha registrado la pérdida de una franja amplia de 150 kilómetros colindante con la parte austral del Sahara que ha quedado totalmente improductiva para la agricultura. Al mismo tiempo las superficies de pastoreo han disminuido en el 25 %[20].

La deforestación está progresando prácticamente en toda el África negra. F. Ramade dice: «En el África occidental los bosques húmedos tropicales que subsisten no son sino un pálido reflejo de lo que era hace apenas 30 años. En Guinea, Liberia, Costa de Marfil, ya no queda casi ningún macizo del bosque primigenio. En Ghana la situación es todavía peor puesto que la casi totalidad de los bosques húmedos han sido ya talados. En África central y África oriental la deforestación ha llegado a tal grado que muchas poblaciones locales se ven reducidas a la situación en que a duras penas pueden cocinar la comida debido a la escasez de madera para leña»[21]. Según la FAO, cada año desaparecen 13.000 km² de formaciones forestales africanas[22]. Se calcula que en 1975 los bosques naturales abarcaban una superficie de 202 millones de hectáreas. De aquí al año 2000 habrán retrocedido en el 7,5 %. En Costa de Marfil, las superficies de bosques pasaron de 15,6 millones a 3,2 millones de hectáreas de 1900 a 1981. En nuestros días, cada año se pierden allí 400.000 hectáreas de bosques. Guinea Bissau pierde anualmente entre 20.000 y 35.000 hectáreas de bosques, Senegal pierde 50.000 hectáreas de sabana forestal y Nigeria 250.000 hectáreas. Liberia explota 80.000 hectáreas de bosques al año de un total forestal de 900.000 hectáreas. El cuarenta por ciento del territorio etíope estaba cubierto de bosques a comienzos del siglo; actualmente la superficie arbolada sólo es del 2 % al 4 %. El Kenya's Green Belt Movement («Movimiento "Cinturón Verde" de Kenya») estima que al ritmo actual de deforestación Kenya no tendrá ya superficie de bosques en el año 2000. La FAO (Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación) prevé que si continúan las tendencias actuales las selvas tropicales de Costa de Marfil, Burundi, Nigeria y Rwanda habrán desaparecido completamente de aquí al año 2020[23]. Respecto a Madagascar, F. Ramade observa que «actualmente la deforestación se convierte en algo dramático, ya que esta isla que a mediados del pasado siglo estaba prácticamente recubierta por ecosistemas forestales es ya semidesértica en sus dos terceras partes». Las reforestaciones son irrisorias si se comparan con las necesidades (en Costa de Marfil, la reforestación no llega sino a 3.000 hectáreas al año de las 10.000 hectáreas previstas). Las cifras publicadas son por lo demás mucho más bajas que la realidad y no reflejan un fracaso que las estadísticas nacionales no recogen, al ser poco fiables y escasas.

Se considera que la agricultura africana es una de las principales causas de la deforestación. Según la FAO, sería responsable del 70 %. Se calcula que unos 250 millones de campesinos africanos practican el cultivo itinerante en chamiceras. En Senegal se admite de manera general que el progreso del cultivo del maní ha correspondido a una deforestación intensa. Lo mismo se puede decir de los demás cultivos industriales practicados en varios países de África. En Tanzania, el cultivo y el secado de

120.000 toneladas de tabaco producidas estos veinte últimos años han ocasionado la pérdida de por lo menos 240.000 hectáreas de bosque (se necesitan entre 2 y 3 hectáreas de bosque para secar una tonelada de tabaco)[24].

Pero la expansión de las superficies cultivadas no ha ido acompañada del incremento de su rendimiento. En Senegal, las superficies cultivadas pasaron del 11 % al 12 % del territorio nacional entre 1971 y 1981, mientras que el rendimiento de los principales productos agrícolas registraba una regresión del 0,69 al 0,64 t/ha., con lo cual continúa la crisis alimentaria. Según la FAO, entre 1975 y 1985, el aporte alimenticio por habitante no aumentó sino en el 0,4 %, lo que no basta para cubrir las necesidades mínimas. En el año 2020, si las tendencias actuales persisten, África registrará un déficit de cereales de 100 millones de toneladas por año.

Otra causa importante de la tala es el sobrepastoreo. Es muy frecuente que, sobre todo en la región saheliana, se rebase el límite de las capacidades de los ecosistemas. Según F. Ramade, en los años 70, el 55 % de todo el ganado de África podía localizarse en zonas vulnerables a la desertificación. En algunas regiones de pastoreo del Senegal, el número de cabezas de ganado se triplicó entre 1950 y 1975, a pesar de la sequía de los años 1968 y 1979. En dichas zonas particularmente en la región de Dioloff, en el Norte, «mientras que un bovino disponía en 1950 de un espacio teórico de 24 hectáreas, en 1975 ya no dispone sino de 8, lo que en las condiciones sahelianas del país es inferior a las normas aceptadas...»[25]. Entre 1950 y 1973 las cabezas de ganado doméstico aumentaron alrededor del 71 % en toda África. Por otra parte, la explotación de los bosques para la producción de madera de construcción es otro factor significativo de desmonte. Los países industrializados absorben la mayor parte del consumo mundial. Este consumo experimentó un gran aumento entre 1950 y 1980. Al mismo tiempo se reforzaron las medidas de conservación para proteger los bosques europeos y americanos. Por ello, en gran parte fueron los bosques tropicales los que resultaron afectados. Según F. Ramade, las talas de bosques boreales y templados aumentaron el 25 % para satisfacer las necesidades de Europa y América del Norte en los últimos 30 años, mientras que en el mismo período las talas de bosques tropicales aumentaron el 145 %. Según la Asociación Técnica Internacional de las Maderas Tropicales y la Federación Francesa del Comercio de Madera, África, con 3.850 millones de m^3 de madera, se sitúa a la cabeza de los proveedores de madera de la CEE en 1984-1985[26].

Sin embargo, el factor en que más se insiste para explicar la deforestación es la utilización de la madera con fines energéticos como leña y carbón de palo.

Se calcula que en 1985, el consumo de leña ascendía a 1.684.400 toneladas y el de carbón de palo en 223.350 toneladas en el Senegal, lo que equivalía a 75.000 hectáreas de bosque. Actualmente el consumo de madera con fines energéticos en África es de 1 a 1,5 metros cúbicos por habitante, en contraste con los 0,5 metros cúbicos de todo el Tercer Mundo. Según el estudio sobre la desertificación «Dossier Desertification» de la AGCD (Bruselas), la parte de madera en el consumo total de energía en 1980-1981 era del 97 % en Malí, el 96 % en Rwanda, el 94 % en Tanzania, el 94 % en Etiopía y el 82 % en Nigeria. Por regla general se considera que el fuego de leña suministra el 75 % de la energía utilizada al sur del Sahara en África.

F. Ramade resume así la situación ecológica y energética de Sudán: «Desde 1965 el consumo de madera como combustible es superior en este país a la regeneración de los árboles (...). En 1985 el consumo alcanzaba los 60 millones de metros cúbicos al año, mientras que el aumento de los árboles no producía sino otros 40 millones de metros cúbicos de madera de leña cada año. En el año 2000, teniendo en cuenta el crecimiento demográfico, las necesidades alcanzarán los 142 millones de metros cúbicos al año, mientras que, en razón de la deforestación, la producción anual de madera puede llegar a bajar a 14 millones de metros cúbicos». Situación esencialmente idéntica es también la de todo el Sahel y amenaza prácticamente a toda el África negra.

Las tecnologías sencillas utilizadas para economizar el consumo de madera con fines energéticos –los hornos y los fogones mejorados– se extienden muy lentamente por toda África, a lo que viene a sumarse con frecuencia la mala utilización, lo que redunda en un bajo rendimiento[27]. De hecho, la verdadera cuestión consiste en saber si el problema se plantea en términos de economía de energía o de sustitución por otras fuentes.



La desforestación alcanza graves proporciones en Africa. R. Lanares. Museo del Hombre. Paris

La conclusión de Michel Bonfils parece pertinente a este respecto: «Incluso con el fogón mejorado, el bosque seguirá desapareciendo y muy rápidamente se llegará a esta situación paradójica: una vez que se haya extendido suficientemente el fogón mejorado ya no quedará madera para su uso, al menos en algunas zonas. El fogón mejorado es bueno, pero llega demasiado tarde a muchos sectores del Sahel, y habiendo dejado de ser ya la solución al problema del desmonte»[28]. Si se mira de cerca, el horno mejorado se presenta como la expresión condensada de la orientación teórica de las «tecnologías apropiadas» que con frecuencia ha tenido una concertación ideológica.

En otro orden de ideas, en nuestros días entre los estudios relativos a África se acentúa la corriente según la cual el crecimiento demográfico del continente (el más alto del mundo: el 2,7 % entre 1970 y 1979, y la población del África negra se duplica cada 26 años) es un factor importante de la crisis ecológica. Se achaca al crecimiento demográfico la crisis agrícola por la progresiva desaparición de los barbechos en las tradiciones culturales y el aumento de los espacios de cultivo, con consecuencias identifi-

cables en la degradación de las tierras, el desmonte y la fragilidad de los ecosistemas. Sin embargo, minuciosas encuestas hacen aparecer resultados que van contra la corriente de las opiniones generalmente propagadas. La tesis de Ester Buserop pone de manifiesto la importancia de una gran densidad de población en los resultados de la agricultura intensiva de alto rendimiento entre los Mafa del Norte del Camerún. Los Chagga, que se concentran en las faldas del Kilimanjaro, con una densidad de 500 habitantes por km^2, practican la agricultura y el cultivo forestal de alto rendimiento, asociando el cultivo de plantas comestibles al de las plantas medicinales, los árboles frutales y los grandes árboles. El peligro de deterioro de este sistema proviene por lo demás del éxodo rural que hace disminuir la fuerza de trabajo disponible.

Es cierto que con el crecimiento demográfico es necesario intensificar la producción, aunque eso esté en relación a las técnicas utilizadas y a su conveniencia en un medio social determinado. M. Harris había observado acertadamente al respecto que «cualquiera que sea su causa inmediata, la intensificación de la producción se opone siempre a la productividad. Si no hay cambios tecnológicos, llevará irremisiblemente al agotamiento del medio ambiente y a una baja de la rentabilidad de la producción, porque el esfuerzo incrementado se ha de aplicar tarde o temprano a animales, plantas, tierras, minerales y fuentes de energía más lejanas, menos seguras y menos abundantes»[29].

Este análisis de M. Harris corresponde en diversos aspectos a varios elementos constantes de los sistemas de respuestas a las crisis ecológicas de África. Así, cabe constatar que las fuentes de aprovisionamiento de carbón de leña de la región de Dakar han ido desplazándose progresivamente desde 1949 de las regiones vecinas a las más alejadas. Por otra parte, los datos de la arqueología, la lingüística y la etnohistoria confirman, desde el Sahara neolítico, el movimiento de poblaciones autóctonas hacia zonas más húmedas cada vez que hay un empeoramiento climático importante.

En realidad, en África, la cuestión demográfica se contempla por lo general a partir del binomio población-recursos naturales, sobre cuyo postulado la población tiene que adaptarse forzosamente a los recursos. Se pueden hallar premisas de esta perspectiva en el malthusianismo, el darwinismo y entre los naturalistas del siglo XIX.

Ahora bien, la historia europea y la del resto del mundo está llena de ejemplos de cambios tecnológicos que acarrean, ya sea la depreciación, ya sea, al contrario, la revalorización de los recursos naturales. La relación entre población y recursos naturales se establece en función de las tecnologías. Así, las previsiones respecto a las reservas de uranio se hacen en función del uso de los reactores clásicos o de la generalización de los supergeneradores con reprocesamiento de los residuos. La previsión energética tendría una interpretación completamente distinta si se contempla la fusión nuclear controlada del deuterio y el tritio, ya que se crearía probablemente una fuente de energía casi ilimitada[30].

En el debate sobre el medio ambiente la cuestión demográfica se plantea por lo general según unas premisas que consideran una evolución muy lenta de las técnicas actualmente utilizadas en África. Con todo, los trabajos de investigadores tales como J. Chesnais o L.M. Diop tienden a demostrar la importancia del crecimiento demográfico en el desarrollo económico y social. Con esta lógica, un vuelco de las perspectivas puede dejar entrever el papel de este crecimiento en el mejoramiento y la salvaguarda de los ecosistemas.

Conviene, sin embargo, reconocer que la crisis energética evoluciona en un contexto de fuerte crecimiento urbano. La población de las grandes ciudades africanas se duplica cada diez años. Abidján, por ejemplo, ha pasado de una población de 50.000 habitantes en 1950 a 1.500.000 en 1980, y las previsiones para el año 2000 anticipan los 5.000.000 de habitantes. La población rural africana pasó de constituir el 92 % de la población total en 1960 al 69 % en 1983. Ahora bien, es muy frecuente que la urbanización vaya acompañada del aumento del consumo de carbón de leña. Mientras el medio rural y el medio urbano del interior del Senegal utilizan esencialmente leña de fogón, una ciudad como Dakar consume el 90 % del carbón de leña que se produce en el país y en unas condiciones que la carbonización provoca grandes pérdidas caloríficas.

Sin embargo, incluso desde este punto de vista energético del crecimiento urbano, los análisis muestran la pertinencia de las variables socioeconómicas: en Dakar, el consumo de

gas y electricidad es mucho más importante entre las familias de ingresos altos que entre las familias pobres y de ingresos medios entre las cuales el carbón de leña constituye la mayor parte de la energía utilizada[31]. R. Guerrero había calculado que en 1980 un hotel de lujo de Dakar consumía tanta electricidad al mes como la que sería necesaria para excavar pozos para el ganado en la región semidesértica de Ferlo[32]. En Senegal, el 17 % de la población –que vive esencialmente en medio urbano– dispone de energía eléctrica; en Malí, la ciudad de Bamako utiliza el 90 % de la producción nacional de electricidad.

El problema principal reside en la disponibilidad económica de la gran masa de la población para acceder a fuentes de energía no tradicionales. Esta cuestión remite a interrogantes políticos, sociales, económicos y tecnológicos.

El desafío energético

Cualquiera que sea el factor humano con el que se aborde la crisis ecológica del desmonte en África, siempre estará presente la cuestión energética.

Esta cuestión es también inevitable si se supone que la sustitución de una agricultura de bajo rendimiento por otra de alto rendimiento incorporará forzosamente la consiguiente inversión energética. Es cierto que a este nivel la cuestión energética no es la única que hay que tener presente, sino que habrá que combinarla con otras. Parece que hasta ahora sigue desconociéndose o cuando menos teniéndose muy poco en cuenta en la problemática global de la agricultura africana.

El análisis energético es actualmente una articulación necesaria en la elaboración de las estrategias agrícolas. ¿Hasta qué grado y con qué fuente de energía puede África prever el desarrollo de sistemas modernos de cultivo? Los estudios realizados en Estados Unidos nos enseñan que en 1970 hacían falta 2,9 millones de kilocalorías por acre para producir los 8,16 millones de kilocalorías contenidas en los granos de maíz recolectado[33].

Ciertamente los progresos biotecnológicos dejan prever grandes transformaciones en cuanto a la utilización de las energías convencionales en la agricultura, aunque sigue planteándose el problema del dominio de una cantidad importante de energía, sobre todo si se tiene en cuenta que en África, al sur del Sahara, tan sólo el 2 % de las tierras cultivadas son irrigadas, habiendo sido corriente el déficit climático en los últimos decenios.

En el mismo orden de ideas, la cuestión del superpastoreo plantea el problema del fortalecimiento de los pastizales africanos. La capacidad límite de las sabanas sudanesas de Kenya (relativamente mejor irrigadas que las del Sahel) es de 50 kg/ha, mientras que la de las praderas europeas asciende a una tonelada de bovinos por hectárea[34]. Si se tiene en cuenta que el rendimiento europeo no se debe únicamente a las condiciones naturales, cabe preguntarse entre otras cosas qué inversiones energéticas harían falta para poder desarrollar los pastizales africanos.

Este desarrollo, contemplado desde la perspectiva de las cuestiones que atañen a los problemas de distribución y de accesibilidad de los productos del pastoreo, contribuiría sin duda no sólo a la salvaguarda de los ecosistemas forestales, sino también al mejoramiento de las condiciones alimentarias de las poblaciones. África sigue sufriendo realmente hambrunas y padece un subconsumo de proteínas animales, cuyas consecuencias para la salud física (vulnerabilidad a los ataques de virus, microbios o parásitos, taras congénitas, etc.), psíquicas y del comportamiento social (cf. los estudios sobre los Ik) son muy conocidas.

Por otra parte, la eliminación de la dependencia respecto de los combustibles de madera mediante el dominio de nuevas fuentes de energía puede conducir a que se creen o renueven unas funciones económicas, farmacéuticas, sociales y espirituales múltiples para el árbol y el bosque que garanticen su perennidad. El desafío energético implica por tanto considerar cuestiones ecológicas de importancia capital.

Dejando de lado estas cuestiones, el aspecto energético se halla presente en todos los grandes problemas de desarrollo económico y social.

En cuanto a un balance energético global, cabría relacionar la deforestación de África con los vínculos que mantiene el continente con sus fuentes energéticas potenciales. Lo que caracteriza a éstas es a la vez el uso hacia el exterior y la subexplotación.

Es común decir que África, sobre todo al sur del Sahara, y salvando las debidas distancias,

es relativamente pobre en fuentes de energía fósil. William Black Campbell prevé, por otra parte, el agotamiento de sus fuentes petroleras hacia el año 2000[35]. No obstante, África dispone del 8 % de las reservas mundiales de petróleo, dos tercios de las cuales se encuentran en Nigeria, país que, paradójicamente, utiliza madera para satisfacer el 82 % de sus necesidades de energía doméstica. En 1984 el continente disponía del 23,5 % de las reservas mundiales conocidas de uranio, aunque exportaba casi toda su producción. También posee importantes reservas de carbón, aunque, si exceptuamos Sudáfrica y Zimbabwe, esta fuente de energía se halla completamente inutilizada en el continente.

La cuestión, a escala mundial, del agotamiento de los recursos fósiles debería desembocar en la de las consecuencias que esta exportación acarrea en el comportamiento energético nacional.

Aunque las energías fósiles plantean problemas reales de previsión económica (agotamiento con el tiempo) y de ecología (contaminación atmosférica por el CO_2), África puede contar con las potencialidades de la energía no convencional y renovable de que dispone (agua, sol, biomasa, energía eólica, energía geotérmica, energía maremotriz, etc.). Los intentos de producir energía solar y energía eólica en Senegal brindan una amplia gama de aplicaciones, sobre todo en los medios rurales (iluminación, hidráulica rural, aplicaciones en salud pública, etc.), aunque sean serios los obstáculos en cuanto al mantenimiento técnico y al precio de producción de la energía (45.000 dólares por kw para los sistemas de conversión termosolar, 36.000 dólares/kw para las bombas termodinámicas solares, y de 5.000 a 7.000 dólares/kw/tablero para los sistemas fotovoltaicos)[36].

Investigadores africanos como Cheikh Anta Diop, sin dejar de abogar por el desarrollo de todas estas potencialidades, han hecho hincapié en la opción hidroeléctrica. Según los autores, África puede disponer por sí sola del 20 % al 40 % de los recursos mundiales de energía hidráulica. El área de Inga sobre el río Zaire podría producir por sí solo hasta 600.000 kw/h/año, lo que equivale a la electricidad necesaria de cada africano si tuvieran el mismo nivel de consumo mínimo que los Británicos. Hay, además, un gran potencial hidroeléctrico en diferentes regiones del África central, occidental y austral que cuentan con potentes cursos de agua. Así, sigue siendo de actualidad la cuestión de las grandes presas y con ella la interconexión de las redes, la electrificación del continente y la integración de la producción energética en programas industriales y económicos que servirían para evitar la subexplotación de las obras, como es el caso actualmente en Inga y otros lugares.

Desde esta perspectiva, Cheikh A. Diop observó que, «frente a un problema, los africanos poseen la solución, aunque siguen con la costumbre de imitar a los occidentales... Si nos liberáramos un poco de algunas influencias, se vería que, conectando la red, se hubiera podido hacer frente a las necesidades de energía de la región seheliana, habiéndose podido frenar en consecuencia el avance del desierto»[37]. No es absurdo pensar que el sueño de reverdecer las superficies áridas al sur del Sahara, en las que viven actualmente 75 millones de habitantes, acabe convirtiéndose en realidad si se adquiere la maestría del potencial energético de África, con lo que se lograría salvaguardar sus bosques tropicales, cuya importancia ecológica planetaria es cada vez más evidente.

En otro plano, según Cheikh Anta Diop, la importancia de las fuentes de energía hidroeléctrica de África se reflejará sin duda alguna en el papel que puedan desempeñar una vez dominada la reacción de la fusión termonuclear y con el advenimiento de una nueva tecnología del hidrógeno como vector de una fuente de energía limpia.

Así, la cuestión energética en África, se está planteando con la mirada puesta en el siglo XXI.

Actualmente las grandes presas están totalmente desacreditadas en África debido a los problemas ambientales que han provocado algunas obras de gran envergadura como por ejemplo la de Asuán, los problemas de salud pública, de ruptura del equilibrio ecológico, de rentabilidad económica, de desplazamiento de poblaciones, etc.

Pero la oposición a las grandes represas, además de dejar prácticamente intactos los problemas que originaron esta opción tecnológica, hace que ya no tenga sentido la reflexión sobre la integración de las represas en programas coherentes y multisectoriales de desarrollo regional y hasta continental y de mejoramiento de los ecosistemas naturales.

Conclusión

Se plantea a África el problema de llegar a dominar las fuentes de energía no contaminantes con que cuenta, de modo que pueda ponerse fin a las presiones de que son víctimas los bosques a manos del hombre, como consecuencia de la necesidad de combustibles vegetales y de dotar a la agricultura y a la ganadería con los artículos necesarios para intensificar una producción que no perjudique a las formaciones forestales, sino que pueda integrarse en unos programas coherentes de ordenación forestal. Se trata, pues, de operar una ruptura con ciertas formas de abordar los problemas energéticos, agrícolas, de pastoreo, económicos y ecológicos, encarados aisladamente unos de otros.

Es un hecho que a medida que son mayores las presiones que se ejercen como resultado de las necesidades energéticas, agrícolas y pastorales, las funciones restantes del árbol y el bosque y las representaciones y relaciones de tipo ecológico tienden a desaparecer de las prácticas sociales, pese a que sigan vigentes algunos de sus aspectos en lugares remotos de la memoria colectiva de los pueblos. Así, puede que sólo una dinámica de la apropiación del patrimonio cultural y de las nuevas posibilidades tecnológicas brinde la base práctica de su renovación.

Con el dominio de las fuentes de energía no contaminante, África podría llevar a cabo su revolución industrial, evitando el desarrollo basado en los hidrocarburos y las energías convencionales que marcaron la industrialización de los países desarrollados. Se planteará entonces necesariamente la cuestión de la selección de las tecnologías industriales, sobre todo si se considera que sin capacidad de decisión autónoma en este campo, África podría pagar las consecuencias ecológicas de la desindustrialización que se está produciendo actualmente en los países desarrollados (particularmente en Estados Unidos) como resultado de la transferencia al Tercer Mundo de las fábricas contaminantes y de unos riesgos tecnológicos mayores.

En este sentido, el esfuerzo que se haga en dirección de las técnicas que hay que inventar, adaptar o dominar a través de unos conocimientos prácticos genuinamente africanos que aseguren el mantenimiento y los avances indispensables, se presenta como la condición *sine qua non* de la salvaguarda de los patrimonios ambientales.

(Traducido del francés)

Notas

1. *Science et Vie*, núm. 802, julio 1984, págs. 84-85.

2. Picot, A., «Bhopal, les retombées d'une tragédie». *La recherche*, núm. 175, marzo 1986, págs. 412-417.

3. Giri, J., *L'Afrique en panne*. Khartala, París, 1986, págs. 126-127.

4. Turnbull, C., *Les Iks*, Plon, París, 1987.

5. Timberlake, L., *L'Afrique en crise: la banqueroute de l'environnement*, L'harmattan, 1985, pág. 205.

6. *Génesis* IX, 2-3.

7. *Griaule, M., Dieu d'eau*, Fayard 1966, pág. 121.

8. Schumaker, E.F., *Small is beautiful*, Seuil, 1978.

9. Pisani, E., «Un problème politique majeur», *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1984, pág. 32.

10. Lévi-Strauss, C., *Pensamiento salvaje*, FCE, México, 1961, la. ed.

11. Bryant, A.T., *Zulu medecine*, C. Struik, Cape Town, 1966, pág. 84.

12. Ilboudo, J.B., *La palmeraie naturelle à Elaeis Guineensis Jacq d'Oussouye (Basse Casamance)*, memoria para diploma de DEA, ISE, Dakar, 1987.

13. Pelissier, P., «L'arbre dans les paysages agraires de l'Afrique Noire», en *Le rôle des arbres au Sahel*, CRDI, 1980, págs. 37-43.

14. Cf. *L'arbre en Afrique Tropicale - La fonction et le signe*, ORSTOM, 1980.

15. Houis, M., «La nature et l'Home d'Afrique», en *Notes Africaines*, núm. 91-92, julio-octubre de 1961, págs. 112-118.

16. Dia, I., *Des hommes et leur*

forêt, le cas de Saré Lamine en Moyenne Casamance, memoria para diploma de DEA, ISE, Dakar, 1986.

17. Ortigues, Ed. *Oedipe africain*, Plon, 1966.

18. El Bekri, A.O., *Description de l'Afrique Septentrionale*, traducción de McGuckin de Slane, Librairie d'Amérique et d'Orient, 1965, págs. 328-329.

19. Diop, C.A., *Civilisation ou Barbarie*, Présence africaine, 1981, págs. 208-214.

20. PNUMA, *Informe anual 1986*, Nairobi, 1987, pág. 2.

21. Ramade, F., *Les catastrophes écologiques*, Mc Graw-Hill, 1987, pág. 98.

22. Citado por *Le Monde Diplomatique*, de febrero de 1987, pág. 30.

23. FAO. *La FAO en Afrique*, Roma, 1987.

24. Madeley, J. «Le tabac: une nuisance à tous points de vue», en *Mazingira*, vol. 7, núm. 25, 1983, págs. 55-66.

25. Santoir' C. *Raison pastorale et développement: les périls sénégalais face aux aménagements*, ORSTOM, París, 1983, pág. 87.

26. Citado por *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1987, pág. 30.

27. Zimmerman, K., *Enquêtes sur les besoins et la consommation d'énergie en milieu rural au Sénégal*. GTZ, Eschborn, 1983.

28. Bonfils, M., *Halte à la désertification du Sahel*, Karthala CTA, 1987, pág. 79.

29. Harris, M., *Cannibales et Monarques*, Flammarion, París, 1979.

30. *L'énergie en sursis: Scenarios 1985-2000* (Rapport du WAES), Economía, París, 1979.

31. Jambes, J.P. y Lauribe, M., *Etude des cas - énergie - espace - société dans l'agglomération de Dakar*, ENDA, diciembre de 1983.

32. Guerrero, R., *Espace et énergie au Sénegal*, citado por Jambes, J. P. y Lauribe, M. *Op. cit.*

33. Citado por Rosnay (De), J. *La macroscope: vers une vision globale*, ed. du Seuil, 1975, pág. 155.

34. Ramade F., *Op. cit.*

35. Black Campbell, W., *Le développement énergétique de l'Afrique*, Club de Dakar, París, 1979.

36. Diop, L., *Etude sur les énergies renouvelables au Sénégal*, MDR/CONACILS, Dakar, abril de 1988.

37. Diop C.A.D., *Université et développement solidaire*, ed. Berger Levrault/IIES, Ginebra, 1982, págs. 95-99 y págs. 100-101. Véase del mismo autor: *Les fondements économiques et culturels d'un état fédéral d'Afrique Noire*, Présence Africaine, ed. 1974.

De las teorías a los conceptos y de los hechos a las palabras

Eric de Grolier

Las cuestiones conceptuales y terminológicas constituyen desde tiempo atrás, un centro de interés para la RICS *(véanse, por ejemplo, dos artículos de Fred W. Riggs, núms. 111 y 114, 1987, así como el de J. Gerstlé, núm. 112, 1989).*

Estas cuestiones han formado parte de los programas de ciencias sociales de la UNESCO *desde los años sesenta, empezando por la publicación de diccionarios de ciencias sociales en varias lenguas, el primero de los cuales fue la versión inglesa (J. Gould y W. L. Kolb, dir. publ.,* A Dictionary of the Social Sciences, *Londres, Tavistock, 1964), seguido de una versión en español (S. del Campo, et al., dir publ., Diccionario* UNESCO *de Ciencias Sociales, Planeta-Agostini, 1987, segunda edición. Primera edición 1975), y de una versión en portugués (B. Silva, et al., dir. publ. Dicionário de Ciências Sociais, Rio de Janeiro, Fundaçao Getúlio Vargas, 1986). La versión francesa que fue preparada, nunca se publicó debido a desacuerdos relativos a su contenido entre algunos especialistas que participaron en el proyecto. Para finalizar, actualmente está en preparación en El Cairo una versión árabe. Por otra parte, a finales de los años setenta, hubo esfuerzos por preparar un «Thesaurus integrado de las ciencias sociales», pero este proyecto fue abandonado por distintas razones, en particular la incierta utilidad de tal instrumento, mientras determinado número de problemas conceptuales y semánticos no se hayan resuelto con anterioridad. Paralelamente a estas aproximaciones terminológicas y lexicológicas, las actividades de la* UNESCO *relativas a los análisis conceptuales propiamente dichos comenzaron en los años setenta, con el proyecto* «INTERCONCEPT», *que desembocó hacia 1980 en un proyecto más ambicioso denominado* «INTERCOCTA», *cuyos detalles se describen en los artículos citados de Fred W. Riggs.*

En el siguiente artículo, Eric de Grolier, que participa desde hace tiempo en las actividades terminológicas y conceptuales de la UNESCO, *analiza algunos problemas teóricos y metodológicos surgidos a raíz de los «Glosarios onománticos* INTERCOCTA».

A.K.

Eric de Grolier es consultor científico del Consejo Internacional de Ciencias Sociales, 1 rue Miollis, 75015 París. Ha sido profesor de ciencias de la información en las universidades de Tours, Dakar, Pittsburgh y Montreal. Ha participado en los trabajos de COCTA, así como en numerosas actividades internacionales, desde 1977, sobre el análisis conceptual y terminológico en ciencias sociales.

En 1990 se celebrará el vigésimo aniversario de la creación del COCTA (Comité sobre el Análisis Conceptual y Terminológico) en el marco del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas. Las notas siguientes son el resultado del estudio de evaluación de los trabajos del COCTA, preparado para la Unesco, así como de la experiencia adquirida en la elaboración de dos glosarios «onománticos» (según la terminología adoptada por Fred. W. Riggs) en lengua francesa, para las relaciones interétnicas y para los «modos de vida», respectivamente.

Características específicas de la terminología de las ciencias sociales

La terminología de las ciencias sociales, respecto de la de las ciencias matemáticas, físicas y naturales y de sus aplicaciones técnicas, reviste ciertas características específicas que las dos siguientes citas ilustran de manera bastante clara:

> Los hechos demográficos son poco numerosos y se pueden definir ya a partir del momento en que uno se interroga sobre el modo en que se desenvuelve la vida de la especie humana. En el estudio de la materia, por ejemplo, a medida que progresa la investigación, se descubren nuevas partículas, y los libros de física que se publican con algunos años de intervalo se caracterizan por diferencias de lenguaje y de contenido muy importantes. Nada semejante ocurre en el campo de la demografía. Una obra como la de Moheau, escrita hace más de dos siglos, sobre los fenómenos demográficos contiene las mismas rúbricas que los tratados más recientes. Para expresar la misma idea de distinta manera, se puede decir que en demografía lo real se aprehende de manera inmediata en su totalidad. Se entiende aquí por real, seguir la definición de Fourastié, «lo que es o lo que puede hacerse sensible, observable mediante los sentidos...». En las ciencias de la materia, todavía se está en la exploración de lo real, y dicha exploración probablemente no se concluirá muy pronto. Lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño son para nosotros algo sin límite y es, por lo demás, la razón por las cuales los calificamos de «infinitos». La demografía y, en general, las ciencias del hombre, pertenecen al dominio del mundo finito. El ser humano es el elemento indivisible que constituye la esencia de los fenómenos y cuando se dice que nace, que vive un cierto tiempo durante el cual se reproduce, se desplaza y, por último, muere, se ha definido el meollo de las preocupaciones del demógrafo... Esta permanencia del lenguaje hace que se corra el riesgo de dar la impresión de que se trata de una investigación inmóvil. De hecho, en expresiones análogas se disimulan contenidos muy distintos y los fenómenos humanos se diferencian en ello una vez más de los fenómenos del mundo material. El electrón de la Edad de Piedra es idéntico al del de la Edad Atómica mientras que la familia del hombre de la Época del Neanderthal se asemeja muy poco a la familia americana actual. Pero no hubo solución de continuidad entre las dos entidades. Se pasó gradualmente de la una a la otra y en ningún momento hubo la mínima duda en utilizar el mismo término para designarlas. Bourgeois-Pichat, 1970: 427-428.

Sin lugar a dudas, se podría poner en tela de juicio tal o cual detalle de la argumentación del Sr. Bourgeois-Pichat: de hecho, ignoramos casi todo de lo que podría haber sido la familia en la época del Neanderthal, y es dudoso que la evolución de la familia haya sido «gradual» desde la desaparición de los neanderthalianos. Además, en otros «campos» de investigación distintos del de la demografía, han surgido, claro está, nuevos fenómenos desde la constitución de las ciencias sociales como tales, como, por ejemplo, las «transnacionales» o la seguridad social... Pero sigue siendo evidente que los hechos o fenómenos realmente nuevos que deben estudiar las ciencias sociales son infinitamente menos numerosos que los que descubren a cada instante las ciencias «duras». Para cerciorarse de ello, basta contar los «descubrimientos» e «invenciones» en las ciencias sociales que fueron recopilados por Karl Deutsch et al. en 1983.

Mi segunda cita proviene de la contribución de Paul Fraisse al Simposio de 1983 de la Asociación de Psicología Científica de Lengua Francesa en la cual analizaba las interdependencias entre tres tipos de psicología: «la natural» (o «del sentido común»), la filosófica y la científica. Según Fraisse, esta última se basa en las mismas observaciones que la psicología natural, dándole un carácter más sistemático y recurriendo a técnicas modernas así como a la experimentación (allí donde es posible realizarla). Luego,

> Pasamos a hipótesis que podemos a veces verificar experimentalmente en lo que se refiere a algunos aspectos determinados mediante situaciones provocadas. Pero también podemos verificar las hipótesis que se han formulado sobre la base de una primera observación mediante otras observaciones que

serán situaciones invocadas. Esto vale tanto para la neuropsicología como para la psicología social. Esta psicología, que se encuentra a mitad de camino entre una psicología natural y una psicología científica, revela su ambigüedad en su vocabulario. Suele la mayoría de las veces utilizar el vocabulario del hombre de la calle, pero la impronta del progreso científico se manifiesta cuando se imponen nuevos conceptos tales como, por ejemplo, los de: condicionamiento clásico, instrumental u operante, inhibición retro y pro-activa, codificación sensorial, defensa perceptiva, impresión, operación concreta o formal, etc. La aparición de estos conceptos atestigua del hecho de que la observación natural ha sido superada puesto que sus propios conceptos se han vuelto insuficientes. Fraisse, 1985: 341-342.

Cabe señalar que los «nuevos conceptos» a los que se refiere Fraisse no eran en realidad tan «nuevos»: los términos de condicionamiento instrumental y de inhibición retroactiva ya figuraban en el vocabulario de Pieron de 1963 y si hubiese incluido los términos de etología, también podrían haberse utilizado en otros campos. Además, cabe notar que los psicólogos de nuestro siglo utilizan exactamente el mismo método de creación terminológica que el que utilizaban los fundadores griegos de la óptica científica, hace unos veinticinco siglos: es decir, basándose en el lenguaje corriente de su época (de Grolier, 1989).

Riggs, en toda una serie de artículos y de informes que se han publicado desde hace unos 10 años, ha expuesto una teoría de la terminología de las ciencias sociales que puede resumirse del siguiente modo: 1) el desarrollo «endógeno» de las distintas ciencias sociales y, aún más, de las investigaciones inter –o transdisciplinarias– como la creación de nuevos métodos más «sofisticados» y de nuevos marcos teóricos, acarrean consigo la aparición de numerosos conceptos nuevos; 2) por lo demás, la expansión de la investigación en ciencias sociales fuera de su foco original (el «Occidente») –lo que él denomina el aspecto «exógeno»– también provoca una proliferación de nuevos conceptos, que son creados por los investigadores locales en función de sus problemas específicos; 3) habida cuenta de que los especialistas en ciencias sociales se resisten en general a crear términos nuevos (neologismos) y prefieren atribuir nuevos sentidos a términos ya existentes («neosemanticismos»), utilizando así lo que Riggs llama el «lenguaje délfico» en vez del «lenguaje críptico» se llega así a una situación que él califica de «sobrecarga lexical», es decir una utilización abusiva de términos polisémicos que es perjudicial, a fin de cuentas, para el progreso científico –una situación que una de las primeras publicaciones del COCTA (Sartori *et al.*, 1975) describía como la «Torre de Babel».

En función de dicho diagnóstico, Riggs propuso un tratamiento apropiado para esta patología terminológica que expuso en un artículo publicado en esta misma revista (núm. 111, 1987), con el nombre de «glosario onomántico» y del cual proporcionó un ejemplo con el *Glosario INTERCOCTA sobre la Etnicidad* que se publicó en 1985.

Todo el mundo estará de acuerdo, sin lugar a dudas, de que hay una gran parte de verdad en esta descripción «nosológica» del lenguaje de las ciencias sociales: para los que están acostumbrados al rigor terminológico de las disciplinas propiamente científicas –digamos las matemáticas, la física o la química posterior a la reforma de Guyton de Morveau y de Lavoisier– hay algo bastante irritante en la lectura de la mayoría de los textos de sociología, de ciencias políticas y, en grado menor, de etnología: hay una especie de falta de precisión en la utilización de los términos, puesto que los autores rara vez intentan explicar cúal es el sentido preciso (suponiendo que tengan uno) que les atribuyen.

Una vez dicho esto, hay al parecer varios elementos de la tesis de Riggs que deben ser matizados, o que pueden ser objeto de reservas. En lo que se refiere al primer punto de su argumentación, se comprueba que el número de conceptos realmente nuevos es, en realidad, relativamente pequeño en la mayoría de las disciplinas que se denominan ciencias sociales. Durante unos diez años, entre 1965 y 1974-1975 Ms. Essyad elaboró en la Casa de las Ciencias del Hombre de París una bibliografía de los estudios sobre los conceptos de las ciencias sociales del cual establecí un análisis bibliométrico, en un informe para una reunión organizada por la Unesco (de Grolier, 1977). Sobre un total (aproximativo) de 417 conceptos «diferentes» que habían sido objeto de al menos un estudio

en dicho corpus, encontré un porcentaje muy bajo de conceptos «nuevos» –incluso una acepción muy amplia a este carácter de novedad: atribuyéndolo por ejemplo, al concepto de «dependencia», en el sentido que le dan a este término los sociólogos de América latina o al de «desarrollo político», que lanzaron Almond y sus colaboradores en 1960. A menudo, se trata de lo que podría denominarse «pseudo novedades» –de nuevas etiquetas para viejas botellas, como el hecho de reemplazar un «progreso» desacreditado por una «modernidad» rozagante, o un «crecimiento» bastante sospechoso por un «desarrollo» aún relativamente virgen (en esa época).

Cabe, sin embargo, destacar que en el estudio de la Casa de las Ciencias del Hombre se desecharon por no ser «conceptos», los estudios sobre nuevos métodos (por ejemplo las distintas «escalas») o sobre los «modelos»: si se hubieran incluido habría sin duda aumentado el porcentaje de las novedades, puesto que, en última instancia, es en este campo en el que son más visibles. No tengo la impresión de que el ritmo de creación de nuevos conceptos se haya acelerado en las ciencias sociales desde 1975: estimo que se ha mantenido igualmente bajo que en ese entonces, pero cabría realizar un nuevo estudio para comprobarlo.

En lo que se refiere al segundo punto de Riggs –a saber, los conceptos «endógenos»– los ejemplos que dio en su artículo sobre este asunto, que se publicó en esta misma revista (núm. 114, 1987), son sin lugar a dudas interesantes, pero siguen siendo limitados. En general, me parece que F.H. Gareau (IISS), núm. 114, 1987: 670) tiene razón cuando indica que en la lucha por la «indigenización de las ciencias sociales», los progresos fueron bastante rápidos para la enseñanza en las lenguas locales, la definición a nivel local de las prioridades en materia de investigación y la utilización de investigadores autóctonos, pero que en lo que se refiere a la creación de paradigmas (que Gareau llama las «sectas») indígenas, «hay más recriminaciones que formulaciones acabadas».

También cabe señalar que hay una especie de efecto «inverso» de «endogenización»: cuando los etnólogos europeos que estaban acostumbrados a trabajar en sociedades ex coloniales volvieron a sus propios «territorios», se dieron cuenta de que un gran número de conceptos que habían forjado sobre la base de sus observaciones en otros países no convenían para explicar los hechos en las encuestas que se habían efectuado en sus propios países –en particular para los sistemas de parentesco (Goody, 1985; Cuisenier et Segalen, 1986: 52-3; Segalen, 1989: 12-13).

El punto tercero –que se refiere a la distinción entre «neologismos» (creación de términos nuevos para designar los nuevos conceptos, proceso que Riggs también denomina «neoterismo») y «neosemanticismos» (uso de términos antiguos a los cuales se dan sentidos nuevos), en que se basa la oposición entre el «lenguaje críptico» (en el primer caso) y el «lenguaje délfico» (en el segundo caso) –Riggs la ha elaborado en varias ocasiones, en particular en un artículo que se publicó en 1982 en la revista *International Classification*, y luego en dos de sus contribuciones a la colección de la Unesco «Informes y documentos de ciencias sociales» (núm. 57 [1986], págs. 4-5 y 8-9, y núm. 58 [1988], págs. 28, 107 y 116).

En la terminología usual de los lingüistas francófonos, corresponde a la distinción entre «neología de forma» (creación de nuevas «unidades de sentido»: sea palabras nuevas, sea combinaciones nuevas de distintas palabras ya existentes, lo que se designa a partir de Benveniste como «sinapsias») y «neología de sentido»: uso de un significante ya existente al cual se le confiere un contenido que no tenía, hasta ese entonces (Dubois *et al*, 1973: 334-335).

De hecho, el problema de la «sobrecarga léxica» que preocupa, y con razón, a Riggs, debe enfocarse de manera independiente del problema de la preferencia por el «lenguaje délfico», que es muy marcada en los investigadores de las ciencias sociales. Cabe notar, en efecto, que los matemáticos utilizan ampliamente este tipo de lenguaje: para denominar las nuevas entidades matemáticas que han descubierto, utilizan muy a menudo palabras del lenguaje corriente a las cuales les dan sentidos técnicos no equívoco tales como conjunto, anillo, cuerpo, categoría, catástrofe, etc.

En el *Manual Intercocta* (1988), que está destinado a servir de guía para la elaboración de los glosarios onománticos, figura una recomendación que apunta a determinar tres categorías entre los términos utilizados: los términos equívocos, no equívocos y «sugeridos», siendo estos últimos los que proponen a los autores de trabajos de ciencias sociales para reem-

plazar los términos equívocos. En la versión provisional del glosario *Etnicidad*, Riggs siguió este método, estableciendo sistemáticamente una distinción entre los términos no equívocos *(UT, unequivocal terms)*, los términos equívocos *(ET, equivocal terms)* y los términos sugeridos *(ST, suggested terms)* –siendo estos últimos, por lo demás, muy numerosos.

Para la versión provisional del «Glosario de las relaciones interétnicas» que corresponde, para la literatura francófona, al glosario *Etnicidad*, dejé de lado la distinción entre «términos equívocos» y «términos no equívocos», reagrupándolos en una sola categoría denominada «términos utilizados» (TU) y reduciendo a un número muy pequeño (unos veinte en total) los que corresponden a la categoría de «términos sugeridos»; añadí además una nueva categoría, la de términos «en desuso», puesto que la mayoría de los autores parecía ya no utilizarlos.

Para la versión francesa (aún provisional) del «Glosario de los modos de vida», que preparé en 1989-1990 en el marco del proyecto INTERCOCTA, me aparté aún más de las reglas del *Manual del Intercocta*, al abandonar toda categorización de los términos utilizados y dejando para las notas las indicaciones relativas a los distintos usos de estos términos según los autores. En efecto, estimo que es más conveniente evitar todo lo que podría aparecer como una tentativa de imponer a los autores de textos relativos a las ciencias sociales una «normalización» de su práctica terminológica. Una «normalización» de esa índole me parece prematura en la fase en que se encuentran actualmente las «ciencias sociales» que, en definitiva, no han logrado probablemente en la mayoría de los casos constituirse en ciencias en el sentido en que se emplea este término para las matemáticas, la física, la química o la biología. Cabe señalar que el Comité ISO TC37 aceptó hace poco (1989) que paralelamente a la terminología «prescriptiva» –la que apunta a la *normalización* indispensable de las denominaciones técnicas– podría establecerse terminología «descriptiva», cuyo objetivo, más restringido consistiría en establecer *el inventario* de los términos utilizados en los textos, y que ésta convendría más a las condiciones de la labor terminológica en el campo social: se trata, por ejemplo, de la terminología que fue adoptada en los trabajos llevados a cabo por el centro Infoterm de Viena (Austria) en colaboración con el CEDEFOP (Centro Europeo para el Desarrollo de la Formación Profesional).

Relaciones entre las teorías y los conceptos

En un artículo publicado en esta misma revista (núm. 122 - 1989), Jacques Gerstlé planteó enérgicamente el problema de la relación que existe entre los conceptos y las teorías en las ciencias sociales abogando –siguiendo en ello a Lakatos– por una «concepción pluralista del discurso científico» que permite «abrir el análisis conceptual en una dirección comparativa que sirva de telón de fondo a la competición entre los programas de investigación». Una concepción de esa índole hace hincapié en el «respeto de la primacía de la teoría como contexto de formación e interpretación de los conceptos».

La experiencia adquirida en la preparación de los dos glosarios de lengua francesa que he preparado, sobre las «relaciones interétnicas» y los «modos de vida» parece confirmar efectivamente la dependencia, señalada por Gerstlé, del análisis conceptual respecto a las teorías subyacentes, dependencia que figura en el primero de esos dos glosarios ya en la definición misma de los términos básicos «etnia» (o «grupo étnico») y de «etnicidad». En el glosario *Etnicidad* de Riggs, la *etnicidad* se define, siguiendo un uso al parecer sólidamente establecido en los Estados Unidos, como «un modo adscriptivo de relaciones sociales, genéticamente autoalimentado, como alternativa a otras formas de organización social, o como su complemento, en el contexto de una sociedad más amplia». Una definicion tal no corresponde de ningún modo a lo que en francés se entiende por «etnicidad», es decir, «el conjunto de las características propias de una etnia», definiéndose la «etnia», siguiendo la terminología de Leroi-Gourhan (1950-1952:2), como «cualquier colectividad que dispone de tradiciones lo suficientemente comunes como para darle un sentimiento de unidad», no requiriéndose en modo alguno la condición de que se encuentre «en el contexto de una sociedad más amplia». Asimismo, al comparar el glosario *Etnicidad* y el corpus ruso establecido por el Instituto Etnográfico de la Academia de Ciencias de la URSS, se desprende claramente que un núme-

ro bastante considerable de conceptos que figuran en el mismo dependían de la teoría de las «nacionalidades» elaborado por el joven Stalin por orden de Lenin en el contexto de su polémica con Rosa Luxemburgo y los austromarxistas (principalmente Otto Bauer, 1906) y, por ende, no podían compararse ni con los conceptos recopilados en el glosario de Riggs ni con los que recopilé yo mismo en la literatura de lengua francesa, si se exceptúan las traducciones del texto de Stalin.

Se han manifestado dificultades análogas para el glosario sobre los modos de vida. La «edición piloto» del glosario preparado en Moscú en 1988 sobre «las características generales y nacionales del modo de vida de los pueblos de la URSS» se basa en la teoría imperante en la Unión Soviética en los años setenta relativa a la supuesta existencia de un modo de vida específicamente soviético, que servía, por así decirlo, de «modelo ideal», del cual debía aproximarse el «modo de vida real» mediante «el perfeccionamiento del modo de vida socialista».

En los textos en lengua francesa sobre los problemas de los modos de vida no había, claro está, nada comparable; en cambio, revelaban divergencias conceptuales que se deben al hecho de que en los países francófonos hay diversos equipos de investigadores que trabajan sobre la base de premisas teóricas que no pueden reducirse a un modelo común.

Sin entrar en pormenores, basta mencionar algunos de estos grupos, que, por lo demás, no tienen el mismo nivel de estructuración:

– el equipo del Museo de Artes y Tradiciones Populares y del Centro de Etnología Francesa, cuyas tradiciones teóricas remontan a Van Gennep (1873-1957) y, en parte, a Varagnac (1948) y cuyo método descriptivo fue codificado por Maget (1948, 1953);

– el equipo del Laboratorio de Etnología del Collège de France, que trabaja en colaboración con la Misión del Patrimonio etnológico, que debe mucho a las ideas de Marcel Mauss y de Claude Lévi-Strauss, que fue su creador;

– el equipo que fue formado a comienzos de los años sesenta por el Grupo de estudios de sociología de la vida cotidiana en el Centro de Estudios Sociológicos, que se inspiraba en los trabajos de Henri Lefèbvre;

– el equipo del Grupo de Etnología Social del Centro Nacional de la Investivación Científica, dirigido por Paul Chombart de Lauwe;

– el equipo del Comité de Investigaciones «Sociología y Antropología de lo cotidiano» de la Asociación Internacional de Sociólogos de Lengua Francesa, cuyo responsable es Claude Javeau, en el Instituto de Sociología de Bruselas;

– el equipo que se formó en torno a Pierre Bourdieu, primero en el Centro de Sociología Europea, y actualmente en el Collège de France.

Los conceptos clave del tercer grupo antes mencionado (Lefèbvre) eran «cotidianidad» y «enajenación»; el del cuarto grupo (Chombart de Lauwe) era «aspiraciones». El grupo de Javeau utiliza lo que él mismo llama «el paradigma del actor», que se inspira mucho de las distintas corrientes de la sociología fenomenológica americana (Mead, Schütz, Goffman...), que a su vez, se inspira ante todo en Simmel y en Husserl. En cuanto a lo que se pueda denominar la «escuela de Bourdieu», utiliza su propio sistema de conceptos: «habitus», «campo», «espacio social» (o «espacio de posiciones sociales»), «espacios de estilos de vida», etc.

No cabe aquí analizar el valor explicativo que tiene cada una de estas teorías en apariencia tan diversas, ni examinar en qué medida los diferentes conceptos utilizados por cada grupo pueden ser «operacionalizados». Desde el punto de vista terminológico *stricto sensu*, se puede señalar la presencia, en los trabajos de algunos de los grupos mencionados, de términos que son utilizados en otros contextos, con otro valor conceptual: por ejemplo, ese es el caso para la «enajenación», utilizado por Lefèbvre y sus continuadores con acepciones muy distintas y que otros investigadores tienden bien a reducirlo al rango de «preconcepto» (Duvignaud, 1972), bien a utilizarlo en un campo más limitado: por ejemplo, Max Kaase (1988) para la «enajenación política», en relación con otro concepto el de «protesta política» *(political protest)* y examinando por separado las dos formas de enajenación política: *«input alienation»* y *«output alienation»*.

Otro ejemplo es el concepto de «espacio social» en Bourdieu: con el mismo término, se encuentra un concepto diferente en Condominas (ver mi «Glosario de Relaciones interétnicas», artículo F6) y un tercero («sistema de referencias geométricas en el que se realiza la sociedad») en el campo del urbanismo (Virilio, 1972).

También puede ser interesante señalar que en la literatura de las ciencias sociales, hay «modas» bastante análogas a las de las modas literarias y artísticas. Así, a partir de 1964, después de un célebre discurso del Presidente Johnson sobre la «gran sociedad», surgieron primero en Estados Unidos, pero luego también rápidamente en todos los países de la OCDE, una serie de investigaciones sobre «la calidad de la vida» y sobre las baterías de «indicadores sociales» que podrían –al menos, así se esperaba– servir para medir lo que se denominaba los «elementos subjetivos del bienestar» (Strumpel, 1974). En Francia hubo incluso un efímero «Ministerio de la Calidad de la Vida», reemplazado por un más modesto «Comité Interministerial para la calidad de la vida», que tuvo una existencia discreta y al parecer bastante poco eficaz. En los años ochenta, los Estados Unidos, donde se inició la moda de este tipo de estudios dejó de interesarse por los mismos, y el programa de la OCDE sobre los indicadores sociales fue desde entonces prácticamente abandonado. Empero, todavía existe en Calcuta un «Centre for the appraisal of social reality and the quality of life», cuyo director, R. Mukherjee, publicó en 1989 una obra en que se presentaban los resultados de dos encuestas llevadas a cabo en la India y en el que se sentaban las bases de un programa de nuevas investigaciones. Podría ser que en algunos años se produzca un «resurgimiento» de esta moda sociológica, al igual que suelen producirse fenómenos semejantes en la «moda» en el sentido corriente del término.

Puede mencionarse, por lo demás, un caso de «resurgencia» en un campo que, en última instancia, está bastante cercano de los modos de vida, en la medida en que éstos están vinculados con las relaciones de producción: el grupo de investigaciones sobre las «formas y procesos de transición entre sistemas económicos y sociales», que se creó en 1984 en la casa de Ciencias del Hombre, por iniciativa de Maurice Godelier, y del cual varios estudios se publicaron en el número 114 de esta revista resucitó el concepto de «subsunción» (formal, luego real) elaborado por Marx en los *Grundrisse* y en *El Capital*, y que, entretanto, casi se había olvidado por completo. Quizá también pueda considerarse como un resurgimiento el desarrollo que caracterizó durante la última década al concepto de «representación» (colectiva o social), que propuso Durkheim en 1898, pero del cual Piéron escribía en 1963 que seguía revirtiendo «un carácter metafísico»: en 1968 Moscovici lo volvió a utilizar y le dio un carácter formal, y hoy en día es objeto de toda una serie de estudios gracias a una colaboración entre equipos franceses y del Quebec (Belisle y Schiele, 1984).

Relaciones entre los conceptos: cadenas y sistemas de conceptos; los conceptos «primitivos»

Los conceptos de las ciencias sociales, ¿forman un sistema o varios? Las relaciones entre estos conceptos, ¿son las mismas que las que existen entre los conceptos de las ciencias así llamadas «exactas», o son diferentes? ¿No pueden algunos de estos conceptos definirse gracias a otros conceptos y deben por ende, ser considerados, «primitivos» y postularse? He ahí algunos de los interrogantes más importantes que deberían constituir el objeto de una «teoría del análisis conceptual en ciencias sociales».

Este trabajo no se ha realizado e incluso ni siquiera se ha comenzado; por lo tanto debo limitarme a dar algunas indicaciones muy preliminares al respecto.

Estimo que cabe responder a la primera pregunta de manera afirmativa: en efecto, al parecer los conceptos de las ciencias sociales están estructurados, y su conjunto constituye un sistema relativamente coherente y relativamente autónomo respecto de otros sistemas conceptuales «vecinos» –en particular el de las ciencias biológicas. Por lo demás, si ese no fuera el caso no se podría hablar auténticamente de *ciencias* sociales y, por lo demás, una empresa del tipo de INTERCOCTA estaría condenada desde un comienzo.

En lo que se refiere al segundo problema, el de las relaciones entre conceptos, no se puede aplicar a las ciencias sociales, sin modificarlo, el esquema de las relaciones que Wüster estableció para las terminologías técnicas, y que H. Felber expuso en su informe a la reunión de expertos organizada por la Unesco en 1977 en París: estructuras arborescentes de tipo género/especie y todo/parte, relaciones material/producto, causa/efecto, herramienta/industria, genealógico, ontogenético, entre estadios de sustancias. Cabe subrayar en particular que las estructuras conceptuales de las ciencias socia-

les son más a menudo enrejados (en inglés *lattices*) que árboles *(trees)*.

No cabe duda de que hay conceptos «primitivos» en las ciencias sociales: el problema consiste en determinar cuáles lo son. Un procedimiento empírico para hacerlo consiste en observar el punto a partir del cual se comienzan a encontrar definiciones circulares: tal es el caso, por ejemplo, para conceptos tales como «acción», «comportamiento», «grupo», «individuo/personas», «sociedad/cultura», «identidad», etc.

Durante los últimos años, se han llevado a cabo numerosos trabajos sobre las redes y los campos semánticos en el marco de las investigaciones sobre la inteligencia artificial, los sistemas expertos y las ciencias cognoscitivas: por ejemplo, se pueden mencionar las investigaciones tales como las de Johnson-Laird (1988: 54-61), las del Forschungsgruppe Begriffsanalyse bajo la dirección del Profesor Dr. Rudolf Wille en Darmstadt (desde 1982), en el marco del proyecto TACITUS en el Artificial Intelligence Center de SRI International (Menlo Park) (véase sobre este último, Hobbs [1987], Hobbs y Moore [1985], Hobbs *et al.* [1985]). Hasta el momento, se refieren sólo a los conceptos físico-químicos y técnicos, cuyo principio podría también aplicarse a las ciencias sociales (Hobbs, 1987:3 da él mismo un ejemplo relativo a las relaciones entre «salarios», «calidad de la vida» y «elección de un empleo»). Sería sin duda interesante organizar una cooperación entre algunos de estos especialistas y el COCTA. También podría ser útil ver en qué medida los programas establecidos para extraer automáticamente las estructuras jerárquicas a partir de diccionarios «en línea» podrían adaptarse a los trabajos de INTERCOCTA (Amsler, 1980; Chodorow *et al.*, 1985) –al menos cuando se establezcan glosarios onománticos en forma informatizada.

Clasificación de conceptos en los glosarios onománticos

Si bien es verdad que los conceptos de las ciencias sociales conforman un sistema, éste debe presentar una estructura taxonómica: sea dicho de otro modo, cuando se le puede aplicar una clasificación sistemática. El problema de la clasificación en ciencias sociales se ha estudiado sobre todo en el marco de la organización de los servicios de información y documentación destinados a los especialistas en dichas materias, en particular en los trabajos que se llevaron a cabo en Inglaterra Kyle en los años 1950-1960 y en Francia diferentes equipos entre 1943 y 1964 (véase de Grolier, 1962, 1965), y luego en la Unesco, de 1974 a 1982, en el marco de un proyecto que tenía por objetivo la integración de las ciencias sociales en el sistema mundial de información científica llamado UNISIST, que, en principio (en 1967) debía abarcar únicamente a las ciencias matemáticas, físicas y biológicas y sus aplicaciones técnicas. Se trataba de elaborar lo que en esa época se denominaba un «tesauro integrado de las ciencias sociales» (Litoukhin, 1980).

Claro está, cada una de las ciencias sociales ha elaborado para su propio uso tipologías y clasificaciones: baste recordar que la célebre tipología de los regímenes políticos heredada de los griegos, del cual se pueden seguir las huellas desde Herodoto hasta Montesquieu, o bien en una época más reciente: las distintas tipologías de las sociedades (que Wallerstein ha propuesto en esta misma revista (núm. 118) sustituir por una tipología de «sistemas históricos»).

Empero, si se toma el ejemplo de la lingüística, la ciencia social en el cual el trabajo taxonómico es el más elaborado, cabe reconocer que el nivel en que se encuentra fue superado por la biología hace mucho: los lingüistas todavía no han logrado ponerse de acuerdo en una clasificación genealógica de las 5 a 6 mil lenguas que han identificado, y la más reciente de ellas, propuesta por Greenberg (1987), no concuerda con los otros sistemas, que son también divergentes, adoptados por los taxonomistas soviéticos (Diakonov, Militarev, Starostin...); en lingüística, se está en una fase semejante a la que caracterizaba a la taxonomía biológica antes de los progresos realizados desde que se produjo la así llamada «revolución cladística». Asimismo, los antropólogos no han logrado aún elaborar una taxonomía unificada de las distintas áreas culturales y de sus subdivisiones. Y es sólo hace algunos años que, gracias a los datos (cuya interpretación sigue siendo por lo demás muy controvertida) proporcionados por la biología molecular, los antropólogos, arqueólogos y lingüistas tratan de correlacionar de manera más precisa las clasificaciones de los grupos lingüísticos y de los grupos étnicos.

Si se pasa de la clasificación de las sociedades o de las culturas a la de los fenómenos sociales se comprueba que la situación no es mejor. El esquema de base elaborado por Marx entre 1846 y 1859, que se basaba en la dicotomía entre la infraestructura técnico-económica y el conjunto de las distintas «superestructuras», sigue siendo una primera aproximación muy utilizada y no sólo por los marxistas «ortodoxos»: se puede encontrar, por ejemplo, una versión modificada y renovada en el orden serial de los «diferentes planos entre los cuales evoluciona toda la vida social» propuesto por Lévi-Strauss en un artículo de 1967.

Pero muy pronto se puso de manifiesto que se planteaban múltiples dificultades, contradicciones e interferencias si se trataba de ir más allá de las amplias vistas de conjunto para examinar los detalles de la vida cotidiana, o bien cuando se analiza no la sociedad capitalista occidental sino culturas cada vez más alejadas en el espacio y en el tiempo. Un ejemplo banal bastará para demostrarlo: si se toma como objeto de estudio la alimentación, se observarán inmediatamente aspectos fisiológicos y médicos (nutritivos, regímenes), técnicas (prácticas culinarias), estéticas (gastronomía), económicas (estructuras del consumo alimentario), rituales (tabúes alimentarios, etc.), de estratificación social (véase lo que dice Bourdieu al respecto en *La distinción*)... O bien tomemos otro ejemplo, la caza: se trata en primer lugar de una técnica, pero que también tiene aspectos lúdicos (el glosario soviético sobre los modos de vida clasifica la caza entre los aspectos «de esparcimientos activos»), sociológicos (las asociaciones de cazadores) y simbólicos. Por lo demás el simbolismo no puede considerarse en general como un campo aislado de la vida social: como lo escribió Daniel Fabre, «no sólo ningún hecho es específicamente simbólico, sino que además *todo hecho es social sólo porque es simbólico*» (1989:73).

Cabe subrayar además un aspecto muy importante: el carácter artificial de las clasificaciones por «disciplinas» (Lazarsfeld, 1964; Galtung, 1968; Wallerstein, 1988). Por ende, para una empresa esencialmente «transdisciplinaria» como INTERCOCTA, una clasificación de los conceptos que se basara en las disciplinas, sería totalmente inadecuada.

Por el momento, los diferentes glosarios que han sido preparados en el marco del proyecto INTERCOCTA («etnicidad» en inglés, ruso y francés; «modos de vida» en versiones preliminares soviéticas, húngara y francesa) han seguido los esquemas de clasificación *ad hoc* individuales; se trata de una etapa provisional, puesto que resulta evidente que, en el futuro, las distintas versiones de cada glosario, cualesquiera que sea su lengua de redacción, deberán atenerse a un sistema de clasificación uniforme, como ocurre actualmente para los diccionarios de demografía preparados bajo la dirección de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población.

También puede esperarse que las distintas clasificaciones de conceptos elaborados para «campos» determinados de investigación podrían servir de base de trabajo con miras a la elaboración de un esquema global de organización para el conjunto de los conceptos de las ciencias sociales.

Los problemas de redacción y de utilización de glosarios onománticos INTERCOCTA

Al concluir, desearía hacer algunas reflexiones sobre los problemas que plantea la redacción de los glosarios onománticos INTERCOCTA y sobre su utilidad potencial para las distintas categorías de usuarios.

En el proyecto presentado por Riggs a la CONTA *(Conference on conceptual and terminological analysis in the social sciences)* que se celebró en Bielefeld (RFA) en 1981, que fue adoptado en el marco de las «recomendaciones» de la Conferencia, se preveía fomentar «proyectos piloto» con miras a establecer «glosarios analíticos sistemáticos» (que se denominan, desde entonces, glosarios onománticos), en campos especializados, siguiendo directrices comunes, destinadas a asegurar su coherencia. Para elegir los temas de estos proyectos, la condición necesaria era encontrar en cada caso un grupo de investigadores, sobre una base interdisciplinaria e interlingüística, que se dedicaría a la redacción de un glosario de esa índole en un campo de investigación determinado y que podría emprender esos trabajos y llevarlos a cabo en cooperación, constituyendo un banco de datos conceptuales y terminológicos «en línea», actualizados a medida que se crearían nuevos conceptos y los términos correspondientes.

La idea de Riggs consistía en que los glosarios onománticos debían ser redactados por investigadores para investigadores: su utilidad principal, si no única, consistiría en ayudar a éstos en la redacción de esos informes, artículos y obras.

Cabe preguntarse cuál podría ser la mejor estrategia para que el mayor número de equipos de investigadores se interesara por los glosarios onománticos. Se podrían avanzar varios argumentos suplementarios:

La principal ventaja de esta fórmula, respecto de los diccionarios usuales en los que los términos figuran por orden alfabético, sería la de facilitar la confrontación de los análisis conceptuales de un campo de investigación dado, llevadas a cabo según puntos de vista disciplinarios, culturales y teóricos diferentes.

Por otra parte, puede facilitar mucho el enfoque de un campo de estudio nuevo, trátese de estudiantes que se dedican a él por vez primera o de especialistas de otros campos.

Facilitaría la labor de los traductores en su búsqueda de los términos más adecuados que correspondan a un concepto dado;

Por último, tiene un interés teórico indudable al poner de manifiesto la estructura relacional de los conceptos del campo que abarca cada glosario, en el marco de una estructura de conjunto de los conceptos de las ciencias sociales.

(Traducido del francés)

Bibliografía

ALMOND, Gabriel; COLEMAN, J. (eds.) 1960. *The politics of developing areas*. Princeton, N. J., Princeton University Press.

AMSLER, Robert A. 1980. *The structure of the Merriam-Webster dictionary*. Tesis de doctorado, Universidad de Tejas, Austin.

BAUER, Otto. 1987. *La question des nationalités et la social-démocratie*. Paris, Editions ouvrières (trad. del original alemán, 1906).

BELISLE, Claire; SCHIELE, Bernard (eds.) 1984. *Les savoirs dans les pratiques quotidiennes*. París, CNRS.

BOURGDIEU, Pierre. 1979. *La distinction*. París, Editions de minuit.

BOURGEOIS-PICHAT, Jean. 1970. «La démographie». En *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines. Première partie: sciences sociales*. págs. 427-503; véase pág. 427-428.

BROMLEJ, Yu. V. *et al.* 1988. *Konceptual'nye glossarij: celi i principy sozdanija*. Moscú. In ion AN SSSR.

——— 1988. *Glossarij obraz žizni narodov SSSR: obscee i nacional'no osobennoe; pilotaznoe izdanie*. Moscú (policopiado).

CHODOROW, Martin S. *et al.* 1985. «Extracting semantic hierarchies from a large on-lines dictionary». *Proceedings, 23rd annual meeting of the Association for computational linguistics*, Chicago, págs. 299-304.

CHOMBART DE LAUWE, Paul. 1975. *La culture et le pouvoir*. París, Stock.

CONDOMINAS, Georges. 1980. *L'espace social: à propos de l'Asie du sud-est*. París: Flammarion.

CUISENIER, Jean; SEGALEN, Martine. 1986. *Ethnologie de la France*. París: Presses Universitaires de France.

DEUTSCH, Karl *et al.* 1983. *Advances in the social sciences, 1900-1980*. University Press of America.

DUBOIS, Jean *et al.* 1973. *Dictionnaire de linguistique*. París, Larousse.

DURKHEIM, Emile. 1898. «Représentations individuelles et représentations collectives». Reimpreso en *Sociologie et philosophie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1974, capítulo 1.

DUVIGNAUD, Jean. 1972. Artículo «alineación» en *La sociologie: guide alphabétique*, bajo la dirección de J. Duvignaud, París, Denoël, págs. 16-19.

ESSYAD, Marie-France. 1967-1975. «Studies concerning concepts in the social sciences». *Social science information*, 9 números, diciembre de 1967 a diciembre de 1975.

FABRE, Daniel. 1989. «Le symbolisme en questions», en *L'autre et le semblable*, ed. por Martine Segalen, París, CNRS págs. 61-78.

FELBER, Helmut. 1977. «Developing an international network for conceptual analysis in social sciences: the Interconcept

project of Unesco». Documento Unesco SS/77/CONF.601/4.

FRAISSE, Paul. 1985. «Il y a trois psychologies», en *La communication*: Simposio de «l'Association de psychologie scientifique de langue française» (Montreal, 1983), publicado bajo la dirección de Georges Noizet *et al.*, Paris, Presses Universitaires de France, págs. 331-343.

GALTUNG, Johan. 1968. «Peace research», en *The social sciences: problems and orientations*. París, Mouton, págs. 192-208.

GAREAU, Frederick H. 1987. «L'expansion et la diversification croissante de l'univers des sciences sociales», *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 114, págs. 661-674.

GERSTLÉ, Jacques. 1989. «Concepts, théories et programmes de recherche», *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 122, págs. 673-681.

GODELIER, Maurice. 1987. «Introduction: l'analyse des processus de transition». *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 114, págs. 501-512.

GOODY, Jack. 1985. *L'évolution de la famille et du mariage en Europe*. París, Colin.

GREENBERG, Joseph. H. 1987. *Language in the Americas*. Stanford University Press.

GROLIER, Eric de. 1962. *Etude sur les catégories générales applicables aux classifications et codifications documentaires*. París, Unesco.

--- 1977. «Studies concerning concepts in the social sciences, 1965-1975: some results from a bibliometric analysis». Documento Unesco SS/77/CONF. 601/6, policopiado.

--- 1988. *Glossaire des relations interethniques (version provisoire)*. París, Unesco (copias Xerox).

--- 1989. La formation de la terminologie scientifique en grec ancien: l'exemple de l'optique, dans *Terminologie diachronique: actes du colloque organisé à Bruxelles les 25 et 26 mars 1988*; Red. C. de Schaetzen, p. 135-157. Centro de Terminología de Bruselas, Instituto Marie Haps.

HOBBS, Jerry R. 1987. «World knowledge and word meaning», *Proceedings TINLAP 3*, Las Cruces, NM.

HOBBS, Jerry R.; MOORE, Robert C. (eds.). 1985. *Formal theories of the common sense world*. Abler Publishing Company.

HOBBS, Jerry R. *et al.* 1986. *Common sense metaphysics and lexical semantics*. Menlo Park, SRI International, Technical note 392.

JAVEAU, Claude (ed.). 1983. *Micro-et-marcrosociologie du quotidien*: jornadas de estudio de la AISLF (Association internationale des sociologues de langue française), Comité de recherche, sociologie et anthropologie du quotidien, 12-15 mai 1981. Bruselas, Instituto de sociología ULB.

JOHNSON-LAIRD, Phil N. 1988. «La représentation mentale de la signification», *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 115, págs. 53-69.

KAASE, Max. 1988. «Political alienation and protest», en *Comparing pluralist democracies: strains on legitimacy*, ed. por Mattei DOGAN, Boulder, Westview Press, págs. 114-142.

LAZARSFELD, Paul F. 1964. «Notes sur la recherche sociale empirique et les liens interdisciplinaires». *Revista internacional de ciencias sociales*, vol. 16, núm. 4.

LEFEBVRE, Henri. 1958-1981. *Critique de la vie quotidienne*. París: L'Arche, 3 volúmenes.

LEROI-GOURHAM, André. 1950-1952. *Cours de géographie humaine*. París, Les Cours de Sorbonne, policopiado.

LEVI-STRAUSS, Claude. 1967. «L'anthropologie sociale». *Sciences*, núm. 47, págs. 579-597.

LITOUKHIN, J. 1980. «Toward and integrated thesaurus of the social sciences», *International classification*, vol. 7, núm. 2, págs. 56-59.

MAGET, Marcel. 1948. «Remarques sur l'ethnographie française métropolitaine: buts, méthodes, désignation». *Bulletin de la Société neuchâteloise de géographie*, vol. 55, fasc. 2, págs. 39-58.

--- 1953. *Ethnographie métropolitaine. Guide d'étude directe des comportements culturels*. París, Civilisations du sud.

MOSCOVICI, Serge. 1968. *La psychanalyse, son image et son public*. París, Presses Universitaires de France.

MUKKHERJEE, Ramkrishna. 1989. *The quality of life valuation in social research*. Londres, Sage.

PIERON, Henri (éd.). 1963. *Vocabulaire de la psychologie*; 3a. ed. París, Presses universitaires de France.

RIGGS, Fred W. 1982. «COCTA-glossaries: the "ana-semantic" perspective», en *The COCTA Conference: proceedings of the Conference on conceptual and terminological analysis in the social sciences*, ed. por Fred W. Riggs, Frankfurt, Indeks Verlag, p. 234-276.

--- 1985. *Ethnicity Intercocta glossary*; pilot edition. Privately distributed, Honolulu.

--- 1986. *Help for social scientists: a new kind of reference process*. Paris: Unesco (Reports and papers in the social sciences, núm. 57).

--- 1987. «Une encyclopédie conceptuelle pour les sciences sociales», *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 111. p. 119-138.

--- 1987. «Les "concepts endogènes": un enjeu pour les sciences sociales et les sciences de l'information», *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 114, p. 675-686.

--- 1988. *The intercocta manual.* París, Unesco (Reports and papers in the social sciences, núm. 58).

SARTORI, Giovanni *et al.* (eds.). *Tower of Babel: on the definition and analysis of concepts in the social sciences.* Pittsburgh, International Studies Association.

SEGALEN, Martine (ed.). 1989. *L'autre et le semblable: regard sur l'ethnologie des sociétés contemporaines.* Paris, Presses du CNRS.

STRUMPEL, Burkhard (ed.). 1974. *elèments subjectifs du bien-être.* París, OCDE.

VARAGNAC, André. 1948. *Civilisation traditionnelle et genres de vie.* Paris, A. Michel.

VIRILIO, Paul. 1972. Artículo «espace social», en *La sociologie, guide alphabétique*, bajo la dirección de Jean Duvignaud. París. Denoël, p. 182-186.

WALLERSTEIN, Immanuel. 1988. «Faut-il "dé-penser" les sciences sociales du XIXe siècle?» *Revista internacional de ciencias sociales*, núm. 118, p. 579-585.

WILLE, Rudolf. 1984. «Line diagrams of hierarchical concept systems», *International classification*, vol. 11, págs. 77-96.

WÜSTER, E. 1931. *Internationale Sprachnormung in der Technik, besonders in der Elektrotechnik.* Berlin, VDI (3a. ed., puesta al día, Bonn, Bouvier, 1970).

Servicios profesionales y documentales

Calendario de reuniones internacionales

La redacción de la «Revista» no puede ofrecer ninguna información complementaria de estas reuniones.

1990

Mayo	*Marrakech (Marruecos)*	Consejo Internacional de la Acción Social: Conferencia Internacional. *CIAS, Koestlergasse 1/29, A-1060 Viena (Austria).*
3-5 mayo	*Toronto (Canadá)*	Population Association of America: Reunión. *PAA, 1492 Duke Street, Alexandria, Va 22314-3402 (EE.UU.).*
16-19 mayo	*París*	Historia en el presente: VI Coloquio-Enfermedades, medicina y sociedad. *Historia en el presente, VI Coloquio, 24 rue des Ecoles, 75005 Paris (Francia).*
Junio	*Dubrovnik (?) (Yugoslavia)*	Grupo de estudio de la Asociación Internacional de Investigación sobre la Paz: Conferencia sobre los movimientos por la paz, la opinión pública y los medios de comunicación de masas. *IPRA Study Group on Peace Movements, Prof. Nigel Young, Peace Studies Program, Colgate University, Hamilton, NY 13346 (EE.UU.).*
10-13 junio	*Munich (R.F.A.)*	Fondation européenne pour le management: Conferencia anual. *Rainer Holzer, EFMD, rue de Washington 40, B 1050-Bruselas (Bélgica).*
12-14 junio	*Portoroz (Yugoslavia)*	Centro Internacional de Investigaciones e Información sobre la economía pública, social y cooperativa. *Secretaría CIRIEC, Kompas Jugoslavija, Congress Dept. Prazakova 4, 61000 Ljubljana (Yugoslavia).*
27-30 junio	*Oslo*	Asociación Europea de Institutos de Investigación y de Formación en materia de desarrollo: VI Conferencia General. *EADI, c/o Development Research Centre, Hogeshoollaan 225, 5000 LE Tilburg (Holanda).*
4-7 julio		Asociación Internacional de Ciencia Política; Comisión de investigación sobre la política y la tecnicidad: mesa redonda. *John Coackley, College of Humanities, University of Limerick, Limerick (Irlanda).*
5-9 julio	*Groningen (Holanda)*	Asociación Internacional de la Investigación sobre la paz: Conferencia del XXV Aniversario. *IPRA Secretariat, University of Colorado, P.O.Box 327, Boulder, CO 30309 (EE.UU.).*

9-13 julio	*Sydney (Australia)*	Conferencia Mundial sobre la utilización de los ordenadores en la enseñanza: V Conferencia Mundial. *WCCE/90, P.O.Box 319, Darlinghurst, NSW 2010 (Australia).*
9-13 julio	*Madrid*	Asociación Internacional de Sociología: XII Congreso Mundial (Tema: Sociología para un mundo. Unidad y diversidad). *AIS, Pinar, 25, 28006 Madrid (España).*
13-20 julio	*Madison (EE.UU.)*	Center for International Cooperation and Security Studies; University of Wisconsin-Madison: Seminario sobre los conflictos regionales y la seguridad global en los años 1990. *Center for International Cooperation and Security Studies, University of Wisconsin-Madison, 1120 W Johnson Street, Madison, WI 53715-1045 (EE.UU.).*
31 agosto-1 septiembre	*Padua (Italia)*	Fondazione Lanza; Programa de las dimensiones humanas del cambio global: Conferencia Internacional sobre las políticas de ética y medio ambiente. *Dr. C. Poli, Fondazione Lanza, Via Dante 55, 35139 Padua (Italia).*
15-20 septiembre	*Egham (Reino Unido)*	Conferencias Pugwash sobre la ciencia y los problemas internacionales: XL Conferencia. *Pugwash Conferences, Flat A, 64A Great Russell Street, Londres WCI BJ (Reino Unido).*
19-22 septiembre	*La Habana*	Fédération Internationale de Documentation: VL Congreso. *FID, Secretaría General, P.O.Box 90402, 2509 ML La Haya (Holanda).*
2-4 octubre	*Trier (R.F.A.)*	Association for Terminology and Knowledge Transfer; Centro Internacional para la Terminología: II Congreso Internacional-La terminología y la ingeniería del conocimiento. *INFOTERM, P.O.Box 130, A-1021 Viena (Austria).*
11-13 Octubre	*Omaha (EE.UU.)*	University of Nebraska: XV Conferencia anual de estudios europeos. *European Studies Conference, University of Nebraska, Omaha, 68182 Nebraska (EE.UU.).*
13-16 noviembre	*Madrid*	Institut International des Sciences Administratives: Conferencia Internacional. *IISA, Rue Defacqz, 1, bte 11, B-1050 Bruselas (Bélgica).*

1991

Marzo	*Viena*	Centro Internacional de Información para la terminología: III Coloquio INFOTERM-La terminología para la transferencia de conocimientos. *INFOTERM, P.O.Box 130, A-1021 Viena (Austria).*
21-23 marzo	*Washington (EE.UU.)*	Population Association of America: Reunión. *PAA, 1429 Duke Street, Alexandria, VA 22314-3402 (EE.UU.).*
27 mayo-3 junio	*Honolulu, Hawai (EE.UU.)*	Association scientifique du Pacifique: XVII Congreso (Tema: Hacia el siglo del Pacífico: El desafío del cambio). *PSA, Bishop Museum, P.O.Box 17801, Honolulu, Hawai 96817 (EE.UU.).*
Septiembre	*Europa Occidental*	Tribunal Internacional del Agua: Reunión. *Tribunal Internacional del Agua, Damark 83-I, 1012 LN Amsterdam (Holanda).*

1992

30 abril-2 mayo	*Denver (EE.UU.)*	Population Association of America: Reunión. *PAA, 1429 Duke Street, Alexandria, VA 22314-3402 (EE.UU.).*

Libros recibidos

Generalidades

Irlinger, Paul; Louveau, Catherine; Metoudi, Michèle. *Méthodologie de l'enquête: Tours et détours d'une recherche sur les pratiques physiques et sportives.* París, Institut national du sport et de l'éducation physique, 1989. 286p.graph.tabl. (Collection Recherche). 135 FF.

Psicología

Fischer, Gustave-Nicolas. *Psychologie des espaces de travail.* París, Armand Colin, 1989. 222p.bibl.index. (Coll. «U» Psychologie). 160 FF.

Ciencias Sociales

Charvat, F. Stamatiou, W.; Villain-Gandossi, Ch. (eds.). *International Cooperation in the Social Sciences: 25 Years of Vienna Centre Experience.* Viena, European Coord. Centre for Research and Documentation in the Social Sciences, 1988. 240p.

Sociología, Sociografía

Agence pour le développement des relations interculturelles. *Les politiques d'intégration des jeunes issus de l'immigration-Situation française et comparaison européenne, Vaucresson, 25-26 mai 1988: Actes du Colloque*, réd. bajo la dir. de B. Lorreyte. París, Editions L'Harmattan; C.I.E.M.I., 1989. 413p.tabl.

Bacskai, Vera. *Towns and Urban Society in Early Nineteenth Century Hungary.* Budapest, Akadémiai Kiado, 1989, 151p.tabl. $19.

Germany, Fed. Rep. of; Hochschule für Wirtschaft und Politik (eds.). *Frauen – Macht – Politik: Zerreissproben um Emanzipation und Quotierung.* Opladen, Westdeutscher Verlag, 1989. 206 p. (Jahrbuch für Sozialökonomie und Gesellschaftstheorie 1988). Encuadernado 29 DM.

Gordon, Tuula. *Feminist Mothers.* Basingstocke, MacMillan, 1990. 169p.bibl.index.

Hartmann, Peter H. *Warum dauern Ehen nicht ewig? Eine Untersuchung zum Scheidungsrisiko und seinen Ursachen.* Opladen, Westdeutscher Verlag, 1989. 267 p. (Studien zur Sozialwissenschaft, Bd. 91). Encuadernado 42 DM.

Olszewska, Anna; Roberts, K. (eds.). *Leisure and Life-style: A Comparative Analysis of Free Time.* London, Sage Publications Ltd. / for / International Sociological Association, 1989. 200p.index. Encuadernado £22.50.

Población

United Nations. Department of International Economic and Social Affairs. *Projection Methods for Integrating Population Variables into Development Planning.* Nueva York, Naciones Unidas, 1989. 256p.fig.tabl.

Ciencia Política

Calfisch, L.; Tanner, F. (eds.). *The Polar Regions and their Strategic Significance.* Lausanne, Graduate Institute of International Studies, 1989. 114p./cart.tabl. (Programme for Strategic and International Security Studies). 11 FS.

Nwankwo, Uchenna. *Strategy for Political Stability.* Lagos, Oliver Ibekwe and Assoc. Ltd., 1988. 310p.bibl.index.

Ciencias económicas

Agriculture and Development in Western Asia. Rome, Food and Agriculture Organization of the United Nations; Baghdad, U.N. Economic and Social Commission for Western Asia, Dec. 1988. 119p.tabl. (Inglés/Arabe).

Banque mondiale: Rapport annuel 1989. Washington, DC, Banco Mundial, 1989, 245 p.tabl.

Giesen, Klaus Gerd. *L'Europe des surrégénérateurs: Développement d'une filière nucléaire par intégration politique et économique.* París, Presses Universitaires de France, 1989. 224p.diagr.ill.bibl. 140 FF.

International Labour Office. *World Labour Report: Employment and Labour Incomes; Government and its Employees; Statistical Appendix.* Ginebra, ILO, 1989. 159 p.fig.tabl. 30 FS.

Touati, Pierre-Yves. *Le capital-risque régional et local en France.* París, Syros-Alternatives, 1989. 222p./carta.tabl.index. (Collection «TEN»). 98 FF.

United Nations. *The Socio-economic Impact of Rural Development Programmes on Low-income Groups.* Nueva York, Naciones Unidas, 1989. 200p.tabl.

United Nations. *Training Seminar on Advanced Social Planning for Integrated Socio-economic Development, Bangkok, 27 June-15 July 1988: Report.* Nueva York, Naciones Unidas, 1989. 52p.

United Nations Economic and Social Commission for Asia and the Pacific. *Compendium of Social Development Indicators in the ESCAP Region.* Nueva York, Naciones Unidas, 1989. 140p.tabl.

Derecho

Gandolfi, Alain. *Le système antarctique.* París, Presses Universitaires de France, 1989. 127p. (Que sais-je?).

United Nations Centre on Transnational Corporations. *National Legislation and Regulations Relating to Transnational Corporations, Vol. VII.* Nueva York, Naciones Unidas, 1989. 320p.

Previsión y Acción Social

Organisation Mondiale de la Santé. *Appui économique aux stratégies nationales de la santé pour tous.* Ginebra, OMS, 1989. 164p.bibl.

World Health Organization. Regional Office for Europe. *Specialized Medical Education in the European Region*, ed. by J.P. Parkhouse and J.-P. Menu. Copenhagen, World Health Organization, 1989. 256p.tabl. (EURO Reports and Studies 112). 18 FS.

Etnografía, Antropología Social

Artan Hange, Ahmed (transl. and ed.). *Sheekoxariirooyin Soomaaliyeed/Folktales from Somalia.* Uppsala, Scandinavian Institute of African Studies; Mogadishu, Somali Academy of Sciences and Arts, 1988. 209p.bibl.

Coy, Michael W. (ed.). *Apprenticeship: From Theory to Method and Back Again.* New York, State University of New York Press, 1989. 310 p.ill.index.bibl. (SUNY Series in the Anthropology of Work). Encuadernado $54.50; Rústica $17.95.

Ordenación del territorio

International Assoc. for the Study of People and their Physical Surroundings. *Biennal Conference, 10th, Delft, The Netherlands, July 5-8, 1988: Proceedings, vol. II-Looking Back to the Future/Se retourner vers l'avenir.* Delft, Delft University Press /for/ Research Institute of Urban Planning and Architecture, 1988. 591p.graph.ill.tabl.

Biografía

Berger, Lili. *Korczak: Un homme-Un symbole.* París, Editions Magnard, /1989/. 96p.ill. (Coll. Témoignages pédagogiques).

Publicaciones recientes de la Unesco

(incluidas las auspiciadas por la Unesco*)

América Latina: Diagnósticos y Modelos Industriales Alternativos. Caracas, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales; París, Unesco, 1988. 145 pp. graf. tabl.

Anuario estadístico de la Unesco 1989. París, Unesco, 1989, 1064 pp. 350 FF.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Anthropologie / International Bibliography of the Social Sciences: Anthropology, vol. 31, 1985. London; New York, Routledge / for / The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1988. 623 pp. (Diffusion: Offilib, París). 900 FF.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Science économique / International Bibliography of the Social Sciences: Economics, vol. 34, 1985. London; New York, Tavistock Publications / for / The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1987. 618 pp. (Diffusion: Offilib, París) 900 FF.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Science politique / International Bibliography of the Social Sciences: Political Science, vol. 35, 1986. London; New York, Routledge / for / The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1989. 751 pp. (Diffusion: Offilib, Paris) 900 FF.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Sociologie / International Bibliography of the Social Sciences: Sociology, vol. 35, 1985. London; New York, Routledge / for / The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1988. 410 pp. (Diffusion: Offilib, París) 900 FF.

Concertación político-social y democratización, comp. Mario R. dos Santos. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; París, Unesco / 1988 /. 378 pp. tabl.

La CTDP en los países de América Latina y el Caribe. Caracas, Unidad Regional de Ciencias Humanas y Sociales para América Latina y el Caribe de la Unesco, 1988. 153 pp. (Serie estudios y documentos URSHSLAC, 5).

Carencia alimentaria: Una perspectiva antropológica. París, Unesco; Barcelona, Serbal, 1988. 312 pp. graf., mapas, cuadr. 120 FF.

Directory of Social Science Information Courses, 1st ed. / Répertoire des cours d'information dans les sciences sociales / Repertorio de cursos de información en ciencias sociales. París, Unesco; Oxford, Berg Publishers Ltd., 1988. 167 pp. (World Social Science Information Directories / Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales / Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). Encuadernado 100 FF.

Duda, certeza, crisis: La evolución de las ciencias sociales de América Latina, por Heinz R. Sonntag. París, Unesco; Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988. 172 pp. bibl.

Estudios en el extranjero / Study Abroad: Études à l'étranger, vol. XXVI, 1989-1990-1991. París, Unesco, 1989. 1408 pp. 82 FF.

Europa, Asia y Africa en América Latina y el Caribe: Migraciones «libres» en los siglos XIX y XX y sus efectos culturales, coord. por B. Leander. París, Unesco; México, Siglo Veintiuno, 1989. 369p. (El mundo en América latina) 85 FF.

Familia y desarrollo en América Latina y el Caribe. Caracas, Unidad Regional de Ciencias Humanas y Sociales para América Latina y el Caribe de la Unesco, 1988. 202 pp. (Serie estudios y documentos URSHSLAC, 6).

Index translationum: Repertorio internacional de traducciones, 36, 1983. París, Unesco, 1988. 1181 pp. 320 FF.

La mujer en la planificación y el desarrollo. Caracas, Unidad Regional de Ciencias Humanas y Sociales para América Latina y el Caribe de la Unesco, 1988. 194 pp.

Las noticias extranjeras en los medios de comunicación: La información internacional en 29 países. París, Unesco, 1988. 152 pp. cuadr. (Estudios y Documentos de Comunicación Social, 93). 22 FF.

Latinoamérica: Lo político y lo social en la crisis, comp. F. Calderón Gutiérrez y Mario R. dos Santos. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; París, Unesco, / 1988 / 637 pp. cuadr.

Raíces de América: El mundo Aymara, comp. Xavier Albo. París, Unesco; Madrid, Alianza Editorial, 1988. 607 pp. ill. mapas, cuadr. 180 FF.

Resistencia a la innovación de sistemas complejos: III Foro de Issyk-Kul. París, Unesco; Madrid, Instituto de ciencias del hombre, 1989. 180 pp. 98 FF.

Selective Inventory of Social Science Information and Documentation Services, 1988, 3rd ed. / Inventaire

* *Cómo obtener estas publicaciones:* a) las publicaciones de la Unesco que lleven precio pueden obtenerse en la Oficina de Prensa de la Unesco, Servicio Comercial (PUB/C), 7, place de Fontenoy, 75700 París, o en los distribuidores nacionales; b) las copublicaciones de la Unesco pueden obtenerse en todas aquellas librerías de alguna importancia o en la Oficina de Prensa citada.

sélectif des services d'information et de documentation en sciences sociales / Inventario de servicios de información y documentación en ciencias sociales. París, Unesco; Oxford, Berg, 1988. 680 pp. (World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales / Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). Encuadernado 150 FF.

Unesco Yearbook on Peace and Conflict Studies, 1987. París, Unesco; Nueva York, Greenwood Press, 1989. 327 pp. bibl. index. 280 FF.

Un nuevo proceso de referencia al servicio de los científicos sociales, por Fred Riggs. París, Unesco, 1988. 68 pp. (Informes y documentos de ciencias sociales, 57). 20 FF.

World Directory of Human Rights Teaching and Research Institutions, 1st ed. / Répertoire mondial des institutions de recherche et de formation sur les droits de l'homme / Repertorio mundial de instituciones de investigación y de formación en materia de derechos humanos. París, Unesco; Oxford, Berg Publishers Ltd., 1988. 216 pp. (World Social Science Information Directories / Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales / Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). Encuadernado 125 FF.

World Directory of Peace Research and Training Institutions, 6th ed. / Répertoire mondial des institutions de recherche et de formation sur la paix / Repertorio mundial de instituciones de investigación y de formación sobre la paz. París, Unesco; Oxford, Berg Publishers Ltd., 1988. 271 pp. (World Social Science Information Directories / Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales / Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). Encuadernado 150 FF.

World Directory of Social Science Institutions, 1985, 4th ed. rev. / Répertoire mondial des institutions de sciences sociales / Repertorio mundial de instituciones de ciencias sociales. París, Unesco, 1985. 920 pp. (World Social Science Information Services, II / Services mondiaux d'information en sciences sociales, II / Servicios mundiales de información sobre ciencias sociales, II). Encuadernado 100 FF.

World List of Social Science Periodicals, 1986, 7th ed. / Liste mondiale des périodiques spécialisés dans les sciences sociales / Lista mundial de revistas especializadas en ciencias sociales. París, Unesco, 1986. 818 pp. index. (World Social Science Information Services, I / Services mondiaux d'information en sciences sociales, I / Servicios mundiales de información sobre ciencias sociales, I). Encuadernado 100 FF.

Números aparecidos

Desde 1949 hasta 1958, esta *Revista* se publicó con el título de *International Social Science Bulletin/Bulletin international des sciences sociales*. Desde 1978 hasta 1984, la *RICS* se ha publicado regularmente en español y, en 1987, ha reiniciado su edición española con el número 114. Todos los números de la *Revista* están publicados en francés y en inglés. Los ejemplares anteriores pueden comprarse en la Unesco, División de publicaciones periódicas, 7, Place de Fontenoy, 75700 París (Francia).
Los microfilms y microfichas pueden adquirirse a través de la University Microfilms Inc., 300 N Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106 (USA), y las reimpresiones en Kraus Reprint Corporation, 16 East 46th Street, Nueva York, NY 10017 (USA). Las microfichas también están disponibles en la Unesco, División de publicaciones periódicas.

Vol. XI, 1959

Núm. 1 Social aspects of mental health*
Núm. 2 Teaching of the social sciences in the USSR*
Núm. 3 The study and practice of planning*
Núm. 4 Nomads and nomadism in the arid zone*

Vol. XII, 1960

Núm. 1 Citizen participation in political life*
Núm. 2 The social sciences and peaceful co-operation*
Núm. 3 Technical change and political decision*
Núm. 4 Sociological aspects of leisure*

Vol. XIII, 1961

Núm. 1 Post-war democratization in Japan*
Núm. 2 Recent research on racial relations*
Núm. 3 The Yugoslav commune*
Núm. 4 The parliamentary profession*

Vol. XIV, 1962

Núm. 1 Images of women in society*
Núm. 2 Communication and information*
Núm. 3 Changes in the family*
Núm. 4 Economics of education*

Vol. XV, 1963

Núm. 1 Opinion surveys in developing countries*
Núm. 2 Compromise and conflict resolution*
Núm. 3 Old age*
Núm. 4 Sociology of development in Latin America*

Vol. XVI, 1964

Núm. 1 Data in comparative research*
Núm. 2 Leadership and economic growth*
Núm. 3 Social aspects of African resource development*
Núm. 4 Problems of surveying the social science and humanities*

Vol. XVII, 1965

Núm. 1 Max Weber today/Biological aspects of race*
Núm. 2 Population studies*
Núm. 3 Peace research*
Núm. 4 History and social science*

Vol. XVIII, 1966

Núm. 1 Human rights in perspective*
Núm. 2 Modern methods in criminology*
Núm. 3 Science and technology as development factors*
Núm. 4 Social science in physical planning*

Vol. XIX, 1967

Núm. 1 Linguistics and communication*
Núm. 2 The social science press*
Núm. 3 Social functions of education*
Núm. 4 Sociology of literary creativity

Vol. XX, 1968

Núm. 1 Theory, training and practice in management*
Núm. 2 Multi-disciplinary problem-focused research*
Núm. 3 Motivational patterns for modernization*
Núm. 4 The arts in society*

Vol. XXI, 1969

Num. 1 Innovation in public administration
Núm. 2 Approaches to rural problems*
Núm. 3 Social science in the Third World*
Núm. 4 Futurology*

Vol. XXII, 1970

Núm. 1 Sociology of science*
Núm. 2 Towards a policy for social research*
Núm. 3 Trends in legal learning*
Núm. 4 Controlling the human environment*

Vol. XXIII, 1971

Núm. 1 Understanding aggression
Núm. 2 Computers and documentation in the social sciences*
Núm. 3 Regional variations in nation-building*
Núm. 4 Dimensions of the racial situation*

Vol. XXIV, 1972

Núm. 1 Development studies*
Núm. 2 Youth: a social force?*
Núm. 3 The protection of privacy*
Núm. 4 Ethics and institutionalization in social science*

Vol. XXV, 1973

Núm. 1/2 Autobiographical portraits*
Núm. 3 The social assessment of technology*
Núm. 4 Psychology and psychiatry at the crossroads

Vol. XXVI, 1974

Núm. 1 Challenged paradigms in international relations*
Núm. 2 Contributions to population policy*
Núm. 3 Communicating and diffusing social science*
Núm. 4 The sciences of life and of society*

Vol. XXVII, 1975

Núm. 1 Socio-economic indicators: theories and applications*
Núm. 2 The uses of geography
Núm. 3 Quantified analyses of social phenomena
Núm. 4 Professionalism in flux

Vol. XXVIII, 1976

Núm. 1 Science in policy and policy for science*
Núm. 2 The infernal cycle of armament*
Núm. 3 Economics of information and information for economists*
Núm. 4 Towards a new international economic and social order*

Vol. XXIX, 1977

Núm. 1 Approaches to the study of international organizations
Núm. 2 Social dimensions of religion
Núm. 3 The health of nations
Núm. 4 Facets of interdisciplinary

Vol. XXX, 1978

Núm. 1 La territorialidad: parámetro político
Núm. 2 Percepciones de la interdependencia mundial
Núm. 3 Viviendas humanas: de la tradición al modernismo
Núm. 4 La violencia

Vol. XXXI, 1979

Núm. 1 La pedagogía de las ciencias sociales: algunas experiencias
Núm. 2 Articulaciones entre zonas urbanas y rurales
Núm. 3 Modos de socialización del niño
Núm. 4 En busca de una organización racional

Vol. XXXII, 1980

Núm. 1 Anatomía del turismo
Núm. 2 Dilemas de la comunicación: ¿tecnología contra comunidades?
Núm. 3 El trabajo
Núm. 4 Acerca del Estado

Vol. XXXIII, 1981

Núm. 1 La información socioeconómica: sistemas, usos y necesidades
Núm. 2 En las fronteras de la sociología
Núm. 3 La tecnología y los valores culturales
Núm. 4 La historiografía moderna

Vol. XXXIV, 1982

Núm. 91 Imágenes de la sociedad mundial
Núm. 92 El deporte
Núm. 93 El hombre en los ecosistemas
Núm. 94 Los componentes de la música

Vol. XXXV, 1983

Núm. 95 El peso de la militarización
Núm. 96 Dimensiones políticas de la psicología
Núm. 97 La economía mundial: teoría y realidad
Núm. 98 La mujer y las esferas de poder

Vol. XXXVI, 1984

Núm. 99 La interacción por medio del lenguaje
Núm. 100 La democracia en el trabajo
Núm. 101 Las migraciones
Núm. 102 Epistemología de las ciencias sociales

Vol. XXXVII, 1985

Núm. 103 International comparisons
Núm. 104 Social sciences of education
Núm. 105 Food systems
Núm. 106 Youth

Vol. XXXVIII, 1986

Núm. 107 Time and society
Núm. 108 The study of public policy
Núm. 109 Environmental awareness
Núm. 110 Collective violence and security

Vol. XXXIX, 1987

Núm. 111 Ethnic phenomena
Núm. 112 Regional science
Núm. 113 Economic analysis and interdisciplinarity
Núm. 114 Los procesos de transición

Vol. XL, 1988

Núm. 115 Las ciencias cognoscitivas
Núm. 116 Tendencias de la antropología
Núm. 117 Las relaciones locales-mundiales
Núm. 118 Modernidad e identidad: un simposio

Vol. XLI, 1989

Núm. 119 El impacto mundial de la Revolución francesa
Núm. 120 Políticas de crecimiento económico
Núm. 121 Reconciliar la biosfera y la sociosfera
Núm. 122 El conocimiento y el Estado

Vol. XLII, 1990

Núm. 123 Actores de las políticas públicas

*Número agotados

Estudios del Desarrollo

DEVELOPMENT
STUDIES
JOURNAL

Estudios del Desarrollo

DEVELOPMENT
STUDIES
JOURNAL

ISSN 10134069

ESTUDIOS DEL DESARROLLO (Development Studies Journal) es una nueva revista institucional del CENTRO DE ESTUDIOS DEL DESARROLLO **(CENDES)** de la Universidad Central de Venezuela. Editada anualmente en forma bilingüe (Español/ Inglés), su propósito es promover la discusión y reflexión sobre los problemas del desarrollo.

El VOLUMEN 1 **(1989)** de **ESTUDIOS DEL DESARROLLO** está referido al tema de la **PLANIFICACION, PROSPECTIVA Y CAMBIO SOCIAL**, el cual fue coordinado por el Prof. Nelson Prato Barbosa, actual director de publicaciones del CENDES. El VOLUMEN 2 **(1990)** está referido a la temática de **ESTADO, DEMOCRACIA Y ALTERNATIVAS SOCIOPOLITICAS**, el cual está coordinado por el Prof. Heinz R. Sonntag, ex-director del CENDES.

TARIFAS DE *SUBSCRIPCION*

	INSTITUCIONES	PERSONALES
LATINOAMERICA	25 US$	15 US$
USA Y CANADA	30 US$	20 US$
EUROPA	35 US$	25 US$
RESTO DEL MUNDO	40 US$	45 US$

Cheque a nombre de: **CENDES INGRESOS PROPIOS**

Dirección postal:

REVISTA ESTUDIOS DEL DESARROLLO. CENDES.
Poba International # 151 P.O. BOX 02-5255, Miami.
Florida 33102-5255, U.S.A.

CONTRIBUCIONES

Estudios Interdisciplinarios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional

Editor

Konrad-Adenauer-Stiftung Asociación Civil
Centro Interdisciplinario de Estudios
sobre el Desarrollo Latinoamericano
Director: Helmut Wittelsbürger

Colaboradores del Centro

Judith Bojman, Nils Gade, Carlota Jackisch,
Héctor Krombach, Carlos Merle,
Hermann Schneider, Laura Villarruel,
Helmut Wittelsbürger

Administración y Documentación

Héctor Krombach, Carlos Merle

Consejo de Redacción

Judith Bojman, Nils Gade, Carlota Jackisch
Hermann Schneider, Laura Villarruel,
Helmut Witelsbürger

Secretaria de Redacción

Laura Villarruel

Publicación trimestral de la Konrad-Adenauer-Stiftung A.C. - Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo Latinoamericano CIEDLA.

Año VII - No. 1 (25) - Enero-Marzo, 1990

Redacción y Administración: CIEDLA, Leandro N. Alem 690 - 20° Piso
1001 Buenos Aires, República Argentina
Teléfonos: (00541) 313-3522/3531/3539/312-6918
TLX 24751 KASBA AR

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Vol. LVII (1) México, Enero-Marzo de 1990 Núm. 225

SUMARIO

ARTÍCULOS:

Precio de suscripción por un año. 1990
La suscripción en México cuesta $60,000.00; para estudiantes, $55,000.00

	España, Centro y Sudamérica (dólares)	Resto del mundo (dólares)
Personal	$25.00	$35 00
Universidades, bibliotecas e instituciones	$35.00	$100.00

Fondo de Cultura Económica - Av. de la Universidad 975
Apartado Postal 44975, México, D.F.

estudios sociales

No. 63 / trimestre 1 / 1990

corporación de promoción universitaria

HOJA DE SUBSCRIPCIÓN

Enviar la subscripción y el pago a:
CENTRE UNESCO DE CATALUNYA
Mallorca, 285
08037 BARCELONA (Spain)

☐ Sírvase subscribirme a la REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

Precios para 1990	Países industrializados	Países en desarrollo
	☐ 5.000 ptas.	☐ 3.000 ptas.
	☐ 45 $	☐ 27 $

☐ Sírvase enviarme ____________ ejemplares del número(s) ________________________

Precio de cada ejemplar ☐ 1.500 ptas.
☐ 15 $

Nombre y apellidos ____

Dirección ____

Ciudad ______________________________ País ______________

Fecha ______________________________ Firma ______________

Adjunto ☐ cheque
☐ **giro internacional**

La *Revista internacional de ciencias sociales*
se publica en marzo, junio, septiembre
y diciembre.

Precio y condiciones de subscripción en 1990
Países industrializados: 5.000 ptas. o 45 $.
Países en desarrollo: 3.000 ptas. o 27 $.
Precio del número: 1.500 ptas. o 15 $.

Se ruega dirigir los pedidos
de subscripción, compra de un número,
así como los pagos y reclamaciones
al Centre Unesco de Catalunya:
Mallorca, 285. 08037 Barcelona

Toda la correspondencia relativa
a la presente debe dirigirse al Redactor jefe
de la *Revue internationale*
des sciences sociales
Unesco, 7 place de Fontenoy, 75700 París.

Edición inglesa:
International Social Science Journal
(ISSN 0020-8701)
Basil Blackwell Ltd.
108 Cowley Road, Oxford OX4 1JF (R.U.)

Edición francesa:
Revue internationale des sciences sociales
(ISSN 0304-3037)
Editions Erès
19, rue Gustave-Courbet
31400 Toulouse (Francia)

Edición china:
Guoji shehui kexue zazhi
Gulouxidajie Jia 158, Beijing (China)

Edición árabe:
Al-Majalla Addawlya
lil Ulum al Ijtimaiya
Unesco Publications Centre
1, Talant Harb Street, El Cairo (Egipto)

Hogar del Libro, S.A.
Ramelleres, 17, 08001 Barcelona
Imprime: Grinver, S.A.
Av. Generalitat, 39. 08970 Sant Joan Despí
Depósito legal, B. 37.323-1987
Printed in Catalonia
ISSN 0379-0762